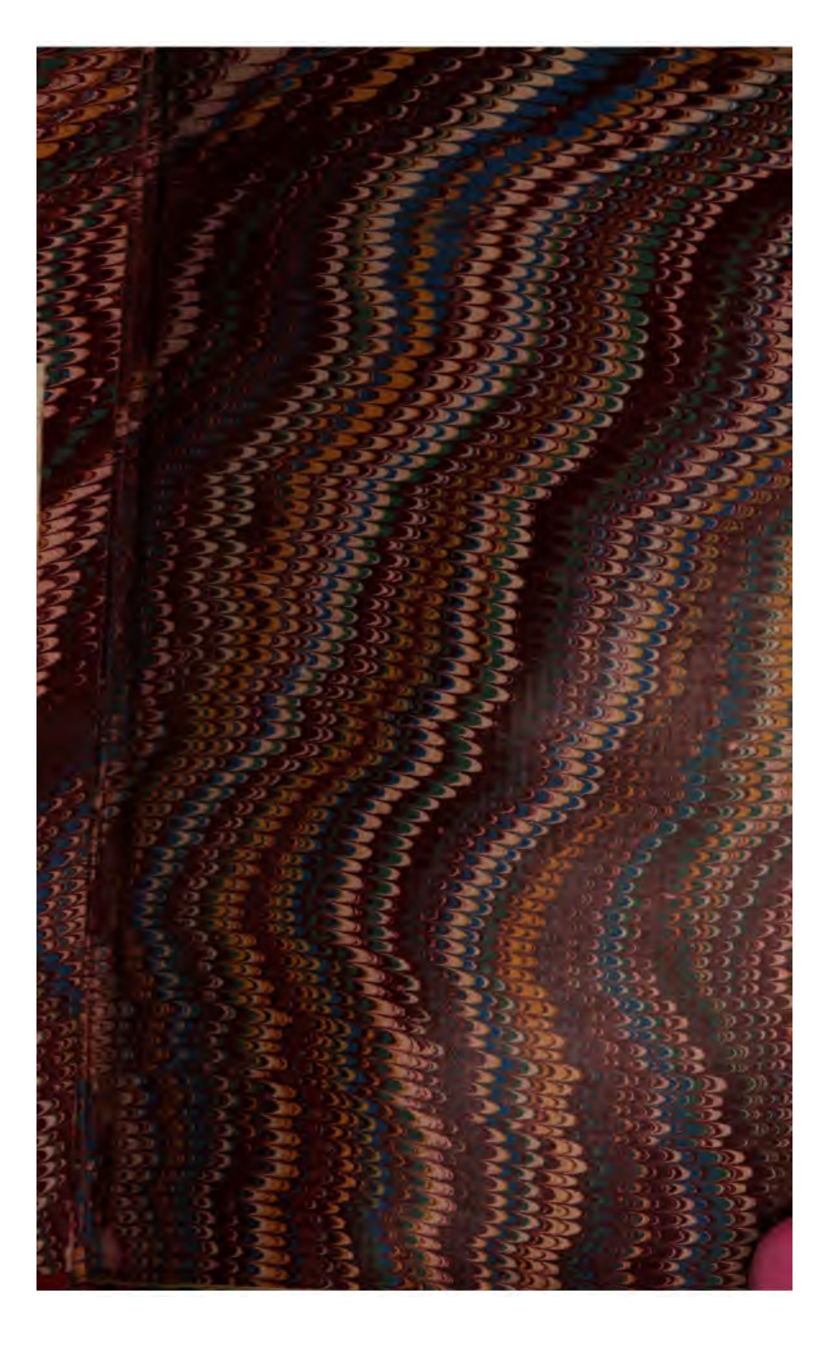
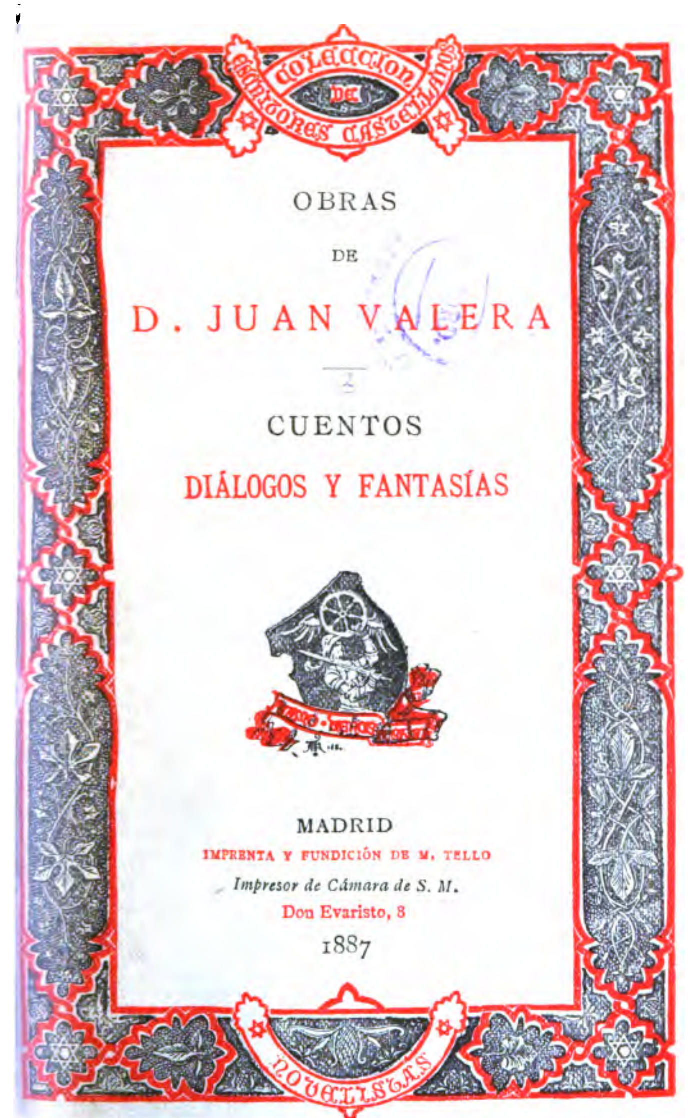




264C29
263a29
DOMI NUS ILLU
MINA TIO MEA
Taylor Institution.
REP. 5. 1855
BSQ 8426 A.2





OBRAS

DE

D. JUAN VALERA

CUENTOS

DIÁLOGOS Y FANTASÍAS

MADRID
IMPRENTA Y FUNDICIÓN DE M. TELLO
Impresor de Cámara de S. M.
Don Evaristo, 8
1887

COLECCIÓN

DE

ESCRITORES CASTELLANOS

NOVELISTAS


EX-LIBRIS.

OBRAS

DE

DON JUAN VALERA

II

CUENTOS, DIÁLOGOS Y FANTASÍAS

TIRADAS ESPECIALES

100 ejemplares	en papel de hilo, del	1 al 100.
25	»	en papel China, del.	I al XXV.
25	»	en papel Japón, del.	XXVI al L.



CUENTOS

DIÀLOGOS Y FANTASÍAS

POR

D. JUAN VALERA

MADRID
IMPRENTA Y FUNDICIÓN DE M. TELLO
Impresor de Cámara de S. M.
Don Evaristo, 8
1887


LIBRARY OF THE TAYLOR INSTITUTION
10 OCT 1947



PRÓLOGO.

En este volumen van incluídas varias composiciones mías de diversa índole, recogidas de cuatro tomitos, há tiempo publicados, y de los cuales no quedan, ó apenas quedan ya, ejemplares.

Salvo la novela griega *Dafnis y Cloe*, que con sus notas é introducción puede considerarse como trabajo crítico y filológico, todo es aquí obra de imaginación y de mero pasatiempo.

Poco tengo, pues, que decir. Diré sólo que, cuando publiqué un tomito, titulado *Cuentos y diálogos*, se le dediqué á mi amigo el Duque de Rivas, y que antes había yo publicado otro tomito, titulado *Tentativas dramáticas*, dedicado á la señora Marquesa de Heredia, hermana de dicho Duque. Como yo no quiero que estas

dedicatorias desaparezcan, ambas van reimpresas aquí. La dirigida á la Marquesa, que es la más larga, va antes, y me sirve para prólogo.

A fin de completarle, bueno es hacer notar que mi pasajera aspiración á ser autor dramático no se ha mostrado sino en la zarzuela *Lo mejor del tesoro*, que, en esta edición de la Colección de autores castellanos, va en el tomo de mis versos. Las tres leyendas, historias ó fábulas en diálogo, que en el presente tomo se incluyen, á saber, *La venganza de Atahualpa*, *Asclepigenia* y *Gopa*, no se escribieron con la idea de que pudieran representarse jamás. *Gopa* y *Asclepigenia*, sobre todo, son obras de tal condición, que sólo un público muy atento y de gente estudiosa acertaría á hallar en ellas algún chiste, si es que le tienen, lo cual no me toca á mí decidir.

Asclepigenia encierra algo de simbólico: quiere ser cómica alegoría de la decadencia y desastrada muerte de la civilización y de la filosofía gentílicas. Cuando compuse mi diálogo, Gregorovius no había publicado aún la vida de aquella Atenais, que en él figura, y que fué cristiana, mujer de Teodosio II, emperatriz, madre de emperatriz, y notable poetisa para su época. Su poema sobre Cipriano de Antioquía, parte del cual Gregorovius ha traducido

y publicado también, tiene por argumento el que sirvió, siglos después, á Calderón para *El mágico prodigioso*. El profundo y ameno estudio de Gregorovius no se opone á mi ficción sobre el carácter y relaciones de Atenais, á quien hago amiga de Asclepigenia. Sin duda, ambas sabias y hermosas damas fueron amigas. Además, yo entiendo que, en obrilla tan ligera, la crítica no debe hilar muy delgado, ni poner objeciones sobre pormenores.

En cuanto á *Gopa*, aunque antes y después de escrito mi diálogo, se ha escrito y se ha disertado mucho sobre el budhismo, que tan de moda está, nada creo que en lo substancial invalide mi concepto acerca de la metafísica budhista, si se exceptúa el *budhismo esotérico*, que empieza ya á divulgarse, en el cual no estaba yo entonces *iniciado*, y que aún no sé hasta qué punto debemos tomar por lo serio. De todos modos, el que se hable y se escriba ahora tanto sobre el budhismo, lejos de quitar valer á mi obrilla, yo creo que se le presta, mostrando su oportunidad.

Mi carta á la Marquesa de Heredia es como sigue:

*

Á LA EXCMA. SEÑORA

MARQUESA DE HEREDIA.

Hace años, cuando yo no había compuesto más que poesía lírica, me aseguraba cierto ilustre amigo mío, que ya murió, que mis versos eran de tal calidad, que jamás gustarían á las mujeres, ni habría una siquiera que se aprendiese de memoria media docena de ellos. Esto me afligió de suerte, que dejé de escribir versos y me dediqué á la vil prosa.

Por desgracia, según opinión de algunos críticos discretos, con la prosa me sucede exactamente lo mismo. Los mencionados críticos declaran que han dado á leer mis novelas á sus novias respectivas, y que todas las han devuelto sin leerlas, á pesar de la buena voluntad y de los esfuerzos que por leerlas han hecho.

Esto me ha desconsolado más aún. Si las mujeres no leen ni mis versos ni mi prosa, ¿quién los leerá? Yo disto mucho de ser un sabio. Yo no aspiro á enseñar nada. Yo no he descubierto ninguna útil ó encumbrada verdad. Yo no trato de abrir nuevos senderos al errante género humano. ¿Para qué escribo entonces? Por este pícaro prurito de escribir, de que no puedo libertarme.

Así cavilaba yo, y seguía escribiendo sin poder remediarlo; porque, si yo hubiera podido remediarlo, no hubiera escrito. Yo seguía escribiendo sin fe y sin esperanza.

Imagine V., pues, señora, qué consolación tan inesperada y grande fué la mía cuando averigüé que V. y su hermana se sabían de memoria no pocos versos míos. Vamos, estuve para perder el juicio de gusto y de satisfacción. Aquello fué como ver el cielo abierto.

Verdad es que la memoria de V. es un tesoro de poesía castellana, y que, si se perdiesen todos los libros en que dicha poesía se conserva, V. podría dictar una colección selecta de lo mejor; pero esto, en vez de atenuar mi alegría y mi vanidad, las acrecentaba. El buen gusto de V. era evidente. No era extravagancia gustar también de lo que yo había escrito.

A fin de no ensoberbecerme demasiado, atribuí entonces la rara estimación de V. por mis obras á algo como afecto hereditario. Yo viví tres años en Nápoles en compañía del Duque, su padre de V. El Duque me quería, y miraba mis obrillas con singular benevolencia. V., sin duda, hace lo mismo, por imitar al Duque; impulsada y engañada quizá por el favorable concepto que la generosidad y el cariño como de padre, que el Duque me tuvo, le habían hecho formar de mí.

Sea como sea, yo estoy á V. agradecido con toda el alma. Mientras más viejo me voy poniendo, más ganas de escribir me van entrando. Yo no bailo. Yo apenas juego, porque casi siempre pierdo. Otras diversiones cuestan caras. Como soy corto de vista y algo torpe, no pesco ni cazo. ¿En qué me he de entretener como no sea en escribir? Al fin, aunque lo escrito valga poco y produzca

menos, es entretenimiento barato, porque el papel de costeras de que saco mis cuartillas vale poquísimo, y no es cara aquella substancia que encomió el poeta cordobés, mi paisano, diciendo que la eternidad tenía ilustre asiento en ella y más firme que los mármoles y los bronces.

Así, animado en gran parte por V., y persuadido ya de que hay alguna mujer que me lee, he trabajado en estos últimos tiempos, y he logrado más de lo que en mis sueños de gloria pude imaginar nunca. No me atrevo á creer que tengo un público, pero creo tener ya cierto número de lectores y aun de lectoras, si bien entre todos acaso no pasen de tres mil, esparcidos por la extensa superficie del globo que habitamos.

La facilidad de comunicaciones, de que se goza en el día, hace que hasta la producción más baladí recorra los países, atraviese las fronteras y traspase los mares, por donde yo, sin acertar en la vida á hacerme popular, me lisonjeo de haber acumulado dicho número de lectores.

Esto me basta para seguir escribiendo, sin aspirar á más. Ya creo contar con alguien que me lea y que pague, á la larga al menos, el coste de la impresión de mis librillos.

La codicia, no obstante, rompe el saco, como dice muy bien el refrán.

Alentado yo por mi buen éxito relativo, me propuse, no hace mucho, convertirme en escritor popular y buscar aplauso y ganancia en el teatro. Escribí, pues, una zarzuela, tomando asunto de un cuento de las *Mil y una noches;* adornándole

y bordándole con todos aquellos perfiles que más á propósito me parecieron, é imitando, á mi manera, los dramas fantásticos de Carlos Gozzi, que él llamó *fiabe*, como *La dama serpiente*, *El Rey de los espíritus*, y *Turandot, princesa de la China*, que obtuvo la honra de que Schiller la tradujese en lengua alemana.

Hablando con franqueza, cuando mi zarzuela estuvo terminada, yo me las prometí felices. ¡Qué ironía jocosa se me antojaba notar en toda ella! ¡Qué bien concertados disparates! ¡Qué versos tan lindos! ¡Qué novedad en todo! ¡Cuánto chiste ático y claro sin chocarrería! Lleno, pues, de confianza, se la leí á varios peritos y á dos ó tres empresarios de los más famosos, atinados y previsores. Ninguno vió los chistes ni las lindezas que yo había creído ver. Poner en escena mi obra costaba, además, unos cuantos miles de duros. Era casi evidente que las gracias que los empresarios no veían ni descubrían, estaban muy hondas, dado que existieran, y el público no había de ser bastante zahorí para desentrañarlas. Cruel golpe hubiera sido, pues, para mí el que por mi culpa se arruinase un empresario, gastando su dinero en decoraciones y trajes, y el que, en la noche del estreno, se anegase la máquina de mis ilusiones en un diluvio de silbidos.

Me llené de terror. Al maestro que me había prometido poner en música mi obra, le relevé de la promesa, y yo desistí para siempre de mi fugitiva pretensión de ser poeta dramático.

No resolví esto ni por excesiva soberbia, ni por

modestia y humildad tampoco. No lo resolví por modestia, porque mi zarzuela no me parece mala. Si me pareciese mala, no la publicaría. Y no lo resolví tampoco por desdén y orgullo, aplicándome el precepto evangélico que dice: *no eches tus margaritas á los cerdos*, porque sé muy bien que el público tiene un instinto infalible para adivinar lo bueno, y nada, por elevado que sea, deja de estar á su alcance. Noble testimonio de ello dan, por ejemplo, *Los Amantes de Teruel*, de Hartzenbusch, y el inmortal y glorioso hermano de V., *Don Álvaro*.

Mi resolución nació del pleno convencimiento de que, con toda independencia del valor literario de un drama, se requiere para ser aplaudido una condición de que yo carezco sin duda; se requiere cierta virtud magnética, por la cual el poeta comprende el sentir y el pensar del público, en un momento dado, y se pone en consonancia simpática con dicho pensar y dicho sentir. Repito que carezco de esta virtud como de otras muchas, y esta virtud es el más esencial requisito para ser autor dramático.

Harto siento yo no serlo, porque siempre he creído que la flor más bella de toda literatura, el último y más espléndido brote del árbol del arte, es el teatro. En él la poesía vuelve á ser objetiva por reflexión, como en la epopeya lo fué por instinto. En él caben todos los géneros, el lírico, el didáctico, el satírico y el narrativo, concurriendo á hacerle cifra de la poesía. La acción prevalece y da sér á todo. El poeta oculta su personalidad y

hace hablar á sus héroes. El pueblo escucha y aplaude. Y no sólo aparece en el teatro la poesía en todos sus géneros y formas, produciendo una hechicera, ideal y fantástica representación de la vida humana, sino que, á fin de rodear y formar séquito pomposo á la poesía, acuden solícitas las demás artes, como siervas ágiles que se esmeran en engalanarla. La pintura, la escultura y la arquitectura levantan para ella palacios aéreos, erigen estatuas ó monumentos ó fingen jardines amenos y bosques frondosos; la arqueología y la indumentaria le prodigan trajes, alhajas y muebles antiguos ó peregrinos; la música le da ricas melodías, y la danza le presta sus rítmicos movimientos, y aquella singular belleza, por quien la docta antigüedad la tuvo en tanta estimación, haciéndola como centro entre los ejercicios del cuerpo y las tareas y disciplinas del alma; poniéndola como mediadora y participante de cuanto crea la mente, que es la *música*, en su acepción más lata, y de cuanto el cuerpo bien educado y robusto es capaz de hacer para mostrar su enérgica gallardía, que es la *gimnástica*. Y como todo esto se somete á la poesía, resulta que en el teatro es donde da y debe dar un pueblo adulto, fecundo y brioso, amplia muestra de su ingenio, y donde hace y debe hacer alarde brillantísimo de toda su cultura.

Siempre me ha repugnado la idea de que el teatro sea una escuela de moral. Y no por tenerle en menos, sino porque me parece poco. ¿Cómo subordinar la poesía, que en ella misma tiene su fin, á un fin extraño, por sublime que sea? Además

que, mirado el teatro como la más cumplida manifestación de toda la cultura de un pueblo, la moral entra, como lo restante, en la manifestación; y ésta no es sólo á manera de espejo clarísimo, donde dicha cultura se refleja, sino espejo de aumento y de mágico poder, en el cual no se refleja ella tal como es, aunque magnificada, sino limpia asimismo de manchas e impurezas, y hermoseada y radiante de luz divina, en donde ya se columbra algo de los futuros ideales, si es que los hay.

Siendo tal mi concepto del teatro, imagine V. lo que me pesará de no poder escribir para el teatro; pero ¿qué le hemos de hacer? Dios no me llama por ese camino.

Esto no obsta para que yo, sin pensar ya en el teatro, haya querido escribir y haya escrito, además de la zarzuela, otros dos como cuentos dialogados, que doy, juntos á la zarzuela, en un tomito, bajo el título común, y no me negará V. que modesto, de *Tentativas dramáticas.*

Una de estas *tentativas* se titula *La venganza de Atahualpa;* la otra, *Asclepigenia.* Ninguna de las dos, cada una por su estilo, es representable; pero ambas, y principalmente la segunda, son de lo menos malo que he escrito yo en mi vida. La necesidad de encerrarlo todo en breve cuadro, y de callarme y dejar hablar á los personajes, me ha obligado á ser sobrio, á no divagar y á ir al grano siempre, como vulgarmente se dice.

A no pocos comentarios se prestan ambas composiciones; algunas notas también debieran ponerse al fin para la mejor inteligencia del texto;

pero la desidia se ha apoderado de mí, y todo va sin comentarios y sin notas. Que cada cual lo entienda como se le antoje. Sólo me atreveré á indicar aquí que en *Asclepigenia* hay mucho de alusivo que le da un interés de actualidad. El panteismo místico de los alemanes, como Schelling, Hegel y Krause, se asemeja no poco al de los alejandrinos, cuyo último representante de valía fué Proclo; y la caída entonces de la filosofía también se puede comparar algo á la caída de la filosofía en estos últimos tiempos, en que los adelantamientos de las ciencias físicas y experimentales y la afición y el entusiasmo por el bienestar material han convertido la ciencia en positivismo. Sólo falta ahora una religión nueva que se levante sobre tanta ruina y traiga en germen en su seno una nueva y más poderosa civilización. El pesimismo ateo de Hartmann y de Schopenhauer, y las melancolías de Renán, y los temores de Strauss, no prometen darnos la religión del porvenir ni nada que se le parezca. Estos señores son unos Budhas cómicos y sin caridad, que por único consuelo á nuestros males nos ofrecen la muerte, y por único freno de crímenes y pecados el progreso futuro, que ya entrevén, el cual ha de llegar á tanta perfección, que habilite á los sabios para destruir el universo y acabar así con nuestras maldades y miserias. Dios quiera que tarden en conseguirlo, pues lo que es á mí no me parece todo tan pésimo.

Ya que estoy con la pluma en la mano, diré también, por si alguien no lo sabe, que en *Asclepigenia* todos los personajes son históricos, salvo

Eumorfo y Crematurgo, y que á todos he procurado conservarles el carácter que en la historia tienen. Si á *Asclepigenia* la hago un si es no es desaforada, sin que conste, como ya no queda nadie de su familia, no perjudico á nadie. Y si á Atenais la llevo á vivir con Asclepigenia, no la ofendo, pues eran paisanas é hijas ambas de filósofos, por lo cual es natural que viviesen juntas en Constantinopla, habiéndose antes conocido en Atenas.

Sólo me queda un escrúpulo; pero el escrúpulo ha acudido tarde, estando ya impresa la obra, y no se puede corregir el pasaje que le suscita: la desvergüenza con que Asclepigenia y Atenais murmuran de la santa emperatriz Pulqueria. Yo creo, sin embargo, que bien entenderá quien me leyere que Asclepigenia era una bribona, que el ladrón piensa que todos son de su condición, y que no es extraño que ella se hiciese eco de las hablillas calumniosas de los nestorianos y de otros herejes, á quienes la santa Emperatriz había perseguido.

Ningún autor es responsable de cuanta tunantería diga ó haga cada uno de los personajes que saca á la escena, y yo no debo responder de las murmuraciones de aquellas mozas insolentes. No es menester acudir á la vida que el Padre jesuita Contucci escribió de la Emperatriz para respetar su limpia fama. Gibbon, con ser impío, la respeta, y en este punto no he de ser yo menos que Gibbon.

En cuanto á la bella Atenais, todos convienen en que fué algo ligera de cascos: hasta el P. Con-

tucci, á pesar de su circunspección. Lo que le hago decir del bello Paulino está, pues, en su lugar, tanto más que por culpa de la manzana, que ella le regaló, vino á sospecharlo todo el emperador Teodosio II, y al bello Paulino le costó la vida, según refieren las historias.

En suma, lo que importa más es que estas tres, que he puesto yo en diálogo, diviertan á quien las lea, ya que para el teatro no sirven.

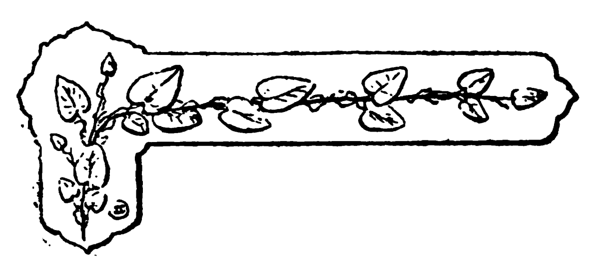
Yo se las dedico á V. por mil razones, largas de poner aquí. Se las dedico á V., por ejemplo, porque V. tiene mucho entendimiento, y, como le tiene, trata con indulgencia mis obras, y porque deseo dar una prueba de mi gratitud al favor que V. me hizo, dejando por falso profeta á mi ilustre amigo difunto; aprendiéndose de memoria bastante más de media docena de versos míos, y desautorizando también á los críticos discretos, cuyas novias no pueden sufrir mis novelas.

Acepte V. mi presente, estimándole y tasándole, no por el valor que tiene en sí, el cual es mezquino, sino por la respetuosa y sana intención con que lo hago, y con la cual estoy y estaré siempre deseoso de servir y complacer á V. como su amigo constante y agradecido Q. B. S. P.

JUAN VALERA.

CUENTOS, DIÁLOGOS

Y FANTASÍAS



AL EXCMO. SEÑOR

D. ENRIQUE R. DE SAAVEDRA,

DUQUE DE RIVAS.

Mi querido amigo: Bien hubiera querido yo escribir algo nuevo expresamente para dedicárselo á V., pero mi pobre ingenio está marchito y seco desde hace dos ó tres años, y empiezo á perder toda esperanza de que reverdezca y vuelva á florecer algún día.

En tan desengañada situación, y urgiéndome pagar la deuda de la lindísima *fantasía* que tuvo V. la bondad de dedicarme, me decido á dedicar á V. esta colección de CUENTOS Y DIÁLOGOS, que, si bien publicados antes aisladamente, salen hoy por vez primera reunidos en un tomo.

Ahí van *Parsondes,* que V. tanto celebra; *El pájaro verde,* cuento vulgar que me contó con

singular talento su señora madre de V. y que yo no he hecho sino poner por escrito, procurando competir con Perrault, Andersen y Musaus; *El bermejino prehistórico*, que yo encuentro gracioso en fuerza de ser disparatado; y los diálogos de *Asclepigenia* y *Gopa*, el primero de los cuales sigo creyendo que es lo más elegante y discreto, ó si se quiere lo menos tonto, que he escrito en mi vida.

Acoja V. con benignidad estas obrillas ligeras, sobre las cuales nada más se me ocurre que decir, pues las escribí sin intención de enseñar y sólo con el fin de pasar el tiempo y de ver si lograba divertirme yo y divertir también á quien me leyese.

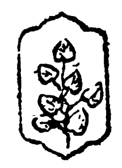
Lo primero lo he conseguido. ¿Por qué no confesarlo? Como me quiero bien, me río á mí mismo las gracias. Así es que CUENTOS Y DIÁLOGOS me han encantado al escribirlos y aun al leerlos y releerlos después de escritos. Ya esto es bastante triunfo, aunque el encanto de la diversión no pase de mí ni se transmita á otros. Harto lo sentiré, pero me consolaré imaginando, porque el amor propio es muy sutil inventor, que si no me ríen las gracias los demás es porque las tales gracias están disimuladas y escondidas en el texto, y así no las ve quien no le penetra y ahonda. Yo procuraré, en otra ocasión, poner las gracias, si las tengo, algo más superficiales. Entre tanto, conténtese V., ó

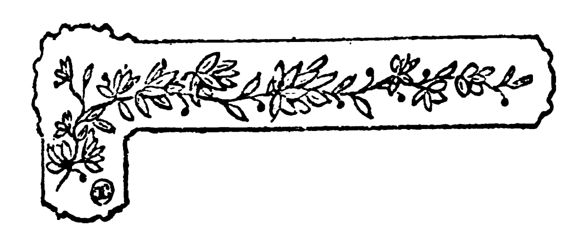
mejor dicho, no se disguste con esto que le dedico, pues bien sé yo que, si vale algo y si tiene chiste, V. habrá de hallarle, sin que tenga yo necesidad de indicar dónde está lo chistoso para que V. lo ría.

Créame V. siempre su buen amigo

J. VALERA.

LISBOA 20 de febrero de 1882.





EL PÁJARO VERDE.

I.

Hubo, en época muy remota de ésta en que vivimos, un poderoso Rey, amado con extremo de sus vasallos y poseedor de un fertilísimo, dilatado y populoso reino, allá en las regiones de Oriente. Tenía este Rey inmensos tesoros y daba fiestas espléndidas. Asistían en su corte las más gentiles damas y los más discretos y valientes caballeros que entonces había en el mundo. Su ejército era numeroso y aguerrido. Sus naves recorrían como en triunfo el Océano. Los parques y jardines, donde solía cazar y holgarse, eran maravillosos por su grandeza y frondosidad y por la copia de alimañas y de aves que en ellos se alimentaban y vivían.

Pero ¿qué diremos de sus palacios y de lo que en sus palacios se encerraba, cuya magnificencia excede á toda ponderación? Allí muebles riquísimos, tronos de oro y de plata y vajillas de porce-

lana, que era entonces menos común que ahora; allí enanos, gigantes, bufones y otros monstruos para solaz y entretenimiento de S. M.; allí cocineros y reposteros profundos y eminentes, que cuidaban de su alimento corporal, y allí no menos profundos y eminentes filósofos, poetas y jurisconsultos, que cuidaban de dar pasto á su espíritu, que concurrían á su consejo privado, que decidían las cuestiones más arduas de derecho, que aguzaban y ejercitaban el ingenio con charadas y logogrifos, y que cantaban las glorias de la dinastía en colosales epopeyas.

Los vasallos de este Rey le llamaban con razón *el Venturoso*. Todo iba de bien en mejor durante su reinado. Su vida había sido un tejido de felicidades, cuya brillantez empañaba solamente con negra sombra de dolor la temprana muerte de la señora Reina, persona muy cabal y hermosa á quien S. M. había querido con todo su corazón. Imagínate, lector, lo que la lloraría, y más habiendo sido él, por el mismo acendrado cariño que la tenía, causa inocente de su muerte.

Cuentan las historias de aquel país que ya llevaba el Rey siete años de matrimonio sin lograr sucesión, aunque vehementemente la deseaba, cuando ocurrieron unas guerras en país vecino. El Rey partió con sus tropas; pero antes se despidió de la señora Reina con mucho afecto. Ésta, dándole un abrazo, le dijo al oído:—No se lo digas á nadie para que no se rían si mis esperanzas no se logran, pero me parece que estoy en cinta.

La alegría del Rey con esta nueva no tuvo lími-

tes, y como todo le sale bien al que está alegre, él triunfó de sus enemigos en la guerra, mató por su propia mano á tres ó cuatro reyes que le habían hecho no sabemos qué mala pasada, asoló ciudades, hizo cautivos, y volvió cargado de botín y de gloria á la hermosa capital de su monarquía.

Habían pasado en esto algunos meses; así es que, al atravesar el Rey con gran pompa la ciudad, entre las aclamaciones y el aplauso de la multitud y el repiqueteo de las campanas, la Reina estaba pariendo, y parió con felicidad y facilidad, á pesar del ruido y agitación y aunque era primeriza.

¡Qué gusto tan pasmoso no tendría S. M. cuando, al entrar en la real cámara, el comadrón mayor del reino le presentó á una hermosa Princesa que acababa de nacer! El Rey dió un beso á su hija, y se dirigió lleno de júbilo, de amor y de satisfacción, al cuarto de la señora Reina, que estaba en la cama tan colorada, tan fresca y tan bonita como una rosa de mayo.

—¡Esposa mía!— exclamó el Rey, y la estrechó entre sus brazos. Pero el Rey era tan robusto y era tan viva la efusión de su ternura, que sin más ni menos ahogó sin querer á la Reina. Entonces fueron los gritos, la desesperación y el llamarse á sí propio animal, con otras elocuentes muestras de doloroso sentimiento. Mas no por esto resucitó la Reina, la cual, aunque muerta, estaba divina. Una sonrisa de inefable deleite se diría que aún vagaba sobre sus labios. Por ellos, sin duda, había volado el alma envuelta en un suspiro de amor, y orgullosa de haber sabido inspirar cariño bastante para

producir aquel abrazo. ¡Qué mujer verdaderamente enamorada no envidiará la suerte de esta Reina!

El Rey probó el mucho cariño que le tenía, no sólo en vida de ella, sino después de su muerte. Hizo voto de viudez y de castidad perpetuas, y supo cumplirle. Mandó componer á los poetas una corona fúnebre, que aún dicen que se tiene en aquel reino como la más preciosa joya de la literatura nacional. La corte estuvo tres años de luto. Del mausoleo que se levantó á la Reina sólo fué posteriormente el de Caria un mezquino remedo.

Pero como, según dice el refrán, no hay mal que dure cien años, el Rey, al cabo de un par de ellos, sacudió la melancolía, y se creyó tan venturoso ó más venturoso que antes. La Reina se le aparecía en sueños, y le decía que estaba gozando de Dios, y la Princesita crecía y se desarrollaba que era un contento.

Al cumplir la Princesita los quince años, era, por su hermosura, entendimiento y buen trato, la admiración de cuantos la miraban y el asombro de cuantos la oían. El Rey la hizo jurar heredera del trono, y trató luego de casarla.

Más de quinientos correos de gabinete, caballeros en sendas cebras de posta, salieron á la vez de la capital del reino con despachos para otras tantas cortes, invitando á todos los Príncipes á que viniesen á pretender la mano de la Princesa, la cual había de escoger entre ellos al que más le gustase.

La fama de su portentosa hermosura había recorrido ya el mundo todo; de suerte que, apenas

fueron llegando los correos á las diferentes cortes, no había Príncipe, por ruín y para poco que fuese, que no se decidiera á ir á la capital del *Rey Venturoso*, á competir en justas, torneos y ejercicios de ingenio, por la mano de la Princesa. Cada cual pedía al Rey su padre armas, caballos, su bendición y algún dinero, con lo cual, al frente de una brillante comitiva, se ponía en camino.

Era de ver cómo iban llegando á la corte de la Princesita todos estos altos señores. Eran de ver los saraos que había entonces en los palacios reales. Eran de admirar, por último, los enigmas que los Príncipes se proponían para mostrar la respectiva agudeza; los versos que escribían; las serenatas que daban; los combates del arco, del pugilato y de la lucha, y las carreras de carros y de caballos, en que procuraba cada cual salir venccdor de los otros y ganarse el amor de la pretendida novia.

Pero ésta, que á pesar de su modestia y discreción, estaba dotada, sin poderlo remediar, de una índole arisca, descontentadiza y desamorada, abrumaba á los Príncipes con su desdén, y de ninguno de ellos se le importaba un ardite. Sus discreciones le parecían frialdades, simplezas sus enigmas, arrogancia sus rendimientos y vanidad ó codicia de sus riquezas el amor que le mostraban. Apenas se dignaba mirar sus ejercicios caballerescos, ni oir sus serenatas, ni sonreir agradecida á sus versos de amor. Los magníficos regalos, que cada cual le había traído de su tierra, estaban arrinconados en un zaquizamí del regio alcázar.

La indiferencia de la Princesa era glacial para

todos los pretendientes. Sólo uno, el hijo del Kan de Tartaria, había logrado salvarse de su indiferencia para incurrir en su odio. Este Príncipe adolecía de una fealdad sublime. Sus ojos eran oblicuos, las mejillas y la barba salientes, crespo y enmarañado el pelo, rechoncho y pequeño el cuerpo, aunque de titánica pujanza, y el genio intranquilo, mofador y orgulloso. Ni las personas más inofensivas estaban libres de sus burlas, siendo principal blanco de ellas el Ministro de Negocios extranjeros del *Rey Venturoso*, cuya gravedad, entono y cortas luces, así como lo detestablemente que hablaba el *sanscrito*, lengua diplomática de entonces, se prestaban algo al escarnio y á los chistes.

Así andaban las cosas, y las fiestas de la corte eran más brillantes cada día. Los Príncipes, sin embargo, se desesperaban de no ser queridos; el *Rey Venturoso* rabiaba al ver que su hija no acababa de decidirse, y ésta continuaba erre que erre en no hacer caso de ninguno, salvo del Príncipe tártaro, de quien sus pullas y declarado aborrecimiento vengaban con usura al famoso Ministro de su padre.

II.

Aconteció, pues, que la Princesa, en una hermosa mañana de primavera, estaba en su tocador. La doncella favorita peinaba sus dorados, largos y

suavísimos cabellos. Las puertas de un balcón, que daba al jardín, estaban abiertas para dejar entrar el vientecillo fresco y con él el aroma de las flores.

Parecía la Princesa melancólica y pensativa y no dirigía ni una sola palabra á su sierva.

Ésta tenía ya entre sus manos el cordón con que se disponía á enlazar la áurea crencha de su ama, cuando á deshora entró por el balcón un preciosísimo pájaro, cuyas plumas parecían de esmeralda, y cuya gracia en el vuelo dejó absortas á la señora y á su sirvienta. El pájaro, lanzándose rápidamente sobre esta última, le arrebató de las manos el cordón, y volvió á salir volando de aquella estancia.

Todo fué tan instantáneo, que la Princesa apenas tuvo tiempo de ver al pájaro; pero su atrevimiento y su hermosura le causaron la más extraña impresión.

Pocos días después, la Princesa, para distraer sus melancolías, tejía una danza con sus doncellas, en presencia de los Príncipes. Estaban todos en los jardines y la miraban embelesados. De pronto sintió la Princesa que se le desataba una liga, y, suspendiendo el baile, se dirigió con disimulo á un bosquecillo cercano para atársela de nuevo. Descubierta tenía ya S. A. la bien torneada pierna, había estirado ya la blanca media de seda y se preparaba á sujetarla con la liga que tenía en la mano, cuando oyó un ruido de alas, y vió venir hacia ella el pájaro verde, que le arrebató la liga en el ebúrneo pico y desapareció al punto. La Princesa dió un grito y cayó desmayada.

Acudieron los pretendientes y su padre. Ella vol-

vió en sí, y lo primero que dijo fué:—¡Que me busquen el pájaro verde... que me le traigan vivo... que no le maten... yo quiero poseer vivo el pájaro verde!

Mas en balde le buscaron los Príncipes. En balde, á pesar de lo mandado por la Princesa de que no se pensase en matar el pájaro verde, se soltaron contra él neblíes, sacres, gerifaltes y hasta águilas caudales, domesticadas y adiestradas en la cetrería. El pájaro verde no pareció ni vivo ni muerto.

El deseo no cumplido de poseerle atormentaba á la Princesa y acrecentaba su mal humor. Aquella noche no pudo dormir. Lo mejor que pensaba de los Príncipes era que no valían para nada.

Apenas vino el día, se alzó del lecho, y en ligeras ropas de levantar, sin corsé ni miriñaque, más hermosa é interesante en aquel *deshabillé*, pálida y ojerosa, se dirigió con su doncella favorita á lo más frondoso del bosque que estaba á la espalda de palacio, y donde se alzaba el sepulcro de su madre. Allí se puso á llorar y á lamentar su suerte.—¿De qué me sirven, decía, todas mis riquezas, si las desprecio; todos los Príncipes del mundo, si no los amo; de qué mi reino, si no te tengo á ti, madre mía, y de qué todos mis primores y joyas, si no poseo el hermoso pájaro verde?

Con esto, y como para consolarse algo, desenlazó el cordón de su vestido y sacó del pecho un rico guardapelo, donde guardaba un rizo de su madre, que se puso á besar. Mas apenas empezó á besarle, cuando acudió más rápido que nunca el pájaro verde, tocó con su ebúrneo pico los labios de la

Princesa y arrebató el guardapelo, que durante tantos años había reposado contra su corazón, y en tan oculto y deseado lugar había permanecido. El robador desapareció en seguida, remontando el vuelo y perdiéndose en las nubes.

Esta vez no se desmayó la Princesa; antes bien se paró muy colorada y dijo á la doncella:—Mírame, mírame los labios; ese pájaro insolente me los ha herido, porque me arden.

La doncella los miró y no notó picadura ninguna; pero indudablemente el pájaro había puesto en ellos algo de ponzoña, porque el traidor no volvió á aparecer en adelante, y la Princesa fué desmejorándose por grados, hasta caer enferma de mucho peligro. Una fiebre singular la consumía, y casi no hablaba sino para decir:—Que no le maten... que me le traigan vivo... yo quiero poseerle.

Los médicos estaban de acuerdo en que la única medicina para curar á la Princesa, era traerle vivo el pájaro verde. Mas ¿dónde hallarle? Inútil fué que le buscasen los más hábiles cazadores. Inútil que se ofreciesen sumas enormes á quien le trajera.

El *Rey Venturoso* reunió un gran congreso de sabios á fin de que averiguasen, so pena de incurrir en su justa indignación, quién era y dónde vivía el pájaro verde, cuyo recuerdo atormentaba á su hija.

Cuarenta días y cuarenta noches estuvieron los sabios reunidos, sin cesar de meditar y disertar sino para dormir un poco y alimentarse. Pronunciaron muy doctos y elocuentes discursos, pero nada averiguaron.—Señor, dijeron al cabo todos

ellos al Rey, postrándose humildemente á sus pies é hiriendo el polvo con las respetables frentes, somos unos mentecatos; haz que nos ahorquen; nuestra ciencia es una mentira: ignoramos quién sea el pájaro verde, y sólo nos atrevemos á sospechar si será acaso el ave fénix del Arabia.

—Levantaos, contestó el Rey con notable magnanimidad, yo os perdono y os agradezco la indicación sobre el ave fénix. Sin tardanza saldrán siete de vosotros con ricos presentes para la Reina de Sabá, y con todos los recursos de que yo puedo disponer para cazar pájaros vivos. El fénix debe de tener su nido en el país sabeo, y de allí habéis de traérmele, si no queréis que mi cólera regia os castigue aunque tratéis de evitarla escondiéndoos en las entrañas de la tierra.

En efecto, salieron para el Arabia siete sabios de los más versados en lingüística, y entre ellos el Ministro de Negocios extranjeros, sobre lo cual tuvo mucho que reir el Príncipe tártaro.

Este Príncipe envió también cartas á su padre, que era el más famoso encantador de aquella edad, consultándole sobre el caso del pájaro verde.

La Princesa, en el ínterin, seguía muy mal de salud y lloraba tan abundantes lágrimas, que diariamente empapaba en ellas más de cincuenta pañuelos. Las lavanderas de palacio estaban con esto muy afanadas, y como entonces ni la persona más poderosa tenía tanta ropa blanca como ahora se usa, no hacían más que ir á lavar al río.

III.

Una de estas lavanderas, que era, valiéndonos de cierta expresión á la moda, una *pollita muy simpática*, volvía un día, al anochecer, de lavar en el río los lacrimosos pañuelos de la Princesa.

En medio del camino, y mùy distante aún de las puertas de la ciudad, se sintió algo cansada y se sentó al pie de un árbol. Sacó del bolsillo una naranja, y ya iba á mondarla para comérsela, cuando se le escapó de las manos y empezó á rodar por aquella cuesta abajo con singular ligereza. La muchachuela corrió en pos de su naranja; pero mientras más corría, más la naranja se adelantaba, sin que jamás se parase y sin que ella llegase á alcanzarla en la carrera, si bien no la perdía de vista. Cansada de correr, y sospechando, aunque poco experimentada en las cosas del mundo, que aquella naranja tan corredora no era del todo natural, la pobre se detenía á veces y pensaba en desistir de su empeño; pero la naranja al punto se detenía también, como si ya hubiese cesado en su movimiento y convidase á su dueño á que de nuevo la cogiese. Llegaba ella á tocarla con la mano, y la naranja se le deslizaba otra vez y continuaba su camino.

Embelesada estaba la lavanderilla en tan inaudita persecución, cuando notó al fin que se hallaba en un bosque intrincado, y que la noche se le

venía encima, obscura como boca de lobo. Entonces tuvo miedo, y rompió en desconsoladísimo llanto. La obscuridad creció rápidamente, y ya no le permitió ni ver la naranja, ni orientarse, ni dar con el camino para volverse atrás.

Iba, pues, vagando á la ventura, afligidísima y muerta de hambre y cansancio, cuando columbró no muy lejos unas brillantes lucecitas. Imaginó ser las de la ciudad; dió gracias á Dios, y enderezó sus pasos hacia aquellas luces. Pero ¡cuán grande no sería su sorpresa al encontrarse, á poco trecho y sin salir del intrincado bosque, á las puertas de un suntuosísimo palacio, que parecía un ascua de oro por lo que brillaba, y en cuya comparación pasaría por una pobre choza el espléndido alcázar del *Rey Venturoso!*

No había guardia, ni portero, ni criados que impidiesen la entrada, y la chica, que no era corta, y que además sentía el estímulo de la curiosidad y el deseo de albergarse y de comer algo, traspasó los umbrales, subió por una ancha y lujosa escalera de bruñido jaspe, y empezó á discurrir por los más ricos y elegantes salones que imaginarse pueden, aunque siempre sin ver á nadie. Los salones estaban, sin embargo, profusamente iluminados por mil lámparas de oro, cuyo perfumado aceite difundía suavísima fragancia. Los primorosos objetos que en los salones había eran para espantar por su riqueza y exquisito gusto, no ya á la lavanderilla, que poco de esto había disfrutado, sino á la mismísima reina Victoria, que hubiera confesado la relativa inferioridad de la industria inglesa, y hu-

biera dado patentes y medallas á los inventores y fabricantes de todos aquellos artículos.

La lavandera los admiró á su sabor, y admirándolos se fué poco á poco hacia un sitio de donde salía un rico olorcillo de viandas muy suculento y delicioso. De esta suerte llegó á la cocina; pero ni jefe, ni sota-cocineros, ni pinches, ni fregatrices había en ella: todo estaba desierto, como el resto del palacio. Ardían, no obstante, el fogón, el horno y las hornillas, y en ellos estaban al fuego infinito número de peroles, cacerolas y otras vasijas. Levantó nuestra aventurera la cubierta de una cacerola y vió en ella unas anguilas; levantó otra y vió una cabeza de jabalí desosada y rellena de pechugas de faisanes y de trufas; en resolución, vió los manjares más exquisitos que se presentan en las mesas de los reyes, emperadores y papas: y hasta vió algunos platos, al lado de los cuales los imperiales, papales y regios serían tan groseros, como al lado de éstos un potaje de judías ó un gazpacho.

Animada la chica con lo que veía y olía, se armó de un cuchillo y de un trinchante, y se lanzó con resolución sobre la cabeza de jabalí. Mas apenas hubo llegado á ella, recibió en sus manos un golpe, dado al parecer por otra poderosa é invisible, y oyó una voz que le decía, tan de cerca que sintió la agitación del aire y el aliento caliente y vivo de las palabras:

—¡Tate... que es para mi señor el Príncipe!

Se dirigió entonces á unas truchas salmonadas, creyéndolas manjar menos principesco y que le de-

jarían comer; pero la mano invisible vino de nuevo á castigar su atrevimiento, y la voz misteriosa á repetirle:

—¡Tate... que es para mi señor el Príncipe!

Tentó, por último, mejor fortuna en tercero, cuarto y quinto plato, pero siempre le aconteció lo propio: así tuvo con harta pena que resignarse á ayunar, y se salió despechada de la cocina.

Volvió luego á recorrer los salones, donde reinaba siempre la misma misteriosa soledad y donde el más profundo silencio parecía tener su morada, y llegó á una alcoba lindísima, en la cual sólo dos ó tres luces, encerradas y amortecidas en vasos de alabastro, derramaban una claridad indecisa y voluptuosa, que estaba convidando al reposo y al sueño. Había en esta alcoba una cama tan cómoda y mullida, que nuestra lavandera, que estaba cansadísima, no pudo resistir á la tentación de tenderse en ella y descansar. Iba á poner en ejecución su propósito, y ya se había sentado y se disponía á tenderse, cuando en la parte misma de su cuerpo con que acababa de tocar la cama, sintió una dolorosa picadura, como si con un alfiler de á ochavo la punzasen, y oyó de nuevo una voz que decía:

—¡Tate... que es para mi señor el Príncipe!

No hay que decir que la lavanderilla se asustó y afligió con esto, resignándose á no dormir, como á no comer se había resignado; y para distraer el hambre y el sueño, se puso á registrar cuantos objetos había en la alcoba, llevando su curiosidad hasta levantar las colgaduras y los tapices.

Detrás de uno de éstos descubrió nuestra heroí-

na una primorosa puertecilla secreta de sándalo con embutidos de nácar. La empujó suavemente, y, cediendo la puerta, se encontró en una escalera de caracol, de mármol blanco. Por ella bajó sin detenerse á uno como invernáculo, donde crecían las plantas y las flores más aromáticas y extrañas, y en cuyo centro había una taza inmensa, hecha, al parecer, de un solo, limpio y diáfano topacio. Se levantaba del medio de la taza un surtidor tan gigantesco como el que hay ahora en la *Puerta del Sol*, pero con la diferencia de que el agua del de la *Puerta del Sol* es natural y ordinaria, y la de éste era agua de olor, y tenía además en sí misma todos los colores del iris y luz propia, lo cual, como ya calculará el lector, le daba un aspecto sumamente agradable.—Hasta el murmullo que hacía esta agua al caer tenía algo más musical y acordado que el que producen otras, y se diría que aquel surtidor cantaba alguna de las más enamoradas canciones de Mozart ó de Bellini.

Absorta estaba la lavandera mirando aquellas bellezas y gozando de aquella harmonía, cuando oyó un grande estrépito y vió abrirse una ventana de cristales.

La lavandera se escondió precipitadamente detrás de una masa de verdura, á fin de no ser vista y poder ver á las personas ó seres, que sin duda se acercaban.

Éstos eran tres pájaros rarísimos y lindísimos, uno de ellos todo verde, y brillante como una esmeralda. En él creyó ver la lavandera, con notable contento, al que era causa, según todo el mundo

aseguraba, de la pertinaz dolencia de la *Princesa Venturosa*. Los otros dos pájaros no eran, ni con mucho, tan bellos; pero tampoco carecían de mérito singular. Los tres venían con muy ligero vuelo, y los tres se abatieron sobre la taza de topacio y se zambulleron en ella.

A poco rato vió la lavandera que del seno diáfano del agua salían tres mancebos tan lindos, bien formados y blancos, que parecían estatuas peregrinas hechas por mano maestra, con mármol teñido de rosas. La chica, que en honor de la verdad se debe decir que jamás había visto hombres desnudos, y que de ver á su padre, á sus hermanos y á otros amigos, vestidos y mal vestidos, no podía deducir hasta dónde era capaz de elevarse la hermosura humana masculina, se figuró que miraba á tres genios inmortales ó á tres ángeles del cielo. Así es que, sin ruborizarse, los siguió mirando con bastante complacencia, como objetos santos y nada pecaminosos. Pero los tres salieron al punto del agua, y pronto se vistieron de elegantes ropas.

Uno de ellos, el más hermoso de los tres, llevaba sobre la cabeza una diadema de esmeraldas, y era acatado de los otros como señor soberano. Si desnudo le pareció á la lavanderilla un ángel ó un genio por la hermosura, ya vestido la deslumbró con su majestad, y le pareció el emperador del mundo y el príncipe más adorable de la tierra.

Aquellos señores se dirigieron en seguida al comedor y se sentaron en una espléndida mesa, donde había tres cubiertos preparados. Una música sumisa é invisible les hizo salva al llegar y les regaló

los oídos mientras comían. Criados, invisibles también, iban trayendo los platos y sirviendo admirablemente la mesa. Todo esto lo veía y notaba la lavanderilla, que, sin ser vista ni oída, había seguido á aquellos señores, y estaba escondida en el comedor detrás de un cortinaje.

Desde allí pudo oir algo de la conversación, y comprender que el más hermoso de los mancebos era el Príncipe heredero del grande imperio de la China, y los otros dos, el uno su secretario y el otro su escudero más querido; los cuales estaban encantados y transformados en pájaros durante todo el día, y sólo por la noche recobraban su sér natural, previo el baño de la fuente.

Notó, asimismo, la curiosa lavandera que el Príncipe de las esmeraldas apenas comía, aunque sus familiares le rogaban que comiese, y que se mostraba melancólico y arrobado, exhalando á veces de lo más hondo del hermosísimo pecho un ardiente suspiro.

IV.

Refieren las crónicas que vamos extractando que, terminado ya aquel opíparo y poco alegre festín, el Príncipe de las esmeraldas, volviendo en sí como de algún sueño, alzó la voz y dijo:

—Secretario, tráeme la cajita de mis entretenimientos.

El secretario se levantó de la mesa y volvió de allí á poco con la cajita más preciosa que han vis-

to ojos mortales. Aquélla en que encerró Alejandro la *Iliada* era, en comparación de ésta, más chapucera y pobre que una caja de turrón de Jijona.

El Príncipe tomó la cajita en sus manos, la abrió y estuvo largo rato contemplando con ojos amorosos lo que había en el fondo de ella. Metió luego la mano en la cajita y sacó un cordón. Le besó apasionadamente, derramó sobre él lágrimas de ternura y prorrumpió en estas palabras:

¡Ay cordoncito de mi señora!
¡Quién la viera ahora!

Colocó de nuevo el cordón en la cajita, y sacó de ella una liga bordada y muy limpia. La besó, la acarició también y exclamó al besarla:

¡Ay linda liga de mi señora!
¡Quién la viera ahora!

Sacó, por último, un precioso guardapelo, y si mucho había besado cordón y liga, más le besó y más le acarició aún, diciendo con acento tristísimo, que partía los corazones y hasta las peñas:

¡Ay guardapelo de mi señora!
¡Quién la viera ahora!

A poco el Príncipe y los dos familiares se retiraron á sus alcobas, y la lavanderilla no se atrevió á seguirlos. Viéndose sola en el comedor, se acercó á la mesa, donde aún estaban casi intactos los ricos manjares, los confites, las frutas y los generosos y chispeantes vinos; pero el recuerdo de la voz mis-

teriosa y de la mano invisible la detenían, y la obligaban á contentarse con mirar y oler.

Para gozar de este incompleto deleite, se acercó tanto á los manjares, que vino á ponerse entre la mesa y la silla del Príncipe. Entonces sintió, no ya una, sino dos manos invisibles que le caían sobre los hombros oprimiéndola. La voz misteriosa le dijo:

—Siéntate y come.

En efecto, se halló sentada en la misma silla del Príncipe; y, ya autorizada por la voz, se puso á comer con un apetito extraordinario, que la novedad y lo exquisito de la comida hacían mayor aún, y comiendo se quedó profundamente dormida.

Cuando despertó, era muy de día. Abrió los ojos, y se encontró en medio del campo, tendida al pie del árbol donde había querido comerse la naranja. Allí estaba la ropa que había traído del río, y hasta la naranja corredora estaba allí también.

—¿Si habrá sido todo un sueño? dijo para sí la lavanderilla. Quisiera volver al palacio del Príncipe de la China para cerciorarme de que aquellas magnificencias son reales y no soñadas.

Diciendo esto, tiró al suelo la naranja para ver si le mostraba nuevamente el camino; pero la naranja rodaba un poco, y luego se detenía en cualquier hoyo ó tropiezo, ó cuando el impulso con que se movía dejaba de ser eficaz. En suma, la naranja hacía lo que hacen de ordinario, en idénticas circunstancias, todas las naranjas naturales. Su conducta no tenía nada de extraño ni de maravilloso.

Despechada entonces la muchacha, partió la naranja y vió que por dentro era como las demás. Se la comió, y le supo á lo mismo que cuantas naranjas había comido antes.

Ya apenas dudó de que había soñado.—Ningún objeto tengo, añadió, con que convencerme á mí propia de la realidad de lo que he visto; mas iré á ver á la Princesa y se lo contaré todo, por lo que pueda importarle.

V.

Mientras acontecían, en sueño ó en realidad, los poco ordinarios sucesos que quedan referidos, la *Princesa Venturosa*, fatigada de tanto llorar, estaba durmiendo tranquilamente; y aunque eran ya las ocho de la mañana, hora en que todo el mundo solía estar levantado y aun almorzado en aquella época, la Princesita, sin dar acuerdo de su persona, seguía en la cama.

Muy interesante juzgó, sin duda, su doncella favorita las nuevas que le traía, cuando se atrevió á despertarla. Entró en su alcoba, abrió la ventana y exclamó con alborozo:

—Señora, señora, despertad y alegraos, que ya hay quien os traiga nuevas del pájaro verde.

La Princesa se despertó, se restregó los ojos, se incorporó y dijo:

—¿Han vuelto los siete sabios que fueron al país sabeo?

—Nada de eso, contestó la doncella; quien trae

las nuevas es una de las lavanderillas que lavan los lacrimosos pañuelos de V. A.

—Pues hazla entrar al momento.

Entró la lavanderilla, que estaba ya detrás de una puerta aguardando este permiso, y empezó á referir con gran puntualidad y despejo cuanto le había pasado.

Al oir la aparición del pájaro verde, la Princesa se llenó de júbilo, y al escuchar su salida del agua convertido en hermoso Príncipe, se puso encendida como la grana, una celestial y amorosa sonrisa vagó sobre sus labios, y sus ojos se cerraron blandamente como para reconcentrarse ella en sí misma y ver al Príncipe con los ojos del alma. Por último, al saber la mucha estima, veneración y afecto que el Príncipe le tenía, y el amor y cuidado con que guardaba las tres prendas robadas en la preciosa cajita de sus entretenimientos, la Princesita, á pesar de su modestia, no pudo contenerse, abrazó y besó á la lavanderilla y á la doncella, é hizo otros extremos no menos disculpables, inocentes y delicados.

—Ahora sí, decía, que puedo llamarme propiamente la *Princesa Venturosa.* Este capricho de poseer el pájaro verde no era capricho, era amor. Era y es un amor que, por oculto y no acostumbrado camino, ha penetrado en mi corazón. No he visto al Príncipe, y creo que es hermoso. No le he hablado, y presumo que es discreto. No sé de los sucesos de su vida, sino que está encantado y que me tiene encantada, y doy por cierto que es valiente, generoso y leal.

—Señora, dijo la lavanderilla, yo puedo asegurar á V. A. que el Príncipe, si mi visión no es un sueño vano, parece un pino de oro, y tiene una cara tan bondadosa y dulce que da gloria verla. El secretario no es mal mozo tampoco; pero al que yo, no sé por qué, le he tomado afición, es al escudero.

—Tú te casarás con el escudero, replicó la Princesa. Mi doncella, si gusta, se casará con el secretario, y ambas seréis mandarinas y damas de mi corte. Tu sueño no ha sido sueño, sino realidad. El corazón me lo dice. Lo que importa ahora es desencantar á los tres pájaros mancebos.

—¿Y cómo podremos desencantarlos? dijo la doncella favorita.

—Yo misma, contestó la Princesa, iré al palacio en que viven y allí veremos. Tú me guiarás, lavanderilla.

Ésta, que no había terminado su narración, la terminó entonces, é hizo ver que no podía servir de guía.

La Princesa la escuchó con mucha atención, estuvo meditando un rato, y dijo luego á la doncella:

—Ve á mi biblioteca y tráeme el libro de *Los Reyes contemporáneos* y el *Almanaque astronómico.*

Venidos que fueron estos volúmenes, hojeó la Princesa el de *Los Reyes,* y leyó en alta voz los siguientes renglones:

«El mismo día en que murió el Emperador chinesco, su único hijo, que debía heredarle, desapareció de la corte y de todo el imperio. Sus súbditos, creyéndole muerto, han tenido que someterse al Kan de Tartaria.»

—¿Qué deducís de eso, señora? dijo la doncella.

—¿Qué he de deducir, respondió la *Princesa Venturosa*, sino que el Kan de Tartaria es quien tiene encantado á mi Príncipe para usurparle la corona? He ahí por qué aborrezco yo tanto al Príncipe tártaro. Ahora me lo explico todo.

—Pero no basta explicarlo; menester es remediarlo, dijo la lavandera.

—De ello trato, añadió la Princesa, y para ello conviene que al instante se manden hombres armados, que inspiren la mayor confianza, á todos los caminos y encrucijadas por donde puedan venir los correos que envió el Príncipe tártaro al Rey su padre, para consultarle sobre el caso del pájaro verde. Las cartas que trajeren les serán arrebatadas y se me entregarán. Si los mensajeros se resisten, serán muertos; si ceden, serán aprisionados é incomunicados, á fin de que nadie sepa lo que acontece. Ni el Rey mi padre ha de saberlo. Todo lo dispondremos entre las tres con el mayor sigilo. Aquí tenéis dinero bastante para comprar el silencio, la fidelidad y la energía de los hombres que han de ejecutar mi proyecto.

Y efectivamente, la Princesa, que ya se había levantado y estaba de bata y en babuchas, sacó de un escaparate dos grandes bolsas llenas de oro, y se las dió á sus confidentas.

Éstas partieron sin tardanza á poner en ejecución lo convenido, y la *Princesa Venturosa* se quedó estudiando profundamente el *Almanaque astronómico*.

VI.

Cinco días habían pasado desde el momento en que tuvo lugar la escena anterior. La Princesa no había llorado en todo ese tiempo, causando no poco asombro y placer al Rey su padre. La Princesa había estado hasta jovial y bromista, dando leves esperanzas á los Príncipes pretendientes de que al fin se decidiría por uno de ellos, porque los pretendientes se las prometen siempre felices.

Nadie había sospechado la causa de tan repentina mudanza y de tan inesperado alivio en la Princesa.

Sólo el Príncipe tártaro, que era diabólicamente sagaz, recelaba, aunque de una manera muy vaga, que la Princesa había recibido alguna noticia del pájaro verde. Tenía, además, el Príncipe tártaro el misterioso presentimiento de una gran desgracia, y había adivinado por el arte mágica, que su padre le enseñara, que en el pájaro verde debía mirar un enemigo. Calculando, además, como sabedor del camino y del tiempo que en él debe emplearse, que aquel día debían llegar los mensajeros que envió á su padre, y ansioso de saber lo que respondía éste á la consulta que le hizo, montó á caballo al amanecer, y con cuarenta de los suyos, todos bien armados, salió en busca de los mensajeros referidos.

Mas aunque el Príncipe tártaro salió con gran secreto, la *Princesa Venturosa*, que tenía espías,

y estaba, como vulgarmente se dice, con la barba sobre el hombro, supo al instante su partida, y llamó á consejo á la lavanderilla y á la doncella.

Luego que las tuvo presentes, les dijo muy angustiada:

—Mi situación es terrible. Tres veces he ido inútilmente á tirar la naranja debajo del árbol, desde donde la tiró la lavanderilla; pero la naranja no ha querido guiarme al alcázar de mi amante. Ni le he visto, ni he podido averiguar el modo de desencantarle. Sólo he averiguado, por el *Almanaque astronómico*, que la noche en que la lavanderilla le vió, era el equinoccio de primavera. Acaso no sea posible volver á verle hasta el próximo equinoccio de la misma estación, y ya para entonces el Príncipe tártaro me le habrá muerto. El Príncipe le matará en cuanto reciba la carta de su padre, y ya ha salido á buscarla con cuarenta de los suyos.

—No os aflijáis, hermosa Princesa, dijo la doncella favorita; tres partidas de cien hombres están esperando á los mensajeros en diferentes puntos para arrebatarles la carta y traérosla. Los trescientos son briosos, llevan armas de finísimo temple, y no se dejarán vencer por el Príncipe tártaro á pesar de sus artes mágicas.

—Sin embargo, yo soy de opinión, añadió la lavandera, de que se envíen más hombres contra el Príncipe tártaro. Aunque éste, á la verdad, sólo lleva cuarenta consigo, todos ellos, según se dice, tienen corazas y flechas encantadas, que á cada uno le hacen valer por diez.

El prudente consejo de la lavandera fué adopta-

do en seguida. La Princesa hizo venir secretamente á su estancia al más bizarro y entendido general de su padre. Le contó todo lo que pasaba, le confió sus penas y le pidió su apoyo. Éste se le otorgó, y reuniendo apresuradamente un numeroso escuadrón de soldados, salió de la capital decidido á morir en la demanda ó traer á la Princesa la carta del Kan de Tartaria y al hijo del Kan, vivo ó muerto.

Después de la partida del general, la Princesa juzgó conveniente informar al *Rey Venturoso* de cuanto había acontecido. El Rey se puso fuera de sí. Dijo que toda la historia del pájaro verde era un sueño ridículo de su hija y de la lavandera, y se lamentó de que fundada su hija en un sueño enviase á tantos asesinos contra un Príncipe ilustre, faltando á las leyes de la hospitalidad, al derecho de gentes y á todos los preceptos morales.

—¡Ay hija! exclamaba, tú has echado un sangriento borrón sobre mi claro nombre, si esto no se remedia.

La Princesa se acongojó también, y se arrepintió de lo que había hecho. A pesar de su vehemente amor al Príncipe de la China, prefería ya dejarle eternamente encantado á que por su amor se derramase una sola gota de sangre.

Así es que enviaron despachos al general para que no empeñase una batalla; pero todo fué inútil. El general había ido tan veloz, que no hubo medio de alcanzarle. Entonces aún no había telégrafos, y los despachos no pudieron entregarse. Cuando llegaron los correos donde estaba el general, vieron venir huyendo á todos los soldados del

Rey y los imitaron. Los cuarenta de la escolta tártara, que eran otros tantos genios, corrían en su persecución transformados en espantosos vestiglos, que arrojaban fuego por la boca.

Sólo el general, cuya bizarría, serenidad y destreza en las armas rayaba en lo sobrehumano, permaneció impávido en medio de aquel terror harto disculpable. El general se fué hacia el Príncipe, único enemigo no fantástico con quien podía habérselas, y empezó á reñir con él la más brava y descomunal pelea. Pero las armas del Príncipe tártaro estaban encantadas, y el general no podía herirle. Conociendo entonces que era imposible acabar con él si no recurría á una estratagema, se apartó un buen trecho de su contrario, se desató rápidamente una larga y fuerte faja de seda que le ceñía el talle; hizo con ella, sin ser notado, un lazo escurridizo, y revolviendo sobre el Príncipe con inaudita velocidad, le echó al cuello el lazo, y siguió con su caballo á todo correr, haciendo caer al Príncipe y arrastrándole en la carrera.

De esta suerte ahogó el general al Príncipe tártaro. No bien murió, los genios desaparecieron, y los soldados del *Rey Venturoso* se rehicieron y reunieron á su jefe. Éste esperó con ellos á los enviados que traían la carta del Kan de Tartaria, y que no se hicieron esperar mucho tiempo.

Al anochecer de aquel mismo día volvió á entrar el general en el palacio del *Rey Venturoso* con la carta del Kan de Tartaria entre las manos. Haciendo un gentil y respetuoso saludo se la entregó á la Princesa.

Rompió ésta el sello y se puso á leer, pero inútilmente: no entendió una palabra. Al *Rey Venturoso* le sucedió lo mismo. Llamaron á todos los empleados en la interpretación de lenguas, que no descifraron tampoco aquella escritura. Los individuos de las doce reales academias vinieron luego y no se mostraron más hábiles.

Los siete sabios, tan profundos en lingüística, que acababan de llegar sin el ave fénix, y que *por ende* estaban condenados á morir, acudieron también; mas, aunque se les prometió el perdón si leían aquella carta, no acertaron á leerla, ni pudieron decir en qué lengua estaba escrita.

El *Rey Venturoso* se creyó entonces el más desventurado de todos los Reyes; se lamentó de haber sido cómplice en un crimen inútil, y temió la venganza del poderoso Kan de Tartaria. Aquella noche no pudo pegar los ojos hasta muy tarde.

Su dolor fué, con todo, mucho más desesperado, cuando al despertarse al otro día muy de mañana supo que la Princesa había desaparecido, dejándole escritas las siguientes palabras:

«Padre, ni me busques, ni pretendas averiguar á dónde voy, si no quieres verme muerta. Bástete saber que vivo y que estoy bien de salud, aunque no volverás á verme hasta que tenga descifrada la carta misteriosa del Kan y desencantado á mi querido Príncipe. Adiós.»

VII.

La *Princesa Venturosa* había ido con sus dos amigas, á pie y en romería, á visitar á un santo ermitaño que vivía en las soledades y asperezas de unas montañas altísimas que á corta distancia de la capital se parecían.

Aunque la Princesa y sus amigas hubiesen querido ir caballeras hasta la ermita, no hubiera sido posible. El camino era más propio de cabras que de camellos, elefantes, caballos, mulos y asnos, que, con perdón sea dicho, eran los cuadrúpedos en que se solía cabalgar en aquel reino. Por esto y por devoción fué la Princesa á pie y sin otra comitiva que sus dos confidentas.

El ermitaño que iban á visitar era un varón muy penitente y estaba en olor de santidad. El vulgo pretendía también que el ermitaño era inmortal, y no dejaba de tener razonables fundamentos para esta pretensión. En toda la comarca no había memoria de cuándo fué el ermitaño á establecerse en lo recóndito de aquella sierra, en la cual raras veces se dejaba ver de ojos humanos.

La Princesa y sus amigas, atraídas por la fama de su virtud y de su ciencia, anduvieron buscándole siete días por aquellos vericuetos y andurriales. Durante el día caminaban en su busca entre breñas y malezas. Por la noche se guarecían en las concavidades de los peñascos. Nadie había que las

guiase, así por lo fragoso del sitio, ni de los cabrerizos frecuentado, como por el temor que inspiraba la maldición del ermitaño, pronto á echarla á quien invadía su dominio temporal, ó á quien le perturbaba en sus oraciones. Ya se entiende que este ermitaño, tan maldiciente, era pagano. A pesar de la natural bondad de su alma, su religión sombría y terrible le obligaba á maldecir y á lanzar anatemas.

Pero las tres amigas, imaginando, como por inspiración, que sólo el ermitaño podía descifrarles la carta, se decidieron á arrostrar sus maldiciones y le buscaron, según queda dicho, por espacio de siete días.

En la noche del séptimo iban ya las tres peregrinas á guarecerse en una caverna para reposar, cuando descubrieron al ermitaño mismo, orando en el fondo. Una lámpara iluminaba con luz incierta y melancólica aquel misterioso retiro.

Las tres temblaron de ser maldecidas, y casi se arrepintieron de haber ido hasta allí. Pero el ermitaño, cuya barba era más blanca que la nieve, cuya piel estaba más arrugada que una pasa y cuyo cuerpo se asemejaba á un consunto esqueleto, echó sobre ellas una mirada penetrante con unos ojos, aunque hundidos, relucientes como dos ascuas, y dijo con voz entera, alegre y suave:

—Gracias al cielo que al fin estáis aquí. Cien años há que os espero. Deseaba la muerte, y no podía morir hasta cumplir con vosotras un deber que me ha impuesto el rey de los genios. Yo soy el único sabio que habla aún y entiende la lengua

riquísima que se hablaba en Babel antes de la confusión. Cada palabra de esta lengua es un conjuro eficaz que fuerza y mueve á las potestades infernales á servir á quien le pronuncia. Las palabras de esta lengua tienen la virtud de atar y desatar todos los lazos y leyes que unen y gobiernan las cosas naturales. La cábala no es sino un remedo groserísimo de esta lengua incomunicable y fecunda. Dialectos pobrísimos é imperfectísimos de ella son los más hermosos y completos idiomas del día. La ciencia de ahora, mentira y charlatanería, en comparación de la ciencia que aquella lengua llevaba en sí misma. Cada nombre de esta lengua contiene en sus letras la esencia de la cosa nombrada y sus ocultas calidades. Las cosas todas, al oirse llamar por su verdadero nombre, obedecen á quien las llama. Era tal el poder del linaje humano cuando poseía esta lengua, que pretendió escalar el cielo, y lo hubiera indudablemente conseguido, si el cielo no hubiese dispuesto que la lengua primitiva se olvidase.

Sólo tres sabios bien intencionados, de los cuales han muerto ya dos, guardaron en la memoria aquel idioma. Le guardaron asimismo, por especial privilegio de los diablos, Nembrot y sus descendientes. El último de éstos murió, una semana há, por disposición tuya, ¡oh *Princesa Venturosa!* y ya no queda en el mundo sino una sola persona que pueda descifrarte la carta del Kan de Tartaria. Esa persona soy yo; y para hacerte ese servicio, el rey de los genios ha conservado siglos mi vida.

—Pues aquí tienes la carta, ¡oh venerable y pro-

fundo sabio! dijo la Princesa, poniendo en manos del ermitaño el misterioso escrito.

—Al punto voy á descifrártela, contestó el ermitaño, y se caló los espejuelos, y se acercó á la lámpara para leer. Más de dos horas estuvo leyendo en alta voz en la lengua en que la carta estaba escrita. A cada palabra que pronunciaba, el universo se conmovía, las estrellas se cubrían de mortal palidez, la luna temblaba en el cielo, como tiembla su imagen entre las olas del Océano, y la Princesa y sus amigas tenían que cerrar los ojos y que taparse los oídos para no ver los espectros que se mostraban, y para no oir las voces portentosas, terribles ó dolientes, que partían de las entrañas mismas de la conturbada naturaleza.

Acabada la lectura, se quitó el ermitaño los espejuelos, y dijo con voz reposada:

—No es justo, ni conveniente, ni posible ¡oh *Princesa Venturosa!* que sepas todo lo que en esta abominable carta se encierra. No es justo ni conveniente, porque hay en ella tremebundos y endemoniados misterios. No es posible, porque en cuantas lenguas humanas se hablan en el día son estos misterios inefables, inenarrables y hasta inexplicables. El linaje humano por medio de su incompleta y enfermiza razón llegará á conocer, cuando pasen millares de años, algunos accidentes de las cosas; pero siempre ignorará la substancia que yo conozco, que conoce el Kan de Tartaria y que han conocido los sabios primitivos que se valieron, para sus *elocubraciones*, de esta lengua perfectísima é intransmisible ya por nuestros pecados.

—Pues estamos frescas, dijo la lavanderilla; si, después de lo que hemos pasado para encontraros y siendo vos el único que podéis traducir esa enmarañada carta, salís ahora con que no queréis traducirla.

—Ni quiero ni debo, replicó el vetusto y secular ermitaño; pero sí os diré lo que la carta contiene de interés para vosotras, y os lo diré en brevísimas palabras, sin pararme en dibujos, porque los momentos de mi vida están contados y mi muerte se acerca.

El Príncipe de la China es por sus virtudes, talento y hermosura, el favorito del rey de los genios, el cual le ha salvado mil veces de las asechanzas que el Kan de Tartaria ponía contra su vida. Viendo el Kan que le era imposible matarle, determinó valerse de un encanto para tenerle lejos de sus súbditos y reinar en lugar suyo en el celeste imperio. Bien hubiera querido el Kan que este encanto fuera indestructible y eterno, mas no pudo lograrlo á pesar de sus maravillosos conocimientos en la magia. El rey de los genios se opuso á su mal deseo, y si bien no pudo hacer completamente ineficaces sus encantamentos y conjuros, supo despojarlos de gran parte de su malicia.

Al Príncipe, aunque convertido en pájaro, se le dió facultad para recobrar por la noche su verdadera figura. Tuvo también el Príncipe un palacio, donde vivir y ser tratado con todo el miramiento, honores y regalo debidos á su augusta categoría. Se acordó, por último, su desencanto, si se cumplían las siguientes condiciones, que el Kan, así

por la mala opinión que tiene de las mujeres, como por lo pervertida y viciosa que está la raza humana en general, juzgó imposibles de cumplir:

Fué la primera condición, ya cumplida, que una mujer de veinte años, discreta, briosa y apasionada y de la más baja clase del pueblo, viese á los tres mancebos encantados, que son los más hermosos que hay en el mundo, salir desnudos del baño, y que la limpieza y castidad de su alma fuesen tales que no se turbasen ni empañasen con el más ligero estímulo de liviandad. Esta prueba había de hacerse en el equinoccio de primavera, cuando la naturaleza toda excita al amor. La mujer debía sentirle por la hermosura y admirarla vivamente; pero de un modo espiritual y santísimo.

Fué la segunda condición, ya cumplida también, que el Príncipe, sin poder mostrarse sino tres instantes, y esto bajo la forma de pájaro verde, inspirase un amor tan vehemente y casto, cuanto invencible á una Princesa de su clase.

La tercera condición, que ahora se está acabando de cumplir, fué que la Princesa se apoderase de esta carta, y que yo la interpretara.

La cuarta y última condición, en cuyo cumplimiento habéis de intervenir las tres doncellas que me estáis oyendo, es como sigue. Sólo me quedan dos minutos de vida, mas antes de morir os pondré en el palacio del Príncipe al lado de la taza de topacio. Allí irán los pájaros, y se zambullirán, y se transformarán en hermosísimos mancebos. Vosotras tres los veréis; mas habéis de conservar, viéndolos, toda la castidad de vuestros pensamientos

y toda la virginidad de vuestras almas, amando, empero, cada una á uno de los tres, con un amor santo é inocente. La Princesa ama ya al Príncipe de la China y la lavanderilla al escudero, y ambas han mostrado la inocencia de su amor: ahora falta que la doncella favorita de la Princesa se enamore del secretario por idéntico estilo. Cuando los tres mancebos encantados vayan al comedor, los seguiréis sin ser vistas, y allí permaneceréis hasta que el Príncipe pida la cajita de sus entretenimientos y diga, besando el cordoncito:

¡Ay cordoncito de mi señora!
¡Quién la viera ahora!

La Princesa, entonces, y vosotras con la Princesa, os mostraréis al punto, y cada una dará un tierno beso en la mejilla izquierda al objeto de su amor. El encanto quedará deshecho en el acto, el Kan de Tartaria morirá de repente, y el Príncipe de la China, no sólo poseerá el celeste imperio, sino que heredará asimismo todos los kanatos, reinos y provincias, que por derecho propio posee aquel encantador endiablado.

Apenas el ermitaño acabó de decir estas palabras, hizo una mueca muy rara, entreabrió la boca, estiró las piernas y se quedó muerto.

La Princesa y sus amigas se encontraron de súbito detrás de una masa de verdura, al lado de la taza de topacio.

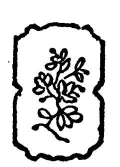
Todo se cumplió como el ermitaño había dicho.

Las tres estaban enamoradas; las tres eran castísimas é inocentes. Ni siquiera en el punto compro-

metido de dar el regalado y apretado beso sintieron más que una profunda conmoción toda mística y pura.

Así es que inmediatamente quedaron desencantados los tres mancebos. La China y la Tartaria fueron dichosas bajo el cetro del Príncipe. La Princesa y sus amigas lo fueron más aún casadas con aquellos hombres tan lindos. El *Rey Venturoso* abdicó, y se fué á vivir á la corte de su yerno, que estaba en Pekín. El general que mató al Príncipe tártaro obtuvo todas las condecoraciones de China, el título de primer mandarín y una pensión de miles de miles para él y sus herederos.

Se cuenta, por último, que la *Princesa Venturosa* y el ya Emperador de China vivieron largos y felices años, y tuvieron media docena de chiquillos á cual más hermoso. La lavanderilla y la doncella, con sus respectivos maridos, siguieron siempre gozando del favor de SS. MM., y siendo los señores más principales de toda aquella tierra.



PARSONDES



PARSONDES.

UNQUE se ame y se respete la virtud, no se debe creer que sea tan vocinglera y tan espantadiza como la de ciertos censores del día. Si hubiéramos de escribir á gusto de ellos; si hubiéramos de tomar su rigidez por valedera y no fingida, y si hubiéramos de ajustar á ella nuestros escritos, tal vez ni las *Agonías del tránsito de la muerte*, de Venegas, ni los *Gritos del infierno*, del padre Boneta, serían edificantes modelos que imitar.

Por desgracia, la rigidez es sólo aparente. La rigidez no tiene otro resultado que el de exasperar los ánimos, haciéndoles dudar y burlarse, aunque sólo sea en sueños, de la hipocresía farisáica que ahora se usa.

Véase, si no, el sueño que ha tenido un amigo nuestro, y que trasladamos aquí íntegro, cuando no para recreo, para instrucción de los lectores.

Nuestro amigo soñó lo que sigue:

—Más de dos mil seiscientos años há, era yo en Susa un sátrapa muy querido del gran Rey Arteo,

y el más rígido, grave y moral de todos los sátrapas. El santo varón Parsondes había sido mi maestro, y me había comunicado todo lo comunicable de la ciencia y de la virtud del primer Zoroastro.

Siete años hacía ya que Parsondes, después de iluminar el mundo con su doctrina, y de formar varios discípulos dignos de él, había desaparecido, sin que le volviese á ver nadie, ni vivo ni muerto. Los buenos creyentes daban, pues, por seguro que Parsondes había subido á la región de la luz increada, cerca de Ahura-Mazda, donde brillaba casi tanto como los Amschaspandes y los Izeds, y donde eclipsaba á su propio *feruer* con beatíficos resplandores. Allí militaba aún en el ejército de los espíritus luminosos contra el príncipe de las tinieblas Ahrimanes, cuya soberbia había humillado en esta vida terrenal, y cuyo imperio contribuía poderosamente á destruir en la otra vida, procurando que se realizase la santa esperanza del triunfo definitivo del bien sobre el mal. Los sectarios de la religión de Ahura-Mazda creían, pues, á puño cerrado que Parsondes debía contarse en el número de los veinte ó treinta grandes profetas, precursores y continuadores de Zoroastro hasta la consumación de los siglos. Aunque en Susa y en todo el imperio de los medos, con los reinos tributarios, había hombres de otras varias religiones y creencias, todos respetaban y casi divinizaban igualmente á Parsondes, si bien por diversos estilos. Unos decían que había encontrado la flecha de Abaris y se había ido por el aire, montado en ella; otros, que se había elevado al empíreo en el trono flotante de

Salomón ó en un carro de fuego; otros, que el dragón Musaros, que en la antigüedad más remota civilizó á los asirios, y que tenía cuerpo de pez, cabeza de hombre y piernas de mujer, se le había llevado consigo á su palacio submarino, en el fondo del golfo pérsico. En resolución, aunque por distinta manera, todos convenían en que Parsondes, el virtuoso y el sabio, estaba viviendo con los dioses. En las plazas públicas de Susa se veneraba su imagen, coronada la cabeza de una mitra con quince cuernos, en razón de las quince virtudes capitales que resplandecieron en él, y vestido el cuerpo de un ropaje talar lleno de otros símbolos más extraños aún en nuestros días, aunque entonces no lo fuesen.

Entre tanto, las malas costumbres, el lujo, la disipación, los galanteos y las fiestas dispendiosas iban en aumento desde la muerte ó desaparición de Parsondes, el cual, mientras vivió entre nosotros, no hizo más que condenar aquellos abusos.

El Rey de Babilonia, Nanar, tributario de mi augusto amo Arteo, Rey de Media, había roto todo freno y corría desbocado por el camino de los deleites. Nosotros acusábamos á Nanar, como Parsondes le había acusado antes; pero nuestra voz, menos autorizada que la suya, no tocaba el corazón de Arteo, ni le decidía á destronar á Nanar, y á poner otro Rey más morigerado en Babilonia. Nanar era más descreído y libertino que Sardanápalo, y en Babilonia no se adoraba ya á otro dios que al interés y á Mílita, ó como si dijéramos, á Venus. En vano mis camaradas y yo predicábamos

contra la corrupción. El vulgo y la nobleza se nos reían en las narices. Nosotros nos vengábamos con hablar de la santa vida de Parsondes y con ponerla en contraposición de la vida que ellos llevaban.

Así iban las cosas, cuando una mañanita Arteo me hizo llamar muy temprano á su presencia.

—Hay esperanzas, me dijo, de que Parsondes viva aún; pero si ha muerto, es menester vengarle y castigar á su matador, que no puede ser otro que el Rey Nanar.

—Tu sabiduría, señor, le contesté, es como la luz, que lo penetra y descubre todo. Vences al cocodrilo en prudencia y al lince en perspicacia; pero ¿cómo has sabido que Parsondes puede vivir aún, y que, si ha muerto, Nanar ha sido su asesino? ¿No han asegurado los magos que Parsondes está en el cielo? ¿No han descubierto los astrólogos en la bóveda azul una estrella, antes nunca vista, y no han reconocido en esa estrella el alma de Parsondes?

—Así es la verdad, replicó el Rey; pero yo he llegado á averiguar, por revelación de algunos caballeros babilonios descontentos de Nanar, que éste, furioso de lo que Parsondes clamaba contra él, envió siete años há emisarios por todas partes para que ocultamente le prendiesen y llevasen á su alcázar; y allí debe estar Parsondes, ó muerto, ó padeciendo tormentos horribles.

—¡Ah, señor! exclamé yo al punto, postrándome á los pies del Rey, justo es vengar una maldad tan espantosa. Permite que yo sea el instrumento de tu venganza, y que salve á mi querido maestro

del cautiverio en que, si no ha muerto, se halla.

El Rey me dijo que con ese fin me había llamado, y que al instante me preparase á partir con el acompañamiento debido, y órdenes terminantes suyas para que Nanar me respondiese con su vida de la del santo varón, ó le pusiese en libertad.

Aquel mismo día, que era uno de los más calurosos del estío, salí de Susa en un magnífico carro tirado por cuatro caballos árabes. Un hábil cochero iba dirigiéndole, y dos esclavos etiopes me acompañaban también en el carro, haciendo aire el uno con un abanico de plumas de avestruz, y sosteniendo el otro, sobre rico varal de marfil, prolijamente labrado, el ancho parasol de seda. Cuatrocientos jinetes, todos con aljabas, arcos y flechas, vestidos de malla y cubierta la cabeza con sendos capacetes de bronce, nielado de refulgentes colores, me seguían y me daban mayor autoridad y decoro. Seis batidores, montados en rayadas y velocísimas cebras, iban delante de mí, á fin de anunciarme en las diversas poblaciones. Las vituallas y refrescos que traíamos para suplir las faltas del camino, venían sobre los lomos de veinte poderosos elefantes.

Por no pecar de prolijo, no refiero aquí menudamente los sucesos de mi viaje. Baste saber que el décimo día descubrimos á lo lejos los muros ingentes de Babilonia, obra de Nabucodonosor y de Nitocris. Tenían treinta varas de espesor; circundaban la ciudad, formando una zona de veintidós leguas de bojeo, y se elevaban, por la parte más baja, ciento veinte varas sobre la tierra: tanto como

los campanarios de las catedrales de ahora. Un copete de verdura coronaba los muros. Eran los jardines pensiles. Sobre los muros y sobre los jardines descollaban algunos edificios, como los palacios reales, el templo de Belo y la famosa torre de Nemrod, que constaba de ocho pisos, de más de doscientas varas de alto el primero. Desde la cima de esta torre, que parecía tocar la bóveda celeste, presumían tratar los sabios antiguos con los dioses, secretas inteligencias ó genios que mueven los astros. Aunque tan distantes aún, y de un modo confuso, creíamos ya percibir las colosales figuras esculpidas y pintadas en las paredes exteriores de palacios y templos; aquellos toros con cabeza de hombre y aquellos hombres con cabeza de león; aquellos próceres y aquellos guerreros, ceñidos los riñones de talabartes, de que se enamoraron Oala y Oliba. El sol reflejaba desde Oriente sobre los gigantescos edificios y sobre las cien puertas enormes de la ciudad, que eran de bronce dorado. El resplandor que despedían deslumbraba los ojos. El Eufrates y el Tigris, serpenteando y heridos también por los rayos del sol que rielaba en sus ondas, se asemejaban á dos cintas de oro en fusión que formaban un lazo.

Los batidores se habían adelantado á anunciar mi llegada. De repente vimos levantarse en la extensa y fértil llanura, entre las huertas, jardines y verdes sotos, por donde estaba abierto el camino, una nubecilla blanca que se iba agrandando. Luego vimos una mancha obscura que se movía hacia nosotros. Poco después llegó á todo correr uno de

mis batidores á decirme que Nanar se acercaba á recibirme con numerosa comitiva. En esto la mancha obscura se había agrandado en extremo, y empezamos á oir distintamente el son de los instrumentos músicos, el relinchar de los caballos y el resonar de las armas. Notamos, por último, el resplandor del oro y de la plata, el lujo de las vestiduras y la magnificencia de los que á recibirnos venían.

Hice entonces que el cochero aguijase los caballos, y pronto estuve cerca del Rey Nanar, que venía en un soberbio palanquín de bambú, sándalo y nácar, sostenido por doce gallardos mancebos. El Rey bajó del palanquín y yo del carro, y nos saludamos y abrazamos con mutua cordialidad.

La túnica del Rey era de tisú de oro, bordada de seda de mil colores. En el bordado se representaban todas las flores del campo, y todos los pájaros del aire, y todas las estrellas del éter. Llevaba el Rey una tiara no menos estupenda, ajorcas y brazaletes, y por zarcillos dos redondas perlas, del tamaño cada una de un huevo de perdiz.

Su cabellera le caía en bucles perfumados sobre la espalda, y la barba formaba menudísimos rizos, artística y simétricamente ordenados. Su vestido y su persona despedían delicada fragancia. A pesar de mi severidad, no pude menos de admirarme de la finura del Rey Nanar, y confesé, allá en mis adentros, que era la persona más *comm'il faut* que había yo tratado en mi vida.

El Rey me alojó en su alcázar, me dió fiestas espléndidas, y me distrajo de tal suerte, que casi me

hizo olvidar el objeto de mi misión. Ya teníamos un concierto, ya un baile, ya una cena por el estilo de la que dió Baltasar muchos años después. Yo no me atrevía á preguntar al Rey qué había hecho de Parsondes. Yo no comprendía que un señor tan excelente, que agasajaba y regalaba á los huéspedes con aquella elegancia y cortesanía, hubiese dado muerte ó tuviese en duro cautiverio á mi querido maestro.

Por último, una noche me armé de toda mi austeridad y resolución, y dije á Nanar, en nombre del Rey mi amo, que en el momento mismo iba á decir dónde estaba el virtuoso Parsondes, sino quería perder el reino y la vida. Nanar, en vez de contestarme, hizo venir al punto á todas las bayaderas y cantatrices que había en el alcázar: se entiende que fuera del recinto, harén ó como quiera llamarse, reservado á sus mujeres. Las tales sacerdotisas de Mílita pasaban de novecientas, y eran de lo más bello y habilidoso que á duras penas pudiera encontrarse en toda el Asia. Las muchachas llegaron bailando, cantando y tocando flautas, crótalos y salterios, que era cosa de gusto el verlas y el oirlas. Yo me quedé absorto. Nanar me dijo, y aquí fué mayor mi estupefacción:

—Ahí tienes al santo Parsondes en medio de esas mujeres. Parsondes, ven acá y saluda á tu antiguo discípulo.

Salió entonces del centro de aquella turba femenina uno que, á no ser por la barba, hubiera podido confundirse con las mujeres. Traía pintadas las cejas de negro, de azul los párpados, á fin de

que brillasen más los ojos, y las mejillas cubiertas de colorete. Estaba todo perfumado, su traje era casi tan rico como el del Rey, su andar afeminado y *lánguido*; de sus orejas pendían zarcillos primorosos; de su garganta un collar de perlas; ceñía su frente una guirnalda de flores. Era el mismo Parsondes, que me echó los brazos al cuello.

—Yo soy, me dijo, muy otro del que antes era. Vuélvete, si quieres, á Susa; pero no digas que vivo aún, para que no se escandalicen los magos, y para que sigan teniendo un ejemplo reciente de santidad á que recurrir. Nanar se vengó de mi ruda y desaliñada virtud, haciéndome prisionero y mandando que me enjabonasen y fregasen con un estropajo. Después han seguido lavándome y perfumándome dos veces al día, regalándome á pedir de boca, y obligándome á estar en compañía de todas estas alegres señoritas, donde he acabado por olvidarme de Zoroastro y de mis austeras predicaciones, y por convencerme de que en esta vida se ha de procurar pasarlo lo mejor posible, sin ocuparse en la vida de los otros. Cuidados ajenos matan al asno, y nadie lo es más que quien se mezcla en censurar los vicios de los otros, cuando sólo le ha faltado la ocasión para caer en ellos, ó cuando, si en ellos no ha caído, se lo debe á su ignorancia, mal gusto y rustiqueza.

Las manos me puse en los oídos para no oir semejantes blasfemias en boca de aquel sabio admirable. Desesperado y rabioso estaba yo de verle convertido en *bon vivant*, con sus puntas y collar de bribón desvergonzado; mas para evitar habla-

durías escandalosas, determiné aconsejar al colegio de los magos que siguiese sosteniendo que Parsondes había subido al empíreo, y que siguiese venerando su imagen, sin descubrir nunca, antes negando rotundamente, que Parsondes vivía con las bailarinas de Babilonia, en el alcázar de Nanar.

En esto desperté de mi sueño y me volví á encontrar en mi pobre casita de esta corte.

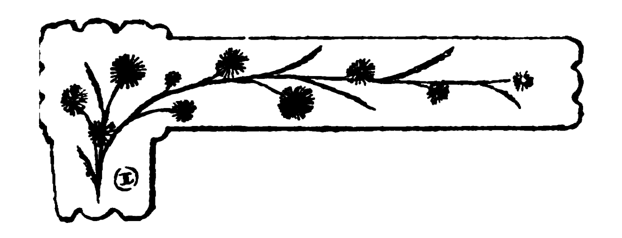
—Creo, añadía nuestro amigo al terminar su cuento, que con menos riqueza y á menos costa pueden los Nanares del día seducir á los Parsondes que zahieren su inmoralidad y sus vicios, movidos, no de la caridad, sino de la envidia. Los que no estén seguros de la propia virtud y entereza de ánimo han de ser, pues, más indulgentes con los Nanares. ¡Desdichado aquél que hace alarde de virtud sin tenerla probadísima!

¡Dichoso aquél que la practica y calla!



EL BERMEJINO PREHISTÓRICO

Ó LAS SALAMANDRAS AZULES



EL BERMEJINO PREHISTÓRICO

Ó LAS SALAMANDRAS AZULES.

I.

Siempre he sido aficionado á las ciencias. Cuando mozo, tenía yo otras mil aficiones; pero como ya soy viejo, la afición científica prevalece y triunfa en mi alma. Por desgracia ó por fortuna, me sucede algo de muy singular. Las ciencias me gustan en razón inversa de las verdades que van demostrando con exactitud. Así es que apenas me interesan las ciencias exactas, y las inexactas me enamoran. De aquí mi inclinación á la filosofía.

No es la verdad lo que me seduce, sino el esfuerzo de discurso, de sutileza y de imaginación que se emplea en descubrir la verdad, aunque no se descubra. Una vez la verdad descubierta, bien demostrada y patente, suele dejarme frío. Así, un mancebo galante, cuando va por la calle en pos de una mujer, cuyo andar airoso y cuyo talle le en-

tusiasman, y luego se adelanta, la mira el rostro, y ve que es vieja, ó tuerta, ó tiene hocico de mona.

El hombre además sería un mueble si conociera la verdad, aunque la verdad fuese bonita. Se aquietaría en su posesión y goce y se volvería tonto. Mejor es, pues, que sepamos pocas cosas. Lo que importa es saber lo bastante para que aparezca ó se columbre el misterio, y nunca lo bastante para que se explique ó se aclare. De esta suerte se excita la curiosidad, se aviva la fantasía y se inventan teorías, dogmas y otras ingeniosidades, que nos entretienen y consuelan durante nuestra existencia terrestre; de todo lo cual careceríamos, siendo mil veces más infelices, si de puro rudos no se nos presentase el misterio, ó si de puro hábiles llegásemos á desentrañar su hondo y verdadero significado.

Entre estas ciencias inexactas, que tanto me deleitan, hay una, muy en moda ahora, que es objeto de mi predilección. Hablo de la prehistoria.

Yo, sin saber si hago bien, divido en dos partes esta ciencia. Una, que me atrevería á llamar prehistoria geológica, está fundada en el descubrimiento de calaveras, canillas, flechas y lanzas, pucheretes y otros cacharros, que suponen los sabios que son de una edad remotísima, que llaman de piedra. Esta prehistoria me divierte menos, y tiene, á mi ver, muchísimos menos lances que otra prehistoria que llamaremos filológica, fundada en el estudio de los primitivos idiomas y en los documentos que en ellos se conservan escritos. Esta es la prehistoria que á mí me hace más gracia.

¡Qué variedad de opiniones! ¡Qué agudas conjeturas! ¡Con qué arte se disponen y ordenan los hechos conocidos para que se adapten al sistema que forja cada sabio! Ya toda la civilización nace de Egipto; ya de los acadies en el centro del Asia; ya viene de la India; ya de un continente que llaman Lemuria, hundido en el seno del mar, al Sur, entre Africa y Asia; ya de otro continente, que hundido entre Europa y América, y que se llamó la Atlántida.

Sobre el idioma primitivo, así como sobre la primitiva civilización, se sigue disputando. Hasta se disputa sobre si fué uno ó fueron varios los idiomas: esto es, sobre si los hombres empezaron á dispersarse por el mundo *alalos*, ó digamos, sin habla aún y en manadas, y luego fueron inventando diversos idiomas en diversos puntos, ó sobre si antes de la dispersión hablaban ya todos una sola lengua.

Mi prurito de curiosear me induce á leer cuantos libros nuevos van saliendo sobre esta materia, que no son pocos; y mientras más desatinados son, miradas las cosas por el vulgo de los timoratos, más me divierten los tales libros.

En estos últimos días los libros que he leído van en contra de los arios, de los egipcios, de los semitas y de otras naciones y castas, que antes pasaban por las civilizadoras en grado superior. Si los libros antiguos han sostenido que la civilización, como la luz solar, se difundió de Oriente hacia Occidente, estos nuevos libros afirman que se difundió en sentido inverso, de Occidente hacia Oriente. Todo el saber de los magos de Irán y de Caldea, de los

brahmanes de las orillas del Ganges, de los sacerdotes de Isis y Osiris, de los iniciados en Samotracia y de los pueblos de Fenicia y Frigia, no vale un pito, comparado al saber de ciertos galos primitivos, cuyo centro de luz estuvo en un París prehistórico.

Los galos y sus bardos y druidas, poetas y sacerdotes, lo enseñaron todo; pero su misma ciencia era ya reflejo confuso y recuerdo no completo de la ciencia que poseyeron, en el centro del país fértil y hermoso que hoy se llama Francia, antes de la venida de los celtas, otros hombres más primitivos y excelentes que llamaremos hiperbóreos ó protoscitas.

Pero ¿qué lengua hablaban estos protoscitas ó hiperbóreos, cuyo centro y foco civilizador fué un París de hace seis ó siete mil años lo menos? Hablaban la lengua euskara, vulgo vascuence. ¿De dónde habían venido? Habían venido de la Atlántida, que se hundió. ¿Qué conocimientos tenían? Tenían todos los conocimientos que hoy poseemos y muchos más que se han ofuscado por medio de fábulas y de otras niñerías. Así, pues, los arimaspes, que tenían un ojo sólo y miraban al cielo, eran los astrónomos de entonces, que ya conocían el telescopio; y la flecha en que Abaris iba cabalgando de un extremo á otro de la tierra, era el globo aerostático ó un artificio para volar con dirección y brújula, etc., etc., etc. Ya se entiende que la época de los arimaspes y la de Abaris son de decadencia para la civilización hiperbórea.

Confieso que todo este sistema me encantó. No

es mi propósito exponerle aquí. Paso volando sobre él y voy á mi asunto.

Digo, no obstante, que me encantó por dos razones. Es la primera lo mucho que Francia me agrada. ¿Cuánto más natural es que el germen de la civilización europea haya nacido y florecido, desde antiguo, en aquel feraz y riquísimo jardín, en aquel suelo privilegiado, que no en la Mesopotamia ó en las orillas del Nilo? Y es la segunda razón, la de que tengo amigos guipuzcoanos, que habrán de alegrarse mucho, si se prueba bien que su lengua y su casta fueron el instrumento de que se valió la Providencia para acabar con la barbarie, iluminar el mundo y adoctrinar á las demás naciones.

¡Cuánto se holgará de esto, si vive aún, como deseo, mi docto y querido amigo D. Joaquín de Irizar y Moya, que ha escrito obras tan notables sobre la lengua vascuence, echando la zancadilla á los Erros, Larramendis y Astarloas! Algo aprovechará él de las flamantes invenciones para dar más vigor á su sistema, arreglándole de suerte que se ajuste y cuadre con la más perfecta ortodoxia católica.

Sea como sea, para mí es evidente que antes de que penetraran en España los celtas, los fenicios, los griegos y otras gentes, hubo en España un pueblo civilizado, que llamaremos los iberos. Este pueblo se extendía por toda nuestra Península, y aun tenía colonias en Cerdeña, en Italia y en otras partes, como Guillermo Humbolt lo ha demostrado. Eran vascos y hablaban la lengua euskara. La nación y estado más culto é ilustre entre ellos fué la

república de los turdetanos, quienes, según testimonio de Estrabón, tuvieron letras y leyes y lindos poemas en verso, que contaban seis mil años de antigüedad. Ahora bien, los alfabetos celtibérico y turdetano, que ha reconstruído y publica Don Luis José Velázquez, son muy modernos en comparación de la fecha anteriormente citada. Dichos alfabetos son un trasunto del fenicio ó del griego, y debe suponerse, por lo tanto, que antes de la venida á España de griegos y de fenicios, los turdetanos tuvieron alfabeto propio, con el cual escribieron sus poemas y demás obras.

A mi ver, el Sr. D. Manuel de Góngora y Martínez ha tenido la gloria de descubrir este alfabeto. Véanse las inscripciones que copia en sus *Antigüedades prehistóricas de Andalucía*, de la *Cueva de los letreros* y de otras cuevas y escondites, algunos de los cuales se hallan cerca del lugar de Villabermeja, lugar que yo he tratado de hacer famoso, así como á su más conspicuo habitante el Sr. D. Juan Fresco.

Á corta distancia de Villabermeja hay un sitio, que apellidan el Laderón, donde cada día se descubren vestigios y reliquias de una antiquísima y floreciente ciudad.

El erudito y sagaz anticuario D. Aureliano Fernández Guerra prueba que allí estuvo Favencia, en tiempo de los romanos, ciudad que desde época muy anterior se llamaba Vesci.

D. Juan Fresco, excitada su curiosidad y estimulada su actividad infatigable, desde que el señor Góngora, publicando en 1868 sus *Antigüedades*,

le puso sobre la pista, se ha dado á buscar letreros en *Cuevas escritas* y en otros monumentos que hay cerca de Vesci, y los ha hallado y reunido en mucha copia.

Émulo de Champollion Figeac, Anquetil Duperron, Burnouf, Grotefend, Oppert y Lassen, mi referido amigo D. Juan Fresco cree haber descifrado estos garrapatos ibéricos primitivos, como aquellos otros sabios, los hieroglíficos, la escritura cuneiforme y demás reconditeces.

Yo no intento abogar aquí por el descubrimiento de mi tocayo y paisano y demostrar que es evidente. Esto ya lo hará él en su día. Yo voy á limitarme á referir una historia que D. Juan Fresco dice haber leído en ciertas inscripciones semejantes á las de la *Cueva de los letreros*. Entendidas las letras, parece que lo demás es llano, pues el idioma ibero primitivo es casi el vascuence de ahora.

Me pesa de no dar aquí la traducción exacta del texto original. D. Juan Fresco no ha querido comunicármela. Haré, pues, la narración con las pausas, explicaciones y comentarios intercalados que él la ha hecho. De otro modo no se comprendería.

La historia es relativamente moderna; pues, según mi amigo, todavía han de descubrirse leyendas é historias en lengua proto-ibérica, más antiguas y venerables que el poema egipcio de Pentaur sobre una hazaña de Sesostris ó Ransés II, y que los poemas hallados por nuestro conocido el diplomático Sr. Layard en la biblioteca de Asurbanipal en Nínive: poemas ya arcáicos ocho siglos

antes de Cristo, y traducidos los más de la lengua sagrada de los acadies, entonces tan muerta como el latín ahora entre nosotros.

Y esto no debe maravillarnos, porque según Roisel, en *Los Atlantes*, toda cultura viene de éstos, antes de que la hubiera en Caldea, en Asiria, en Egipto ó en punto alguno de Oriente.

Es una lástima que no tengamos aún documentos del siglo de oro ó de los siglos de oro de *la literatura* atlántica parisina, de hará unos ocho mil años, ni de la emanación bética de aquella *cultura*, implantada á orillas del Guadalquivir por los turdetanos.

El documento hallado, descifrado, explicado y comentado por D. Juan Fresco, es de época relativamente fresca: como si dijéramos de ayer de mañana. Ya la cultura ibérica indígena había decaído, y España se veía llena de colonias fenicias y aun griegas. Los de Zazinto habían ya fundado á Sagunto, y hacía más de un siglo que habían fundado los tirios á Málaga, Abdera, Hispalis y Gades. Era por los años de 1000, antes de nuestra era vulgar, sobre poco más ó menos.

II.

Vesci era una ciudad importante de la confederación de los túrdulos. En el tiempo á que nos referimos, los vescianos tenían ya la misma calidad que á sus descendientes del día les ha valido el dic-

tado de bermejinos: casi todos eran rubios como unas candelas. Descollaba entre todos, así por lo rubio como por lo buen mozo y gallardo, el elegante y noble mancebo Mutileder. Disparaba la honda con habilidad extraordinaria y mataba á pedradas los aviones que pasaban volando; montaba bien á caballo; guiaba como pocos un carro de guerra; sabía de memoria los mejores versos turdetanos y los componía también muy regulares; con un garrote en la poderosa diestra era un hombre tremendo; con las mujeres era más dulce que una arropía y más sin hiel que una paloma; corría como un gamo; luchaba á brazo partido como los osos, y poseía otra multitud de prendas que le hacían recomendable. Casi se puede asegurar que su único defecto era el de ser pobre.

Mutileder, huérfano de padre y madre, no tenía predios urbanos y rústicos; vivía como de caridad en casa de unos tíos suyos, y en Vesci no sabía en qué emplearse para ganarse la vida. Era un señor, como vulgarmente se dice, sin oficio ni beneficio.

Frisaba ya en los veinticuatro años, y harto de aquella vida, y ansiando ver mundo, pidió la bendición á sus tíos, quienes se la dieron acompañada de algún dinero, y tomando además armas y caballo, salió de Vesci á buscar aventuras y modo de mejorar de condición.

Como Mutileder tenía tan hermosa presencia, y era además simpático y alegre, por todas partes iba agradando mucho. Los sujetos de suposición y campanillas le convidaban á bailes y fiestas, y las damas más graciosas y encopetadas le ponían ojos

amorosos; pero él era bueno, pudibundo é inocentón, y nada útil sacaba de todo esto. El dinero que le dieron sus tíos se iba consumiendo, y no acudía nuevo dinero á reemplazarle.

Así, deteniéndose en diferentes poblaciones, como, por ejemplo, en Igabron; pasando luego en Síngilis, hoy Genil; entrando en la tierra de los turdetanos, y parando también en Ventipo, llegó á un lugar de los bástulos que se llamaba entonces Aratispi, y que yo sospecho que ha de ser la Alora de nuestros tiempos, tan famosa por sus *juegos llanos*. Allí tenía Mutileder una prima, que era un sol de belleza, con diez y ocho años de edad, y más rubia que él, si cabe. Esta prima se llamaba Echeloría. Su padre, viudo y muy rico, la idolatraba.

Mutileder y Echeloría eran de casta ibera purísima, sin mezcla alguna de celtas ni de fenicios. Sus familias, ó mejor diré, su familia, pues era una misma la de ambos, se jactaba, no sin fundamento, de descender de los primitivos atlantes, que habían emigrado muchos siglos hacía, cuando se hundió en el mar la Atlántida, y que, yendo unos por mar siempre, habían llevado á Egipto la cultura, mucho antes de la civilizadora expedición de Osiris, mientras que otros, conocidos después con el nombre de hiperbóreos, desembarcando en Francia, habían difundido la luz y fundado florecientes Estados, caminando hacia Oriente hasta más allá de las montañas Rifeas, é influyendo, por último, en el despertar á la vida política y culta de los arios y de los semitas.

En suma, Echeloría y Mutileder eran dos personas ilustres y dignas de serlo por su mérito.

Apenas se vieron, se amaron... ¿Qué digo se amaron? Se enamoraron perdidamente el uno de la otra y el otro de la una.

El padre de Echeloría, que no tenía nada de lerdo, notó en seguida el amor de la muchacha y procuró acabar con él, porque el primito no poseía otro patrimonio que su apasionado corazón; pero Echeloría estaba prendada de veras, y el padre, que en el fondo era un bendito, se avino y se resignó al cabo á que Mutileder aspirase á ser su yerno.

Ambos amantes se juraron eterna fidelidad. «Antes morir que ser de otro,» dijo ella. «Antes morir que ser de otra,» respondió él. Y esta promesa se hizo repetidas veces y se solemnizó y corroboró con los juramentos más terribles.

Después de esto, ¿qué remedio había sino casar cuanto antes á los primos novios? Así lo resolvió el padre, y se empezaron á hacer los preparativos para la boda, que debía verificarse en el próximo otoño.

Era ya el fin de la primavera, y en aquellas edades antiquísimas sucedía lo propio que ahora, que á la primavera seguía el verano.

Aratispi era lugar más bonito que lo es Alora al presente. En torno había, como hay aún, fértiles huertas y frondosos y siempre verdes bosques de naranjos y limoneros; pero los cerros que limitaban aquel valle amenísimo, en vez de estar pelados, como ahora, estaban cubiertos de encinas, alcornoques, algarrobos, castaños y otros árboles,

entre cuyos troncos y á cuya sombra crecían brezos, helechos, tomillo, mejorana, mastranzo y otras plantas y hierbas olorosas.

Era tal entonces la generosidad de aquel suelo, que las palmas enanas, que hoy suelen cubrirle y que apenas sirven para más que para hacer escobas y esportillas, se alzaban á grande altura, mientras que las crestas más empinadas de los montes, calvas ahora, se veían cubiertas de una verde diadema de abetos, de pinos y de cipreses.

A pesar de todo fuerza es confesar, que en verano hacía entonces en Aratispi un calor de todos los demonios.

Echeloría quiso, con razón, tomar algunos baños de mar, y su padre la llevó á un puerto muy bonito, cerca de Málaga, que D. Juan Fresco y yo calculamos que debió de ser Churriana.

Naturalmente, Mutileder fué á Churriana también, acompañando á su futura.

Los primos estaban como dos tortolitas, *arrullándose* siempre. Mientras más miraba él á Echeloría, más linda y angelical la encontraba y más melifluo se ponía con ella. Y mientras más miraba Echeloría á Mutileder, mayor número de perfecciones y de excelencias hallaba en él.

Pues no digamos nada, porque sería cuento de nunca acabar, de la mutua admiración que nacía en ambas almas al considerar el talento ó la habilidad del objeto de su amor. Cada pedrada que tiraba Mutileder mataba un pajarillo y partía el corazón de Echeloría, á fuerza de entusiasmo. Y Echeloría, por su parte, á más de encantar á Mu-

tileder con los cantares que sabía entonar, le había hecho una honda de pita, tan llena de sutiles y primorosas labores que él se quedaba horas enteras embobado contemplando la honda.

Los dos enamorados gozaban de la más completa libertad y se iban solos de paseo por aquellos vericuetos y andurriales; ya por la orilla del resonante mar; ya por los encinares y olivares que vestían aquellos alcores; ya por los vergeles, sotos y alamedas del valle, regado por un riachuelo cristalino. Pero uno y otro eran tan como Dios manda, que á pesar de lo mucho que se querían no se propasaron nunca á otra cosa sino á estrecharse afectuosamente las manos, y una ó dos veces á lo más á consentir ella en recibir un casto beso en la tersa y cándida frente, y á lograr él estamparle.

La suma virtud y exquisita delicadeza de estos primos lo ponía todo en reserva para el día dichoso en que la religión y las leyes consagrasen su unión indisoluble.

Entre tanto se decían doscientas mil ternuras á cada momento. «Tu nombre es un sello que he puesto sobre mi corazón,» exclamaba Echeloría. «Mi corazón es tuyo para siempre: antes dejará de latir que de amarte á ti sola,» contestaba Mutileder.

En estos coloquios se pasaban las horas, y de continuo estaban juntos ambos amantes, menos cuando Echeloría se retiraba á dormir al lado de su anciana nodriza y en estancia muy resguardada, ó bien cuando iba á la playa á bañarse; pues entonces, á fin de evitar el qué dirán y las murmuraciones, Mutileder no se bañaba con ella, tal vez

por no usarse aún trajes de baño, tan complicados y encubridores de las formas como los que se llevan ahora en Biarritz y en otros sitios.

III.

Málaga era ciudad fenicia de mucho comercio. Casi competía con Cádiz. Su puerto estaba lleno de naves tirias, pelasgas, griegas y etruscas. En sus tiendas se vendían mil primores traídos de lejanos países: telas de lana, teñidas de púrpura en Tiro; joyas de oro, hechas en Menfis, en Sais y en otras ciudades egipcias; piedras preciosas y tejidos de algodón del Indostán; alfombras de Persia, y hasta sedería del casi ignorado país de los Seras.

Echeloría fué á Málaga varias veces con su padre y con su novio, á recorrer dichas tiendas y á comprar galas para el suspirado día del casamiento.

Hallábase á la sazón en Málaga uno de los más audaces y sabios marinos que había entonces en el mundo: el célebre Adherbal.

Acababa de hacer una navegación felicísima, y su nave se parecía, anclada en el puerto, cargada de estaño, ámbar, hierro, pieles de armiños y de castores, y otros objetos de valor que él había ido á buscar á las costas de Francia, Inglaterra y otras regiones del Norte de Europa, á donde sólo los fenicios se aventuraban á llegar en aquella época.

Adherbal pensaba volver pronto á Tiro; pero antes debía tomar en Málaga cobre, vino, azogue y

oro en polvo de las arenas de nuestros ríos, dejando allí en cambio parte de su cargamento.

Paseando un día por el muelle vió Adherbal á Echeloría, y al verla juró por Melcart y por Astoret, como si dijéramos, por Hércules y por Venus, que jamás había visto criatura más linda y salada. Ganas tuvo de llegarse de súbito á la muchacha y de soltarle el pavo, esto es, de decirle sin ceremonia sus atrevidos pensamientos: pero Mutileder iba al lado de ella, mirando receloso á todas partes, con la barba sobre el hombro, en actitud desconfiada y hostil, y blandiendo un enorme y fiero garrote.

La prudencia refrenó los ímpetus del marino fenicio. Bastaba ver de refilón á Mutileder para hacerse cargo de que era capaz de deslomar á cualquiera de un garrotazo, si llegaba á descomponerse un poco con la hermosa y cándida Echeloría.

Adherbal, como queda dicho, era prudente, pero era obstinado también, emprendedor y ladino. Echeloría no produjo en él una impresión fugaz y ligera, sino profunda y durable. Así fué que determinó averiguar quién era y dónde vivía, y lo consiguió con discreción y recato.

Dos ó tres veces fué después á caballo á Churriana con disimulo y volvió á ver á la niña, quedando cautivo de su singular donaire.

Por último, por medio de personas listas del país, se informó de la vida de Echeloría; supo que iba á casarse con Mutileder, y no quedó pormenor de que no llegase á tener cabal noticia.

Con estos elementos formó Adherbal un plan diabólico, el cual le salió bien, como por desgracia salen bien casi todos los planes diabólicos.

Una mañana muy temprano levó anclas su nave y zarpó del puerto de Málaga, después de despedirse él para Tiro. Fuera ya la nave del puerto, se quedó muy cerca de la costa, hacia el Oeste, dando bordeadas como para ganar mejor viento. Así transcurrieron algunas horas, hasta que llegó aquélla en que la gentil Echeloría bajaba á bañarse en la mar. Entonces saltó Adherbal en una lancha ligerísima con ocho remeros pujantes y otros dos hombres de la tripulación, grandes nadadores y buzos, y de los más ágiles y devotos á su persona. Con la lancha se acercó cautelosamente, ocultándose en las sinuosidades de la costa y al abrigo de las peñas y montecillos, hasta que llegó cerca del lugar donde Echeloría se bañaba, creyéndose segura y con el más completo descuido. Los nadadores se echaron entonces al agua; zambulleron; surgieron de improviso donde Echeloría estaba bañándose; se apoderaron de ella á pesar de sus gritos, que pronto terminaron en desmayo causado por el susto, y en aquella disposición, hermosa é interesante como una ondina, se la llevaron á la lancha, donde Adherbal la recibió en sus brazos, y luego la condujo á bordo de su nave. Ésta desplegó al punto todas sus velas, y aprovechándose de un viento fresco de Poniente, que acababa de levantarse, no corría, sino que volaba sobre las ondas azules del Mediterráneo.

Varias muchachas, que se bañaban con Echelo-

ría, huyeron con espanto de aquella zalagarda, y, saltando en tierra, alarmaron con sus gemidos y sollozos á la nodriza, que estaba en éxtasis y de nada se había percatado. En cambio, apenas se enteró de lo ocurido, se extremó en hacer muestras de su dolor. Allí fué el mesarse las venerables canas, el revolcarse por el suelo y el dar tan formidables chillidos, que Mutileder, aunque estaba lejos, acudió al sitio oyéndolos. El infeliz amante supo entonces toda la enormidad de su infortunio, mas demasiado tarde por desgracia. La nave del raptor se percibía aún, pero lejos, y navegando con tal rapidez que pronto iba á perderse detrás de la comba que forma el mar, marcando una curva de azul profundo en el cielo más claro.

El furor de Mutileder fué indescriptible, aunque á nada conducía. Ni siquiera supo á punto fijo el infeliz amante quién había sido el raptor, por más que sospechase de aquel marino que en Málaga había puesto en Echeloría los lascivos y codiciosos ojos.

Estos raptos de mujeres eran frecuentísimos en aquellas edades heróicas, y habían dado ya y debían seguir dando ocasión á no pocos disturbios y guerras. Los fenicios habían robado á Io, hija de Inaco; los griegos habían robado á Europa de Fenicia, á Medea de Colcos y á Ariadna de Creta; y por último, un Príncipe frigio había robado á la bella Helena, mujer del Rey de Esparta, Menelao, motivando así una lucha larga y mortífera, y al cabo la destrucción de Troya.

D. Juan Fresco explica, á mi ver, de un modo

satisfactorio estos raptos de mujeres. Supone que la mujer, por lo mismo que su belleza es tan delicada, no se cría naturalmente. Lo único que se cría es la hembra del hombre. La verdadera mujer es producto artificial, que resulta de grande esmero y cuidado y de exquisito y alambicado cultivo. De aquí la rareza entonces de la verdadera mujer y el mágico y portentoso efecto que producía en el alma de guerreros bárbaros y briosos, avezados á ver hembras solamente.

Cuando los hombres se recobraban de su pasmo volvían á hacer á la mujer de peor condición que al esclavo más humilde; pero, en ocasiones, una mujer bien lavada, cuidada y compuesta, infundía amor ferviente, frenético entusiasmo y cierta adoración como si fuese algo divino. De aquí las patrañas ó *mitos* de las hadas y encantadoras como Circe y Calipso, que convertían á los hombres en bestias; la *ginecocracia*, esto es, el imperio de la mujer, establecido en muchas partes, como en el país de las Amazonas y en la Arabia Feliz; y el omnímodo influjo, ora funesto, ora útil, que ejercieron algunas damas en los varones más crudos y valerosos, como Onfale en Hércules, Dálila en Sansón, Betzabé en David, Egeria en Numa y Judit en Holofernes. De aquí, por último, que ganasen tanto crédito las sibilas, las pitonisas y las druidisas; todo ello, sin duda, porque cuidaban más de sus personas, y lograban pulir y descubrir la escondida hermosura, invisible por lo general en la hembra por falta de pulimento y aseo.

Además, el entender la hermosura y el afanarse

por lograrla hacían hermosa á la mujer. Hoy, mucho de esta cualidad, domeñada ya la naturaleza rebelde, suele transmitirse por herencia; pero en los tiempos heróicos, la hermosura era como inspirada creación que la mujer artista realizaba en su propio cuerpo, á fuerza de esmerarse. Todavía, cinco siglos después de la época en que ocurre nuestra historia, asombran el estudio, la prolijidad y los preparativos minuciosos de que se valían las mujeres para presentarse de una manera digna. A fin de agradar al Rey Asuero, que buscaba reina, después de repudiada Vastí, se pasaban las chicas un año entero frotándose con linimentos y pomadas, sahumándose, lavándose, perfilándose y acicalándose. En el día, con una hora de preparación bastaría para presentar ante el sibarita más refinado á la más ruda de las campesinas: prueba irrefragable de que lo adquirido por arte y educación se transmite de madres á hijas. Verdad es que, en cambio, la naturaleza es menos dúctil ahora, y la hotentota, aunque se friegue y se adobe más que las que iban á presentarse á Asuero, hotentota permanece; de donde, sin duda, el refrán que dice: «Aunque la mona se vista de seda mona se queda.»

Dejemos, no obstante, refranes y digresiones á un lado, y prosigamos nuestro cuento.

Echelaría, por naturaleza y por arte, por herencia y por conquista, era un primor. Y Mutileder, que con razón la adoraba, no la lloró perdida, con femenil amargura, sino que, agitando su garrote y haciendo crujir la honda con chasquidos estruendosos, juró buscar á su amada, librarla del raptor,

y vengarse de éste descalabrándole de una buena pedrada ó moliéndole á palos.

Cuenta la historia que Mutileder, en el instante de hacer aquel juramento, estaba tan hermoso que no podía ser más. Sus ojos azules, dulces de ordinario, lanzaban centellas luminosas; su afilada y recta nariz, hinchada por la cólera, mostraba muy dilatadas las ventanillas; las cejas, frunciéndose en el centro, daban mayor majestad á su frente; la boca entreabierta dejaba ver unos dientes blancos, iguales y firmes, y sana frescura y vivo color de carmín en encías y lengua. Su cabeza, echada atrás con arrogancia, y destocada, lucía copiosa y rubia cabellera, que flotaba en rizos graciosos á merced de la brisa; sus piernas y sus brazos desnudos, contraída entonces la musculatura por la energía de la actitud, daban envidia á los de Hércules mancebo. Todo en Mutileder era beldad, elegancia, brío y donosura. Su voz, alterada por la pasión, penetraba en los corazones, aunque sus palabras no se entendiesen.

En aquel instante ¡oh fuerza del destino! acertó á pasar por allí la graciosa y distinguida Chemed, que en fenicio significa *belleza,* la viuda más coqueta y caprichosa que había en Málaga. Su marido la había dejado joven y con muchos bienes de fortuna. Ella seguía con la casa de comercio de su marido, bajo la razón insocial de *la viuda Chemed.* En aquella ocasión volvía de solazarse de una quinta que tenía en Churriana.

Seis atezados etiopes la llevaban en silla de manos, y dos escuderos, una dueña y cuatro pajeci-

llos egipcios la acompañaban también para más autoridad y decoro.

Chemed oyó á Mutileder, le miró y se maravilló; volvió á mirarle y se quedó más maravillada. Entonces dijo para sí: «Divinos cielos, ¿qué es lo que miro? ¿Será éste dios ó será mortal? ¿Resplandecería más Adonis cuando Astoret se prendó de él?»

Pero, prosiguiendo su soliloquio de preguntas, Chemed prosiguió también su camino, sin interrogar al mancebo, que parecía estar furioso, y sin atreverse siquiera á pararse y á bajar de la silla de manos, en medio de gente extraña, cuya lengua no entendía, porque hablaban el ibero, que, como ya queda dicho, era lo que se llama hoy el vascuence. Si Chemed hubiera sabido que Mutileder hablaba corrientemente el fenicio, como en efecto le hablaba, sin duda que se hubiera detenido; pero, no sabiéndolo ni sospechándolo, Chemed pasó de largo.

IV.

Luego que Mutileder echó sapos y culebras por la boca y se desahogó cuanto pudo, acudió á dar á su presunto suegro la mala noticia del rapto, y á consolarle, si cabía consuelo en tamaño dolor.

Para evitar prolijidad no se ponen aquí las lamentaciones que hicieron ambos á duo. Lo que importa saber es que Mutileder y su suegro, después de maduro examen, reconocieron que era in-

útil quejarse del rapto á las autoridades de Málaga, las cuales no les harían caso, ó si les hacían caso, nada podrían contra un marino tan mimado en Tiro, como Adherbal lo era. A cualquiera exhorto, que los sufetes ó jueces de Málaga enviasen contra Adherbal, era evidente que los sufetes tirios habían de dar carpetazo, haciendo la vista gorda. No había más recurso que resignarse y aguantarse, ó tomar la venganza y la satisfacción por la propia mano. Esto último fué lo que decidió Mutileder con varonil energía.

Se despidió de su presunto suegro, y sin pensar en recursos pecuniarios ni en nada que lo valiese, se fué á Málaga á tomar lenguas, á cerciorarse de que era Adherbal el raptor, como ya lo sospechaba, y á buscar modo de irse á Tiro en la primera nave que para Tiro saliese, á fin de arrancar á Echeloría del cautiverio ó secuestro en que estaba y de hacer en Adherbal un ejemplar y justo castigo.

En medio de todo, Mutileder sentía cierto consuelo. Pensaba en que Echeloría había jurado serle fiel ó morir, y daba por seguro que moriría antes que faltar á su promesa. Él mismo había hecho igual juramento, y se sentía con la suficiente firmeza para cumplirle.

Con estas ideas en la mente y con el bizarro propósito de irse á Tiro cuanto antes, recorrió Mutileder las calles de Málaga hasta que empezó á anochecer. Todas las noticias que adquirió le confirmaron en que era Adherbal el raptor de Echeloría. En lo que no adelantó mucho fué en con-

certarse con algún patrón de buque que saliese pronto y le llevase para Fenicia.

Llegó la noche, como queda apuntado, y ya Mutileder se retiraba á su posada, cuando sintió que le tiraban suavemente de la capa por detrás. Volvió el rostro, y vió á un pajecillo egipcio que le dijo:

—Señor Mutileder, sígame vuestra merced, que hay persona que desea hablarle sobre asuntos que le interesan.

—¿Y quién puede ser esa persona? contestó él. Yo, en Málaga, no conozco á nadie.

Entonces replicó el pajecillo:

—Aunque vuestra merced no conozca á esta persona, esta persona le conoce. Hoy, de mañana, pasó junto al lugar del rapto protervo, y oyó y vió á vuestra merced cuando de él se lamentaba. La persona es compasiva y excelente, y se enterneció. Ha tomado informes sobre todo lo ocurrido, y su enternecimiento se ha hecho mayor. Desea remediar el mal de vuestra merced, con quien le importa conferenciar en seguida. ¿Quiere vuestra merced seguirme?

Mutileder no halló motivo razonable para decir que no, y siguió al pajecillo.

Siguiéndole por calles y callejuelas, que atravesaron rápidamente, llegó nuestro héroe protobermejino á una puertecilla falsa y cerrada, en el extremo de un callejón sin salida.

El paje aplicó una llave á la cerradura, le dió dos vueltas y la puerta se abrió sin ruido. Entró el paje, y le siguió Mutileder.

Cerró el paje la puerta de nuevo, y quedaron él y nuestro amigo en la más completa obscuridad. El paje asió de la mano á Mutileder, y le guió por las tinieblas. Al cabo de poco tiempo vieron luz y una linterna que estaba en el suelo. La tomó el paje, y, ya con ella, alumbró á Mutileder, y mostrándole el camino, le dijo que le siguiera. Subieron ambos por una estrecha y larga escalera de caracol: llegaron luego á otra puertecilla; la abrió el paje; levantó un tapiz que había detrás, y él y Mutileder penetraron en una sala espaciosa y bien iluminada.

El paje entonces se escabulló sin saber cómo, y Mutileder se encontró frente á frente de una anciana y venerable dueña, la cual, con voz meliflua, le dijo:

—Sígueme, hermoso.

Y Mutileder la siguió, algo ruborizado del intempestivo requiebro.

No refiero aquí, porque estoy de prisa, y no debo ni puedo pararme en dibujos, los primores estupendos, las alhajas rarísimas, los lindos objetos de arte y los cómodos asientos y divanes que había en varias salas por donde iban pasando la dueña y nuestro héroe, que atortolado la seguía. Baste saber que allí se veía reunido de cuanto había podido inventar el lujo asiático de entonces y de cuanto la activa solicitud de los navegantes fenicios había podido traer de todas las comarcas á que solían ellos aportar, desde las bocas del Indo hasta las bocas del Rhin, puntos extremos de sus *periplos* ó navegaciones.

Lo que sí diré, es que si una sala era lujosa, otra

lo era más, y que el primor iba en aumento conforme se pasaban salas. Maravilloso silencio y sosiego apacible reinaban en todas ellas. No se veía ni un alma. Soledad y dulce misterio. Rica y leve fragancia de perfumes sabeos impregnaba el tibio ambiente.

—¿Qué será esto? decía Mutileder para su coleto. ¿Dónde me llevará esta buena señora?

Y la admiración y la duda se pintaban en su candoroso y bello semblante.

Por último, la dueña tocó á una puerta, que no estaba abierta como las demás que habían dado paso de un salón á otro salón, sino que estaba cerrada. La dueña la abrió un poco, lo suficiente para que cupiese por ella una persona; empujó á Mutileder, le hizo entrar, y, quedándose fuera, cerró otra vez la puerta, dejándole solo.

Mutileder, que venía de salones donde había mucha luz, nada veía al principio, é imaginó que el salón en que acababa de entrar estaba á obscuras; pero sus pupilas se dilataron muy pronto, y notó que una luz velada y dulce iluminaba aquella estancia, difundiéndose desde el seno de tres lámparas de alabastro.

Aún no había tenido vagar para ver todo lo que le circundaba, cuando oyó Mutileder una voz blanda y argentina, que parecía salir de una garganta humana nueva y de una boca fresca, colorada y sana, porque todo esto se conoce en la voz, la cual le decía:

—Perdóname, amigo, que te haya hecho venir hasta aquí, deseosa de hablarte.

Dirigió Mutileder la vista hacia el punto de donde la voz procedía, y vió recostada lánguidamente en un ancho sofá á una dama morena y majestuosa como una emperatriz, vestida de blanca y flotante vestidura, con una cabellera abundante, lustrosa y negra como la endrina, y con unos ojos que parecían dos soles de luto, así por el fuego y los rayos que despedían, como por su obscuro color y por el color, no menos obscuro, de las cejas, de las largas y rizadas pestañas, y aun de los párpados suaves, cuyas sombras acrecentaban el resplandor fulmíneo de los referidos ojos. En los brazos desnudos, casi junto al hombro, tenía la dama brazaletes de oro de prolija y costosa labor; sobre el pecho y en las orejas, collar y zarcillos de esmeraldas, y sendas ajorcas, por el estilo de los brazaletes, en las gargantas de sus pequeños pies, calzados por coturnos de seda roja. Lazos de idéntica seda adornaban la falda y el corpiño y ceñían el airoso talle. Sobre el negrísimo cabello lucía, prendido con gracia, un ramo de flores de granado.

En todo esto reparó en conjunto Mutileder, pero sin analizar, como nosotros, porque estaba algo cortado y sin saber lo que le sucedía. La cosa no era para menos; sobre todo, tratándose de un mozuelo que, si bien despejado y audaz, carecía de experiencia y jamás se había visto en lances de aquel género.

Absorto, mudo, con la boca abierta, estaba Mutileder, cuando la dama se levantó y mostró de pie su gallarda estatura, esbelta y cimbreante como las palmas de Tadmor; y vino á él, y tomándole

la mano, en la que él sintió como una conmoción eléctrica, le llevó á sí y le dijo:

—Siéntate. ¿Qué te asusta?

Y Mutileder se sentó, al lado de la dama, en un taburete bajito.

Luego que Mutileder se hubo serenado, oyó á la dama con la debida atención, y le respondió con concierto.

Ella le dijo que se llamaba Chemed, que era viuda y rica y natural de Tiro, que había sabido su dolor, que se interesaba por él, á causa de una súbita é irresistible simpatía, y que anhelaba dar consuelo y remedio á sus males.

Aunque Chemed lo había averiguado todo, quiso que Mutileder le refiriese su historia. Mutileder la refirió con elocuencia. Al hablar de Echeloría, aunque era hombre recio, se le saltaron las lágrimas. Con las lágrimas sobre sus mejillas y velando sus ojos azules, estaba el muchacho lo más bonito que puede imaginarse. Chemed no se hartaba de mirarle; pero ¡con qué miradas! Vamos, no es posible explicar cómo eran.

Chemed tenía cerca de treinta y cinco años. Mutileder no había conocido á su madre. No sabía lo que era la amistad y el cariño de la mujer.

—¡Pobrecito mío! exclamaba Chemed. ¡Pícaro Adherbal! No paga con la vida el mal que te ha hecho. Haces bien en querer vengarte y salvar á Echeloría de las garras de ese monstruo. Mira, Mutileder: dentro de cuatro días debo yo salir para Tiro, donde tengo que arreglar mis asuntos, muy desordenados desde que mi marido murió. Tú ven-

drás en mi compañía. Considérame como á tu amiga más leal.

Y sencillamente Chemed tomaba la mano del inocente mozo, y la estrechaba entre las suyas y la retenía en cautividad, equilibrando el calor superior que había en las de ella con el calor que él tenía en su mano.

Todavía se puso más interesante y bonito Mutileder cuando habló con efusión del eterno amor y de la fidelidad que él y Echeloría se habían jurado. Chemed celebraba todo esto, y lo hallaba muy á su gusto.

—Sí, hijo mío, decía á Mutileder, así debe ser. Dichosa Echeloría, que encontró en ti un modelo de amantes. No suelen ser como tú los demás hombres, sino volubles y perjuros. Todas mis riquezas, toda mi posición daría yo si hubiese encontrado un amante tan resuelto y fino como tú.

En suma, esta conversación siguió largo rato, y yo tengo notas y apuntes que me ha suministrado D. Juan Fresco y que me harían muy fácil referirla con todos sus pormenores; pero, como mi historia tiene que ir en un *Almanaque* sin excitar á nadie á que los haga, y no puede extenderse mucho, sino ser á modo de breve compendio, me limitaré á lo más esencial, deslizándome algunas veces, con rapidez y como quien patina, en aquellos pasajes que más se presten á ello por lo resbaladizos.

V.

Cuatro días después de la conferencia primera entre Chemed y Mutileder, salían ambos de Málaga para Tiro en una magnífica nave. Mutileder iba en calidad de secretario privado de la dama para llevarle la correspondencia en lengua ibérica.

La amistad de ambos era íntima, y Mutileder, siempre que se veía en presencia de Chemed, estaba contento y como orgulloso de tener tan elegante y discreta amiga. Chemed tenía además mucho chiste y felicísimas ocurrencias: decía mil graciosos disparates, y Mutileder se regocijaba y reía sin poderlo remediar; pero, cuando estaba solo, amarga melancolía se apoderaba de su alma, pensamientos crueles le atormentaban, y algo parecido á remordimientos le arañaba el corazón, como si fueran las uñas de un gato, ó digamos mejor, de un tigre.

Mutileder hablaba entre dientes, lanzaba desconsolados suspiros, manoteaba y hasta se golpeaba y pellizcaba sin compasión, y solía exclamar:

—¡Qué diablura! ¡Qué diablura!

En presencia de Chemed, ó se olvidaba de su dolor, ó le refrenaba y disimulaba. Ésta, á no dudarlo, era la diablura á que su exclamación aludía.

Mutileder había tenido ya tiempo para meditar y reflexionar y hacer severo examen de conciencia, y no se absolvía, sino que se condenaba por débil, perjuro y desleal, en grado superlativo.

A veces quería disculparse consigo mismo, y no lo lograba.

—Yo, decía, sigo amando á Echeloría, y Chemed no obsta para ello. Voy á buscar á Echeloría, á libertarla y á vengarla, y Chemed me ayuda en mi empresa. El cariño de Chemed tiene algo de maternal. ¡Es tan buena conmigo! ¡Es tan alegre y chistosa! ¡Qué tonterías tan saladas se le ocurren! ¿Cómo no he de reirme al oirlas? ¿He de estar siempre llorando? No: no es menester llorar; no es menester negarse á todo consuelo, como una bestia feroz, para demostrar que es uno fiel y consecuente. Ya veremos cuando me encuentre con Adherbal si amo á Echeloría ó si no la amo.

Estas y otras sutilezas y quintas esencias alambicaba, fraguaba y se representaba Mutileder para justificarse; pero, como hemos dicho, no lo lograba nunca.

De aquí su pena cuando estaba solo: y no sé de dónde, el olvido de su pena cuando de Chemed estaba acompañado. ¡Contradicciones inexplicables, raras antinomias de los corazones de los mortales!

De esta suerte, en soliloquios románticos, acerbos y dignos de Hamlet, siempre que estaba sin Chemed; y en coloquios amenos, en pláticas tiernas y en juegos y risas, cuando Chemed aparecía, vivió Mutileder; y así se pasó el tiempo, caminó la nave, se detuvo en varios puntos de África y en algunas islas del archipiélago de Grecia, y llegó al fin á Tiro, capital entonces de Fenicia desde la ruina de Sidón, cuando los filisteos, rubios descen-

dientes de Jafet, vinieron de Creta por mar, mientras que del lado del desierto de Arabia entraban los israelitas en la tierra de Canaán y lo llevaban todo á sangre y fuego. Tiro había hecho después renacer el poder cananeo ó fenicio y estaba en toda su gloria y florecimiento. Sobre el trono de Tiro resplandecía el Rey Hiram, amigo de Salomón, hijo de David. Israelitas y fenicios eran estrechos y felices aliados.

Muy largo sería describir aquí la grandeza de Tiro. Dejémoslo para mejor ocasión. Lo que importa es decir que Mutileder buscó á Adherbal en seguida, y no le halló. Pronto supo con rabia que el infatigable marino, sin reposar casi, se había encargado del mando de la flota, que Hiram y Salomón expedían con frecuencia á la India, desde el puerto de Aziongaber en el mar Rojo. Tres días antes de la llegada de Mutileder y de Chemed, Adherbal se había puesto en marcha para tomar el mando referido.

Adherbal debía pasar por Jerusalén. Mutileder no pensó más que en perseguirle y alcanzarle, antes de que se embarcara para tan larga navegación, de la que sabe Dios cuándo volvería.

Temiendo que le faltasen las fuerzas y el valor para despedirse de Chemed, Mutileder preparó su viaje con el mayor sigilo, aprovechando la salida de una caravana; y, montado en un ligero dromedario, salió para Jerusalén, cuando Chamed menos lo sospechaba.

Chemed lo supo y lo lloró al leer una carta que él escribió antes de partir y que entregó á Chemed

una persona de toda confianza. La carta decía como sigue:

«Mi querida Chemed: Yo soy el más débil y el más malvado de los hombres. Debí huir de ti desde el primer momento y no entregarte nunca un corazón que no te pertenecía, que era de otra mujer y que jamás podía ser tuyo. Todo el afecto, toda la ternura que te he dado, ha sido falsía, perjurio é infamia. Y no porque yo fingiese esa ternura y ese afecto, que al contrario brotaban á borbotones, con toda sinceridad y con vehemente efusión, del fondo de mi pecho, sino porque, al consagrártelos, faltaba á la fe jurada, rompía el sello de la fidelidad que había puesto Echeloría sobre mi alma, y me rebajaba hasta la vileza. De aquí mi lucha interior; de aquí mis contradicciones y extravagancias. A veces reía yo, jugaba y me deleitaba contigo; pero, cuando más contento estaba, surgía como espectro, como aterrador fantasma, de las profundidades de mi sér, el mismo amor ultrajado, el cual me azotaba rudamente con el azote de los remordimientos. Otros amantes, mientras más aman, se hacen más dignos del amor, porque el amor hermosea y sublima los espíritus; pero yo, amándote, me degradaba en vez de elevarme, porque pisoteaba juramentos y promesas; y no amándote, me degradaba también, porque recibía de ti inmensos é inestimables tesoros de cariño que no acertaba á pagar. Si olvidaba á Echeloría, para amarte, era yo un perjuro; y si no te amaba para seguir amando á Echeloría, un falso, un estafador y un ingrato. Situación tan horrible y poco digna no podía

durar. El cielo ha estado benigno conmigo, aunque no lo merezco, proporcionándome ocasión de dejarte con razonable motivo, sin que puedas tú tildarme de galán sin entrañas. Adherbal no está en Tiro. Mi deber es perseguirle. La ofensa que me ha hecho no puede quedar impune. Tú misma me tendrías por vil y cobarde si yo no me vengara. No extrañes, pues, que te deje para cumplir con esta obligación. Adiós, adiós para siempre, ¡oh generosa y dulce amiga!»

Tal era la carta que escribió Mutileder, en buen fenicio, sin ninguna falta de gramática ni de ortografía. Chemed la leyó con lágrimas en los ojos y haciendo otros mil extremos de amoroso sentimiento.

Mutileder, entre tanto, caballero en su dromedario y lleno de impaciencia, iba trotando y galopando hacia Jerusalén. Harto de la pausa con que la caravana marchaba, tomó un guía, poseedor de otro dromedario tan ligero como el suyo, y se adelantó al resto de sus compañeros de viaje. Así llegó en pocas jornadas á la ciudad que casi había creado David, y que Salomón acababa de fortificar y hermosear con admirables monumentos. La había ceñido de altas torres almenadas y de fuertes y gruesos muros; había edificado, sobre gigantescos y firmes sillares, en la cumbre del monte Moria, donde fué el sacrificio de Abraham, el maravilloso y único templo del Dios único, y había coronado las alturas de Sión con inexpugnable ciudadela y con alcázar suntuoso.

Dilatando Salomón sus conquistas al Sur del

mar Muerto; domeñando á los hijos de Edom, de Amalec y de Madián, y enseñoreándose de Elath y de Aziongaber, abrió puertos para comerciar con el Hadramauth y el Yemen, con el alto Egipto, con la Nubia y con las Indias orientales. Cortando luego las corpulentas hayas y los pinos y cedros seculares del Líbano; haciéndolos llevar en hombros de los más robustos varones de las naciones vencidas, como de los *refaim*, por ejemplo, raza descomedida de gigantes, que casi ladraban en vez de hablar; y trabando entre sí los leños con arte y maestría, hizo formar Salomón flotantes castillos que resistiesen el ímpetu de los huracanes y el furor de las olas. En medio del desierto, Salomón había fundado á Tadmor, célebre después con el nombre de Palmira, en un oasis lleno de palmas, á fin de que fuese emporio riquísimo y lugar de reposo de las caravanas que iban desde las orillas del Jordán á las del Eufrates y del Tigris; á Damasco, á Nínive y á Babilonia. Estaba, por último, interesado Salomón en el comercio de los fenicios con Tarsis ó Iberia, patria de Mutileder, y aun de más allá, hacia el Occidente y Norte del mundo; bastante más allá, porque las naves tirias llegaban hasta el Báltico. Por todo lo cual refluía sobre Jerusalén cuanto Dios crió de bienes temporales. La plata era tan común, que se miraba con desprecio. Todo se fabricaba de oro purísimo, hasta los trastos de cocina. De Arabia venían perfumes; de Egipto, telas de lino, caballos y carros; esclavos negros y marfil, de Nubia; y especierías, y madera de sándalo, y perlas, y diamantes, y papagayos y jimios

y pavos reales, y telas de algodón y de seda, de allá de la desembocadura del Indo. Oro venía de todas partes, ya de Tíbar, ya de Ofir; ámbar y estaño, del Norte de Europa; cobre y hierro, de España. De esta suerte abundaba todo en Jerusalén. La fama del Rey volaba por el mundo, porque el Rey excedió á los demás Reyes, habidos y por haber, en ciencia y en riqueza; y no había persona de buen gusto que no desease ver su cara, y sobre todo los hijos de Israel, á quienes las naciones extranjeras respetaban y temían, por donde vivieron ellos tranquilos y venturosos, á la sombra de sus parras y de sus higueras, desde Dan hasta Beersebá, durante todos los días de aquel reinado.

Pues, como íbamos diciendo, á esta espléndida ciudad de Jerusalén llegó nuestro bermejino prehistórico, acompañado de su guía, pero más confiado en su fiero garrote y en la primorosa honda que le había regalado Echeloría, y con la cual, según suele decirse, no se le cocía el pan hasta que vengase á su primer amor, descalabrando al raptor injusto de una violenta y certera pedrada.

Preocupado con estos pensamientos de venganza, y como hombre que va á su negocio y que no viaja á lo *touriste*, Mutileder no quiso visitar las curiosidades de Jerusalén ni enterarse de nada de lo que allí sucedía, á no ser del paradero de Adherbal.

Imagine el pío lector qué desesperación no sería la de Mutileder cuando en seguida supo de buena tinta que Adherbal, viendo que urgía darse á la vela, y llegar pronto al Océano, para no desperdi-

ciar la monzón, favorable entonces á los que iban á la India, había salido en posta, con dromedarios que de trecho en trecho estaban ya preparados y escalonados en el camino, á fin de verse cuanto antes en el puerto de Aziongaber, orillas del mar Bermejo.

Imposible de toda imposibilidad era ya que Mutileder llegase á donde estaba el marino fenicio, quien se sustraía así á su venganza. Tiempo había de pasar, pampanitos había de haber, antes de que dicho marino se pusiese á tiro de su honda ó al alcance de su garrote.

Creyó entonces Mutileder que Adherbal se había llevado consigo á Echeloría para que fuese ornamento principal de la nave capitana, desde donde había de mandar la flota; y su rabia rayó en tal extremo, que pateó, juró, bufó, blasfemó, y hasta hubo de arrancarse á tirones algunos de los rizos hermosos y rubios que coronaban su cabeza.

En medio de todo, fué grande su consolación cuando logró saber que el pícaro y cortesano marino, rastrero adulador de Príncipes, había hecho presente á Salomón de la preciosa Echeloría.

VI.

¿Cómo resistir aquí á la tentación de encarecer lo mucho que D. Juan Fresco se ensoberbece y ufana, y lo orondo que se pone, y lo por bien pagado que se da de haberse pelado las cejas desci-

frando y leyendo las inscripciones y papiros manuscritos de donde está sacada esta historia? Por ella consta que un bermejino, pues al cabo bermejino era Mutileder, ya que Vesci era la Villabermeja de entonces, rivaliza con Salomón y viene á hacer el brillante y extraordinario papel que verá el que siguiere leyendo.

Mutileder no se amilanó al saber que Echeloría estaba en el harén salomónico; antes dispuso quedarse en Jerusalén, espiar ocasión oportuna, y, no bien se presentase, asirla por el copete, arrebatando á la linda moza de entre las manos del Rey Sabio. No por eso pensó en hacer el más leve daño á Salomón. Mutileder era muy monárquico, y el Rey, por ser Rey y por su ciencia infusa y demás virtudes, le infundía respeto. Salomón, además, no tenía culpa ninguna ni había ofendido á Mutileder. Había aceptado el presente que le habían traído, y había dado prueba de buen gusto al aceptarle y guardarle.

A veces Mutileder concebía cierta halagüeña esperanza. Imaginaba que Echeloría había de llorar por él y había de decir á Salomón, con todo miramiento y finura, que no le amaba porque amaba á otro; y daba por cierto que Salomón, que era benigno con las mujeres, y tan galante y condescendiente que las consentía tener ídolos de la tierra de cada una de ellas, no debía de ser feroz con Echeloría, sino que, no bien supiese que su ídolo era Mutileder, había de ceder en sus pretensiones. Mutileder llegaba á columbrar como probable que el Rey le hiciera buscar para entregarle á la mu-

chacha, y hasta que quizá se allanase á ser padrino de la boda.

La entereza, constancia y resistencia de Echeloría habían de mover á todo esto, y á más, el ánimo generoso de Salomón. ¿Qué le importaba á este gran Rey una mujer más ó menos, cuando tenía en su harén setecientas reinas, ochocientas concubinas é infinito número de princesas? Así, pues, lo natural era que, viendo Salomón á Echeloría enamorada de otro, afligida y llorosa, y rechazándole por estilo arisco y montaraz, había de mostrarse desprendido.

Al hacer esta suposición, muy plausible, Mutileder se ponía colorado de vergüenza. Se presentaba en su imaginación lo bien que se portaba Echeloría, huraña como un gato y firme como una roca; veía el desprendimiento regio y la nobilísima conducta de Salomón, y se consideraba indigno, y quería, al recordar sus infidelidades con Chemed, que se abriese la tierra y le tragase.

Estos remordimientos, esta compunción y este sonrojo por la culpa tenían, sin embargo, bastante de sabroso y de dulce. ¡Ay, cuán pronto se trocó todo ello en amargura cuando oyó Mutileder lo que en Jerusalén se decía de público en calles y plazas!

Para saber lo que se decía, conviene tomar las cosas de atrás y entrar en algunas explicaciones.

El palacio de Salomón era inmenso, y la sociedad en él muy amena. Multitud de poetas y de tocadores de arpas, tímpanos y salterios, le regocijaban de continuo. Allí había diestras bailarinas, artistas ingeniosos que hacían muebles elegantes y

otras obras de extremado primor, y los mejores cocineros que entonces se conocían. Aquello era, en grado superlativo, en elevación á la quinta potencia, perpetua boda de Camacho. Salomón y sus mujeres y servidumbre devoraban cada día treinta bueyes cebados, cien ovejas y multitud de ciervos, búfalos, gacelas y aves. Y no se crea que porque comiesen poco pan. El consumo diario de harina empleada en hacer pan, tortas, bollos y pasta *frolla* ó *flora*, era de noventa coros, ó sea cuarenta y cinco cahices, de doce fanegas se entiende.

Así es que, en el palacio de Salomón, hasta el último pinche se regalaba á pedir de boca y estaba gordo y lucio.

Las mujeres, tanto por naturaleza cuanto por los afeites que usaban, parecían celestiales y de variadísimo mérito. En aquella época no llevaban nombres puestos á la ventura, sino nombres significativos de sus más egregias cualidades, por donde sólo con mentarlas se puede colegir lo que valían. Entonces no se llamaba Doña Sol una fea, ni Blanca una negra, ni Dolores una regocijada, ni Rosa la que olía mal ó era áspera como cardo ajonjero.

Las favoritas de Salomón lo habían sido y llevaban los nombres que llevaban porque lo merecían. La hija del Faraón, que fué, á no dudarlo, Meneftá II, se llamaba Uom-anhet, esto es, Destroza-corazones. Ella inspiró á Salomón el primer amor, profundo y suave. Salomón era muy muchacho cuando se casó con ella, y ella le trajo en dote á Gezer y doce mil caballos para la remonta de su

caballería. Después amó Salomón con locura á Anahid, Lucero de la mañana, hija del Rey de Armenia. Se refiere que, repudiada ésta, hubo de volver á su patria, donde tuvo un hijo de Salomón, de quien procede el famoso Abagaro, á quien Cristo escribió una carta y envió su efigie. Después amó Salomón con no menor locura á Leliti, la Noche, princesa de Etiopía. Luego amó apasionadamente á Vahar, á quien trajeron de la India las primeras naves tirio-hebreas que fueron por allí. Esta Vahar, ó dígase Primavera, era de la familia de los Sakias, Reyes de Kapilavastu, y por consiguiente, parienta del ilustre Sakiamuni, que había de ser Budha, y fundar una religión en que creyese cerca de la mitad del humano linaje.

Por último, pasión más durable que todas había concebido, alimentado y guardado Salomón por la Sulamita, en cuya alabanza dejó compuestas las poesías amatorias más bellas que habían sonado hasta entonces en lengua humana.

Pero Salomón, en medio de tantos deleites y triunfos, estaba hastiado. Nada le satisfacía. Todo era para él vanidad de vanidades y aflicción de espíritu. Ni siquiera tenía el goce del amor propio y del orgullo, porque sostenía que su grandeza se debía al acaso y no á su carácter ni á su entendimiento y prudencia. Salomón había recapacitado y había visto que, debajo del sol, ni la carrera era de los ligeros, ni la guerra era de los fuertes, ni el bienestar de los listos, ni de los prudentes la riqueza, ni de los elocuentes el favor, sino que todo era caprichoso resultado de la ciega fortuna.

Y hallándose su alma en tan doloroso estado, fué cuando Adherbal le presentó á Echeloría.

Y el pueblo de Jerusalén afirmaba que Salomón la había conocido y la había amado. Y que la había hallado rosa de Sarón y lirio de los valles. Y que había comparado su cabeza rubia, por la majestad, con el Carmelo, y el olor de sus vestidos al olor del almizcle y al de las silvestres flores que crecen en el Líbano.

La ternura de Salomón por Echeloría se aseguraba que excedía á la de Jacob por Raquel y á la de Isaac por Rebeca. Se daba por cierto que la amaba mil veces más que había amado á las otras mujeres; que sentía por ella todo género de afecto; que con el espíritu puro la estimaba y quería, como su padre David había estimado y querido á Jonatás, muerto en las alturas de Gelboé por los filisteos; y que de un modo tempestuoso la idolatraba, como el Príncipe de Siquen había idolatrado á Dina.

Todos estos rumores llegaban cada vez con más consistencia á los oídos de Mutileder y le iban dando mucho que sentir y no poco que sospechar: le iban dando, permítaseme lo vulgar de la frase en gracia de lo gráfico, muy mala espina.

¿Cómo era posible que Echeloría resistiese á tantas seducciones? ¿Cómo había de entenderse el amor de Salomón, si la muchacha, en vez de estar amable, estuviese zahareña y cogotuda?

En vista de éstas y de otras reflexiones, y de no pocos indicios y pruebas que vinieron después, el pobre Mutileder tuvo al fin que abrir los ojos, y

que reconocer que Echeloría se había dejado querer, y hasta que pagaba á Salomón su cariño queriéndole, y siendo infiel y perjura á su Mutileder y á los juramentos hechos en Aratispi y en Churriana.

Por falta de elocuencia dejo de pintar aquí el furor de Mutileder cuando de esto se hubo cerciorado. Ni Otelo ni el Tetrarca estuvieron después más celosos y furiosos.

Pero nuestro bermejino no se limitaba á lamentos estériles. Siempre tomaba resoluciones y procuraba darles cima. La que ahora tomó fué la de matar á puñaladas á Echeloría y matarse él á renglón seguido con el propio puñal. Lo difícil era ver á Echeloría para matarla.

Chemed, ocupada en Tiro con sus asuntos, se había consolado de la ausencia de Mutileder; pero le conservaba buena amistad, y le había enviado cartas de recomendación para Adoniram, que era el mayordomo de Salomón, y para otros personajes de la corte. Con estas cartas y con su hermoso rostro, gentil presencia y gallardo cuerpo, que más que nada le recomendaban, Mutileder pretendió y consiguió sin dificultad entrar en la guardia personal del Rey.

Componíase dicha guardia de sujetos de no poco fuste; de señores y hasta de Príncipes de las dinastías destronadas, cuyos reinos se habían anexionado Salomón y su padre, y de cuyos bienes habían ido incautándose. Allí había heteos, amorreos y jebuseos; caballeros de la casa de Abinadab, Rey de Kiriath-Yarín; dos sobrinitos de Og, Rey de Ba-

sán, á quienes apenas apuntaba el bozo y tenían ocho codos de estatura; varios nietos de Hamnón, Rey de los Amonitas; y *para complemento de hermosura*, como dice Ezequiel, hablando de los pigmeos de Tiro, una pequeña tropa de idénticos pigmeos, que no se levantaban un codo de la tierra, pero que eran certeros y terribles disparando ponzoñosos dardos.

Encubriendo siempre en los abismos obscuros del alma su terrible propósito de matar á Echeloría y de matarse él, Mutileder se ingenió de suerte que se ganó la voluntad de sus jefes inmediatos y hasta del General Benaya, tan ágil para cortar cabezas, según lo demostró á principios de aquel reinado, enviando al otro mundo, á fin de cimentar bien el trono, á Adonia, hermano mayor del Rey, y á otros personajes.

Con este favor, pronto subió Mutileder á capitán de una compañía de filisteos, rubios casi tanto como él, y que formaban parte de la guardia real.

Lo que no pudo conseguir fué ver á Echeloría. Lo que no pudo inspirar fué la absoluta é indispensable confianza para llegar á ser uno de aquellos sesenta valientes, los más probados y selectos, que rodeaban el tálamo de Salomón por la noche (algo parecido á nuestros Monteros de Espinosa), y que andaban siempre con la espada sobre el muslo, por temor de los duendes y vestiglos; que eran traviesos, traían revuelto el alcázar, y no hubieran dejado, sin la citada precaución, un instante de sosiego á las reinas y demás señoras.

¿Quién sabe si la misma gentileza de Mutileder

sería óbice para que entrase él en el número de los sesenta, no hiciera el diablo que inquietase á las damas en vez de aquietarlas? Lo cierto es que su gentileza ya mencionada, su discreción, despejo y buen trato, se hicieron notorios en Jerusalén, y que las damas le ponían en las nubes. Hasta un no sé qué de torvo, de melancólico y de trágicamente distraído que había en su lindo semblante, le hacía más grato á las damas.

Así las cosas, cuando ocurrió una novedad grandísima, que contribuyó á glorificar el reinado de Salomón más todavía.

VII.

Además de los libros que conocemos, Salomón escribió otros muchos que se han perdido. Compuso tres mil parábolas y mil y cinco cantares, y disertó sobre árboles y plantas, desde el cedro hasta el hisopo que nace en la pared, y sobre aves, cuadrúpedos, reptiles y peces. Quieren decir que supo muchas cosas que después se olvidaron: unas han vuelto á descubrirse; otras quizá no se descubran nunca de nuevo. Así, por ejemplo, parece que atraía por medio de pinchos de metal los rayos y las centellas; que entendía la lengua de los pájaros; que conocía la fuerza oculta de la palabra humana y obraba por ella mil prodigios; que los genios le obedecían, y que era sabedor de todas las doctrinas mágicas de Enoch y de las que Abra-

ham había aprendido en su patria, Ur de los caldeos, y de las que estudió Moisés en los colegios sacerdotales de las orillas del Nilo.

Sea de esto lo que se quiera, no puede negarse que su fama de sabio se extendió por todas partes.

La Reina de Sabá, cuyo nombre, según hemos llegado á averiguar, era Guadé, que en el idioma hymiárico, hablado entonces en su reino, equivale á *Amor* ó *Amistad*, oyó hablar de Salomón y quiso probarle con preguntas y acertijos.

Embarcóse, pues, esta augusta señora en Adén, que era el mejor puerto de sus Estados, y con próspero viento, navegando por el mar Bermejo, aportó á Aziongaber, y desde allí, por Sela, Beersebá y otras poblaciones, llegó hasta Hebrón, donde el Rey Sabio salió á recibirla con mucha cortesía y aparato.

No entro aquí en descripciones del viaje de esta Reina; de la pompa con que venía; de su entrada en Jerusalén, acompañada ya de Salomón, que la hospedó en su palacio, y de las fiestas que hubo con este motivo. Sería muy largo contar todo esto. Contentémonos con decir que los regalos que dió la Reina á Salomón fueron magníficos, y no inferiores los que de Salomón recibió ella; que ella se quedó pasmada del lujo que gastaba Salomón; y que, como Salomón le adivinó de tenazón todos sus más enmarañados acertijos, ella se quedó doblemente pasmada de su sabiduría.

Salomón, que era fino y discreto, creyó que el mayor obsequio que podía hacer á Guadé, mientras morase en su alcázar, y siendo ella de un mo-

reno muy subido de punto, era darle para guardia de su persona á los filisteos que mandaba Mutileder, todos rubios, blancos y sonrosados. En efecto, los filisteos la impresionaron agradablemente; pero Mutileder, su capitán, le pareció una divinidad y no un hombre cualquiera.

Era Guadé tan hermosa como las noches serenas del estío; sus ojos brillaban como carbunclos, y en oposición á su rostro, algo tostado, relucían como perlas sus dientes blanquísimos. Sabía mucho. Era un Salomón con faldas. Pronto con sus miradas fulmíneas derritió la triple placa de bronce que el empeño de ser consecuente había puesto en torno del corazón de Mutileder. Y Mutileder y Guadé se amaron, á pesar de Chemed y de Echeloría.

Guadé, á quien importaba desengañar por completo á Mutileder, el cual le había contado toda su historia, menos su plan de tragedia; Guadé, que hablaba en toda confianza con Salomón y sabía los secretos del harén, reveló y probó á su joven amigo que Echeloría amaba á Salomón con delirio.

Esto indujo más á Mutileder á amar con delirio también á Guadé, no sólo porque ella se lo merecía, sino para no ser menos y tomar represalias y desquite.

Y sin embargo, y aquí entra lo más patético de mi cuento, si bien era cierto que Echeloría y Mutileder estaban enamorados el uno de su Reina y de su Rey la otra, ambos sentían, en medio de la embriaguez del nuevo amor, pesar tremendo, tor-

cedor horrible en la conciencia y pasión de ánimo, que amenazaban matarlos.

Las mismas imaginaciones, las mismas ideas acudían al alma de los dos, aunque no se veían ni se hablaban. Se sentían rebajados y humillados. Eran juguetes de la casualidad. La voluntad de ellos carecía de firmeza. ¿Había sido ensueño infantil el amor que se tuvieron? ¿Había sido burla ridícula el juramento que se hicieron repetidas veces? Ó no había sido santa y hermosa aquella primera pasión, y entonces lo más poético de la vida de ambos se desvanecía; ó si la pasión había sido santa y hermosa, ellos habían sido sacrílegos é infames, profanándola y hollándola.

Mutileder desistió ya de matar á Echeloría y de matarse; pero aquel dolor oculto iba á matar á los dos. Y mientras más notaban ambos que el amor que tenían á Salomón y á Guadé era su encanto y su delicia, más culpados y viles se juzgaban y más ganas tenían de morirse, porque el sonrojo y la humillación destrozaban sus pechos, no bien dejaban de embargarlos y cautivarlos el frenesí y el vivo deleite que nacen de los coloquios y caricias en el amor bien correspondido.

Salomón advirtió el mal de Echeloría, y Guadé advirtió el mal de Mutileder. Conferenciaron sobre ello. Se lo contaron todo. Buscaron remedio y no pudieron hallarle. ¿Qué hierba, qué elixir, qué talismán sería poderoso contra tan rara dolencia, que designaron con el nombre de *dolencia de los dos amores?*

Presintieron los Reyes que iban á perecer sus

é hizo que Benaya le matase sin que pudiera valerle el haberse asido al cuerno del altar, en el templo mismo.

Abaris, que tuvo noticia de todo esto, y que aún estaba enojado contra Abisag, tardó en volver á Jerusalén; pero volvió al cabo y precisamente en los días en que Salomón y la Reina de Sabá andaban más afligidos con la dolencia de Echeloría y de Mutileder.

Ignorábase qué proyectos traía Abaris, pero Salomón le recibió bien, porque Salomón apreciaba mucho la ciencia. Además, como Abaris era hombre de mundo, lo que se llama un rodaballo muy corrido, Salomón le puso al corriente de todo, á ver si él hallaba remedio para aquel mal.

Abaris aseguró que curaría á los dos jóvenes *iberos*; pero que, en cambio, deseaba que Salomón le prometiese que había de otorgarle un don que *intentaba* pedirle. Salomón se lo prometió.

Pasaron después tres días, durante los cuales Abaris pareció como que estaba estudiando. Al terminar los tres días, fué Abaris al regio alcázar, hizo que Salomón le presentase á Echeloría, y, no bien la hubo visto, Abaris dió un grito y se echó en los brazos de la joven, exclamando:

—¡Gracias, gracias, benignos cielos: al fin he hallado á mi hija!

Explicó entonces Abaris que él había estado en Aratispi; que allí había tenido amores con la madre de Echeloría, y que Echeloría era el fruto de dichos amores. Añadió luego que como entonces era él tan peregrino seductor, había tenido tam-

bién amores en Vesci con la madre de Mutileder; y por lo tanto, Mutileder era su hijo. En prueba de esto dió no pocos datos y razones, y la más sorprendente fué la de afirmar que ambos jóvenes iberos estaban sellados por él, en la espalda, desde el día en que nacieron, con una salamandra azul.

Con la alegría que produjo tan fausto descubrimiento, se prescindió de la etiqueta de palacio. Vino Guadé y trajo consigo á Mutileder. Desnudaron las espaldas de ambos jóvenes y se vieron estampadas en ellas las salamandras. No cabía duda: eran hijos de Abaris, y por consiguiente, hermanos.

Todo se aclaraba y se justificaba así. El amor que se habían tenido era fraternal: nacido de la fuerza del parentesco. En vez de afligirse de haber sido ella robada por Adherbal y enamorada luego de Salomón, y él de sus infidelidades con Chemed y con Guadé, dieron gracias á los propicios hados que de aquella manera y por tan ocultos caminos los habían salvado de un crimen feísimo, que tal le hubieran cometido si llegan á casarse.

Se disiparon, pues, las melancolías de Echeloría y de Mutileder; se abrazaron fraternalmente y más contentos que unas pascuas, y se encontraron muy á gusto de ser ella favorita de Salomón y él Príncipe consorte en el reino sabeo, para donde se fué con su Guadé, cuatro días después de saber que era hijo de Abaris y de haber descubierto que tenía una salamandra azul en la espalda.

Echeloría se quedó en Jerusalén, ya sin remordimientos y muy alegre.

Abaris fué á ver á Salomón y á pedirle el do que había prometido otorgarle; pero, como e hombre de mundo y precavido, llevaba preparad la flecha debajo del manto filosófico, poniéndos cerca del balcón abierto para hacer su petición, n fuera caso que Salomón se enfadase y tuviese que salir volando, antes de que Benaya le hicies pasar á mejor vida.

La petición no era otra que la mano de Abisag Salomón estaba de tan buen talante con la radical curación de Echeloría, que en seguida consintió en que Abisag se casara. Además, Abisag iba ya pasando de la juventud á la edad madura, y como la mayoría de las solteras algo pasadas, estaba tan jaquecosa, que Salomón no la podía aguantar, y se alegró de salir de ella.

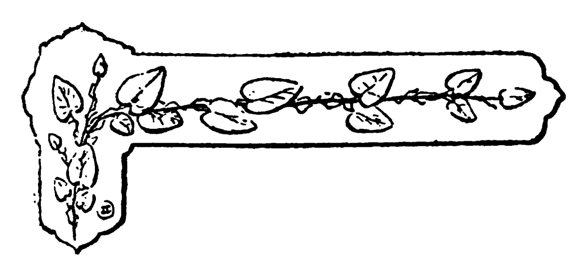
Todos, pues, fueron felices.

Salomón tuvo una curiosidad y quiso que Abaris con el mayor sigilo la satisficiese.

—¿Hay algo de verdad, le dijo, en lo que afirmas de que eres padre de Echeloría y de Mutileder?

—En mi vida estuve en Iberia, contestó riendo Abaris. Confiesa que mi remedio ha sido ingenioso y eficaz. Sin él no se hubieran curado los chicos y hubieran sido capaces de morirse. Para hacer más verosímil la historia, puse yo mismo por arte mágica en las espaldas de ambos las salamandras. Todo ha sido lo que allá en los tiempos venideros, dentro de cerca de tres mil años, llamarán los sabios y pulidos un *mito*, y los ignorantes y rudos un *camelo* ó una *filfa.*

ASCLEPIGENIA



ASCLEPIGENIA

DIÁLOGO FILOSÓFICO-AMOROSO.

La escena en Constantinopla. Siglo V de la Era Cristiana.

Habitación de Proclo. Es de noche. Una lámpara de siete mecheros, puesta sobre un trípode ó candelabro de bronce, ilumina la estancia. Puertas al fondo y á los lados.

ESCENA I.

PROCLO, de edad de cincuenta años, seco, escuálido, consumido por vigilias, ayunos, estudios y mortificaciones, aparece sentado en un sitial. Su discípulo, MARINO, está de pie, junto á él.

MARINO.—¡Maestro! ¿estás decidido á recibir esta noche?

PROCLO.—Lo estoy. En cualquiera otra ciudad podría yo excusarme: en Byzancio no, que es mi patria. ¿Cómo privar á mis paisanos del auxilio y consuelo de la sabiduría?

MARINO.—Difícil es; pero debieras reposar y cuidarte. Estás que pareces el espíritu de la golosina

los genios y á los númenes. Por la unidad esencial que en mí hay, y de la cual hasta la inteligencia es emanado atributo, soy el Uno mismo. El Uno soy yo en los instantes dichosos de entusiasmo, de conjunción y de éxtasis.

MARINO.—Por Hércules vivo, maestro, que me lleno de envidia siempre que te oigo afirmar esa unión, por la cual te pones en el Uno ó te identificas con el Uno. Se me ocurre, no obstante, cierta dificultad.

PROCLO.—Explánala y te la resolveré.

MARINO.—¿Por qué, si hallas al Uno, hundiéndote en el abismo del alma, te allanas á buscarle en la naturaleza? ¿Por qué no estás siempre reconcentrado y como viviendo en la eternidad?

PROCLO.—Para imitar al propio Uno. Porque el Uno y yo, además de ser el Uno, somos el Bien. Es nuestra ley no quedar en el centro, absortos en el absoluto egoísmo y en la inefable contemplación de nuestra esencia. Tenemos que salir fuera á crear y mostrarnos activos. De él y de mí emanan la voluntad, la inteligencia y la palabra, y ellas crean el mundo. Desenvuelve el Uno su idea, y van apareciendo el sér, la vida, y la harmonía, y el movimiento, y cuanto es y será. Desenvuelvo yo mi idea, y nacen el arte, las religiones y la ciencia. Y la creación del Uno y mi creación se compenetran y confunden y vienen á ser la misma. ¿Me entiendes ahora?

MARINO.—Me pasmo de tu claridad. Con sobrada razón mereces apellidarte el sumo pontífice de todas las creencias, el gran ciudadano de todas las

repúblicas y el archimetafísico de todas las metafísicas. No, Proclo, tú no eres un mortal.

Proclo.—En la esencia no lo soy. En la esencia soy eterno. Considerado en mi unidad, vivo en la eternidad primitiva: esto es, en un punto inmóvil, en el cual toda la duración infinita de los siglos se halla parada, cifrada y reconcentrada. Considerado en el ápice de mi mente, en la inteligencia, vivo en la eternidad secundaria; torrente de las existencias sucesivas, perpetuo tránsito, movimiento sin término, carrera sin meta, mudanza y proceso que no acaban.

Marino.—Y dime, maestro: el sacrificio que sin duda haces al salirte del Uno y penetrar con la mente, y con el discurso, y con el afecto en este universo visible, ¿qué principal propósito lleva?

Proclo.—Lleva varios propósitos; pero el principal es de la mayor transcendencia. La ley divina que sigue la historia me ha suscitado en el tiempo debido para una función importantísima. Mi espíritu toma carne hacia el fin de la civilización antigua para comprenderla toda en conjunto harmónico. El genio de la Grecia con sus castizas ó peculiares creaciones, con los sueños de sus poetas desde Lino y Orfeo hasta ahora, con su pensamiento filosófico desde Pitágoras hasta Jámblico, con los descubrimientos de sus matemáticos, astrónomos y físicos, y con las enseñanzas arcanas de Samotracia y de Eleusis; el genio de la Grecia, con los despojos opimos que trajo de Egipto, de Persia y hasta de la India, después de las conquistas del Macedón; todo este trabajo, toda esta aglomera-

ción de doctrinas, experimentos y especulaciones, han venido á fundirse en mi cabeza como en horno ó crisol candente. Ya fundido todo, he desechado la escoria por los bríos de mi virtud crítica, y he guardado sólo el metal limpio y puro. Por último, por otra virtud plasmante que hay en mí, he vaciado ese metal como en un molde, y he sacado á la luz el refulgente y completo sistema de la antigua sabiduría. Los pueblos del Norte acabaron ya con el imperio de Occidente. El imperio de Oriente sucumbirá también. Pronto vendrá la barbarie. Las tinieblas de la ignorancia cubrirán al mundo. Yo seré, desde entonces hasta que aparezca la aurora de una nueva y tal vez más rica civilización, faro luminoso que alumbre y guíe al humano linaje.

MARINO.—Reconozco la importancia de tu vida y de tus obras. Pero, concretándonos al caso singular de tu venida á Byzancio, ¿qué es lo que á ello te mueve?

PROCLO.—Muéveme amor.

MARINO.—¿Amor de patria? ¿Amor de gloria?

PROCLO.—Amor de una mujer.

MARINO.—¡De una mujer! Me dejas turulato. ¿Quién había de suponer que pensabas en tales cosas?

PROCLO.—No hay motivo para que te quedes turulato. ¿Qué tiene de absurdo que yo ame á una mujer? La amo desde que la vi: desde hace quince años. Ella tenía entonces diez y siete. Hoy tiene treinta y dos. Entonces era como capullo de rosa; hoy debe de brillar con toda la pompa y el esplen-

dor de la hermosura, en la plenitud de su vida. Claro está que si yo estuviese siempre reconcentrado en el Uno, no la amaría; pero, volviéndome, y no puedo menos de volverme, al mundo exterior, ¿qué hallaré en todo él que represente mejor al Bien y al Uno mismo? ¿Qué imagen, qué trasunto, qué destello de la belleza increada descubrirá el sabio que valga más que la mujer hermosa? Cuando el artista quiere representar á la ciencia, á la poesía, á la virtud, ¿no les da forma de mujer?

MARINO.—Es cierto.

PROCLO.—No debes, pues, maravillarte de que yo ame en esta mujer á la ciencia, á la poesía y á la virtud con forma visible.

MARINO.—Ya no me maravillo. ¿Y puedo saber cómo se llama tu amada?

PROCLO.—Se llama Asclepigenia. Es la hija de mi maestro Plutarco. Ya te he dicho que la conocí quince años há. La conocí en Atenas. Plutarco me acabó de enseñar la filosofía. Asclepigenia me inició en los misterios caldeos, en los ritos de las orgías sagradas y en los procedimientos más eficaces de la teurgia. Desde entonces estamos ella y yo ligados por amor espiritual y sublime. Su gallardo y lindo cuerpo ha sido sólo para mí como dorada nube, donde se me aparecía, en reflejos fugitivos, el sol eterno: toda la perfección del Sér.

MARINO.—Nobilísima manera de amar fué la tuya... ¿Y ella, cómo te amaba?

PROCLO.—Me amaba también con el alma y andaba enamorada del alma mía.

MARINO.—¿Y por qué te separaste de ella?

PROCLO.—Por mil razones. Ni ella ni yo queríamos contaminar la pureza del amor que para siempre nos une. Ambos anhelábamos seguir sin tropiezo el camino ascendente que hacia el bien y hacia la luz nos encumbraba. Éramos demasiado jóvenes. No estábamos aún á toda la altura á que nos importaba estar. Decidimos, pues, separarnos por amor de nuestro mismo amor. Prometimos reunirnos cuando ya no hubiese peligro alguno. Venus Urania me ha revelado que ya no le hay, y por eso vengo en busca de Asclepigenia.

MARINO.—Notable revelación estuvo. No hay más que verte, maestro, para conocer que no estás peligroso.

PROCLO.—Tienes razón que te sobra.

MARINO.—La fama ha difundido, por esta gran capital, que la honras con tu presencia y que recibirás en consulta á tres personas cada noche. Por medio del senador Marciano, á fin de que la casa no se te llene de gente, han sido repartidos los billetes de entrada. Pronto irán llegando por su orden los que vienen hoy á verte. Tus siervos los detendrán en la antesala. Yo los conduciré luego hasta ti.

PROCLO.—Aunque Marciano profesa la religión de Cristo, es muy amigo mío y se parece á mí en muchas cosas. Ama á la virgen emperatriz Pulqueria, como yo amo á la hija de Plutarco. Marciano, que pronto va á cumplir doce lustros, dos más que yo, dicen que se casará con Pulqueria, con quien ha de compartir, en honestidad santísima, el trono y el imperio de Oriente. Del mismo modo, Ascle-

pigenia compartirá conmigo el trono y el imperio de la filosofía. Pero oigo ruido en la antesala. Ve y mira si ha venido alguien.

(Sale Marino y vuelve un instante después.)

MARINO.—¡Maestro! el primero que acude á consultarte es un bellísimo y elegante mancebo, llamado Eumorfo. Nadie se viste con tanto lujo y primor, nadie monta mejor á caballo, nadie baila con tanta gracia y gallardía. Por éstas y otras prendas es el encanto de las damas más encopetadas.

PROCLO.—¿Qué pretenderá de mí ese pisaverde? Dile que pase adelante.

ESCENA II.

PROCLO y EUMORFO, á quien Marino acompaña, yéndose luego.

EUMORFO.—Abismo del saber, lucero de la filosofía, archivo de todas las noticias divinas y humanas...

PROCLO.—Amable mancebo, déjate de lisonjas y di lo que pretendes.

EUMORFO.—Pretendo que me ilustres un poco.

PROCLO (Con cierto desdén.)—¿Y para qué?

EUMORFO.—No me desdeñes así. Confieso que no tengo por las ciencias la vocación más decidida. Á ti, que todo lo penetras, ¿cómo he de intentar engañarte? Pero, francamente, mis chistes y agudezas, mis habilidades, mis talentos de sociedad, todo queda deslucido sin algo de filosofía. La filosofía se ha puesto en moda entre las señoras de

los círculos aristocráticos, á quienes sirvo, pretendo y tal vez enamoro. Me falta este charol; dámele y seré irresistible.

PROCLO.—Aunque es vulgar, mezquino y un tanto cuanto pecaminoso el fundamento de tu deseo, tu deseo es bueno en sí, y me decido á satisfacerle; pero la empresa es ardua. Por más que no quieras tomar sino una ligerísima tintura, necesitas varias lecciones: necesitas asimismo consagrar á mi servicio y asistencia un par de horas diarias, á fin de que vayas recogiendo sentencias de las que se escapan de mis labios muy á menudo.

EUMORFO.—Consagraré á tu servicio y asistencia ese par de horas diarias que dices.

ESCENA III.

DICHOS, MARINO.

MARINO.—Una dama que, si bien envuelta en velo argentino, deja traslucir que está dotada de majestuosa hermosura; una dama, cuyo traje de seda y cuyas joyas riquísimas manifiestan lo elevado de su clase, acaba de bajar de una silla de manos y se halla en la antesala aguardando que la recibas. Parece una diosa por el ritmo y la nobleza de su andar entonado y por el olor de ambrosía con que satura en torno el ambiente. ¿Le digo que aguarde?

EUMORFO.—¡Venerando maestro! La galantería exige que recibas luego á esa dama. Yo aguardaré en otro cuarto.

PROCLO.—Bien está. (Señalando á Eumorfo la puerta de la izquierda.) Entra en aquél. (A Marino.) Di á la dama que no se detenga.

(Vanse Eumorfo y Marino.)

ESCENA IV.

PROCLO, ASCLEPIGENIA.

(Eumorfo asoma la cabeza de vez en cuando, ve, escucha y hace gestos de asombro durante toda esta escena.)

PROCLO. — ¡Deslumbrante aparición! ¿Quién eres? ¿Eres mortal ó diosa?

ASCLEPIGENIA. (Alzando el velo y descubriendo el rostro.) —¿No me reconoces, Proclo?

PROCLO.—¡Asclepigenia de mi corazón! ¡Cuán bella estás! Como el medio día vence al albor de la mañana, tu beldad de hoy vence á la beldad con que hace quince años resplandeciste en Atenas. No dudo que tu alma se habrá mejorado y hermoseado también.

ASCLEPIGENIA.—No lo dudes. También mi alma se ha mejorado y hermoseado.

PROCLO.—Sea mil veces enhorabuena. ¿Y de quién es tu alma?

ASCLEPIGENIA.—En su unidad es del Uno. En todas sus facultades, virtudes, potencias y demás atributos, es siempre tuya.

PROCLO.—¿Con que me amas?

ASCLEPIGENIA.—Te amo. Apenas supe que estabas aquí, he venido á buscarte.

PROCLO.—Ya no hay peligro.

ASCLEPIGENIA.—Lo veo.

PROCLO.—¿Viviremos juntos?

ASCLEPIGENIA.—¿Y por qué no? Poseo un magnífico palacio donde albergarte. Serás mi filósofo. Contigo, por medio de la contemplación, en alas del entusiasmo y del amor sin mácula, me arrobaré, me extasiaré y me perderé en el Uno.

PROCLO.—Así sea.

ASCLEPIGENIA.—Ahora tengo que dejarte. No puedo faltar esta noche en mi palacio, donde aguardo visitas. Ve á instalarte allí desde mañana.

PROCLO.—No aspiro á otra cosa.

ASCLEPIGENIA.—Como supongo que no te habrás venido sin los utensilios de tu profesión, mis criados se presentarán aquí con un carromato para la mudanza de todos los libros y trastos de hacer milagros, hablar con los muertos y atraer á los genios y demonios.

PROCLO.—Eres mi providencia terrenal. ¿Cómo pagar tanto cuidado?

ASCLEPIGENIA.—Amándome.

PROCLO.—Con el alma toda.

ASCLEPIGENIA.—Para despedida, te permito que me des un casto beso en la frente.

PROCLO. (Besándola con timidez respetuosa.)—Es la vez primera que la tocan mis labios. ¡Cuán regalado favor!

ASCLEPIGENIA.—¡Adiós, amadísimo Proclo!

(Vase.)

ESCENA V.

PROCLO, EUMORFO.

EUMORFO.—¿Sabes lo que digo, maestro?

PROCLO.—Di, y lo sabré. No quiero tomarme el trabajo de adivinar tus pensamientos.

EUMORFO.—Pues digo que se me van quitando las ganas de estudiar filosofía.

PROCLO.—¿Y por qué?

EUMORFO.—Porque la filosofía vuelve tonto á quien la estudia.

PROCLO.—Te equivocas. Lo que hace la filosofía es reforzar las prendas que cada uno tiene. Al tonto no le vuelve discreto, ni al discreto tonto; pero al discreto le hace discretísimo, y al tonto tontísimo.

EUMORFO.—Salvo el merecido respeto, te declararé entonces que tú propio te condenas.

PROCLO.—¿De qué suerte?

EUMORFO.—Porque mostrándote ahora tontísimo con toda tu filosofía, debiste de ser tonto en tu vida precientífica: tonto de nacimiento.

PROCLO.—¿Y qué prueba he dado yo de esa tontería superlativa de que me acusas?

EUMORFO.—La prueba es tu amor sublime por Asclepigenia.

PROCLO.—¿Qué sabes tú de eso?

EUMORFO.—Conozco á Asclepigenia muy á fondo.

PROCLO.—Te alucinas. Quiero dar por supuesto

que conoces las potencias de su alma, las cuales, en su efusión, han creado para ella un cuerpo tan hermoso; pero la esencia eterna de esa alma misma, que es lo que yo amo y por lo que soy amado, está en un punto inaccesible para ti.

EUMORFO.—¿Consientes que me valga de un símil?

PROCLO.—Valte de cuantos símiles se te ocurran.

EUMORFO.—¿Quién es más dueño del mundo, la emperatriz Pulqueria que le gobierna, ó tú que le comprendes?

PROCLO.—Yo, que le comprendo. Aunque Pulqueria poseyese, no ya sólo este planeta que habitamos, sino todos los demás planetas, y los astros, y los cielos, no poseería más que un burdo remedo del Universo, tal como el Demiurgo le contempla en el Paradigma, antes de sacar la copia ó el traslado. Pero me inclino á sospechar que eres un majadero, y que no entiendes ni entenderás jamás estas cosas.

EUMORFO.—No te sulfures, maestro. Si yo no entiendo esas cosas, entiendo otras más fáciles y agradables de entender. Asclepigenia tendrá quizá su Demiurgo y su Paradigma misteriosos que tú entiendes y posees; pero sus cielos, sus planetas y sus estrellas, son míos desde hace algunos meses.

PROCLO.—¿Qué palabra dijiste?

EUMORFO.—Dije que Asclepigenia filosofa contigo; que contigo no quiere ni quiso nunca peligrar; pero que conmigo no hay peligro que no arrostre.

Proclo.—Por las divinidades superiores é inferiores, que en larga serie proceden del Uno, confieso que me duele lo que acabas de descubrirme. Sin embargo, todo se explica satisfactoriamente dentro de mi sistema. Las cosas son como son, y no pueden ser mejores de lo que son, porque, como son, son perfectas según su grado.

Eumorfo.—Consuélate con ese trabalengua.

Proclo.—¿Y por qué no consolarme? Asclepigenia y yo, con el libre albedrío de nuestras almas, dispusimos amarnos, y nos amamos y seguimos y seguiremos amándonos eternamente, ayudados del favor divino, que acude á nosotros en virtud de la plegaria. Contra esto nada puedes tú; nada pueden tus iguales. Hay, á pesar de todo, en la efusión de las potencias del alma, algo de corporal que está sujeto al hado. Esto es lo que he perdido en Asclepigenia. La fatalidad me lo roba. El libre albedrío de ella no ha sido bastante brioso para defenderlo con heroicidad. Pero la discordia entre el libre albedrío y el hado será al fin dominada por la Providencia, la cual lo purificará todo, reduciéndolo á la celestial y maravillosa harmonía, que casi toca y se confunde con el Uno *hiperhipostático*.

Eumorfo.—Tu discurso suena tan peregrino en mis profanas orejas, que me induce á creer ó que eres un prodigio de prudencia semi-divina, ó que estás loco de atar.

ESCENA VI.

DICHOS, MARINO.

MARINO.—Un respetable anciano pide permiso para entrar á hablarte. Se llama Crematurgo. Es el más rico capitalista del imperio. Ha hecho del modo más filantrópico la mayor parte de sus riquezas. Ha traficado en cierta clase de individuos, que ya dirigen en los alcázares los negocios más difíciles; ya sirven sin infundir recelos á los maridos celosos; ya cantan como serafines en las iglesias. Retirado ahora de esta fabricación y comercio, se dedica á prestar al gobierno y á los particulares al cincuenta por ciento al año. Con tales virtudes, excelencias y servicios, no debe chocarnos que haya merecido el favor de la emperatriz y de sus ministros, los cuales le colman de distinciones. Ya le han nombrado conde Palatino y se anuncia que van á crear para él el título singular y nuevo de *Sebastocrátor*.

PROCLO.—¿Y qué pretenderá de mí ese tunante? Vamos, dile que entre y le oiremos.

(Váse Marino.)

EUMORFO.—Y yo ¿qué hago?

PROCLO.—Escóndete de nuevo donde estabas.

(Váse Eumorfo.)

ESCENA VII.

PROCLO, CREMATURGO.

CREMATURGO.—¡Oh faro de las más altas especulaciones! ¡Oh déspota de los genios y demás poderes sobrenaturales!...

PROCLO.—Está bien. No me adules. Di qué pretendes de mí.

CREMATURGO.—Tú, que lo sabes todo, ¿no podrías decirme de qué medio me valdré para que mi amada sea mía, solamente mía?

PROCLO.—No llega tan lejos mi saber. Si llegara, le hubiese yo empleado en favor mío, que buena falta me ha hecho.

CREMATURGO.—Veo que tu saber no vale un comino. Harto me lo sospechaba yo.

PROCLO.—Expón, no obstante, tu caso, y allá veremos si puedo remediarte ó darte al menos algún consejo útil.

CREMATURGO.—Yo estoy prendado de la más hermosa mujer que hay en Byzancio. Por ella hago descomunales desembolsos. No hay primor, ni refinamiento, ni objeto de arte que ella no logre por mí. He traído para ella telas bordadas del país de los Seras, alfombras de Ctesifon, perlas y diamantes, papagayos y monos de la India, perfumes y oro de Arabia, y chales de Cachemira. Su palacio encierra muebles incrustados de marfil y nácar, estatuas de mármol de Paros, vajillas de plata, vasos de Nola y jarrones del extremo Oriente, que tie-

nen un barniz desconocido en los imperios de persas y de romanos. Ella hace visitas á mi costa en silla de manos lindísima, ó se pasea ó va al circo ó al hipódromo en reluciente carroza ó *harmamaxa*, tirada por cuatro blancos caballos. En fin, nada le falta. ¿Cómo me compondré para que ella no me falte á mí?

PROCLO.—Lo discurriremos. Para mayor ilustración del asunto, infórmame de quién es esa dama que tan caro te cuesta.

CREMATURGO.—Es Asclepigenia, la hija del filósofo Plutarco.

PROCLO.—¡Profundos cielos! ¿Quién lo hubiera podido imaginar en la vida? Tú eres mi rival.

CREMATURGO.—¿Tu rival? Pues qué, ¿también á ti te ama? ¿Qué le das tú, esqueleto pordiosero y ambulante?

PROCLO.—El alma, la esencia eterna. Pero sabe ¡oh sátiro vetusto! que todavía tienes otro rival. Sal, Eumorfo.

ESCENA VIII.

DICHOS, EUMORFO.

CREMATURGO.—¿Qué descaro es éste? ¿Cómo te atreves, Eumorfo, á presentarte y á rivalizar conmigo? Tengo en mi poder cuatro pagarés tuyos vencidos y archivencidos, y voy á ejecutarte mañana.

EUMORFO.—Refrena tu furor, generoso magnate. Yo ignoraba que Asclepigenia te perteneciera.

CREMATURGO.—Sea como sea, lo cierto es que

Asclepigenia nos ha burlado á los tres galanes. El acaso, ¿qué digo el acaso? la diosa Minerva nos ha reunido aquí para desengañarnos. Vamos á ver á Asclepigenia y á decirle lo que merece. Ella me aguarda solo. Venid en mi compañía.

EUMORFO.—Vamos.

PROCLO.—Vamos. (Proclo toma su báculo de filósofo, y salen juntos los tres.)

ESCENA IX.

Estrado ó *parastasio* rico y elegante en casa de Asclepigenia adornado con estatuas y pinturas, é iluminado con lámparas, unas pendientes del techo, otras colocadas sobre mesas délficas.

ASCLEPIGENIA y ATENAIS.

(La primera aparece reclinada, casi tendida lánguidamente en un *esquimpodio* ó silla-larga. Atenais, á su lado, en un taburete.)

ATENAIS.—¿Con que has visto á tu primer amor?

ASCLEPIGENIA.—Sí, le he visto. Me ha dado lástima. Está flaco, pálido, apergaminado. Y luego ¡qué sucio! Doy por cierto que en los quince años que ha vivido lejos de mí no se ha lavado una vez sola ni siquiera las manos.

ATENAIS.—Ese grave defecto tiene el espiritualismo ó misticismo, que ahora priva y cunde. Parece que las virtudes á la moda exigen que sean puercos los virtuosos.

ASCLEPIGENIA.—Y no es eso lo peor, sino que se apodera de los ánimos una tristeza vaga y sofística que los enerva; tristeza que los antiguos apenas conocieron; un menosprecio del mundo y de las

dulzuras de la vida, que despuebla las ciudades y puebla los desiertos; un desdén del bienestar y de la riqueza, que roba brazos á la agricultura y á la industria, y una mansedumbre resignada, que amengua el valor del ciudadano y del guerrero. Más que Atila y todos los bárbaros, me hacen prever estos síntomas la total ruina de la civilización. Pero volviendo á la suciedad y descuido en la persona, te aseguro que me ha dado grima ver á Proclo. Ofende toda nariz medianamente delicada.

Atenais.—Cruel inconveniente es ese si has de vivir con Proclo.

Asclepigenia.—Yo sabré remediarle. No me meteré en discusiones ni en consejos, sino que, á modo de broma, haré que mañana le cojan dos esclavos antes de comer, le soplen en un baño y me le laven y frieguen con pasta de almendra, y me le froten con aromoso *diapasma*. Él mismo se sentirá mejor después, y tomará la costumbre de lavarse.

Atenais.—Pero, declárate con franqueza: á pesar de estar Proclo tan viejo, tan estropeado y tan sucio, ¿le amas todavía?

Asclepigenia.—Le amo y le adoro. Se me figura que él es la última encarnación del maravilloso genio de Grecia. Amándole, se magnifica y ensalza todo mi sér, hasta considerarme yo misma como la ciencia, la poesía, la civilización griega personificada.

Atenais.—En efecto, Proclo es el príncipe de los filósofos. Tu padre Plutarco y mi padre Leoncio, notable filósofo también, le veneraban como superior á ellos. Comprendo, pues, que ames á Proclo.

Asclepigenia.—Una doncella tan sabia, educada con esmero en Atenas; una poetisa tan inspirada como tú, en quien veo renacer, en edad temprana, las altas prendas de Hipatia, no podía menos de comprender este amor mío que descuella sobre mis otros amores.

Atenais.—Es un dolor que no pueda ser el único.

Asclepigenia.—La culpa, hasta cierto punto, la tiene el pícaro misticismo. Por él nos separamos. Sin él hubiéramos vivido juntos, hubiéramos sido humanamente amantes y esposos, y ni yo hubiera caído, ni Proclo hubiera llegado á ser, con lamentable precocidad, y quedándose pobre, un vejestorio tan incapaz y tan feo.

Atenais.—Tu propósito era difícil. No extraño que no hayas podido cumplirle. El temple de alma de la emperatriz Pulqueria es rarísimo.

Asclepigenia.—¿Qué temple de alma ni qué calabazas? Ella es Emperatriz y no necesita de un Crematurgo.

Atenais.—¿Tiene acaso algún Eumorfo?

Asclepigenia.—¡Vaya si le tiene! Nadie lo ignora, menos tú, que estás en Babia, y Marciano, que hace la vista gorda.

Atenais.—¿Y quién es ese feliz mortal?

Asclepigenia.—El lindo y gracioso Paulino.

Atenais.—Pues no tiene mal gusto la santa.

(Aparece una sierva.)

Sierva.—Señora, Crematurgo pide licencia para entrar.

Asclepigenia.—Que entre. (Vase la sierva.)

ATENAIS.—¿Me retiro?

ASCLEPIGENIA.—Retírate. (Vase Atenais.)

ESCENA X.

ASCLEPIGENIA, CREMATURGO, PROCLO Y EUMORFO.
(Asclepigenia se pone de pie para recibirlos.)

ASCLEPIGENIA.—¡Qué agradable sorpresa! ¿Qué significa venir los tres juntos á mi casa?

CREMATURGO.—Envidiable frescura te concedió el cielo. ¿Cómo, al vernos entrar juntos á los tres, no tiemblas, no te asustas, no te hundes avergonzada en el centro de la tierra?

EUMORFO.—Eso mismo repito yo. ¿Cómo no te hundes en el centro de la tierra?

CREMATURGO.—¡Inicua! Nos estabas engañando á todos.

EUMORFO.—Esto pasa de castaño obscuro. ¡Tres al mismo tiempo!

CREMATURGO.—¿Qué puedes alegar en tu defensa?

EUMORFO.—Con razón enmudeces.

ASCLEPIGENIA.—Yo no enmudezco ni con razón ni sin ella. A fin de probaros que la razón no me falta, os contaré una parábola, si tenéis calma para oirla.

CREMATURGO.—Cuenta.

EUMORFO.—Te escucho.

ASCLEPIGENIA. (A Proclo, que ha estado y sigue silencioso desde que entró.)—Y tú, ¿qué dices?

PROCLO.—Nada. Te escucho también.

ASCLEPIGENIA.—En el jardín de este palacio hay un rosal, que estaba casi seco y perdido por hallarse en terreno estéril.—¿Qué necesita? me dije yo al contemplarle.—Mantillo, me respondí. Es menester que de las substancias corrompidas que en el mantillo hay, absorba el rosal la savia vivificante que ha de dar lozanía, gala y primor á sus hojas y á sus flores. Cubrí, pues, con mantillo las raíces y el pie del rosal, y el rosal ha reverdecido y florecido como por encanto. La verdura de sus hojas es brillante; sus rosas son divinas. Los pétalos de estas rosas tienen el color encendido del alba; el centro parece cáliz de oro; en el cáliz hay miel. ¿Qué sér delicado, elegante, ligero, bonito, en harmonía con la rosa, podrá tocar sus pétalos sin marchitarlos, y libar la miel del cáliz con la correspondiente suavidad y finura?—Una aérea, pintada y alegre mariposa, pensé yo. Y apenas lo hube pensado y deseado, acudió la mariposa más gentil y juguetona que he visto en mi vida; y revoloteando en torno de la rosa, se posó en su seno, sin ladear apenas el flexible tallo, y libó la miel del cáliz de oro. Noté, sin embargo, que esto no bastaba. De la rosa se desprendía exquisita fragancia, que iba disipándose por el ambiente y que el céfiro esparcía en sus alas. En la rosa había asimismo belleza extraordinaria, reflejo de la idea; perfección de formas, que encierra puros pensamientos artísticos. Esto sólo puede comprenderlo la inteligencia. Sólo el espíritu puede gozar de todo esto. Es así que la mariposa no tiene inteligencia, ni espíritu, ni siquiera olfato: luego al rosal le faltaba lo mejor.

Sus prendas de más valía quedaban sin fin y sin propósito. Entonces vi claro que, si el mantillo y la mariposa eran indispensables para el rosal, eran más indispensables aún mente elevada, espíritu y conciencia, que le comprendiesen y admirasen. Aplicad ahora la parábola y reconoceréis mi justificación. Yo soy el rosal; tú, Crematurgo, eres el mantillo; tú, Eumorfo, la mariposa, y Proclo es la nariz que aspira el aroma y la mente que estima la beldad y goza dignamente de ella. ¿Qué culpa adquiere el rosal de que nada sea completo en este bajo mundo? ¡Lástima es que no se logren mantillo, mariposa, narices y mente en un sér solo! Como el rosal requería todo esto y no se hallaba reunido, he tenido que buscarlo por separado.

CREMATURGO.—Pues yo no me avengo. No quiero ser mantillo y nada más. ¡Adiós, ingrata! (Vase.)

EUMORFO.—Tampoco me resigno yo á ser una mariposa ininteligente, sobre todo cuando por amor tuyo me había puesto ya á estudiar filosofía. ¡Adiós, infame! (Vase.)

ESCENA XI.

ASCLEPIGENIA, PROCLO.

ASCLEPIGENIA.—Mantillo y mariposa me abandonan. ¿Me abandonarás tú también, Proclo mío?

PROCLO.—Confieso que mi alma está destrozada. Tal vez haría yo bien en huir de tu lado para siempre; pero hay una fuerza que me retiene cerca de ti. En balde he querido espiritualizar, santificar la civilización antigua, risueña y amante de

la hermosura, pero liviana. No acierto, con todo, á divorciarme de ella. Soy de ella. Soy tuyo sin remedio. El vergonzoso y duro desengaño no mata el amor de mi corazón al derribar todo el edificio filosófico que con tanto afán y arrogancia había yo levantado. Se me figura que cae sobre mí el justo castigo de la soberbia del espíritu. El espíritu se apartó con desdén de la naturaleza; quiso elevarse por cima de la inteligencia y de la causa; pugnó por ir más allá del sér mismo; aspiró á confundirse con el principio inmutable de todo sér. La unión mística, de que tanto me he envanecido, fué sin duda ilusión malsana. El principio indefinible del sér, con el cual yo creía unirme, y del cual todo lo que se afirma es negando, era el no ser: era la nada. Mi supuesta identificación con él fué muerte egoísta. No fué la muerte generosa de aquél que, amando la vida, sabe darla por el triunfo de una noble idea; por su patria; por la felicidad del objeto amado. Mi prurito de perderme en el Uno, absorbente, impersonal, que todo lo tiene en sí y nada tiene, es la más monstruosa perversión del espíritu. Es no saber vivir y gozar en el seno de este vario y bello Universo. Es crear un misticismo contrario al amor. Mi misticismo reconcentra el alma: el amor la difunde. Apartado el espíritu de la naturaleza, ¿qué se puede esperar sino lo que veo y lamento ahora? Ó el delirio que toma la nada por el principio del sér, ó la vileza, el rebajamiento, la impura grosería y el brutal apetito de goces materiales, triunfantes en la naturaleza, en la sociedad y en todo pensamiento, cuando el espíritu los aban-

á ver quién yo soy. ¡Aquí te quiero, oh Teurgia! Para algo me has de servir. Hasta ahora, Asclepigenia idolatrada, has poseído en Eumorfo y en Crematurgo hermosura, juventud y riquezas, contingentes, limitadas y caducas. De hoy en adelante vas á poseer la juventud, la hermosura y la riqueza, en absoluto y para siempre. Guardad silencio religioso. Ya empieza el conjuro.

(Profundo silencio. Proclo, agitando su báculo, traza en el aire círculos y otras figuras mágicas, y murmura entre dientes palabras ininteligibles. Óyese música celestial, lenta y sumisa. En el centro del teatro se va cuajando una brillante y cándida nube, con arreboles de carmín, oro y nácar.)

ASCLEPIGENIA Y ATENAIS.—¡Qué portento!

PROCLO.—Ocultos en esa nube tienes ya, á tus órdenes y para tu servicio, en reemplazo de Eumorfo y de Crematurgo, al flechero Apolo, al más elegante y bonito de los dioses, y al hijo de Jasión y de Ceres, al ciego Pluto, dispensador de las riquezas. ¿Quieres que salgan con séquito de musas, gracias, ninfas y genios, ó que salgan solos?

ASCLEPIGENIA.—Que salgan solos. Ya les iré pidiendo, en la sazón conveniente, todo aquello que se me ocurra.

PROCLO.—¡Apareced, dioses!

(Se abre la nube, y salen de ella, con mucha luz de Bengala, Pluto, cojo, ciego y alado, y Apolo, muy bizarro y airoso, con manto de púrpura, corona de laurel y lira en mano.)

PROCLO.—¿Qué más tienes que pedir?

ASCLEPIGENIA.—Nada. Yo me contentaba con tu amor.

PROCLO.—Recapacita, sin embargo, si algo te falta.

ASCLEPIGENIA.—Si no me motejases de sobrado pedigüeña y exigente, aún te pediría una cosa.

PROCLO.—¿Cuál?

ASCLEPIGENIA.—Que te laves.

PROCLO.—Me lavaré.

ATENAIS.—Ya eres dichosa. Posees ciencia, hermosura, juventud, riqueza y hasta aseo. Yo, desvalida y menesterosa, lejos de envidiarte, me regocijo.

PROCLO.—El cielo te premiará, generosa Atenais. Yo, que estoy ahora inspirado, leo en el porvenir tu egregio destino. El joven Teodosio, á quien educa muy bien su hermana Pulqueria, á fin de que brille en el trono imperial, se casará contigo. Así serás Emperatriz de Oriente. Serás feliz y poderosa sin acudir á la magia; pero tendrás que hacerte cristiana. Por último, para que nuestra gloria y nuestra felicidad sean más estupendas y vividoras, después que pasen trece ó catorce siglos, contando desde el día de la fecha, aparecerá en la risueña y fértil Bética, cuna de la dinastía reinante y patria de tu abuelo político el Gran Teodosio y de otra infinidad de personas eminentísimas, cierto escritor ingenioso y verídico, el cual ha de componer sobre los sucesos de esta noche un diálogo, donde trate de competir con el divino Platón en lo elevado y grave, y con el satírico Luciano en lo chistoso y alegre.

ATENAIS.—Mucho me he de holgar si tus vaticinios se cumplen.

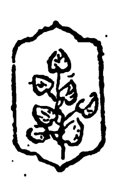
ASCLEPIGENIA.—Y yo también. Temo, sin embargo, que ese diálogo, que Proclo anuncia, sea

una extravagancia sin amenidad y sin viveza, donde nosotros figuremos, no como seres reales, sino como personajes alegóricos; donde Proclo y yo representemos la antigua poesía sensual y corrompida y el antiguo saber agotado, desesperado y estéril, que para seguir viviendo juntos se entregan á brujerías y supersticiones.

Atenais.—Si esa alegoría puede tener alguna aplicación cuando el diálogo se escriba, tal vez interese el diálogo.

Asclepigenia.—Suceda lo que suceda, no debe importarnos mucho. Allá se las haya el autor. Nosotros cinco, mortales y dioses, vámonos al triclinio donde tengo preparada una suculenta y bien condimentada cena.

Mortales y Dioses.—Vámonos á cenar.



GOPA



GOPA.

DIÁLOGO FILOSÓFICO EN TRES CUADROS.

CUADRO I.

La escena es en la ciudad de Capilavastu: 593 años antes de Cristo.

Interior del magnífico palacio del Príncipe Sidarta. Es de noche. Cámara del tálamo, iluminada por una lámpara de oro.

GOPA.—PRATYAPATI.

RATYAPATI.—Los más vigilantes siervos del Rey Sudonán rondan en torno de este palacio. Las puertas de la ciudad están defendidas. No se irá. Es menester que no se vaya. Sin él ¿qué será de nosotras? Con igual vehemencia le amamos, aunque de manera distinta. Yo le amo como si fuera mi hijo. Cuando, á poco de darle vida, murió su madre Maya Devi, por encargo suyo quedó Sidarta á mi cuidado. No quisieron los dioses que ella viviese, para que no padeciera lo que nosotras padecemos hoy.

amor de las entrañas, no le ama más que le ama su madre; pero cuando le ama también con el amor del espíritu, le ama mil y mil veces más que la madre más amorosa; le idolatra; le mira como á un dios; tiene fe en él; le cree capaz de todo lo grande y de todo lo bueno; piensa que de la voluntad de él, que es ley para ella, han de nacer el milagro, el bien y la bienaventuranza para todos. No sé, no comprendo el propósito de Sidarta; pero sé y comprendo que será bueno su propósito, y que le logrará, si quiere. Si para que le logre he de hacer yo el mayor sacrificio, pronta estoy á hacerle.

PRATYAPATI.—¡Oh desventurada y débil mujer! ¿Qué mísera resignación es la tuya? Tú sola puedes detener al Príncipe con la deleitosa cadena de tu afecto; mas la veneración que el Príncipe te inspira, te excita hasta á romper esa cadena. La violencia no bastará á retenerle; pero si tus blancos y suaves brazos le cautivan, ¿cómo te apartará de sí para ir á donde sueña que su vocación le está llamando? El Rey pone en ti su esperanza. No la defraudes. Retén á Sidarta con el hechizo de tu amor y de tu hermosura. No le dejes partir... Siento pasos. Sidarta viene. No quiero que me encuentre aquí. Animo, ¡oh Gopa!

(Se va Pratyapati.)

GOPA.—Animo... para detenerle no me falta; no le necesito. Para dejarle partir he menester de todo mi valor.

(Entra el Príncipe.)

SIDARTA (abrazando á Gopa).—¡Esposa mía!

GOPA.—Dime la verdad. ¿Me amas aún?

Sidarta.—Te amo más que nunca.

Gopa.—¿Por qué, entonces, estás inquieto, triste y como desesperado? ¿Por qué no se aquieta en mí tu voluntad?

Sidarta.—Si no te amase, mi voluntad no se aquietaría en ti, porque buscaría más alto objeto de su amor. Amándote, no se aquieta tampoco, porque teme perderte. En breve plazo nos separará el destino, y renaceremos bajo nuevas formas para no volver acaso á encontrarnos jamás. Y no nos separaremos en la plenitud de la hermosura y de la fuerza, jóvenes y robustos aún, sino tal vez marchitos por la vejez y sobrecargados de disgustos y enfermedades. Esto hará que el afecto que hoy nos tenemos se trueque en desvío y en horror, ó dé origen á una piedad dolorosa. Pero aunque tú y yo ¡oh hija de Dandapani! lográsemos revestirnos de juventud perpetua y disfrutar perenne salud, viviendo unidos y enamorados siempre, nunca seríamos felices, como no fuésemos egoístas. El dolor de cuanto respira, el padecer de cuanto alienta, la muerte de cuanto vive y el espantoso espectáculo de la miseria humana, acibararían nuestra ventura, ó nos harían indignos de gozarla por la dureza de nuestros pechos sin compasión y por la sequedad de nuestros ojos sin lágrimas.

Gopa.—Tus razones son tan poderosas para mí, que no sé cómo responder á ellas. Si algún engaño contienen, no seré yo quien te saque del engaño; caeré en él contigo. Es cierto: lo sé por experiencia propia: no hay dicha cumplida. Ni cuando tú, violentando la dulce modestia de tu condi-

ción y prestándote al capricho de mi padre, te presentaste á competir con mis pretendientes, y en la lucha, en la carrera, en disparar flechas y en esgrimir las demás armas, los venciste; ni cuando me revelaste que me amabas; ni cuando toda yo fuí tuya; ni cuando sentí en mi seno agitarse viva tu imagen; ni cuando alimenté á nuestro hijo con la leche de mis pechos; ni cuando, sentado en mi regazo, aquel claro descendiente de Gotama respondió por vez primera á mi sonrisa con su sonrisa y atinó á pronunciar tu nombre y el mío, nunca dejaron de acibarar mi contento el temor de perder el bien que le causaba y la consideración de que nuestro contento y nuestro bien eran privilegio odioso, eran contravención de la ley que condenó á los hombres á general infortunio. Pero dime; si me amas, ¿nuestro infortunio no será mayor separándonos? ¿Por qué, pues, me huyes? Afirman que nos quieres abandonar á todos. ¿Qué propósito llevas? Porque el dolor sea general y necesario, ¿hemos de acrecentarle por nuestra voluntad, como le acrecentarás si nos abandonas?

SIDARTA.—Bien sabes, hermosa nieta de Iksvacú, que por mi voluntad no se ha derramado jamás una sola lágrima. ¿Cómo había yo de darte voluntariamente el pesar más pequeño? Jamás me apartaría yo de tu lado, si esto me fuera lícito; pero no debo ocultártelo por más tiempo: un deber imperioso me impulsa á ir lejos de ti.

GOPA.—¿No te alucina, no te extravía ese deber?

SIDARTA.—No es posible que me alucine. Mi resolución no ha sido súbita, sino nacida de largas y

profundas meditaciones. Yo quiero y puedo libertar á los hombres de la miseria, del dolor y de todos los males; mostrarles el camino de la redención, redimiéndome yo mismo. Mi inteligencia, abstrayéndose de todo, desdeñando los deleites ilusorios con que nos brinda el Universo, en la contemplación de sí propia, en el éxtasis, irá poco á poco alcanzando la suprema sabiduría, elevándose por cima de los dioses y de los asuras, adquiriendo un poder mágico que rompa la ley fatal del encadenamiento de las causas; y, por último, llegada al colmo de su brío, realizada toda la virtud de su esencia, se extinguirá para siempre, como se extingue la llama cuando da al mundo toda la luz y todo el calor que están en ella latentes. Mi vida será así ejemplo y dechado para los que aspiren, como yo, á salir de la esfera tempestuosa de la vida y de las mudanzas sin fin, y busquen la paz eterna. Obra fatal de Amor, efusión de su esencia divina fué este Universo tan lleno de dolor. Sean obra reflexiva de Amor el aniquilamiento, el silencio y el reposo que nos salven del tumulto y de la guerra. Limitación y mengua son el fundamento de nuestra vida como individuos. Rompamos el límite, completemos el sér para que no tenga mengua alguna, y entonces nuestra existencia sin límites, y entera, sin mengua ni falta, será como si no fuese.

Gopa.—El fin á que caminamos es para los ojos de mi mente tenebroso como el abismo. Como en el abismo, hay en él algo que me seduce y que me atrae. No penetro, sin embargo, lo que puede ser

este fin; pero los móviles que á él te llevan son generosos, admirables, dignos de tu alma. Sidarta mío, aun cuando fuese errada la dirección que llevas, es tan noble el impulso que por ella te ha lanzado, que, lo presiento con orgullo, las generaciones futuras por siglos y siglos habrán de bendecirte y ensalzarte como al más glorioso de los hombres. Mil tribus, naciones y pueblos seguirán tus huellas y aprenderán tu doctrina. Por mi amor de esposa, por el amor que tengo á nuestro hijo, quisiera oponerme á tu empresa y retenerte á mi lado; pero el amor de tu gloria, que reflejará en mí y en tu hijo, me mueve á no impedir tu partida, aunque el impedirla estuviera á mi alcance. Ve, pero llévame contigo. Déjame primero compartir tus trabajos y después tu triunfo.

SIDARTA.—No puede ser. Debo partir solo.

GOPA.—Mi corazón se deshace de dolor, pero me resigno devotamente. ¿Y cuándo, bien mío, ha de ser tu partida?

SIDARTA.—En el instante, ¡oh hermosa nieta de Iksvacú! Estamos en la mitad de la noche. Mira al claro cielo. ¿Ves aquella luz que brilla en Oriente? Es mi estrella, que se levanta para iluminarme y guiarme. Chandac, mi escudero, tiene enjaezados los caballos. Los que guardan la puerta oriental de Capilavastu, por donde ya asoma mi estrella, están ganados y me dejarán partir. Queda en paz ¡oh Gopa!

GOPA.—¡Oh señor del alma mía! Tu esclava gemirá abandonada por ti mientras viviere. Si no lo repugnas, ya que no á la mujer querida, concede

el último favor á la madre de tu hijo. Sella mi rostro con tus labios.

(Sidarta besa á Gopa en silencio. Gopa le estrecha en sus brazos y le besa también. Sidarta se desprende de ella con suavidad y huye. No bien Sidarta desaparece, Gopa cae desmayada.)

CUADRO II.

Sigue la escena en la ciudad de Capilavastu: 593 años antes de Cristo.

Es de día. La misma cámara del tálamo.

GOPA y PRATYAPATI.

PRATYAPATI.—Quiero decírtelo, aunque sea dura contigo. No; tú no le amas, ya que estaba en tu mano detenerle y le dejaste partir.

GOPA.—Él es mi señor; yo, su sierva. No estaba en mi mano detenerle. Su voluntad es firme y superior á todos mis halagos; pero, aun pudiendo yo detenerle, no le hubiera detenido.

PRATYAPATI.—¿Por qué? ¿Acaso crees en su doctrina?

GOPA.—Yo creo en el impulso magnánimo que le mueve, y esto me basta; creo en su dulce compasión por todos los seres; en su amor á los hombres, á quienes mira como á hermanos, sin distinción de castas, y en su deseo vehemente de enseñarles el camino de la virtud y de la paz. Sólo no creo en una cosa de las más esenciales que él afirma; y si de esto dudo, ó más bien, si esto niego, es por lo mucho que le amo. ¿Cómo he de creer yo en nues-

tra incurable miseria, en nuestro inconsolable dolor, y en que la actividad de la mente es don funesto, cuando, en el colmo de mi amargura, abandonada por él para siempre, todavía vale más el recuerdo de la dicha alcanzada y de la honra obtenida en ser suya que todo el pesar del abandono en que me deja? ¿Cómo he de creer que la vida es un mal, cuando veo y columbro la suya, que ha de ser fuente de tantos bienes? ¿Cómo he de apreciar en poco la vida, cuando el precio infinito de la vida de él bastará para el rescate del linaje humano? ¿Cómo he de llamarme infeliz y no bienhadada, si el fruto de su amor vive en nuestro hijo, si la gloria de su nombre me circundará de fulgores inmortales, y si el recuerdo de que ha sido mío, de que le he tenido á mis plantas, idolatrándome, embelesado en la contemplación de mi belleza, á par que lisonjea mi orgullo, es inagotable manantial de consuelo para mi alma?

PRATYAPATI.—No es hondo el dolor que tan fácilmente halla consuelo. No: tú no le amas.

GOPA.—Quien no ama ni entiende de amor eres tú, Pratyapati. Porque le amo, en el mismo dolor hallo consuelo, y no sólo consuelo, sino deleite y gloria. Y mientras el dolor es más intenso, es la dulzura más grata. Padecer por él, llorar por él, verse condenada por él á soledad horrible y á viudez prematura, es sacrificio santo que hago en aras de su amor y que encierra una virtud beatificante. Tú estás más prendada de su doctrina que de su persona. Yo adoro su persona, y en parte desecho su doctrina. Por amor suyo la desecho. No es fu-

nesto don la luz de mi inteligencia, ya que alumbra su imagen; no es funesto don mi memoria inmortal, ya que su recuerdo vive en ella. Abomino del reposo, de la extinción que él busca y desea, y prefiero un tormento sin fin, con tal de que viva en mí el rastro del amor que me tuvo. Bajo la presión de mis penas dará mi amor su más balsámico aroma, embriagándome el alma, como huelen mejor las hierbas y las flores de la selva cuando el villano al pasar las ofende y las pisa.

Pratyapati.—Perdóname, ¡oh enamorada mujer! Bien presumía yo que le amabas; pero quería medir la energía de tu amor. La he negado, para cerciorarme de ella, oyendo tus palabras. Todavía tienes que pasar por un amargo trance, y ansiaba yo conocer el brío que hay en ti para sufrirle.

Gopa.—Antes de su abandono, antes de que esta desgracia me hubiese herido el alma, la imaginación medrosa me fingía mayor la pena que iba á sobrevenir, y me menguaba los medios de consuelo. Ahora nada hay ya que me aterre. El bien que he gozado y perdido mitiga y aun endulza con sus dejos toda la amargura del mal presente. Mi corazón es cual vaso que ha contenido un licor oloroso y de sabor gratísimo. El licor se ha derramado, pero lo más substancial y rico que en él había quedará para siempre en el fondo del vaso é incrustado en sus paredes interiores, y trocará en miel el acíbar que en él se ponga, y en bálsamo el veneno.

Pratyapati.—Me tranquilizo al notar que el amor que tienes á Sidarta te da energía para sufrirlo todo. Sabe, pues, que fué en vano que el

Rey enviase en su persecución á sus más fieles servidores. No han podido dar con él. Sidarta se ha perdido en el seno de impenetrable y sombría floresta. Allí no es ya el Príncipe Sidarta, sino el áspero penitente Sakiamuni. Su elegante traje le trocó por el traje de un mendigo. La negra y rizada cabellera que ceñía sus cándidas sienes, formando undosos y perfumados bucles, se la cortó él mismo, y te la envía como último presente. El escudero Chandac tiene el encargo de entregártela, y ya se adelanta á cumplirle, si le dejas penetrar hasta aquí.

(Gopa hace seña de que entre, y entra Chandac, trayendo en un plato de oro la cabellera de su señor.)

GOPA (tomando en sus manos el plato de oro y colocándole sobre el tálamo). — ¡Cuántas veces, amados cabellos, cuando estábais aún prendidos en su cabeza, os besaron mis labios y os acariciaron mis manos! Ya estáis muertos y separados de él. Estáis muertos porque no tenéis memoria y no le recordáis. Yo también, separada de él como vosotros, arrancada de él como la flor de su tallo, carecería de vida, si mi vida no fuese su recuerdo.

PRATYAPATI.—¿Y por qué no también la esperanza de que volverás á verle?

GOPA.—Porque el recuerdo es verdadero y leal, y la esperanza falsa y engañosa; porque el recuerdo evoca para mí á Sidarta, enamorado, tierno, humano conmigo; todo él para mí, y toda yo para él; mientras que la esperanza me niega para siempre á Sidarta, y sólo me ofrece ahora á Sakiamuni, y más tarde, cuando Sakiamuni alcance su última

victoria, á un sér incomprensible, más luminoso que los astros y mayor en poder que los dioses, pero inferior á Sidarta, joven, hermoso y enamorado.

PRATYAPATI.—¡Pero Sidarta será el Budha libertador de los hombres!

GOPA.—Jamás el Budha valdrá para mí lo que Sidarta valía. Reniego de la libertad que el Budha me dé, y la trueco mil veces por la esclavitud con que Sidarta me esclavizaba. Doy la fría calma que la doctrina del Budha me proporcione por la agitación y la guerra amorosa que, con las caricias, los rendimientos, los celos, la ausencia y hasta los desdenes de Sidarta, me han perturbado y atormentado.

CUADRO III.

La escena es en la ciudad de Francfort sobre el Mein, 1866 años después de Cristo, y 2488 después de Budha.

Habitación del Dr. Seelenführer. Es de noche. Una lámpara de petróleo ilumina la estancia, donde hay mucho librote.

El Dr. SEELENFÜHRER y el AUTOR.

AUTOR.—Aseguro á V., mi querido Dr. Seelenführer, que cada día estoy más encantado de haber contraído con V. estas relaciones amistosas. Oyendo á V. comprendo el movimiento intelectual de Alemania, en lo que tiene de más hondo, y por consiguiente el de toda Europa, porque (¿cómo no confesarlo?) Alemania es nuestro norte en ciencias

y en filosofía, casi desde Leibnitz, y sobre todo desde Kant. V. es un resumen vivo de cuanto ahora se sabe ó se supone que se sabe: V. es un sabio á la última moda. Todo esto me divierte mucho, porque no puede V. figurarse lo aficionado que soy á la filosofía; pero confieso que hay dos cosillas que me afligen.

SEELENFÜHRER.—Dichoso V., á quien sólo afligen dos cosillas. ¡A mí me afligen y me desesperan todas!

AUTOR.—Pues justamente es esa una de las cosillas que me afligen: el que á V. le aflijan todas y le desesperen. De lo que antes yo gustaba más, en la filosofía alemana, era del optimismo. Desde el Dr. Pangloss hasta hace poco (al menos yo así lo entendía), han venido siendo optimistas los grandes filósofos. El ser llorones se dejaba á los poetas exóticos, como Byrón y Leopardi. En Alemania, ni los poetas siquiera eran quejumbrosos y desesperados. En el más grande de todos, en Göethe, celebro yo con singular contentamiento cierta alegría reposada y majestuosa y cierta olímpica serenidad. Pero ¡amigo mío! ¡cómo ha cambiado todo! Lo que ahora priva es la filosofía de la desesperación. La poesía la precedió en este camino, el cual, seguido poéticamente, confieso que me encantaba. Cuando yo era mozo y estudiante, ¿quién no hacía versos desesperados? Los versos desesperados eran como blasfemias, y reniegos de las personas atildadas y cultas. Había uno perdido al juego la mesadita de 30 ó 40 duros que le enviaba su papá; había estudiado tan poco, que había salido suspen-

so y *le habían* dejado para el cursillo; la hija de la pupilera, ó la pupilera misma, le había plantado y preferido á otro huésped; en cualquiera de estos casos, ó de otros por el estilo, leer ó hacer versos desesperados á lo Byrón, á lo Leopardi ó á lo Espronceda, era un desahogo, con el cual se quedaba sereno el vate ó genio en agraz, y comía luego con más apetito que nunca. El asunto es mil veces más serio en el día. La desesperación no se muestra en jaculatorias y raptos líricos, más ó menos elegantes y poco metódicos, sino que se deduce de todo un sistema dialéctica y sabiamente construído. Confiese V. que esto es lastimoso. Si el término del progreso no es la desesperación momentánea, poética y romántica de un poeta impresionable, sino la desesperación reducida á reglas y demostrada como una serie de teoremas de Geometría, convenga V. en que debemos maldecir el progreso. Aquí tiene V., pues, las dos cosillas que me afligen. Los dos artículos principales de mi fe filosófica quedan destruídos con la filosofía á la moda: la fe en el optimismo y la fe en el progreso. ¿No sería puerilidad ridícula alegar, como prueba del progreso, el que vamos ahora en ferrocarril ó en tranvía, en vez de ir á pie ó á caballo; el que los retratos en fotografía salen baratos; el que se teje con prontitud y primorosamente por medio de máquinas de vapor, y el que enviamos á decir á escape lo que se nos antoja por medio del telégrafo, si en lo esencial estamos, de un modo sistemático, pertinaz y dialéctico, desesperados y dados á todos los demonios?

SEELENFÜHRER.—¿Y por qué ha de ser puerilidad ridícula? ¿Quién, que penetre en lo esencial, cree que el progreso pasa de los accidentes á la esencia? El telégrafo, el vapor, la fotografía, los cañones rayados son, pues, el progreso.

AUTOR.—Yo entendía, sin embargo, que el objeto y fin de la filosofía era la bienaventuranza, y el término del progreso la perfección del hombre hasta llegar á la bienaventuranza deseada: á su ideal, en el sentido más lato. Así, pues, no puedo convencerme de que caminamos hacia la bienaventuranza, cuando veo que, no sólo estamos desesperados, sino que es tonto probadísimo, hombre ajeno á la filosofía, acéfalo ó microcéfalo insipiente, el que no se desespera.

SEELENFÜHRER.—Esa desesperación, hoy más vivamente sentida que en otras edades, es la prueba más clara del progreso. Cuando el viandante va acercándose al fin de su jornada, pica y da de espuelas á su caballo para acabarla pronto y descansar. Así el progreso, que va caballero en la humanidad, la pica y la espolea para que llegue y se repose cuanto antes.

AUTOR.—¿Y cuál es la posada á donde el progreso nos lleva?

SEELENFÜHRER.—Nos lleva á la nada; al fin del Universo y de toda la vida; á la extinción del egoísmo y al triunfo del amor, que es la muerte. No le quepa á V. la menor duda: la ciencia llegará á poder destruir toda esta pesadilla horrible del Universo, que es lo que nos conviene. En el no sér nos aquietaremos todos y cesará esta lucha ince-

sante por la vida que traemos ahora, ya valiéndonos de la fuerza, ya de la astucia. ¡Cesará el dolor y se extinguirá el deseo! ¡Qué paz tan hermosa!

AUTOR.—Guárdesela V. para sí, que yo no la quiero.

SEELENFÜHRER. — Pues no hay otro remedio. Para todos vendrá. Es el único fin de nuestros males. La *idea* de Hegel, después de llegar á su total desenvolvimiento, por medio de mil y mil evoluciones y determinaciones, se replegará sobre sí misma con toda la plenitud del sér, sin algo que la limite y determine, y será el no sér. La esencia de los krausistas se realizará toda, y la realización de la esencia será la nada. La *voluntad* de Schopenhauer, este prurito, este amor primogenio, que lo ha sacado todo de sí, como representación y fantasmagoría, dará fin á la representación trágica de la vida, y lo volverá á encerrar todo en sí. Mientras llega este día dichoso, en que ha de acabar la vida, crea V. que los adelantamientos científicos sirven de mucho para hacerla menos intolerable.

AUTOR.—Póngame V. algún caso.

SEELENFÜHRER.—Pondré uno ó dos de los más capitales, pero será menester cierta explicación previa.

AUTOR.—Pues dé V. la explicación.

SEELENFÜHRER.—Ya V. sabe que pasó la edad de la fe.

AUTOR.—Sea, pues V. lo asegura.

SEELENFÜHRER.—Los hombres, en esta edad de la razón, no pueden dejarse llevar para sus actos del temor ni de la esperanza de premios ó de cas-

método, sino en imágenes, símbolos, alegorías y otras figuras retóricas, cada una de las cuales tomará consistencia en la fantasía del vulgo y será una persona divina, un ente mitológico, Dios en suma. Ya varios amigos míos andan por esta manera confeccionando la religión del porvenir. Difícil es la empresa; pero ¿qué no puede la ciencia novísima? Yo creo que acabará por salirse con la suya.

AUTOR.—Y dígame V.: ¿se va ya entreviendo á cuál de las religiones positivas, existentes hasta hoy, se parecerá más la religión del porvenir?

SEELENFÜHRER.—Vaya si se entrevé. Se parecerá al budhismo.

AUTOR.—Hombre, me alegro. Buen lazo de fraternidad, así que seamos budhistas, vamos á tener con más de doscientos millones de ellos que hay en Asia y en Oceanía. Pero me alegro también por otra razón.

SEELENFÜHRER.—¿Por cuál?

AUTOR.—Porque estoy escribiendo un diálogo, donde Gopa, la mujer de Budha, es la heroína, y no sé cómo terminarle. V., que ya es casi budhista, debe de tener vara alta con Gopa. ¿Podrá V. evocarla y hacer que yo hable con ella?

SEELENFÜHRER.—No hay nada más llano. Antes de todo, quiero que sepa V. que yo no soy un espiritista adocenado, sino el más ilustre de los espiritistas. Yo he hecho dar un paso gigantesco al espiritismo. En primer lugar, le he conciliado con mis ideas á lo Schopenhauer. Mi escepticismo, á fuerza de negarlo todo, nada niega. La misma duda cabe en

que V. sea ilusión ó realidad, que en que Gopa, aparecida ahora ante nosotros después de cerca de veinticinco siglos de muerta, sea realidad ó ilusión. Los puros materialistas son necios. Por medio de combinaciones y operaciones físicas y químicas de lo que llaman materia, y donde sólo ven ó pretenden ver la realidad, se jactan de explicar el espíritu, la voluntad, la inteligencia y el deseo, que ellos creen cualidades ó resultados; y la verdad es que el resultado, tal vez aparente, es la materia, y que de la voluntad y del entendimiento, única cosa real, si hay algo real, es de donde procede todo. Así, pues, no hay fundamento alguno para negar que existan aún la mente y la voluntad individuales de Gopa, aunque los órganos que esta voluntad y esta mente se proporcionaron ó se crearon para su uso, en cierta época dada, hayan desaparecido.

Autor.—De eso no tiene V. que convencerme. Yo creo en la inmortalidad de las almas. Lo que se me hace duro de creer es que ni V. ni nadie las evoque.

Seelenführer.—Yo no trataba de convencer á V. Quería sólo justificarme de haber incurrido en contradicción. Por lo demás, V. se convencerá de mi poder nigromántico. Gopa aparecerá y hablará con V. ahora mismo. No en vano me apellidan Seelenführer, que equivale en griego á Psicopompo ó conductor de almas, epíteto dado á Hermes, tres veces grande, y á otros hábiles taumaturgos de la antigüedad.

Autor.—Y dígame V., ¿por qué *medio* se comunicará Gopa conmigo?

SEELENFÜHRER.—Por la perla de los *medios*. Mi *medio* es una paisanita de V., una lozana andaluza, cuyo nombre es Carmela, á quien hallé, cinco años há, extraviada en Homburgo, haciendo sortilegios, que no le salían bien, alrededor de una mesa de treinta y cuarenta. Desde entonces está conmigo y se ha *mediatizado*, ejerciendo la *mediania* de un modo que no tiene nada de *mediano* y sí mucho de nuevo. Yo embargo magnéticamente su espíritu, y queda su cuerpo como casa deshabitada, donde el espíritu evocado penetra, se infunde, y, valiéndose de los órganos de ella, emite la voz con sus pulmones y garganta, y articula palabras con su boca.

AUTOR.—Amigo mío, estoy encantado de oirle. Linda invención la de V. Eso sí que me gusta, y no aquella pesadez de los golpecitos en las mesas y de la escritura después. Vea yo cuanto antes á Carmela.

SEELENFÜHRER.—Aguarde V. un momento. (Hace ciertos ademanes y pases con las manos, como quien vierte por ellas diez chorros de fluido magnético.) Ya está Carmela dormida. Ahora evoquemos el espíritu de Gopa para que se infunda en el lindo cuerpo de Carmela. ¡Gopa! ¡Gopa!

(Se abre la puerta que debe de haber en el fondo, y Gopa aparece, toda vestida de blanco, muy guapa moza, aunque algo morena, y con los hermosos, largos y negros cabellos, sueltos por la espalda.)

GOPA.—¿Qué me quieres?

SEELENFÜHRER.—Que respondas á lo que este caballero te pregunte.

GOPA.—¿Qué he de responder? No: yo no quie-

ro responder á nadie. Acabas de herirme, de emponzoñarme el corazón. Hace veinticinco siglos que gozaba yo con el recuerdo de Sidarta, noble, generoso y enamorado. Su último casto beso, el de la noche en que se despidió de mí, estaba en lo íntimo de mi sér como luz celestial que le iluminaba. Todo mi encanto se destruye ahora. Yo no he vuelto á ver á Sidarta. No he vuelto á saber de Sidarta en todo este tiempo. ¿Conseguiría su propósito? me he preguntado á veces. ¿Lograría escaparse de la esfera de la vida y hundirse en el *nirvana?* En el mumdo de los espíritus me he encontrado con muchos espíritus, y nunca con el de Sidarta. He aprendido mil verdades. He conocido el error de Sidarta, pero mi afecto tenía razones para disculparle. En Capilavastu, allá en el centro de la India, seis siglos antes de que viniese al mundo Nuestro Señor Jesucristo, nada sabíamos de Dios; no alcanzábamos que hubiese un Sér omnipotente, bueno, infinitamente sabio, principio y fin de todas las cosas. Nuestros dioses eran los astros, los elementos, las fuerzas naturales personificadas; dioses ciegos, sin amor y sin inteligencia; sin libertad; esclavos del destino; inferiores á la naturaleza; muy inferiores á toda alma humana. ¿Qué mucho que con este ateismo por deficiencia, con este desconocimiento infantil del Sér supremo, y movido Sidarta de caridad sublime, imaginase su absurda aunque benévola doctrina? Pero en la culta Europa, en el siglo XIX, sabiendo ya cuanto los profetas de Israel han revelado, cuanto han especulado racionalmente los filósofos de Grecia so-

bre Dios personal, y cuanto nos han enseñado el Evangelio y la ciencia moderna, que de él dimana, es una mala vergüenza hacerse ateos, caer en la desesperación y retroceder al budhismo. Imagina, pues, cuán hondo será mi dolor cuando en ti, que te llamas ahora el Dr. Seelenführer, acabo de reconocer á mi Sidarta, á mi Sakiamuni y á mi Bagavat, porque todos estos nombres te dábamos. Tú no caes en ello; pero no lo dudes: tú fuiste el Budha y quieres volver á serlo. Entonces, como era en sazón oportuna, fuiste un grande hombre; hoy me pareces un charlatán ó un mentecato, y ó te desprecio, ó te abomino. Adiós para siempre. Para siempre acabaron ya nuestros amores.

(El espíritu de Gopa abandona, á lo que puede inferirse, el cuerpo de Carmela, que cae por tierra como exánime.)

AUTOR.—¿Qué es esto, amigo Seelenführer? ¿Es verdad ó mentira? Si es burla de Carmela, es burla harto pesada, y si son veras, las veras son más pesadas aún.

SEELENFÜHRER (atolondrado).—¿Si habré sido yo el Budha? ¿Si estaré loco? ¿Si se burlará de mi esta muchacha? (Se acerca á Carmela para levantarla del suelo.) Está fría como el mármol. ¡Qué desmayo tan horrible! ¿Si estará muerta? Carmela, Carmela, vuelve en ti.

CARMELA (volviendo de su desmayo y levantándose).—¡Ay, Jesús mío!

SEELENFÜHRER. — Muchacha, respóndeme con franqueza. ¿Te has estado burlando de mí? ¿Qué diabluras son las tuyas?

CARMELA.—¿Qué diabluras han de ser sino las que V. hace conmigo y que al fin han de costarme caras? He tenido una pesadilla feroz; me he caído redonda en el suelo, y estoy segura de que tengo el cuerpo lleno de cardenales.

SEELENFÜHRER.—¿Y no recuerdas nada de lo que has dicho?

CARMELA.—Nada recuerdo. Déjeme V. ahora. Tengo necesidad de descanso.

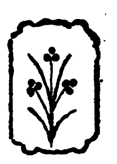
(Carmela se va.)

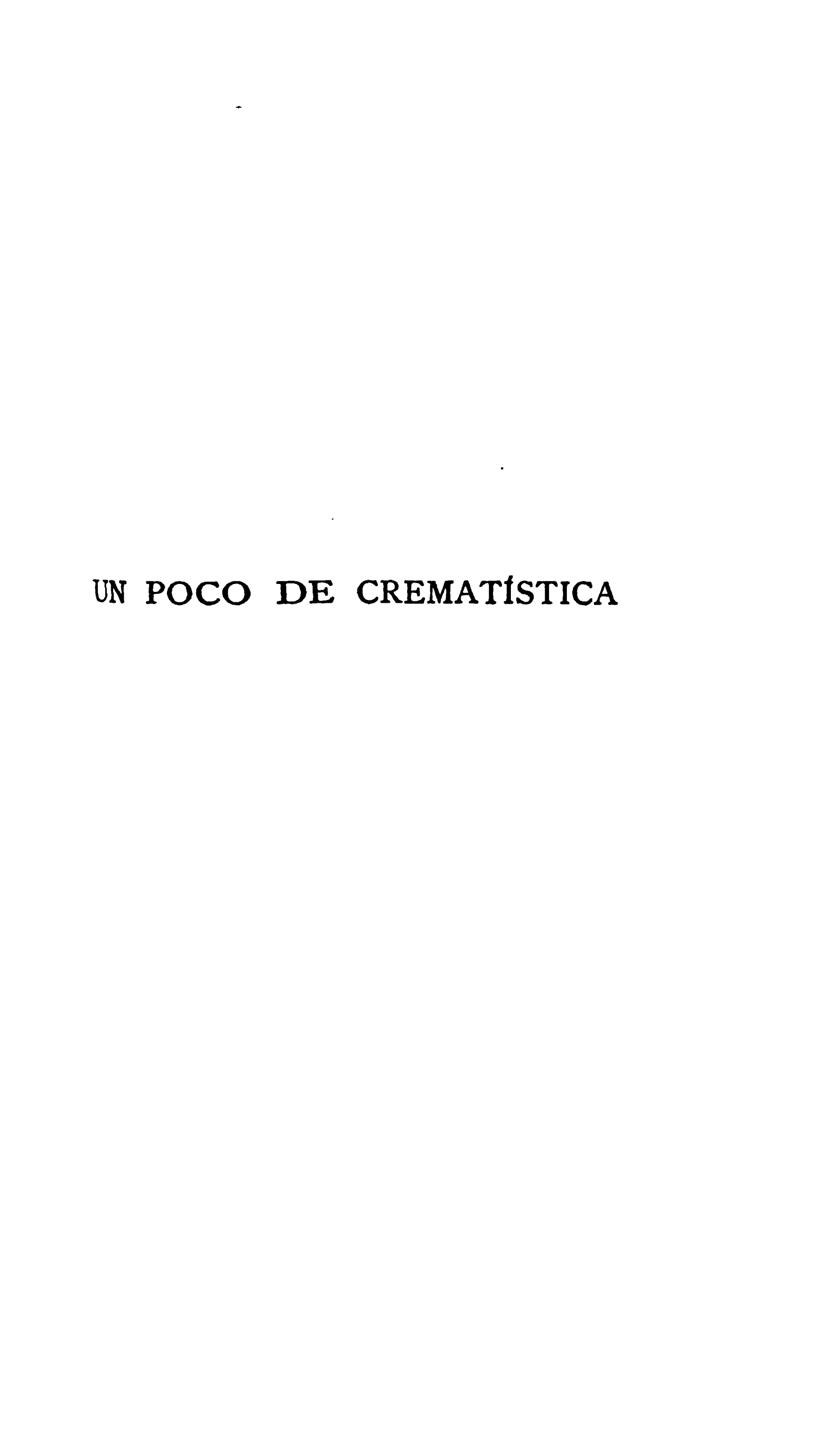
AUTOR.—Mi querido Doctor: yo no sé qué pensar de lo que acabo de ver y oir; pero, francamente, todos estos pesimismos, ateismos y espiritismos me parecen malsanos y disparatados.

SEELENFÜHRER.—Ya sabía yo que V. pensaba así. V. es un metafísico superficial, burlón y escéptico, que no sabe lo que se pesca.—V. es un descreído, anticuado en más de cien años; un discípulo de Voltaire.

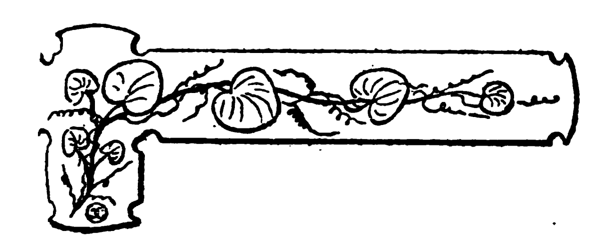
AUTOR.—Seré lo que á V. se le antoje. Aunque no he tomado á Voltaire por maestro, Voltaire me divierte, y los pesimistas alemanes me aburren. Voltaire, á pesar del *Cándido*, no era un pesimista radical. Voltaire, en el fondo, era tan optimista como Leibnitz, de quien quiso burlarse. Fácil me sería demostrarlo, si no estuviese de priesa. Y en cuanto al descreimiento, digo que Voltaire jamás negó con seriedad las más altas y consoladoras verdades, de que son fundamento la existencia de Dios, su justicia, su providencia, y la libertad y responsabilidad del hombre. Me atrevo, por último, á dar por evidente que, si Voltaire hubiera pre-

visto los abominables y desesperados sistemas de estos últimos tiempos, en vez de hacer la guerra al cristianismo, se hubiera hecho amigo de los Padres Jesuitas, hubiera oído una misa diaria, hubiera ayunado una vez por semana, y se hubiera confesado cada mes un par de veces.





UN POCO DE CREMATÍSTICA



UN POCO DE CREMATÍSTICA.

MEDITACIÓN (1).

I.

Cuando Virgilio, inspirado por los antiguos versos de la Sibila, por la esperanza general entre todas las gentes de que había de venir un Salvador, y tal vez por alguna noticia que tuvo de los profetas hebreos, vaticinó con más ó menos vaguedad, en su famosa égloga IV, la redención del mundo, todavía le pareció que esta redención no había de ser instantánea, por muy milagrosa que fuese, y así es que dijo: *suberunt priscæ vestigia fraudis:* quedarán no pocos restos de las pasadas tunanterías y miserias.

Si esto pudo decir el Cisne de Mantua, tratándose de un milagro tan grande, de un caso sobrenatural que lo renovaba todo y que todo lo pu-

(1) Publicada en *La Revista de España*, en el año de 1870.

de los negocios del Estado. Y no lo digo porque dude yo de la ciencia. ¿Cómo dudar, cuando la ciencia es, ha sido y será siempre mi amor, aunque desgraciado? Dígolo á tanto de que pudiera ocurrir con algunos economistas lo que con ciertos filólogos que estudian un idioma, pongo por caso, el chino ó el árabe, tan por principios, con tal recondidez gramatical y tan profundamente, que luego nadie los entiende, ni ellos se entienden entre sí, ni logran entender á los verdaderos chinos y árabes de nacimiento, contra los cuales declaman, asegurando que son ignorantes del dialecto literario ó del habla mandarina, y que no saben su propio idioma, sino de un modo vernáculo, rutinario y del todo ininteligible para los eruditos: pero lo cierto es que por más que se lamenten, quizás con razón, no sirven para dragomanes.

Tal vez se explique esto de la manera que, yendo yo de viaje por un país selvático, acerté á explicar en qué consistía que cierto compañero mío, gran ingeniero, que se empeñó en guiarnos con su ciencia, no atinó nunca, y por poco no nos hunde y sepulta en charcos cenagosos ó nos pierde en bosques sombríos, donde nos hubieran devorado los lobos. Yo estaba siempre con el alma en un hilo, pero ni un instante dudé de la ciencia. Lo que yo alegaba era que aquella tierra era tan ruda aún, que no comprendía la ciencia y se rebelaba contra ella. Volvimos entonces á confiar la dirección de nuestro viaje al guía práctico y lego que antes nos había servido, y así llegamos al término que nos proponíamos.

Pudiera suceder, por último, que constando la *Economía* política, si no me equivoco, de varias partes, como son: la creación de la riqueza, su circulación, su repartición y su consumo, hayamos por acá estudiado á fondo las partes últimas, y hayamos descuidado bastante el estudio de la primera, considerándola acaso como imposible de aprender, y exclamando humilde y cristianamente con el poeta:

> Es el criar un oficio
> Que sólo le sabe Dios
> Con su poder infinito.

Vivo yo tan seguro de esta verdad, que nunca he querido engolfarme en el *maremagnum* de la Economía política, teniendo por tan complicada toda esta maquinaria de las sociedades, que ni remotamente he caído en la tentación de querer averiguar cuáles son los resortes que la mueven y cuáles las bases sobre que se sustenta. Siempre he tenido miedo de que venga á acontecer al economista lo que al niño que, movido de curiosidad, rompe el juguete para ver lo que tiene dentro. Mi propósito, al escribir esta obrilla, no es, por lo tanto, discurrir económicamente sobre el dinero: dar lecciones sobre el modo más fácil de adquirirle. ¿Quién sabe, dado que yo averiguase este modo, si, á pesar de mi acendrada filantropía, no me le había de callar, al menos por unos cuantos años, aprovechándome de él para mi uso privado y el de algún que otro amigo muy predilecto? Mi propósito es sólo hablar del influjo que ejerce el dinero

en las almas: esto es, que yo no trato aquí de Economía política, sino de Filosofía moral, exponiendo algunos pensamientos filosóficos acerca del dinero, ora nacidos de mi propia meditación, ora de la mente profunda de los sabios antiguos y modernos que he consultado.

No quiero, con todo, que se me tenga por tan ignorante de la ciencia económica, que, al hablar y filosofar sobre el dinero, no sepa lo que es y confunda unas especies con otras. Hace un siglo que á nadie se le hubiera ofrecido este pícaro escrúpulo que á mí se me ofrece ahora. Entonces la generalidad de los mortales creía saber á fondo lo que era dinero, y nadie veía ni la posibilidad de que sobre este punto naciesen dudas, equívocos ni disputas. Hoy, con la Economía política, ya es otra cosa. Tomos inmensos se han escrito para explicar lo que es el dinero y lo que no es. Sin duda que todas aquellas verdades, por palmarias, sencillas y evidentes que sean, que el interés de hombres poderosos ó astutos ha tenido algunas veces empeño en encubrir ó tergiversar, se han encubierto ó han tergiversado, porque siempre ha habido infinito número de páparos en el mundo. De estas verdades, las que se refieren al dinero, al capital ó á la riqueza, son las que han ofrecido más estímulo á estas tergiversaciones y engaños; pero aunque no pueda negarse que los economistas, que ponen, por decirlo así, definitivamente en claro estas verdades, hacen un gran servicio al público, no puede negarse tampoco que la mayor parte de *estas* verdades son de las que se llaman de Pero-Grullo.

Para quien ignora la burla que han hecho algunos hombres de la credulidad de sus semejantes, no es concebible, por ejemplo, que un sabio economista emplee gravemente medio tomo de lectura en demostrar que el dinero no es un mero signo representativo de la riqueza, sino que tiene y debe tener un valor en sí; que una peseta, no sólo representa el valor de cualquiera cosa que valga una peseta, sino que vale y debe valer lo mismo que cualquiera cosa que valga una peseta, y que cuatro cosas que valgan á real cada una, y que treinta y cuatro cosas que valgan á cuarto. Todavía han empleado más fárrago los economistas en demostrar otra verdad, de la cual es más inverosímil que nadie haya dudado nunca, y en cuya demostración parece absurdo, á los que no están iniciados en los misterios de la Economía política, que nadie se afane con formalidad. Es esta verdad que el dinero no es toda la riqueza, sino una parte de la riqueza. ¿A quién ha podido nunca caber en el cerebro que no es rico cuando no tiene dinero, y tiene trigo, olivares, viñas, casas, hermosos muebles, alhajas, telas, etc.? Si todos estos objetos los reduce mentalmente á dinero, los aprecia y los tasa, encontrará que tiene una riqueza, por ejemplo, de dos millones de reales. Pero al hacer la tasación, no hace más que determinar con exactitud el valor de lo que posee, adoptando una medida común, que es el dinero. Si en vez de los reales, de los escudos ó de las pesetas, fuesen los bueyes la medida, diríamos que tal propietario tenía una tierra que valía quinientos bueyes, y tal empleado un

sueldo de veinte bueyes al año. La ventaja del oro ó de la plata acuñados para moneda se deduce evidentemente de lo expuesto. ¡Bendito y alabado sea Dios que nos ha hecho nacer en una época en que todo se averigua y se explica tan lindamente! Un buey es poco portátil, no cabe en el bolsillo, no pasa en todos los mercados, gasta en comer y se puede morir, y el dinero ni come ni se muere. Además, un buey puede ser más gordo ó más flaco, más chico ó más grande, más viejo ó más joven; mientras que un escudo es siempre un escudo, goza de eterna juventud, y tiene ó debe tener el mismo peso y la misma ley.

Tal es la gran ventaja de que goza esta ciencia. Es tan clara, tan pedestre y tan sencilla, que los niños de la doctrina pudieran entenderla si quisiesen. Y sin embargo (¡cosa por cierto admirable!), apenas dan un paso desde terreno tan firme y seguro, y desde lugar tan claro, suelen caer los economistas en un mar sin fondo ó en el seno obscuro de la noche cimeriana. La Economía política pasa á escape, salta de la perogrullada al sofisma con una agilidad portentosa.

En esta misma cuestión de si los metales preciosos, el oro y la plata, son mejores que los bueyes para moneda, ocurren dificultades y contradicciones imprevistas. Sirva de muestra lo siguiente. Si la deuda que el Estado español ha contraído y sigue contrayendo se estimase en bueyes, no se podría rebajar en un 5 por 100, en una vigésima parte, á no ser que las siete vacas flacas del sueño de Faraón procreasen infinitamente y llenasen el

mundo todo de bueyes cacoquimios y encanijados; pero estimada la deuda en pesetas, se ha hecho la rebaja con la mayor suavidad, de una sola plumada, y casi sin que nadie se percate de ello. Los bueyes, chico con grande, á no ser hijos de las vacas flacas, siempre serían bueyes; pero las pesetas nuevas no son como las antiguas, y el día en que la acuñación de la nueva moneda esté terminada, podremos asegurar que en vez de deber, por ejemplo, 20.000 millones de reales, deberemos 19.000, á no ser que la alteración de la moneda no rece con los acreedores del Estado, y les sigamos pagando los intereses con arreglo á la ley antigua.

Pero dejando á un lado esta cuestión, conste que, si bien aquí usamos de la palabra *dinero* en la acepción de *capital* ó de *riqueza*, hacemos perfectamente la distinción de estas cosas, como la han hecho todos los hombres de todos los siglos, sin necesidad de que los economistas los adoctrinen. La razón que nos lleva á llamar dinero á toda riqueza, es que el dinero es una riqueza sin la que no se puede pasar. El dinero es además un valor que circula más fácilmente que todos los demás valores, y que los representa y los mide. El dinero no es toda la riqueza, sino la parte móvil, líquida y más circulante de la riqueza. La sangre no es toda la vida en el cuerpo, y sin embargo, no viviríamos si la sangre no circulara ó si toda la sangre se nos escapase; aunque no es completamente exacta la comparación, porque no hay comparación completamente exacta. Nada hay en el cuerpo que pueda reemplazar á la sangre; pero en la sociedad

hay algo que puede reemplazar al dinero, y este algo es el crédito, el cual no crea un átomo más de riqueza, pero pone en circulación y presta movilidad y casi ubicuidad á mucha parte de la riqueza que está parada é inerte. En suma, el dinero, aunque reemplazable por el crédito, es una parte de la riqueza; y así por esto, como por ser la parte más viva, más enérgica y más circulante, es un dolor que se pierda. La sociedad que no tiene dinero, ó el individuo que no tiene dinero, ya están aviados. Después de largos estudios han deducido, pues, los economistas que el *dinero es indispensable al hombre desde el momento que el hombre vive en sociedad;* aguda sentencia, cuya verdad resplandece más que la luz del mediodía.

II.

Sentadas ya estas bases, voy á discurrir y á filosofar un poco sobre las relaciones del dinero (y en general de toda riqueza) con las costumbres y con las más altas facultades del espíritu humano. Empezaré por combatir algunos errores.

El primero y más capital consiste en creer que, en nuestros días, es el dinero más estimado que en otras épocas. Nada más falso. En el día de hoy, los hombres son como siempre; pero si alguna mudanza ha habido, ha sido favorable. Casi se puede afirmar que los hombres se han hecho más generosos.

Fácil me sería acumular aquí una multitud de

ejemplos históricos, desde las más remotas edades hasta ahora, á fin de probar que el interés ha dominado al mundo desde entonces, y su imperio, lejos de aumentar, decae. No quiero, sin embargo, hacer un trabajo erudito, sino una meditación filosófica.

Los poetas satíricos, los novelistas, los autores de comedias de todos los pasados siglos, han dado muestras de que en la época en que vivían se estimaba más el dinero que en la presente. Aun los mismos refranes, antiquísimos vestigios de lo que se llama sabiduría popular, vienen en apoyo de lo que digo.—*Por dinero baila el perro.—Cobra y no pagues, que somos mortales.—Dádivas ablandan peñas.—Ten dinero, tuyo ó ajeno.—Quien tiene dineros, pinta panderos.*—Y así pudiera yo seguir citando hasta llenar un pliego de impresión. Pero aún citaré otro refrán que, por ser España un país tan católico, debe considerarse como la hipérbole más subida de que todo se logra con dinero; de que todo se compra y se vende, hasta lo más venerable y santo. El refrán dice: *Por mi dinero, Papa le quiero.*

En los países de una cultura atrasada, se advierte un fenómeno que, conforme nos vamos civilizando y puliendo un poco más, mengua, ya que no desaparece del todo. Es este fenómeno la deshonra, el descrédito, la vehemente sospecha y aun el horror que rodea al que es pobre, el cual es aborrecido, cuando no es despreciado. El refrán antiguo español declara que *El dinero hace al hombre entero:* esto es, que el dinero es garantía de recti-

tud, de probidad y de entereza en quien le tiene. Más lejos va aún otro refrán que dice: *La pobreza no es deshonra, pero es ramo de picardía.* Nuestro inmortal Cervantes, haciéndose eco de este sentimiento general, afirma, no una sola vez, que es dificilísimo *que un pobre pueda ser honrado.* El reverendo Fr. José de Valdivielso, en su *Poema de San José,* no acierta á concebir que el Santo, padre putativo de Nuestro Divino Redentor y descendiente de Reyes, pudiese ser pobre y vivir de un oficio mecánico: así es que asegura que San José era carpintero por distracción, y no para ganarse la vida:

> Pues debió de tener juros reales,
> Cual descendiente de señores tales.

Bien se puede apostar que á nadie se le ocurriría, en nuestro siglo, disculpar á San José de haber sido carpintero, y suponer que tenía Treses ó Billetes hipotecarios.

Ni por la nobleza de sangre se disculpaba la pobreza; antes el tener dinero ha sido en todos los siglos origen de hidalguía. *Dineros son calidad, Más vale el din que el don*, son refranes que corroboran mi aserto.

La profunda veneración que inspiran el dinero y quien le posee ha sido siempre idéntica. Lo que ha disminuído algo es el horror ó el desprecio al pobre, y ciertas asechanzas de que el rico debía de verse, en lo antiguo, perpetuamente circundado. El hombre prudente y discreto tenía, no hace muchos años, en todas partes, y en el día tiene aún,

en no pocas, que hacer, si puede, un gran misterio del estado de su hacienda, sobre todo si es ó era muy rico ó muy pobre: si es muy pobre, para que no le desprecien; y si es muy rico, para que no le roben ó le maten. De aquí, de esta espantosa disyuntiva entre ser despreciado ó amenazado de muerte, nació aquella sentencia de los moralistas, que hoy en los países cultos nos parece tan necia y tan absurda, de que lo que había que desear era una medianía de fortuna, á fin de vivir feliz y tranquilo, ni envidioso ni envidiado. Porque, á la verdad, si el dinero es un bien, mientras mayor sea el bien debe ser más apetecible, y no se concibe la *aurea mediocritas,* celebrada por Horacio y por todos los poetas de otros tiempos, sino recordando que el hombre acaudalado estaba de continuo expuesto á que le matasen ó maltratasen para robarle, ya el Emperador ó el Príncipe bajo cuyo imperio vivía, ya la plebe codiciosa. Y cuando á la riqueza no iba unido un alto grado de poder, era más constante el peligro, y casi imposible de conjurar. No creo yo que el odio profundo que tuvimos en la Edad Media á los judíos proviniese sólo de que eran el pueblo deicida, sino de que eran ricos. Las frecuentes matanzas de judíos que hubo en España acaso no hubieran llegado á realizarse, si los judíos hubieran tenido la prudencia de quedarse pobres. Algo parecido puede afirmarse de los frailes en estos últimos tiempos, luego que perdieron el poder y conservaron la riqueza, si bien el escándalo ha sido menor, porque la dulzura de las costumbres, la mayor abun-

dancia de dinero y de bienestar y el más concertado y político modo de vivir de los hombres, han disminuído el aborrecimiento de los que no tienen á los que tienen.

Prueba de esta confianza de los que tienen es que ya, en los países cultos, nadie ó casi nadie atesora. Pocos años há, todos los que podían atesoraban. La literatura popular está llena de historias y leyendas de tesoros ocultos, guardados por un dragón, por un gigante ó por un monstruo terrible, que nada menos se necesitaba para que no los robasen. Estos tesoros estaban, ó se suponía que estaban, tan hábilmente escondidos, que era menester un don sobrenatural para descubrirlos. De aquí se originó la idea de los zahoríes, que descubrían los tesoros. La ciencia de los zahoríes, perdiendo hoy su carácter poético y sobrehumano, ha llegado á transformarse en la Estadística, disciplina auxiliar de la Economía política, con respecto á la cual viene á ser lo que es la Anatomía con respecto á la Fisiología. La Estadística es un verdadero primor de ciencia, y á fin de que de ella formen pronto los profanos el concepto que merece, podemos definirla la ciencia que nos cuenta los bocados. Por esta ciencia se averigua cuánta harina, cuánta carne, cuántas judías y cuántos garbanzos se devoran al año; lo que se gasta en ropa y en calzado; lo que se produce y lo que se consume. Todo esto sería más fácil de averiguar si la gente, temerosa de que le imponga el Gobierno más contribución, no disimulara un poco lo que gasta, aparentando darse aún peor trato del que suele.

Sin embargo, el afán de ocultar la riqueza y de disimular que se tiene algún dinero, ha desaparecido casi del todo en nuestra edad. En las pasadas era tanto el peligro que corría el dinero saliendo á relucir, que legítimamente tenía que ser usurero quien le prestaba. El crédito, que pone en movimiento las fuerzas productivas, apenas era conocido entonces.

Hoy, por el contrario, el desenfado, la movilidad, la animación del dinero, que se presenta sin temor en todas partes, menos en España, y que se agita y circula, es lo que hace creer á los hombres poco pensadores que vivimos en un siglo metalizado; que ahora no se piensa ni se habla sino de dinero. ¡Qué error tan craso! Pues ¿por ventura es más reverenciada, más adorada la imagen que sale por las calles y plazas, aun cuando sea en muy devota procesión, y doblando todos á su paso la rodilla, que la divinidad misma, oculta siempre en el fondo del santuario, por temor de que la profane el vulgo con sus miradas, y hasta cuyo nombre es incomunicable y desconocido á cuantos no están iniciados en sus misterios?

Hay asimismo otras muchas razones para que en el día se estime menos el dinero. Es la primera, que hay más. Es la segunda, que con el crédito llega más fácilmente á todas partes. Es la tercera, que produce menos intereses. (Ninguna de estas tres razones militan hoy en España. Los economistas explicarán por qué.) Es la cuarta, y quizás la más poderosa, que nuesto siglo, como más civilizado que los anteriores, es también más espiritualista.

Y aquí no puedo menos de detenerme á condenar la ridícula manía de los que dan en acusar de materialista á nuestro siglo. ¿Qué siglo hubo nunca más espiritualista que el nuestro? La música es el arte más espiritual de todos, y florece ahora con florecimiento extraordinario. Apenas hay tonto, el cual, si hubiera vivido dos ó tres siglos há, no hubiera gozado más que en comer, que no goce ahora, ó por lo menos que no diga que goza, oyendo la música más sabia y alambicada. Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, afirma que sólo hay dos cosas esenciales que mueven al hombre, á saber: *mantenencia*, y otra que no me atreveré á mentar, aunque el Arcipreste la mienta, escudado con Aristóteles:

> Si lo dixiese de mio, seria de culpar;
> Dícelo grand filósofo; non so yo de reptar.

¡Tan materialista era el concepto que en el siglo XIV tenía un sacerdote católico, en la *católica* España, de los móviles esenciales de las acciones humanas! Fuera de estos móviles no acertaba á descubrir otro móvil. ¡Cuánto han variado las cosas en el día! La música mueve también al hombre, y no hay quien no guste de ir al Teatro Real.

Pero el espiritualismo de nuestro siglo es sintético, y ésta es la causa de que algunos, que no le comprenden, acusen de materialista á nuestro siglo. En los pasados, ó no se hacía caso de la materia y se la dejaba á sus anchas como cosa perdida y dada al diablo, cayendo los que tal hacían en el molinosismo, ó se la maltrataba y castigaba co-

mo á súbdito rebelde, por donde venían las gentes á dar en el ascetismo más cruel. En nuestra época tratan las gentes de rehabilitar la materia en el buen sentido de la palabra, y la purifican cuanto pueden. La materia al fin es obra de Dios, y, aunque algo pervertida por el pecado, no es cosa tan abominable como se asegura. Al fin ella ha de resucitar y ha de ir al cielo, si bien transfigurada y gloriosa. Por eso no me parece mal que vayamos puliéndola, perfeccionándola, hermoseándola y sutilizándola en este mundo. Para pulirla suelen los hombres, en ciertos países adelantados, lavarse ya todos los días, costumbre rara, cuando no desconocida de la cristiandad, ciento ó doscientos años hace, y contra la cual aún fulminan sus anatemas el piadoso señor Veuillot y otros santos padres. Por eso no se comprendía bien la significación del principio de aquella oda de Píndaro: *Alto don es el agua.* Antes al contrario, el agua era mirada con horror y con miedo, como causa de los mayores males, sobre todo para las personas de cierta edad. De aquí el refrán hidrofóbico tan acreditado: *De cuarenta para arriba, ni te cases, ni te embarques, ni te mojes la barriga.* Un hombre de setenta años, cuándo ó dónde no había, ó no ha caído en desuso este refrán, debe ó debía de tener su piel cubierta de más estratificaciones que nuestro globo. Si en este descuido de la materia, que hubo en los siglos pasados, es en lo que consiste el espiritualismo, se debe preferir ser materialista. Pero se me antoja que el verdadero espiritualismo consiste en limpiarse, mondarse y purificarse, así

fección social, y hay aún muchas personas que adquieren mal el dinero. Mas como el confesar que el mayor número le adquiere mal, aun dado que esto fuera cierto, sería ocasionado á gravísimos peligros, y daría pretexto á los pobres para odiar á los ricos, todas las personas razonables y amigas del orden y del sosiego públicos debemos creer y creemos que no hay dinero mal adquirido, mientras un tribunal no pruebe lo contrario. Por donde legítimamente, y echando á un lado la mala pasión de la envidia, el ser rico significa, y tiene que significar, que vale más quien lo es que el que es pobre. En resolución, el dinero es y tiene que ser la medida exacta del valer de una persona.

Cierto que hay algunas rarísimas virtudes y prendas superiores al dinero, que no traen dinero, y que, en el momento en que se tuviesen ó ejerciesen con el fin de adquirir dinero, dejarían de ser tales virtudes; pero tales virtudes tienen su precio en ellas mismas. La virtud por excelencia es tan preciosa, que nada hay en la tierra que pueda pagarla. Por esto me ha parecido siempre ridículo todo premio ofrecido á la virtud. Quien se pusiera á ser virtuoso para ganar el premio, no sería virtuoso. Ni siquiera suelen ganarse con la virtud la fama y el respeto de los hombres, porque es difícil de averiguar si el virtuoso lo es por firmeza y rectitud de alma ó por apocamiento, necedad ó cobardía; y los hombres, como no sea la virtud muy manifiesta, procuramos siempre atribuirla á dichas calidades negativas. Así es que, en casi todos los idiomas antiguos y modernos, la palabra *bondad*,

apartada de su sentido recto, significa simpleza, como *dabbenaggine* en italiano, *euetheia* en griego, *bonhomie* en francés, etc., etc. Pero como la virtud es y debe ser también superior á la vanagloria, el virtuoso, no sólo debe serlo aun á trueque de ser pobre, sino á trueque de pasar por un solemne majadero.

Ciertas declamaciones y diatribas contra los vicios, la corrupción y el lujo, me han parecido siempre más propias de la envidia ó de la sandez que de un espíritu recto y juicioso. Cuando se dice, por ejemplo, el hombre de bien está arrinconado y desatendido y vive pobremente, y tal bribón habita en un palacio y da fiestas espléndidas; la mujer honrada anda á pie por esas calles, llenándose de lodo, y tal manceba va con sedas, encajes y joyas, en un soberbio coche; cuando esto se dice, repito, yo no puedo menos de reirme en vez de conmoverme. Pues qué, ¿se quiere que la probidad se pague con palacios, y la castidad con diamantes y trenes? Entonces los mayores galopines se harían probos para vivir á lo Príncipe, y las *suripantas* echarían la zancadilla á Lucrecia y á Susana, á fin de conseguir por ese medio lo que por el opuesto logran ahora. La verdad es que el mundo anda menos mal de lo que se cree.

Mucho tiene que sufrir la virtud; pero si no tuviera que sufrir, ¿sería virtud? ¿Qué merito tendría? Y sin duda que la piedra de toque, en que se aquilata y contrasta el sufrimiento, es esta duda en que deja el virtuoso á los demás hombres acerca de si su virtud es tontería, impotencia ó amilana-

miento y poquedad de espíritu. Hombres hay que no resisten á esta prueba. Han tenido valor para quedarse pobres, pero no le tienen para pasar por tontos. Mujeres honradas ha habido que tienen valor para vivir con poco dinero, mas no para que crean que ha faltado quien se le quiera dar. ¡Dios nos libre de esta gran tentación de evitar la nota de mentecatos y para poco! ¡Dios libre á las mujeres honradas de esta gran tentación de evitar la nota de faltas de donaire y atractivo!

Fuera de estas excelencias y sublimidades de nuestro sér, apenas hay otra calidad en el hombre que no tenga por medida el dinero. La ciencia especulativa y la poesía más elevada se sustraen sólo á dicha medida. Ni la ciencia especulativa, ni la poesía más elevada, están por lo común al alcance del vulgo. Al sabio y al poeta rara vez la fama puede consolarlos de ser pobres si lo son. Los pensamientos sublimes y la delicadeza y el primor del estilo son prendas que pocos saben estimar. La gloria es casi siempre tardía para este linaje de hombres. Pocos semejantes suyos aciertan á comprender lo que valen. Así es que su fama va cundiendo y acrecentándose por autoridad, disputada y contradicha á menudo, y tan lenta y pausadamente, que el sabio y el poeta suelen morirse sin gozar de aquel respeto y aun adoración que más tarde se tributa á su memoria.

El mismo sabio, y más aún el poeta, por excelente crítico que sea, no se pueden consolar con la conciencia y seguridad de su valer, por los demás hombres desconocido ó negado. No saben á

punto fijo si el juicio que forman sobre ellos mismos está torcido por el amor propio.

Una obra de ingenio es harto difícil de juzgar, y la buena reputación que adquiere se debe á pocos sujetos entendidos que logran imponer su opinión, á veces al cabo de muchos años, cuando no de siglos. Los demás hombres se someten á esta opinión por pereza, ó porque, habiendo ya muerto el autor de la obra, les importa poco que sea celebrado y ensalzado. La idea de que la fama de aquel autor redunda en honor de la patria ó de la humanidad toda, contribuye á que, contenidos por cierto egoísmo, sean pocos los hombres que tiren á destruirla. Por lo demás, la gloria de los grandes escritores suele ser póstuma y sumamente vana. De cada mil personas que citan, por ejemplo, á Homero como al primer poeta épico, diez á lo más, en los países cultos, le han leído, y de estas diez, nueve se han aburrido ó dormido leyéndole: una sola ha gustado acaso de aquellas bellezas y excelencias.

La poesía, pues, en su más elevada acepción, así como la virtud en su acepción más elevada, tiene sólo la recompensa en ella misma, en la creación de lo ideal, en la fijación y depuración de la belleza, que aparece escasa, mezclada con elementos extraños y fugitiva en el mundo, y á quien el poeta aparta y sustrae de lo feo, y da una vida inmortal, á fin de que gocen de ella las pocas almas que por su propia hermosura son capaces de comprenderla.

Entiéndase, con todo, que, salvo las menciona-

das archi-sublimes excepciones, nada es más falso en cierto sentido que aquello de que *honra y provecho no caben en un saco*. Al contrario, cuando el público no honra es cuando no enriquece, y siempre enriquece cuando honra. El más ó el menos de enriquecer, depende de circunstancias que nada tienen que ver con la honra. En los países ricos y prósperos, el buen poeta que, por la condición de su ingenio, se hace popular y famoso, se hace también rico. Y, aparte el respeto que se le debe, Adam Smith se equivocó al suponer que los comediantes, cantores y bailarines, ganaban mucho dinero en compensación del decoro que perdían en su oficio, el cual, si fuese más honrado, sería ejercido por más personas hábiles, y esta concurrencia haría bajar el precio. Los susodichos artistas están mucho mejor mirados en el día que en tiempo de Adam Smith, y no por eso abundan los buenos, ni se venden baratos sus servicios. Se venden caros, porque hay pocos que sean aptos para hacerlos; y porque la manera de pagarlos se presta á que subsista la carestía, compartiéndose la carga entre muchísimas personas.

Resulta de lo expuesto, y aún resultaría más claro si me extendiese cuanto pide la magnitud del asunto, que por la misma naturaleza de las cosas, y sin que deba nadie quejarse de ello, ni hacer un capítulo de culpas á nuestro siglo, ni á los pasados, ni á los hombres de ahora, ni á los de entonces, lo más universalmente respetado, amado y reverenciado es el dinero, y por lo tanto, aquél que le posee. Aun las mismas almas celestiales y puras, ena-

moradas del amor, de la gloria y de todo lo bueno y santo, andan también enamoradas del dinero, como medio exce.ente de que tengan buen éxito aquellos otros enamoramientos etéreos.

La generalidad de los hombres ama más el dinero que la vida. Cualquiera persona, por poco simpática que sea, cuenta de seguro con unos cuantos amigos que aventurarían por ella la vida, que le harían el sacrificio de su existencia. ¡Cuántos salen al campo en duelo á muerte por defender á un amigo! Casi nadie, sin embargo, sacrificaría por un amigo su caudal, ni la vigésima, ni la centésima parte de su caudal. Se está un hombre ahogando, se está otro quemando vivo en una casa incendiada, y, dicho sea en honra de la humanidad, rara vez falta quien por salvarle se aventure, se arroje á las ondas embravecidas ó á las llamas. Sin embargo, el héroe salvador quizás ha rehusado algunos días antes dar una limosna de dos reales á la persona salvada ahora tan generosamente. Viceversa, los agraciados estiman siempre más el sacrificio que se hace por ellos de una pequeña suma de dinero, que el de la vida misma. Y esto por mil razones muy justas. La vida se sacrifica ó se expone por cualquiera cosa; el dinero no. No hay pelafustán que no tenga una vida que exponer como cualquiera otra vida; pero no todos tienen dinero que exponer ó sacrificar. El funámbulo, el domador de fieras, el albañil subido en un andamio, el minero que penetra en una mina insegura, en fin, casi todos los hombres exponen su vida por cualquier cosa, por un miserable jornal, por una mez-

quina cantidad de dinero. ¿Qué hizo más Edgardo por Lucía de Lammermoor, qué hizo más D. Suero de Quiñones por la señora de sus pensamientos, que lo que puede hacer y hace á cada instante, con menos estruendo, el último perdido, por ganar unas cuantas pesetas? Por consiguiente, una considerable suma de pesetas vale más que los arrojos de Edgardo y que las bizarrías de D. Suero.

Es evidente que el pobre, aunque puede amar, no puede expresar su amor de un modo tan claro y tan brillante como el rico, Así es que los ricos suelen ser más amados que los pobres, aun por las mujeres desinteresadas.

El dinero da asimismo mérito intrínseco, y el no tenerle le quita, le merma ó le anubla. El dinero da buen humor, urbanidad, buena crianza, y, como diría cierto diplomático, *soltura fina*. Nada, por el contrario, ata y embastece más que la pobreza. El pobre es tímido y encogido, ó anda siempre hecho una fiera. Toda palabra en boca del rico es una gracia, por donde, la misma confianza que tiene de que sus gracias van á ser reídas y aplaudidas, le da ánimo é inspiración para ser gracioso. El pasmo con que todos le miran, el gusto con que todos le oyen, hace que parezca gracioso aunque no lo sea. Pero lo es, y no cabe duda en que lo es. Yo, por ejemplo, he oído en boca de un señor muy rico todos los cuentecillos más groseros y sucios que refieren los gañanes de mi tierra, y que ya ni el atractivo de la novedad debieran tener para mí ni para nadie, y sin embargo, me he reído como un bobo, me han hecho mucha gracia,

y los he encontrado llenos de aticismo en boca de dicho señor. Creo, además, que, en efecto, lo estaban, porque yo no me movía á reirlos ni á celebrarlos con falsa risa, ni por interés alguno. La seguridad, la superioridad, el magnetismo sereno, que trae consigo el tener dinero, producían este fenómeno.

No se debe extrañar, pues, que las personas ricas sean amadas y admiradas. En el día las amamos con más desinterés que antes. Nunca, por ejemplo, ha habido menos hombres mantenidos por mujeres que en esta época, si se exceptúa bajo la forma legítima, aunque desairada, del *coburguismo*. En otras edades era frecuente, casi general, y no estaba mal mirado el *coburguismo* ilegítimo masculino, desde Ciro el Menor con Epiaxa, Reina de Cilicia, señora es de creer que ya jamona, á quien aquel héroe sacaba mucha moneda, hasta los galanes caballeros de la corte de Luis XIV y Luis XV.

Lo que es el *coburguismo* femenino, legítimo ó ilegítimo, sigue hoy como en las primeras edades del mundo, desde Raab y Dalila hasta la gallarda y elegante Cora. Este *coburguismo* es más disculpable que el masculino. Lope de Vega le disculpa diciendo:

No estaba pobre la feroz Lucrecia,
Que, á darle Don Tarquino mil reales,
Ella fuera más blanda y menos necia.

Y Ariosto, con la leyenda *El Perro precioso*, inserta en el *Orlando*, le disculpa mucho más. Yo no le disculpo, pero le excuso, aunque no sea más

que por el desinteresado amor y la admiración sincera que infunde el hombre rico, como no sea una bestia, aun en las almas más escogidas y nobles.

El hombre rico se hace en seguida gran conocedor de las bellas artes y de la literatura, y las protege, remedando á Lorenzo el Magnífico y á Mecenas; adorna y hermosea su patria con soberbios monumentos, como Herodes Atico, y hace, por último, otros cien mil beneficios.

Aunque no haya sido muy moral ni muy amante del orden antes de ser rico, luego que lo es, el mismo interés le presta por lo menos una moralidad y una religiosidad aparentes que no dejan de ser útiles.

Infiero yo de todo lo dicho que no debemos achacar á corrupción de nuestro siglo, ni á perversidad del linaje humano, este amor entrañable que todo él profesa al dinero. ¿Qué otra cosa ha de amar en la tierra, si no ama el dinero, que las representa todas, las simboliza y las resume? Lo cierto es que casi todo lo útil, lo conveniente, lo práctico que se hace en el mundo, se hace por este amor. El dinero es la fuerza motriz del progreso humano, la palanca de Arquímedes que mueve el mundo moral; el fundamento de casi toda la poesía, y hasta el crisol de las virtudes más raras. La mayor parte de los hombres que desprecian ó aparentan despreciar el dinero, lo hacen por despecho y envidia; imitan á la zorra, diciendo: *no están maduras.* Los que aman con sinceridad la pobreza, los que la creen y llaman *dádiva santa desagradecida,* ó son locos, ó son santos: son Dióge-

nes ó San Francisco de Asis; á no ser que entiendan por pobreza cierta virtud magnánima que consiste en poseer y gozar todas las cosas con desdén y desprendimiento, como si no se poseyesen ni gozasen.

No hay nada en este mundo sublunar que proporcione más ventajas que el tener dinero. Los pocos inconvenientes que trae, ó son fantásticos, ó son comunes á toda vida humana, ó se van allanando ó disipando con la cultura.

Era antes el principal, como ya he dicho, el peligro de muerte en que se hallaba de continuo el acaudalado, como no ocultase mucho sus riquezas. Para ser impune, paladina y descuidadamente rico, era menester ser tirano, señor de horca y cuchillo, ó algo por el mismo orden, que diese mucho poder y defensa. Este inconveniente va desapareciendo ya casi del todo.

Otro inconveniente, que encuentran en el dinero los corazones extremadamente sensibles y los espíritus cavilosos, es fantástico y absurdo. Consiste en el temor de ser amado por el dinero y no por uno mismo. Nada más ridículo que este temor. Ya hemos probado que el dinero es más que la vida. El dinero es, por consiguiente, una parte esencial de la persona. Un filósofo alemán diría que el dinero se pone en el yo de una manera absoluta. Más necio es, pues, atormentarse, porque quieren á uno por el dinero, que atormentarse porque quieren á uno porque es limpio, bien criado, elegante, instruído, etc.; calidades todas que se adquieren artificialmente lo mismo que el dinero;

que se deben al dinero en más ó en menos cantidad. Acaso no sea yo mejor que el último mozo de cordel de Madrid, ora física, ora intelectual, ora moralmente considerado, y con todo, suponiéndome soltero, cualquiera linda dama podría tener aún el capricho de enamorarse de mí, sin que nadie lo censurara; pero, si del mozo de cordel se enamorase, todo el mundo tendría esta pasión por una extravagancia ó por una locura. Luego, en último resultado, lo que mueve á amar, á no ser extravagantísimo el amor, es el dinero, ó algo que representa dinero, ó que se adquiere con dinero. Lo que yo he gastado en instruirme, pulirme, asearme y atildarme no es más que dinero.

Finalmente, la mayor y más envidiable ventaja que el dinero proporciona, es la autoridad y respetabilidad que da á quien le tiene, y la justa confianza que quien le tiene inspira.

III.

De estas consideraciones sobre el influjo del dinero ó de la riqueza en el individuo, quisiera yo pasar á discurrir con mayor extensión sobre el influjo de la riqueza en la cultura y poder de las naciones; pero no haré más que consignar aquí algunos ligerísimos conceptos. Me arredra el temor de extraviarme, y la conciencia de mi poquísimo saber en Economía política, ciencia que, al cabo, después de mucho cavilar, han venido todos los autores á coincidir con Aristóteles en que trata del

dinero, ó, en general, de la riqueza, por donde la *llama* Crematística el sabio de Estagira. Y es mayor infortunio aún que el de mi propia ignorancia, el de que,

> Después de haber revuelto cien mil libros
> De aquesta ciencia enmarañada y torpe,

nadie logra saber á las claras lo que es la riqueza. Todas las definiciones son discordantes; y resulta que la ciencia empieza por no saber definir, determinar y declarar el objeto de la ciencia misma. Ni está más adelantada en la definición de las otras palabras científicas, como valor, precio, capital, industria y cambio; lo cual no es extraño, porque ignorándose aún lo que es riqueza, que es la idea ó palabra fundamental, por fuerza se ha de ignorar ó se ha de estar en desacuerdo sobre lo restante.

Malthus decía: «Después de tantos años de investigaciones y de tantos volúmenes de descubrimientos, los escritores no han podido entenderse hasta ahora sobre lo que constituye la riqueza; y mientras que los escritores que se emplean en este negocio no se entiendan mejor, sus conclusiones no podrán ser adoptadas como máximas que deban seguirse.»

Dedúcese de aquí, por sentencia y autoridad de Malthus, que no debemos seguir las máximas ni hacer caso alguno de cuantos economistas le precedieron en los siglos XVI, XVII y XVIII, y en el primer tercio del presente. Todos estos economistas no sabían lo que decían, según Malthus; y cuenta que entre ellos están Smith, Say, Storch, Ricardo,

Gioja, Mac-Culloch y otras eminencias. No han adelantado más posteriormente otros sabios en dar estas definiciones. Stuard Mill desiste de definir lo que es riqueza, y dice que basta que en la práctica lo entendamos, con lo cual sigue adelante. Bastiat se enreda en sus *Armonías* con otros economistas rivales, y trata de probarles que son unos ignorantes ó unos necios que desconocen lo que es el valor.

En efecto, uno de estos economistas se empeña en demostrar que el valor de una cosa consiste en el obstáculo vencido para producirla; de lo cual deduce que, mientras más fácil se haga la producción, disminuyendo los obstáculos, menos valor tendrán las cosas; de modo que, mientras más cosas haya, seremos más pobres. Conviene, pues, crear obstáculos para la producción, á fin de que, costando mucho el producir, valgan mucho también las cosas producidas, y seamos ricos. Imposible parece que tales ideas se sostengan, y hasta que se impugnen con seriedad. Entre tanto, Bastiat, que está razonable en este punto, entiende luego el cambio, no como es, sino como debiera ser; y sobre este cambio modelo, ideal y fantástico, levanta todo un edificio científico que trae enamorados á nuestros jóvenes economistas. En el cambio, no cabe duda que debe darse siempre lo superfluo por lo necesario, y ganar, por lo tanto, todos los cambiantes. Pero ¿es esto lo que en realidad acontece? ¿No es, al revés, frecuentísimo el que, por vanidad, por moda, por capricho ó por extravagancia, demos lo necesario, no ya por lo su-

perfluo, sino hasta por lo dañino? Se dirá que ambos cambiantes satisfacen una necesidad, y que en este sentido ganan. Pero si por necesidad se entiende un vicio, una manía, una mala costumbre, un apetito bestial, ¿cómo hemos de convenir? Pues qué, ¿ganan los chinos comprando opio para envenenarse con él? ¿Ganan y prosperan los jornaleros que, de los cinco ó seis reales que tienen de jornal, emplean dos ó tres en vino y uno en tabaco, matando quizás de hambre á sus mujeres y á sus hijos? ¿Gana el marido, débil ó vano, que se empeña para que su mujer tenga palco en la Ópera? ¿Gana, en suma, el que no ahorra, el que consume más de lo que produce, el que sobre sus rentas gasta su capital, el que tiene habilidad para adquirir diez y tiene *necesidad* de consumir treinta ó ciento? Claro está que no gana, sino que pierde, y al fin se arruina. Y lo que sucede con los individuos, ¿no puede suceder, y no sucede también, con las naciones? Así como hay individuos poco hábiles para producir y muy hábiles para gastar, ¿no puede haber, y no hay, naciones con las mismas cualidades? La holgazanería, el despilfarro y la ineptitud, ¿no pueden darse en una nación como se dan en un individuo?

Yo no temo que ninguna nación europea, por muy plagada que esté de los mencionados achaques, venga al fin á perderse y á destruirse, como se destruyeron y perdieron aquellos imperios colosales del centro del Asia; como se hundieron aquellas poderosas civilizaciones, asombro del mundo antiguo. Yo no temo que á Madrid, á Sevilla, á

Lisboa ó á Florencia, les venga á suceder lo que á Sidón y Tiro, Susa, Ecbatana, Nínive, Bactra y Babilonia. Aunque consumiesen mucho más de lo que produjesen, el castigo se limitaría á largos períodos de forzada abstinencia y de lastimosos apuros, á que el atraso con relación á otros pueblos de Europa fuese mayor, y á que siguiesen arrastrándonos y llevándonos como á remolque las demás naciones. Pero tal es la fe que yo tengo en la virtud progresiva, en la energía vital de la civilización europea, que ni siquiera puedo concebir que muera una nación que esté en su seno poderoso y vivificante. Sin embargo, la abstinencia de que hemos hablado, los apuros, el ir á remolque y la vergüenza del atraso y de la inferioridad, no dejan de ser rudo castigo.

Para discurrir, partiendo de un punto fijo, sobre estos asuntos tan difíciles, convendría primero explicarse el por qué de ciertos fenómenos que ofrece la moderna civilización europea, fenómenos al parecer contrarios á todo aquello que en las antiguas civilizaciones se notaba; de donde proviene el que haya hoy sentencias, que se dan por axiomáticas, y que son enteramente contrarias á otras sentencias que poco há pasaban por axiomáticas también.

En lo antiguo, y al decir en lo antiguo no vamos muy lejos (Miguel Montaigne y Machiavelli pensaban así), la rudeza y la pobreza se creía que daban bríos y nervio á las naciones, mientras que la riqueza y la cultura las enervaban. Pobre era Alejandro y venció al rico Darío; pobres y rudos eran los romanos y subyugaron á los ilustrados, cultos y

ricos reinos de Macedonia, Siria y Egipto. Cuando los godos invadieron la Grecia, se refiere que intentaron quemar todas las bibliotecas; pero un astuto y discreto capitán de los godos hubo de persuadirles de que con las bibliotecas los griegos se hacían afeminados, muelles y cobardes, y que así era conveniente dejarles los libros para tenerlos siempre bajo el yugo. De esta suerte las bibliotecas se salvaron.

En nuestros días, por el contrario, si una nación se propusiese debilitar á otra, procuraría hacerla ignorante y pobre. La ciencia y la riqueza, lejos de enflaquecer hoy á los pueblos, les dan energía y pujanza; pero, bien consideradas las cosas, no hay en esto la menor contradicción. En lo antiguo, solía ser uno de los más usuales modos de adquirir riqueza el despojar á los vecinos por medio de la guerra. En el día de hoy, si bien estos despojos, estos robos violentos siguen haciéndose, no se hacen en tan grande escala. Las costumbres más suaves no lo consienten. La guerra, además, este modo de despojar violentamente una nación á otra, se ha hecho harto costosa. Los *gastos de producción* suelen en la guerra moderna ser mucho mayores que lo *producido*, si *producido* puede llamarse lo que se toma contra la voluntad de su dueño. De aquí, en primer lugar, que apenas se emprenda ya guerra alguna con el propósito de enriquecerse; y en segundo lugar, que los pueblos enriquecidos sean los que tienen más medio de hacer la guerra y más probabilidad de vencer. Antes, los pueblos se hacían fuertes y guerreros, á fin de en-

riquecerse: en el día los pueblos se enriquecen con el propósito de ser fuertes y guerreros. Sin duda que será un progreso más cuando los pueblos se enriquezcan sólo para ser más morales, más felices y más ilustrados; pero esto aún está lejos. La manía de dominar y de prevalecer sobre los demás no se curará en muchos siglos.

Sostienen hoy no pocos autores, Buckle entre otros, tan celebrado por todo el mundo, que la Economía política conspira de un modo incontrastable á que terminen las guerras sangrientas, á que la utopia de la paz perpetua venga á realizarse. Por esto, sin duda, y por otras razones no menos singulares, han llegado á tan loco extremo la admiración, la adoración y el fanatismo por la Economía política. Para Buckle, Adam Smith ha hecho más por la humanidad que todos los sabios, que todos los profetas y que todos los genios inmortales que han nacido de madre y que han revestido carne humana en este pícaro mundo. Ni las leyes de Solón, de Numa y de Manú, ni todos los libros de filosofía, ni los mismos Evangelios, importan un pito comparados con la *Riqueza de las naciones.* Según Buckle, la *Riqueza de las naciones* es «el libro más importante que se ha escrito jamás: su publicación ha contribuído en mayor grado á la dicha del humano linaje que el talento reunido de todos los hombres de Estado y de todos los legisladores, de quienes nos conserva la historia un recuerdo auténtico.»

Todo esto podrá ser verdad; pero también lo es que, desde el año de 1776, en que salió á luz por

vez primera el libro divino, salvador, redentor y pacificador, las guerras han sido tan frecuentes como siempre y mil veces más espantosas por los millones de hombres que en ellas miserablemente han perecido. Cuando no hay guerra, hay una cosa tan mala, tal vez peor que la guerra: la paz armada. El dinero se gasta desatinadamente en sostener ejércitos inmensos, y los hombres más robustos, jóvenes y fuertes de Europa, apartados de todo trabajo útil, están siempre con las armas en la mano, acechándose, espiándose y amenazándose. Cierto que la Economía política y el libro maravilloso de Adam Smith no han puesto remedio á tanto mal. Si algo ha de ponerle remedio, ha de ser la filosofía; la religión, mejor entendida que en otros siglos, y el exceso mismo del mal, que tal vez acabe por hacerle imposible.

Los medios de destrucción se aumentan por tal arte, que es de temer que dentro de poco puedan matarse en un minuto millones de hombres; puedan dispararse en un segundo más bombas, balas y metralla que un siglo há se disparaban en treinta ó cuarenta años; y tales y tan estruendosos podrán ser los disparos, que el coste de uno solo baste á mantener durante un año á toda una familia. Horrorizados de tanto gasto y de tanta efusión de sangre, los hombres políticos clamarán, y claman ya muchos, por la paz y aun por el desarme, no porque Adam Smith y sus discípulos los hayan convencido. No creo yo que Napoleón III tenga el corazón de mantequilla y de jalea; pero el tremendo espectáculo del campo de batalla de Solferino, de

tantos millares de cadáveres, hubo de oprimirle y angustiarle el corazón decidiéndole á la paz, aun antes de cumplir su promesa de hacer libre á Italia hasta el Adriático. Adam Smith y todas sus teorías no tuvieron parte alguna en esta determinación.

Si algún pensamiento económico impide la guerra ó la hace más difícil en lo venidero, es independiente de la ciencia: no es menester haber leído á los economistas para concebirle. El pensamiento es sencillo y claro: es el pensamiento de lo mucho que la guerra cuesta. Los Gobiernos, además, tienen casi siempre que acudir á empréstitos para hacer la guerra. Los que prestan el dinero tienen interés en que el del dinero prestado sea lo más crecido posible; por donde, aun sin contar con otras causas, el papel de la Deuda baja, y la fortuna pública padece.

Los que tienen que perder, los hombres acaudalados, son, por consiguiente, pacíficos; y como los que tienen dinero mandan en el día más que nunca y ejercen una influencia grandísima sobre la opinión, resulta que las guerras son condenadas por la opinión, cuando no hay un fuerte estímulo de egoísmo que induzca á hacerlas: como, por ejemplo, abrir un nuevo mercado para los productos nacionales; introducir en algún país poco culto la libertad de comercio, las obras divinas de Adam Smith, el opio ú otra droga peor, á cañonazos y á bayonetazos; entretener, y recrear, y embriagar al pueblo con gloria para que no se fastidie y se subleve; y tal vez deshacerse, siguiendo las doctrinas de algún economista, de aquella parte de la

población que está de sobra, que no tiene cubierto preparado en el festín de la vida, que turba ó rompe el justo equilibrio que debe haber entre el producto y el consumo, entre los que subsisten y los medios de subsistencia.

Además de la guerra material y sangrienta, ha tomado en nuestros días más auge que nunca otra guerra que trae á la humanidad infinitos bienes, y que la lleva en volandas, no ya por el camino real del progreso, sino por una trocha ó atajo. Pero como *no hay atajo sin trabajo*, de esta otra guerra, que es la industrial y comercial, nacen temerosas perturbaciones, duros padecimientos, horribles desengaños y desconsoladoras ruinas. No me incumbe explicar esto ni hacer aquí la sátira del modo de ser de las sociedades modernas. Remito al lector á los socialistas, hijos legítimos de los economistas y sus más crueles y acérrimos adversarios. Aunque la Economía política no tuviese más pecado que el haber criado á sus pechos al socialismo, no podría ser absuelta del todo. Por lo demás, el socialismo, salvo que hasta hoy no es más que un conato, un *desideratum*, una aspiración, es, según algunos, esto es, será con respecto á la empírica y pedestre Economía política, lo que son las matemáticas sublimes con respecto á las cuatro reglas de la Aritmética. La ciencia social ó dígase la Sociología (¡híbrido y ridículo vocablo!) está aún por inventar, aunque sostengan lo contrario los positivistas. Lo malo es que los problemas que esta ciencia ha planteado y no ha resuelto, y la crítica audaz, inteligente y destructora con que ha hecho

vacilar la fe en el orden social existente, tienen á los hombres todos llenos de recelo, dentro de cada Estado, presumiendo siempre que pueda sobrevenir la violencia á resolver los intrincados problemas de la ciencia novísima; á desgajar de sus cimientos todo el edificio de la sociedad, con el fin de fundarle sobre otros mejores y más sólidos. De aquí el que no haya sólo guerra ó paz armada, entre unos Estados y otros, sino también guerra ó paz armada, esto es, peligro y sobresalto constante, dentro de cada Estado. En todo lo cual no parece que ha puesto remedio la Economía política, sino que ha venido á empeorarlo.

No crea el discreto lector que no conozco lo que podrá decir de mis divagaciones en este escrito. Sírvame de excusa el haberle llamado *meditación*, y el ser la meditación sobre un asunto tan vasto y tan en relación con todos los asuntos como es el dinero. Para tratarle á fondo, y con la claridad, el orden y el método convenientes, me hubiera sido necesario escribir un grueso volumen. ¿Pero por qué, se me dirá, has elegido tan vasto asunto, cuando no pensabas escribir ese grueso volumen, sino un artículo de periódico? A lo cual respondo: que la falta de dinero, la penuria pública, los apuros del Tesoro, las lamentaciones que oigo por todas partes, la esperanza que muestran algunos de que los economistas nos van á salvar, la poca confianza que advierto en otros en la eficacia saludable de los economistas, los discreteos de todos, los medios que tantos proponen, convertidos en arbitristas, para llevarnos á puerto de salvación, y las

diversas explicaciones que dan sobre las causas del grave mal que padecemos, todo me ha impulsado con irresistible vehemencia á meditar y discurrir sobre estos asuntos, en los cuales confieso mi escaso ó ningún saber. Pero, considerándome yo como vulgo, como profano, todavía he creído que, si no útil, al menos podría ser entretenido y curioso el exponer lo que cavila el vulgo, lo que alambica y divaga sobre el particular. Así es que me he hecho eco fiel del vulgo en esta meditación, adornándola con algunas sentencias morales sacadas de la lectura de los filósofos. No se extrañe, pues, que yo no pruebe nada, que yo no concluya nada, que no presida un pensamiento dominante á todo este escrito mío.

Mucho temo dilatarle haciéndome pesado; pero se me ocurren varias observaciones que no tengo valor para pasar en silencio.

Es la primera que, en el estado actual de la civilización, y aun estoy por afirmar que siempre, no acontece con las naciones lo que con los individuos, los cuales, como ya dijimos, pueden ser sabios, santos ó poetas, y ser pobres. Una nación, si es inteligente y activa, por santa, por sabia y por heróica y poética que sea, tiene que hacerse rica también. Si se queda pobre, da marcadas y evidentes señales de que no es inteligente, ó de que no es activa, ó de que padece alguna enfermedad secular de que no ha logrado curarse.

Decía, en 1629, el Padre Maestro Fray Benito de Peñalosa y Mondragón, en un curiosísimo libro que dió á la estampa, que el ser España muy ca-

tólica y muy monárquica, y el tener otras tres excelencias más, causaban su despoblación y su ruina. Lo mismo asegura Buckle, en perfecta consonancia con el Padre Peñalosa, á quien ha adivinado y no leído. Nuestra religiosidad y nuestro amor y fidelidad á los Reyes nos han traído tan perdidos y tan atrasados. En cambio, según el mismo Buckle, en Escocia ha habido y hay gran prosperidad y progreso. Allí, aunque también tienen la desgracia de ser sobrado religiosos, han tenido la fortuna y la excelente cualidad de ser muy desleales á sus soberanos.

Los escoceses, dicc Buckle, han hecho la guerra á casi todos sus Reyes, han decapitado á varios, han asesinado á otros, y hasta han vendido á uno de ellos por cierta suma de dinero que les hacía mucha falta. Esta cordura de los escoceses les ha valido el progresar, y sobre todo, la gloria de que el salvador Adam Smith nazca entre ellos.

La extraña doctrina que acabo de exponer, idéntica en Buckle y en Peñalosa, no puede refutarse ó censurarse con ironía. Es menester desecharla con seriedad. No es asunto de burla. No. La riqueza, y la prosperidad, y la cultura no acuden á los pueblos porque los pueblos abandonen á Dios y maten ó vendan á sus príncipes.

En un individuo, tal vez la bondad y excelencia del carácter han sido obstáculo á la fortuna: en un pueblo, no queremos ni podemos creerlo. Por consiguiente, si España está hoy pobre y atrasada, culpa es, no de sus virtudes, sino de sus vicios; no de buenas cualidades, sino de malas.

Dan otros por causa de nuestro atraso y de nuestra pobreza la aridez y esterilidad del suelo, que ofrece pocos recursos; pero aunque dicha aridez y dicha esterilidad fuesen ciertas, como una nación no vive sólo del suelo, sino del ingenio y de la laboriosidad de sus hijos, no podría esta falta ser origen del mal. En los siglos pasados y en los presentes hubo y hay naciones ilustres que han florecido en suelo estéril. El suelo del Ática es un ejemplo de esto, y á su esterilidad atribuye Tucídides el que allí viniese á formarse tan glorioso y próspero Estado, porque, en los principios de la civilización griega, los hombres huyeron de los terrenos fértiles, invadidos é infestados continuamente de ladrones y piratas, y vinieron á refugiarse en Ática para estar al abrigo de las depredaciones y devastaciones. Venecia, que fué tan poderosa y rica, tuvo también un origen semejante, y fué fundada en unas lagunas por gente fugitiva de los bárbaros invasores de Italia. La misma Escocia será todo lo pintoresca y linda que se quiera, pero no hay quien no convenga en que naturalmente es estéril; sin duda, más estéril que España. Lo propio puede afirmarse de Holanda y de otros muchos países, si apartamos de ellos con la imaginación lo que por mejorarlos han hecho ya el arte y el ingenio.

Pensadores hay que se van al extremo opuesto, y atribuyen la inferioridad soñada ó verdadera de nuestra civilización á la abundáncia de mantenimientos y á la facilidad de la vida para la gente pobre. Esto dicen que afloja todo resorte de acción

y que hace al pueblo débil y propenso á la servidumbre: mientras que en los países donde el pueblo ha tenido que luchar mucho y que vencer grandes obstáculos para ganarse la vida, luego que los vence y vive, es más digno y enérgico, y menos sufrido de ninguna especie de yugo y de sujeción. Ponen por ejemplo de tal aserto la India y el Egipto, y no se ha de negar que son ejemplos que tienen fuerza. Sostienen, además, que la causa del atraso de Irlanda y de su humillación han sido la abundancia y la baratura de las patatas. Más razón llevan, á mi ver, los que piensan así, que los que atribuyen el atraso, ó mejor dicho, el estancamiento, á la esterilidad del suelo; pero yo no me atrevo á dar la razón ni á unos ni á otros, y, sobre todo, en el caso particular de España. No creo que ni el clima, ni el suelo, ni la fertilidad, ni la exuberancia de la naturaleza y de sus productos, sean ni hayan sido entre nosotros como en la India y en el antiguo Egipto, ni hayan podido nunca producir efectos semejantes.

Dicen otros pensadores, que piensan poco, que todo nuestro mal proviene de los malos Gobiernos. Sentencia es ésta indigna de refutación. Ningún país, á no estar bajo el yugo de una tiranía invencible, tiene más Gobierno que el que se da y merece. Cuanto hay en España de más enérgico, de más ilustrado, de más discreto, la ha gobernado ya. Apenas habrá quedado hombre de alguna nota en todos los partidos que no haya sido Ministro. Si todos han sido inhábiles, fuerza es conjeturar que España no da más de sí.

No falta tampoco quien atribuya nuestro atraso al ningún amor al bienestar y al lujo; á que nos contentamos y conformamos con vivir mal, y, no sintiendo el aguijón del deseo de goces, no nos movemos al trabajo. Este raciocinio es absurdo por la falsedad de la premisa en que se funda. Todos los hombres, y peculiarmente los españoles, salvo algún extravagante, prefieren comer *foie-gras* y pavo trufado á comer chanfaina y revoltillos; vestir ricos paños y terciopelos, á vestir bayeta; vivir en un palacio, á vivir en una choza, y andar en coche, á andar á pie. No es una ciencia oculta el saber que hay coches, buena cocina, excelentes manjares, telas de seda, joyas de oro y pedrería, y otros muchos deleitosos objetos, ni es menester tener un alma muy levantada para ambicionarlos. No hay nadie que no los ambicione. Si del deseo, del afán de ser ricos, dependiese la riqueza, España sería una de las naciones más ricas del mundo.

Síguese, pues, que no sabemos por qué es pobre España, á no ser que afirmemos, y á esto me inclino yo, que somos pobres por una calidad opuesta á la que acabamos de mencionar: por el amor al lujo, por el despilfarro, por el desorden, porque somos indiscretamente muy rumbosos y generosos, y sobre todo, porque no sabemos gastar y gastamos sin discernimiento y sin lucimiento. De este defecto adolecen y han adolecido siempre en España los particulares y el Estado.

En tiempo de Felipe II, cuando estábamos en la cumbre de la prosperidad, cuando dominábamos y despojábamos tantas regiones, cuando

La tierra sus mineros nos rendía,
Sus perlas y coral el Oceano;

Campanella se pasma de que tanta riqueza se disipe sin saber cómo, y de que siempre estemos sin un real y pidiendo prestado. «*Est*, dice, *admiratione dignum, quomodo consumatur tanta divitiarum vis, sine ullo emolumento; cum videamus Regem fere perpetua inopia laborare, atque etiam ab aliis mutuo accipere.*» Lo mismo ocurría entonces entre los particulares que en el Estado. En ningún país se puede decir con más verdad que en España, que no se sabe dónde se va el dinero. A caer la dinastía austriaca, que se había enseñoreado de lo mejor del mundo, Madrid era (permítaseme lo vulgar de la expresión) un corral de vacas. ¿Dónde estaban los palacios, los templos, los monumentos, las estatuas? En parte alguna. ¿En qué gastamos las riquezas de América? ¿En qué empleamos el botín de los pueblos subyugados?

La inopia nos trabajaba entonces tanto ó más que en el día, y la inopia nos humilló y nos hizo bajar de la altura en que nos habíamos puesto.

En el día de hoy, el movimiento ascendente de la civilización europea nos lleva en pos de sí, y no puede negarse que en medio de mil disgustos, de mil apuros y de doscientas mil mortificaciones de amor propio nacional, España progresa y se mejora; pero *buenos azotes le cuesta*. La torpeza en el producir y la mayor torpeza en el gastar tienen la culpa de estos azotes.

Yo soy un libre cambista teórico furibundo. Bas-

tiat y Cobden me han convencido; pero en la práctica me asusto del libre cambio. ¿Qué hay en España que pueda competir libremente con los productos extranjeros? El vino quizás; y con todo, salvo el vino de Jerez, los demás vinos españoles suelen ir á Francia, les echan un poco de zumo de moras, de alumbre y de raíz de lirio, y nos los vuelven á vender, dándonos una sola botella en el precio que recibimos por una, ó dos, ó tres arrobas. Esto es, que damos cincuenta ó sesenta botellas por una del mismo líquido, con la ligera modificación del alquimista ó boticario.

¿Qué mar de vino, qué río de aceite no tendrá que gastar cualquiera rica dama andaluza para comprar un vestido de casa de Worth? Pues ¿si la dama es de Almería y tiene que comprarse el vestido de Worth con el producto del esparto? Entonces tendrá que mondar y desnudar centenares de leguas cuadradas para vestir su lindo y airoso cuerpo. De casi todos nuestros cambios, más ó menos libres, puede decirse lo mismo. Hasta el precio del transporte nos es perjudicial, estableciendo natural y fatalmente un derecho protector en contra de nuestras voluminosas, groseras y pesadas mercancías. Y todo esto, sin contar con el fraude, con la burla, con lo que vulgarmente se llama primada. Por cuentecillas de vidrio de colores, por clavos y otras baratijas, tomaban los compañeros del capitán Cook cuanto había de bueno y exquisito en Otahiti. Algo de esto, aunque en menor proporción, ocurre siempre en los cambios entre un pueblo adelantado y otro más atrasado.

nos. Es menester, sobre todo, no pedir prestado; no seguir trampeando.

Prescindiendo de la honra de España que ha sido puesta en la picota y sacada á la vergüenza en muchas casas de contratación, las condiciones con que nos dan dinero son espantosas, judáicas, usurarias por modo heróico. Cada millón nos cuesta más de cuatro, que si hoy son nominales, podrán ser efectivos, si por un milagro de la Providencia llegamos á salir de la miseria presente. Hacemos un contrato aleatorio; jugamos con nuestro porvenir: de suerte que, si alguna vez tenemos el gusto de mejorar de fortuna, este gusto se acibarará con el disgusto de deber realmente cuatro á quien no nos prestó más que uno; de proporcionarle una moderada ganancia de 400 por 100 en el capital. Entre tanto, los intereses que pagamos son por lo menos de un 12 por 100. Tal vez nos arreglemos por tal arte que sean de un 16 ó de un 18.

Cualquiera trato ó negociación que se haga, ó se haya hecho, ó se esté haciendo, para obtener dinero, disimulará tal vez el sacrificio á los ojos profanos; pero no le mitigará. Es seguro que el dinero que tomemos, por enrevesado que sea el método de tomarle, nos ha de costar lo mismo ó más que por el método sencillo y expeditivo de emitir Treses. Transmitida la operación al idioma pintoresco del vulgo, será siempre *tirar de los pies á un ahorcado.*

Dicen los que entienden de Hacienda, que es menester proporcionarse recursos y que no nos los podemos proporcionar con menos sacrificios. Si es-

to es así, Dios me libre de criticar al señor Ministro de Hacienda. Lo único que yo diré y digo es que el artificio de tomar prestado de un modo tan ruinoso no es muy ingenioso, ni muy sutil, ni muy peregrino, y que, si la ciencia de la Hacienda consiste en eso sólo, se puede suponer que no hay tal ciencia en la Hacienda, y que el último patán puede hacer lo mismo que el profesor más hábil.

He vacilado y vacilo aún en publicar esta *Meditación*, harto rara; estos desordenados pensamientos míos, que la angustia en que vivimos y el terror que infunde en algunos corazones la ciencia económica española, me han inspirado sin poderlo yo remediar.

Repito, asimismo, que aquí no se aducen otras razones que las del mero sentido común más rastrero; y que desde la bajeza de este sentido común á la altura de la ciencia, ha de haber una distancia infinita.

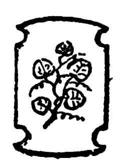
Todo esto lo reconozco y lo proclamo. Sin embargo, tal es el amor que tenemos á nuestros hijos, y la presente *Meditación* es hija mía, que aunque haya nacido enclenque y ruín, no he de atreverme á matarla. Más bien me atreveré á darle vida, aunque sea vida efímera y trabajosa, publicándola en un periódico, y exponiéndome por amor paternal á las iras ó al menosprecio de los sabios, que tal vez hacen en este momento la felicidad de la patria. Tal vez murmuramos, como murmuraba la chusma á bordo de las carabelas la víspera de aquella feliz y memorable aurora en que por vez primera aparecieron á los ojos espantados de los europeos

las risueñas y fecundas costas del Nuevo Mundo. Tal vez murmuramos, como murmuraban los israelitas en el Desierto porque no llegaban á ver la Tierra Prometida; y eso que el Maná y las codornices que les daba su Moisés no costaban nada, y los millones que nos da nuestro Moisés cuestan mucho.

En fin, sea como sea, yo me atrevo á publicar esta endiablada *Meditación*. Al cabo, no soy esparciata para dar muerte á mis hijos enfermizos, aunque tenga que ser esparciata y tengamos que ser esparciatas todos los españoles para tragar la salsa negra, si siguen las cosas así.

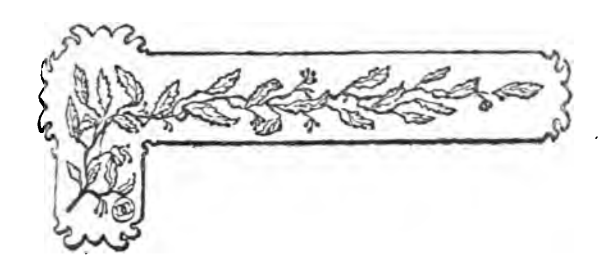
Considere el pío lector que esta *Meditación* es como un entrenimiento y nada más, y sea verdaderamente pío, que harto lo exige el caso. Lea mi *Meditación* sobre el dinero como quien lee un libro de cocina cuando tiene hambre, y hallará en mi *Meditación* algún consuelo y alivio.

Si por dicha, que no es de esperar, mi *Meditación* no pareciese muy mala, tal vez me animaría yo á escribir otra sobre las contribuciones y los empréstitos de España, diciendo siempre lo que dice el vulgo y nada más de lo que dice el vulgo, sin meterme en honduras.



LA CORDOBESA





LA CORDOBESA.

El editor de esta obra tuvo la bondad de encomendarme, un siglo há, uno de sus artículos; y yo, como es natural, elegí la cordobesa, por ser la provincia de Córdoba donde he nacido y me he criado.

Mi extremada desidia me ha impedido hasta ahora cumplir mi palabra de escribirle. Tal vez para cohonestar esta falta me presentaba yo un sinnúmero de dificultades y objeciones, por cuyo medio trataba de condenar el pensamiento del editor, á fin de justificar mi tardanza en contribuir á su realización con mi trabajo.

¿Qué diferencia esencial, ni siquiera qué diferencia accidental notable, puede haber ó hay, pongo por caso, entre la cordobesa, la jaenense ó la sevillana? Allá en lo antiguo quizás la hubiese, porque no eran tan fáciles las comunicaciones, y era más fácil el vivir aislado y sedentario; pero en el día, en que, no ya los hombres y mujeres de con-

tiguas provincias, sino los de remotas naciones, longincuos países y apartadísimos reinos, se ven y visitan con frecuencia, ¿cómo ha de persistir esa variedad y distinción de tipos, dando ocasión á que se describan mujeres que por sus costumbres, creencias, modos de sentir y de pensar, fisonomía, continente y traje, se diferencien hasta el punto de que las pinturas ó descripciones que de ellas se hagan, varíen por el asunto, y no sólo por el estilo del que pinta ó describe? Además, me decía yo, aunque el sello de casta y el de nacionalidad sean indelebles, sin que acierte á borrarlos ó á confundirlos la continua convivencia y el íntimo comercio espiritual, en esta época en que tanto se escribe, se lee y se viaja, en este siglo del vapor y la electricidad, del ferrocarril y del telégrafo, todavía no logro persuadirme de que haya también un sello de *provincialidad*, como hay sello de nación, de tribu ó de casta. Lo peculiar y lo castizo, en lo que tienen de exclusivas estas calidades, provienen de divisiones que hizo la naturaleza misma, y no de las divisiones administrativas ó políticas, esto es, artificiales, como son las divisiones por provincias. Malagueñas ó sevillanas habrá, sin duda, de casta y suelo más homogéneos con los de ciertas cordobesas, que los de muchas cordobesas entre sí. Una mujer de Cuevas de San Marcos, por ejemplo, debe parecerse más á otra de Rute, que una de Rute á otra de Belalcázar, y más se parecerá la de Casariche á la de Benamejí, que la de Benamejí á la de Almodóvar.

Harto se me alcanzaba que entre la gallega y la

mujer de Cataluña, y entre la manchega y la vizcaína, habían de mediar radicales diferencias; pero esto de que cada provincia, fuese la que fuese, había de tener un tipo especial, se me hacía difícil de creer. Sólo salvaba yo la monotonía de este libro y cifraba su variedad en el ingenio diverso de cada escritor, en el sesgo que atinase á dar al asunto, y en lo singular de su estilo, pensamientos y sentimientos.

Nunca pensé que el editor desease que escribiésemos una reseña erudita, una serie de vidas de todas las mujeres célebres de cada provincia. Esto sería quizás, no sólo ameno, sino ejemplar y didáctico; pero no se trataba de esto, ni yo me hubiese comprometido á escribir mi artículo, si de esto se tratase. No era obra histórica, ni biográfica, la que se trazaba y proyectaba, sino cuadro de costumbres y pintura al vivo ó retrato fiel de lo que hoy se nota en cada provincia en los usos, cultura, ideas y demás prendas, condiciones y actos de las mujeres. Y siendo la cosa así, repito que no me percataba yo de nada ó de casi nada que impidiese la monotonía de la obra por el objeto, aunque por el sujeto, ó mejor diré por los sujetos, viniese á ser un jardín de flores, como la capa del estudiante, merced á la diversidad de estilos y á la idiosincrasia de cada escritor que en ella pusiese mano.

Así, sobre poco más ó menos, andaba yo cavilando, cuando deberes de familia me llevaron al riñón de la provincia de Córdoba; á una dichosa comarca donde el color local provincial está difundido á manos llenas por la Naturaleza pródiga é

inexhausta en sus varias creaciones. Y estando este color, este sello, este tipo en todo, ¿cómo, me dije yo, no ha de estarlo en la mujer, la cual es blanda cera para recibir impresiones, y duro bronce para conservarlas sin que se desvanezcan?

Más de cinco meses pasé en mi lugar, y en este tiempo mudé por completo de parecer, respecto al libro del Sr. Guijarro. No me quedaba excusa para no escribir el artículo. Estaba persuadido de que si la cordobesa que yo pintase no era un tipo *sui generis*, era porque yo no sabía pintar lo que estaba viendo de un modo claro. Me decidí, pues, desde entonces á hacer esta pintura confesando con ingenuidad que, si no sale original y nueva, la culpa será mía y no del modelo.

Una cosa me turba aún y dificulta mi propósito. Al ver y tratar á la cordobesa del día, acuden á mi imaginación las ya casi borradas especies que desde mi niñez y primera juventud, harto lejanas por desgracia, dormían ó estaban sepultadas en mi mente, de la cordobesa del primer tercio de este siglo. La disparidad entre el recuerdo y la impresión presente me confunde un poco. El tipo cordobés femenino no ha desaparecido, pero ha habido cambio, si bien el cambio no ha sido de lo castizo á lo exótico. El cambio ha sido por interior desenvolvimiento de la propia esencia de la mujer cordobesa, la cual, como todas las esencias inmortales, permanece en su fundamento substancial, si bien adquiere nuevas formas y nuevos accidentes. La cordobesa de este momento histórico, no es la cordobesa del momento histórico anterior; pero es

siempre la cordobesa, y siempre sigue realizando su esencia, como cada hija de vecina, *exteriorizando* la idea típica suya propia, y presentando diverso aspecto en cada una de las diversas evoluciones con que la *exterioriza.*

Veo que me encumbro demasiado, y voy á descender y á hablar con más llaneza, dejando los raptos filosóficos para mejor ocasión.

Hoy se me presenta la cordobesa á la vista tal como es, mientras que la memoria me la retrae tal como era treinta ó cuarenta años há. De aquí se origina cierta confusión, algo como una antinomia; pero, si bien se estudia la antinomia, se resolverá con poco trabajo en una síntesis suprema. Esta síntesis, si acertase yo á crearla, sería un artículo primoroso. Es más: sin esta síntesis no es posible el artículo, porque yo no voy á pintar á la cordobesa muerta, parada, estacionaria, inerte, fósil, sino á la cordobesa viva, en movimiento, en desarrollo, en progreso; desenvolviéndose, no con prestado impulso, sino según las leyes propias de su gran sér y de su rico y generoso organismo.

Para adquirir el concepto total de la cordobesa es menester estudiarla en sus diferentes clases y estados: desde la gran señora hasta la mujer del rudo ganapán, desde la niña hasta la anciana, desde la hija de familia hasta la madre ó la abuela; y verla y visitarla, ya en la antigua y espléndida capital del Califato; ya en la Sierra, al Norte del Guadalquivir, abundante en minas y en dehesas selváticas y esquivas; ya en la campiña ubérrima donde hay lugares populosos y hasta lindas ciudades, y don-

de la riqueza, el bienestar y la cultura son mayores. Pero si fuésemos analizando y examinando por separado todas estas cosas, no tendría fin ni término nuestro artículo; y así conviene tocar sólo puntos capitales, y resumir y cifrar en dos ó tres tipos todo lo que hay en la cordobesa de más característico y propio.

Claro está que en la provincia de Córdoba hay damas ricas que han estado ó están en Madrid, que tal vez han ido á Baden ó Biarritz algún verano; que hablan francés, que han paseado en el bosque de Boulogne, que conocen acaso varias cortes extranjeras, que leen las novelas de Jorge Sand y los versos de Lamartine en la misma lengua en que se escribieron, y que se visten con Worth, con Laferrière, con la Honorina ó con la Isolina. En todas estas damas subsiste aún la esencia de la mujer cordobesa; pero sería menester ahondar y penetrar demasiado para descubrir esa esencia al través de tantos aditamentos extraños y de tantas exterioridades postizas. Busquemos, pues, á la genuina cordobesa donde no tengamos necesidad de profundizar ó de eliminar para hallarla: busquémosla en la lugareña, ya sea rica, ya pobre, ya señora, ya criada.

La lugareña es en extremo hacendosa. Por pobre que sea, tiene la casa saltando de limpia. Los suelos, de losa de mármol, de ladrillo ó de yeso cuajado, parecen bruñidos á fuerza de aljofifa. Si el ama de la casa goza de algún bienestar, resplandecen en dos ó tres chineros el cristal y la vajilla; y en hileras simétricas adornan las paredes de la

cocina peroles, cacerolas y otros trastos de azófar ó de cobre, donde puede uno verse la cara como en un espejo.

La cordobesa es todo vigilancia, aseo, cuidado y esmerada economía. Nunca abandona las llaves de la despensa, de las alacenas, arcas y armarios. En la anaquelería ó vasares de la despensa suele conservar, con próvida y rica profusión, un tesoro de comestibles, los cuales dan testimonio, ya de la prosperidad de la casa; ya de lo fértil de las fincas del dueño, si son productos indígenas, y, como suele decirse, de la propia crianza y labranza; ya de la habilidad y primor de la señora, cuyo trabajo ha aumentado el valor de la primera materia con alguna preparación ó condimento. Allí tiene nueces, castañas, almendras, batatas, cirolitas imperiales envueltas en papel para que se pasen, guindas en aguardiente, orejones y otras mil chucherías. Los pimientos picantes, las guindillas y cornetas y los ajos, cuelgan en ristras al lado del bacalao, en la parte menos pulcra. En la parte más pulcra suele haber azúcar, café, salvia, tila, manzanilla, y hasta te á veces, que antes sólo en la botica se hallaba. Del techo cuelgan egregios y gigantescos jamones; y, alternando con esta *bucólica* manifestación del reino animal, dulces andregüelas invernizas, uvas, granadas y otras frutas. En hondas orzas vidriadas conserva la señora lomo de cerdo en adobo, cubierto de manteca; pajarillas, esto es, asaduras, riñones y bazo del mismo cuadrúpedo; y hasta morrillas, alcauciles, setas y espárragos trigueros y amargueros; todo ello tan bien dispuesto,

que basta calentarlo en un santiamén para dar una opípara comida á cualquier huésped que llegue de improviso.

La matanza se hace una vez al año en cada casa medianamente acomodada; y en aquella faena suele lucir la señora su actividad y tino. Se levanta antes que raye la aurora, y rodeada de sus siervas dirige, cuando no hace ella misma, la serie de importantes operaciones. Ya sazona la masa de las morcillas, echando en ella, con rociadas magistrales y en la conveniente proporción, sal, orégano, comino, pimiento y otras especias; ya fabrica los chorizos, longanizas, salchichas y demás embuchados.

La mayor parte de esto se suspende del humero en cañas ó barras largas de hierro, lo cual presta á la cocina un delicioso carácter de suculenta abundancia. Casi siempre se reciben en invierno las visitas en torno del hogar, donde arde un monte de encina ó de olivo y pasta de orujo, bajo la amplia campana de la chimenea. Entonces, si el que llega mojado de la lluvia ó transido de frío, ya de la calle, ya del campo, alza los ojos al cielo para darle gracias por hallarse tan bien, se halla mucho mejor y tiene que reiterar las gracias, al descubrir aquella densa constelación de chorizos y de morcillas, cuyo aroma transciende y desciende á las narices, penetra en el estómago y despierta ó resucita el apetito. ¡Cuántas veces le he saciado yo, estando de tertulia, por la noche, en torno de uno de estos hogares hospitalarios! Tal vez la misma señora, tal vez alguna criada gallarda y ágil, descolgaba con

regia generosidad una ó dos morcillas, y las asaba en parrilla sobre el rescoldo. Comidas luego con blanco pan, con un traguito de vino de la tierra, que es el vino mejor del mundo, y en sabrosa y festiva conversación; sabían estas morcillas á gloria.

Es injusta la fama cuando asegura que se come mal por allí. En mi provincia hay un sibaritismo rústico que encanta. Bien sabe mi paisana estimar, buscar y servir en su mesa las mejores frutas, empezando por la que se cría en su heredad, mil veces más grata al paladar y más lisonjera para el amor propio que la tan celebrada del cercado ajeno. Ni carece tampoco, en la estación oportuna, de cerezas garrafales de Carcabuey, de peras de Priego, de melones de Montalván, de melocotones de Alcaudete, de higos de Montilla, de naranjas de Palma del Río, y aun de aquellas únicas ciruelas, que se dan sólo en las laderas del castillo de Cabra; ciruelas, dulces como la miel, que huelen mejor que las rosas. En cuanto á las uvas, no hay que decir que son mejores ni peores en ninguna parte, porque son excelentes en todas: y las hay lairenes, pedrojiménez, negras, albillas, dombuenas, de corazón de cabrito, moscateles, baladíes, y de otros mil linajes ó vidueños.

Las aceitunas no ofrecen menor variedad: manzanillas, picudas, reinas, gordales, y qué sé yo cuántas otras. La mujer cordobesa se vale para prepararlas de mil ingeniosos métodos y de mil aliños sabrosos; pero, ya estén las aceitunas partidas ó enteras, rellenas ú orejonadas, siempre in-

terviene en ellas el laurel, premio de los poetas.

Pues ¿qué alabanza, qué encarecimiento bastará á celebrar á mi paisana, cuando despunta por lo habilidosa? ¡Qué guisos hace ó dirige, qué conservas, qué frutas de sartén, y qué rara copia de tortas, pasteles, cuajados y hojaldres! Ya con todo género de especierías, con nueces, almendras y ajonjolí, condimenta el morisco alfajor, picante y aromático; ya la hojuela frágil, liviana y aérea; ya el esponjado piñonate, y ya los pestiños con generoso vino amasados: sobre todo lo cual derrama la que tanto abunda en aquellas comarcas, silvestre y cándida miel, ora perfumada de tomillo y romero en la heróica y alpestre Fuente-Ovejuna, que en lo antiguo se llamaba la Gran Melaría; ora extraída, merced á las venturosas abejas, del azahar casi perenne, que se confunde con el fruto maduro por todos los verdes naranjales, en las fecundas riberas del Genil y del Betis.

Sería cuento de nunca acabar si yo refiriese aquí circunstanciadamente cuanto sabe hacer y hace la cordobesa en lo que atañe á pastelería y repostería. No puedo, con todo, resistir á la tentación de dar una somera noticia de lo más interesante. Hace la cordobesa gajorros, cilindros huecos, formados por una cinta de masa que se enrosca en espiral, para los cuales, á fin de que crujan entre los dientes y se deshagan luego con suavidad en la boca, es indispensable una maestría soberana, así en el amasijo como en la fritura. La batata en polvo y las carnes de manzana, membrillo y gamboa, que toda cordobesa prepara, debieran ser conoci-

das y estimadas en las mesas de los Príncipes y magnates. Con el mosto hace la cordobesa gachas, pan y arropes infinitos, ya de calabaza, ya de cabellos de ángel y ya de uvas, aunque entonces toma el nombre de uvate y deja el de arrope.

Quiero pasar en silencio, por no molestar al lector y porque no me tilde de prolijo y tal vez de goloso, los hojaldres hechos de flor de harina y manteca de cerdo en pella; los multiformes bizcochos, entre los cuales sobresale la torta ó bollo maimón; los nuégados, los polvorones, las sopaipas, los almíbares y las perrunas, exquisitas, á pesar de lo poco simpático del nombre que llevan. Pero ¿cómo no detenerse en el debido encomio de ciertas empanadas, en mi sentir deliciosas, y tan propias y privativas de por allá, que la mujer que no haya nacido cordobesa no poseerá jamás el *quid divinum* que para amasarlas se requiere, ni acertará á darles el debido punto de cochura? Estas empanadas son, en dicho sentido, incomunicables. Aunque en mayor escala, acontece con ellas lo que con el turrón de Jijona, que al instante se conoce la falsificación. Bien puede tener la más docta cocinera la receta auténtica, exacta, minuciosa, de estas empanadas; apuesto á que no las hace, si no es de mi provincia. Á quien no ha comido de tales empanadas le parecerá abominable que, constando el relleno de boquerones ó sardinas con un picadillo de tomates y cebollas, se tomen las empanadas con chocolate; pero así es la verdad, y están buenas, aunque parezca inverosímil.

No es nuevo este arte de repostería y pastelería,

ni su florecimiento entre las cordobesas. Según un escrito fehaciente, reimpreso y divulgado poco há (la verdadera historia de la *Lozana Andaluza)*, dicho arte florecía ya á principios del siglo XVI. Aquella insigne mujer, que era cordobesa, hacía con admirable perfección casi todo cuanto aquí hemos mentado, si bien el autor lo refiere de corrida, sin detenerse tanto como nosotros en el asunto. Probado deja, sin embargo, que ya entonces era parte este gay saber en la educación de mis paisanas, y que de madres á hijas ha venido transmitiéndose hasta ahora por medio de la tradición. Así es que cualquiera cordobesa, si no es manca y tiene mediano caletre, podrá jactarse en el día, como há más de tres siglos se jactaba la Lozana, si es que la modestia lo permite, de que sobrepuja á Platina *De voluptatibus* y á Apicio Romano *De re coquinaria.*

Con todo, acerca de lo último (en lo tocante á cocina propiamente dicha), no hay, hablando con franqueza, tanto de qué jactarse como en la parte de repostería. Este arte, incluyendo en él, aunque parezca disparatado, todo lo relativo á la matanza, es, en la provincia de Córdoba, un arte más liberal, menos entregado á manos mercenarias. Apenas si hay hidalga, por encopetada y perezosa que sea, que, según ya hemos dicho, no trabaje en estos negocios *col seno e colla mano.* Ya sazona el adobo; ya echa con su blanca diestra el aliño á las longanizas; ya rellena tal cual chorizo con un embudito de lata; ya pincha las morcillas para que se les salga el aire, valiéndose de una aguja de ha-

cer calceta ó de una horquilla que desprende de sus hermosos cabellos.

Suele, en verdad, venir á las casas, en los días de matanza, ó en los que preceden á la Noche-buena, cuando se hacen mil golosinas, ó durante la vendimia, para hacer el arrope y las gachas de mosto, ó poco antes de Semana Santa, para solemnizarla con hojuelas, pestiños, gajorros y piñonate, alguna mujer perita, de tres ó cuatro que hay siempre en cada lugar, la cual se pone al frente de todo; pero rarísima vez la señora abdica en esta mujer por completo y se sustrae á toda responsabilidad. Esta mujer no pasa de ser una ayudanta, una *altera ego*. Quien en realidad dirige es el ama. Y sólo cede el ama la dirección, ó, para hablar con rigorosa exactitud, no la cede ni dimite, sino que comparte la responsabilidad y divide el imperio, cuando se da la feliz circunstancia de que haya alguna mujer que sea un genio inspirado, con misión y vocación singular para tales asuntos. Así sucedía en mi lugar con una mujer que llamaban Juana la Larga, la cual murió ya; y es muy cierto que ha dejado una hija heredera de sus procedimientos arcanos: pero el genio no se hereda, y la hija de Juana la Larga no llega, ni con mucho, á donde llegaba su madre: es mucho menos larga en todo, como lo reconocen y declaran cuantas personas competentes han conocido á la una y á la otra.

Con la cocina, con el guiso diario, hay muy distinto proceder. Una señora cuidadosa y casera tendrá cuenta con lo que se guisa, irá á la despensa,

dará órdenes; pero el verdadero guisar queda enteramente al cuidado de la cocinera. De aquí lo decaído del arte. La cocina cordobesa fué, sin duda, original y grande. Hoy es una ruina, como los palacios de Medina-Azahara y los encantadores jardines de la Almunia. Sólo quedan algunos restos, que dan señales, que son reliquias de la grandeza pasada; restos que un hábil cocinero arqueólogo pudiera restaurar, como ha restaurado Canina los antiguos monumentos de Roma.

Sería menester una pericia técnica, de que carezco, para caracterizar aquí la cocina cordobesa, excelente aunque arruinada, y para definirla y distinguirla entre las demás cocinas de los diversos pueblos, lenguas y tribus del globo.

El lector me perdonará que hable casi como profano en esta materia transcendente.

Yo creo que, sin desestimar la cocina francesa, que hoy priva y prevalece en el mundo, hay restos y como raíces en la de Córdoba, que no deben menospreciarse. ¿Quién sabe si darán aún ópimos frutos sin desnaturalizarse con ingertos, sino conservando el sér castizo que tienen?

Las habas, á pesar del anatema de Pitágoras, que tal vez las condenó como afrodisiacas, son el principal alimento de los campesinos de mi tierra. El guiso en que las preparan, llamado por excelencia *cocina*, es riquísimo. Dudo yo que el más científico cocinero francés, sin más que habas, aceite turbio, vinagre archi-turbio, pimientos, sal y agua, pueda sacar cosa tan rica como dicha cocina de habas preparada por cualquier mujer cordobesa. Del

salmorejo, del ajo-blanco y del gazpacho, afirmo lo propio. Será malo; harán mil muecas y melindres las damas de Madrid si le comen; pero tomen los ingredientes, combínenlos, y ya veremos si producen algo mejor.

Por lo demás, el salmorejo, dentro de la rustiqueza del pan prieto,

Y los rojos pimientos y ajos duros,

de que principalmente consta, debe pasar por creación refinada en las artes del deleite, sobre todo si se ha batido bien y largo tiempo por fuertes puños y en un ancho dornajo. En cuanto al gazpacho, es saludable en tiempo de calor y después de las faenas de la siega, y tiene algo de clásico y de poético. No era más que gazpacho lo que, según Virgilio, en la segunda Égloga, preparaba Testilis para agasajo y refrigerio de los fatigados segadores:

Allia, serpyllumque, herbas contundit olentes.

Dejo de hablar de la olla, caldereta, cochifrito, ajo de pollo y otros guisados, por no tener diverso carácter en Córdoba que en las restantes provincias andaluzas. Sólo diré algo en defensa de la alboronía, por haberse burlado de ella un agudo escritor, amigo mío, y por habernos suministrado la ciencia moderna un medio de justificarla, y aun de probar, ó rastrear al menos, que la antigua cocina cordobesa fué una cocina aristocrática ó casi regia, que ha venido degenerando. El sabio orientalista Dozy demuestra que la inventora de la alboronía, ó quien le dió su nombre, fué nada me-

nos que la Sultana Borán, hermosa, distinguida y *comm'il faut* entre todas las Princesas del Oriente. Tal vez el creador de la alboronía dedicó su invención á esta Sultana, como hacen hoy los más famosos cocineros, dedicando sus guisos y señalándolos con el nombre de algún ilustre personaje. Así, hay solomillo á la Chateaubriand, salmón á la Chambord, y otros condimentos á la Soubisse, á la Bismarck, á la Thiers, á la Emperatriz, á la Reina y á la Pío IX. Para mayor concisión se suprime el nombre de lo guisado y queda sólo el del personaje glorioso; por donde cualquiera se come un Pío IX ó un Chateaubriand, sin incurrir en antropofagia.

Sin duda, así como, en vista del aserto irrefragable de Dozy, la alboronía viene de la Sultana Borán, la torta maimón y los maimones, que son unas á modo de sopas, deben provenir del *Califa*, marido de la susodicha Borán, el cual se llamaba Maimón, ya que no provengan del gran filósofo judío Maimónides, que era cordobés, y compatriota, por lo tanto, de los maimones, sopa, torta y bollo.

Fuerza es confesar, á pesar de lo expuesto, que estas cosas se han maleado. Son como los refranes, que fueron sentencias de los antiguos sabios y han venido á avillanarse; ó como ciertas familias de clara estirpe, que han caído en baja y obscura pobreza. Lástima es, por cierto, que así pase; pues los primeros elementos son exquisitos para la cocina en toda la provincia de Córdoba.

Entre las jaras, tarajes, lentiscos y durillos, en

la espesura de la fragosa sierra, á la sombra de los altos pinos y copudos alcornoques, discurren valerosos jabalíes y ligeros corzos y venados; por toda la feraz campiña abundan la liebre, el conejo, la perdiz y hasta el sisón corpulento, y toda clase de palomas, desde la torcaz hasta la zurita. No bien empieza á negrear y á madurar la aceituna, acuden de África los zorzales, cuajando el aire con animadas nubes. El jilguero, la oropéndola, la vejeta y el verderón alegran la primavera con sus trinos amorosos. El gran Guadalquivir da mantecosos sábalos y sollos enormes; y dan ancas de ranas y anguilas suaves todos los arroyos y riachuelos. Sería proceder en infinito si yo contase aquí los productos del reino vegetal, la Flora de aquella tierra predilecta del cielo, sobre la cual, según popular convencimiento y arraigada creencia, está verticalmente colocado, en el cénit, el trono de la Santísima Trinidad. Baste saber que las mil y tantas huertas de Cabra son un Paraíso. Allí, si aún estuviese de moda la mitología, pudiéramos decir que puso su trono Pomona; y extendiéndonos en esto, y sin la menor hipérbole, bien añadiríamos que Palas tiene su trono en las ermitas, Ceres en los campos que se dilatan entre Baena y Valenzuela, y Baco el suyo en los Moriles, cuyo vino supera en todo al de Jerez.

La cordobesa mira con desdén todo esto, ó bien porque le es habitual y no le da precio, ó bien por su espiritualismo delicado. Sin embargo, algunas señoras se esmeran en cuidar frutas y en aclimatar otras poco comunes hasta ahora en aquellas regio-

nes, como la fresa y la frambuesa. Asimismo suele tener la cordobesa un corral bien poblado de gallinas, patos y pavos, que ella misma alimenta y ceba; y ya logra verse, aunque rara vez, la desentonada y atigrada gallina de Guinea. El faisán sigue siendo para mis paisanas un animal tan fabuloso como el fénix, el grifo ó el águila bicípite.

Donde verdadera y principalmente se luce la cordobesa es en el manejo interior de la casa. Los versos en que Schiller encomia á sus paisanas, pudieran con más razón aplicarse á las mías. No es la alemana la que describe el gran poeta: es la madre de familia de mi provincia ó de mi lugar:

Ella en el reino aquél prudente manda;
Reprime al hijo y á la niña instruye;
Nunca para su mano laboriosa,
Cuyo ordenado tino
En rico aumento del caudal influye.

¡Cómo se afana! ¡Cómo desde el amanecer va del granero á la bodega, y de la bodega á la despensa! ¡Cómo atisba la menor telaraña y hace al punto que la deshollinen, cuando no la deshollina ella misma! ¡Cómo limpia el polvo de todos los muebles! ¡Con qué esmero alza en el armario ó guarda en el arca ó en la cómoda la limpia ropa de mesa y cama, sahumada con alhucema! Ella borda con primor, y no olvida jamás los mil pespuntes, calados, dobladillos y vainicas que en la *miga* le enseñaban, y que hizo y reunió en un rico dechado, que conserva como grato recuerdo. No queda camisa de hilo ó de algodón que no marque, ni

calceta cuyos puntos no encubra y junte, ni desgarrón que no zurza, ni rotura que no remiende. Si es rica, ella y su marido y su prole están siempre aseados y bien vestidos. Si es pobre, el domingo y los días de grandes fiestas salen del fondo del arca las bien conservadas galas: mantón ó pañolón de Manila, rica saya y mantilla para ella; y para el marido una camisa bordada con pájaros y flores, blanca como la nieve, un chaleco de terciopelo, una faja de seda encarnada ó amarilla, un marsellé remendado, unos zahones con botoncillos de plata dobles y de muletilla, y unos botines prolijamente bordados de seda en el bien curtido becerro. Sobre todo esto, para ir á misa ó á cualquier otra ceremonia ó visita de cumplido, se pone mi paisano la capa. Sería una falta de decoro, casi un desacato, presentarse sin ella, aunque señale el termómetro 30 grados de calor. En efecto, la capa, como toda vestidura talar y rozagante, presta á la persona cierta amplitud, entono y prosopopeya. No es esto decir que en mi tierra no se abuse de la capa. Me acuerdo de un médico que nos visitaba en el lugar, siendo yo niño, el cual no la abandonaba jamás; iba embozado en ella y no se desembozaba ni aun para tomar el pulso, tomándole por cima del embozo. Claro está que quien no se quita jamás la capa, menos se quita el sombrero, sino en muy solemnes ocasiones. Hombre hay que ni para dormir se le quita, trayéndole hacia la cara para defenderla del sol ó de la luz, si duerme la siesta al aire libre; así como se le lleva hacia el morrillo ó cogote, sosteniéndole con la mano, para

saludar á las personas que más respeto y acatamiento le merecen. Pero volvamos á nuestra cordobesa.

Pobre ó rica se esmera, como he dicho, en la casa. En algunas hay ya habitaciones empapeladas; pero lo común es el enjalbiego, lo cual será grosero y rústico si se quiere, mas alegra con la blancura y da á todo un aspecto de limpieza. La misma ama, si es pobre, y si no la criada, enjalbiega á menudo toda la casa, incluso la fachada. Esta manía de enjalbegar llega á tal extremo, que una señora de mi lugar, algunos años há, enjalbegaba su piano: el primero que apareció por allí. Ahora hay ya muchos y buenos, hasta de palo santo, y se cuentan por docenas las señoras y señoritas que tocan y cantan.

Los patios, en Córdoba y en otras ciudades de la provincia, son como los de Sevilla, cercados de columnas de mármol, enlosados y con fuentes y flores. En los lugares más pequeños no suelen ser tan ricos ni tan regulares y arquitectónicos; pero las flores y las plantas están cuidadas con más amor, con verdadero mimo. La señora, en la primavera y en las tardes y noches de verano, suele estar cosiendo ó de tertulia en el patio, cuyos muros se ven cubiertos de un tapiz de verdura. La hiedra, la pasionaria, el jazmín, el limonero, la madreselva, la rosa enredadera y otras plantas trepadoras, tejen ese tapiz con sus hojas entrelazadas y le bordan con sus flores y frutos. Tal vez está cubierta de un frondoso emparrado una buena parte del patio; y en su centro, de suerte que

se vea bien por la cancela, si por dicha la hay, se levanta un macizo de flores, formado por muchas macetas, colocadas en gradas ó escaloncillos de madera. Allí claveles, rosas, miramelindos, marimoñas, albahaca, boj, evónimo, brusco, laureola y mucho dompedro fragante. Ni faltan arriates todo alrededor, en que las flores también abundan; y para más primor y amparo de las flores, hay encañados vistosos, donde forman las cañas mil dibujos y laberintos, rematando en triángulos y en otras figuras matemáticas. Las puntas superiores de las cañas, con que se entretejen aquellas rejas ó verjas, suelen tener por adorno sendos cascarones de huevo ó lindos y esmaltados calabacines. Las abejas y las avispas zumban y animan el patio durante el día. El ruiseñor le da música por la noche.

En el invierno, la cordobesa tiene buen cuidado de que plantas de hoja perenne hermoseen su habitación. Canarios ó jilgueros recuerdan la primavera con sus trinos; y si el amo de casa es cazador, no faltan perdices y codornices cantoras en sus jaulas, y las escopetas y trofeos de caza adornan las paredes. En torno del hogar, casi en tertulia con los amos, vienen á colocarse los galgos y los podencos.

Todavía en las casas aristocráticas de los lugares suele haber uno como bufón ó gracioso, que recuerda, si bien por lo rústico, al lacayo de nuestras antiguas comedias. Este gracioso posee mil habilidades: caza zorzales con silbato y percha, y jilgueros con liga ó red, y pesca anguilas metién-

dose en los charcos y arroyos y cogiéndolas con la mano. Alguno de éstos suele tener su poco de poeta: da los días á la señora en décimas, y compone coplas en su elogio, y sátiras contra los rivales ó contrarios de sus amos. Acompaña también y entretiene á los niños, y sabe una multitud de cuentos, que relata con animación y mucha mímica.

La criada de lugar no deja de saber también muchos cuentos, y los cuenta con gracia. Los sabe de asombros, de encantos y de amores: y todos éstos son serios. Para lo cómico y jocoso atesora una infinidad de chascarrillos picantes.

Siendo yo pequeñuelo, no me hartaba nunca de oir cuentos que me contaban las criadas de casa. El más bonito, el que más me deleitaba, era el de Doña Guiomar, cuyo argumento, en lo esencial, es el mismo del drama indio de Kalidasa, titulado *Sacuntala*. Los árabes, sin duda, trajeron este cuento y otros mil, en la Edad Media, desde el remoto Oriente.

La criada que descuella por lo lista, amena y entretenida, se capta la voluntad y se convierte siempre en la acompañanta ó favorita del ama, ó de la niña ó señorita soltera. Viene á semejarse á la confidenta de las tragedias clásicas, y aun puede hacer el papel de Enone. De todos modos va con su ama á visitas, á misa y á paseo, le lleva y le trae recados, y procura tenerla al corriente de cuanto pasa en el lugar.

Á esto de saber vidas ajenas y de murmurar, menester es confesarlo, hay una deplorable afición en las hidalgas y ricas labradoras de por allí.

Por lo demás, si hay algo de cierto en el mordaz proverbio que dice: *Al andaluz hacedle la cruz, y al cordobés de manos y pies*, bien puede afirmarse que no reza con las mujeres; antes son víctimas las pobrecitas de lo levantiscos, alborotados y amigos de correrla que son generalmente los maridos. Ya dice uno que va al campo á ver las viñas ó los olivares y á inspeccionar la poda, la cava ú otra labor cualquiera; ya supone otro que va á cazar *sub Jove frigido, tenerae conjugis inmemor*; ya éste tiene que ir á negocios á la cabeza de partido, ó á Córdoba, ó á Madrid por motivos políticos; ya alega aquél que debe ir á Jerez á llevar muestras de vino, ó á alguna feria, á ver si vende ó compra ganado; en suma, jamás carece ninguno de pretexto para estar ausente de su casa la mitad del año. Si el marido es mozo y alegre, suele pasar meses enteros lejos del techo conyugal. La tierna esposa, entre tanto, queda en la soledad y en el abandono, y si á menudo se ve asediada por los pretendientes, imita á Penélope y aun se le adelanta, pues al cabo su marido, ni fué á pasar trabajos y á aventurar la vida en la guerra de Troya, ni de fijo, salvo raras y laudables excepciones, se muestra más fosco y zahareño que Ulises con las Circes y Calipsos que en mesones, hosterías, fondas y otras partes se le aparecen.

Muy de maravillar y muy digna de alabanza es esta fidelidad resignada de la cordobesa. No negaré, con todo, que á veces agota la cordobesa la resignación y rompe el freno de la paciencia. Entonces estallan los celos como una tempestad. Me

acuerdo de cierta parienta mía que supo que su marido tenía con todo sigilo á una muchacha en su casa de campo, á donde iba todas las tardes y aun se quedaba algunas noches, con pretexto de las labores. Apenas lo supo, mandó que pusiesen las jamugas á la burra, se hizo acompañar en otra burra por su confidenta, y sin que su marido lo notase, se fué por aquellos vericuetos hasta llegar á la casería. Terrible fué la entrevista con la pecadora, á quien echó de allí á pescozones.

Debo advertir que en éste y otros casos se avivan los celos con poderosas razones económicas. Tal linaje de mancebas suele ser muy costoso, y remata en la perdición de pingües y desahogados caudales. No se origina el gasto, ni nace de las galas y dijes, coches y primores que hay que comprar á la muchacha, ni del boato y pompa con que es menester sostenerla; aunque todo es relativo y proporcional, y en algo de esto se gasta también. La *hetera* de lugar es menos exigente, pedigüeña y antojadiza que las Coras, las Baruccis, las Paivas y otras famosas *heteras* parisinas; pero aquéllas son solas, se diría que nacieron como los hongos, y la lugareña tiene un diluvio de parientes, que se lanza y abate sobre la casa y la hacienda del mantenedor enamorado, como bandada de langostas hambrientas y voraces. Los primos, los sobrinos, los cuñados, la madre, las tías, todos, en suma, se creen con derecho á cuanto hay: con derecho al trabajo; y por consiguiente, con derecho á la asistencia y á la holganza. El aceite sale de tu bodega, no por panillas, sino por arrobas; las lon-

jas de tocino vuelan de la despensa; las morcillas transponen; la manteca se evapora; los jamones se disipan. La parentela entera se alumbra, se calienta, come, bebe y hasta mora á costa tuya. Si tienes casas, las habitará alguien de la parentela y no te las pagará; si eres cosechero de vino ó aguardiente, menudearán las botas, botijas y botijuelas, y entrarán vacías y saldrán rebosando.

No se crea, no obstante, que, siendo tan lucrativo este oficio, se dedican muchas mujeres á él y abaratan el mercado con la competencia. En todo el territorio de Córdoba ha vivido siempre gente muy hidalga y harto difícil en puntos de honra. Colonia en lo antiguo de verdaderos ciudadanos romanos, y no de libertos, como otras, mereció y obtuvo el título de *patricia;* cuando la invasión mahometana, no vinieron á poblarla rudos y plebeyos berberiscos, sino claros varones de pura sangre arábiga; los linajes más ilustres de Medina y de la Meca; los descendientes de los *ansares*, *tabies* y *muadjires*. Y por último, habiendo sido mi provincia, durante dos siglos, fronteriza con el reino de Granada, ha debido tener y ha tenido para custodia y defensa de sus lugares fuertes, y para tomar el desquite de cualquier ataque, entrando en algarada por los dominios del alarbe, talando sus mieses y haciendo otras mil insolencias y diabluras, una población de hombres recios y valerosos,

Todos hidalgos de honra
Y enamorados de veras,

como canta el viejo romance. Desde entonces no ha deslucido Córdoba su bien cimentada reputación; y no por vana jactancia, sino con sobra de motivo, lleva por mote, en torno de los rapantes leones de su limpio escudo: «*Corduba militiae domus, inclyta fonsque sophiae.*» Lucano, Séneca, Averroes, Ambrosio de Morales, Góngora y mil otros, dan testimonio de lo segundo. Acreditan lo primero, en multitud innumerable, los acérrimos y audaces guerreros que por todos estilos ha criado Córdoba; ya para pasmo y terror de los enemigos de España, como el Gran Capitán; ya para perpetua desazón y sobresalto constante de los españoles mansos, como el Tempranillo, el Guapo Francisco Esteban, el Chato de Benamejí, el Cojo de Encinas-Reales, Navarro el de Lucena y Caparrota el de Doña Mencía.

No es, pues, llano el que haya por allí mucho marido sufrido, mucho padre complaciente y mucha interesada y fácil mujer. La que lo es se lo hace pagar caro, no tanto por la rareza, sino por lo que pierde. Sólo á fuerza de regalos y de espléndida generosidad, y deslumbrando con su lujo, se hace perdonar en ocasiones sus malos pasos. Aun así, es mirada con desprecio, y no suelen llamarla con su nombre de pila, sino con un apodo irónico, como, por ejemplo, la Galga, la Joya, la Guitarrita. Tal vez la designan con el nombre genérico del país de que es natural, como para designar su origen forastero; y de éstas he conocido yo á la Murciana, á la Manchega y á la Tarifeña.

Si alguna mocita soltera ó alguna casada joven

siente veleidades de dejarse seducir y sonsacar, hay con frecuencia un padre ó un marido que la sana y endereza con una buena vara de mimbre. Ni debe estar muy seguro y descuidado el seductor, por mucho respeto que inspire. No basta á veces la inocencia, si es que infunde recelos algún galán. Cierto compañero mío de colegio, en el Sacro Monte, fué, años há, á curar las almas en un lugar de mi provincia. Era gran teólogo, recto y virtuoso; pero bien hablado, elegantísimo, peripuesto y agradable; era hombre que en el siglo XVIII hubiera figurado, en una corte, como el más delicioso abate. Pues bien; en el pueblo la tomaron con él, y, como vulgarmente se dice, le *abroncaron*. El *bronquis* que le dieron llegó hasta tirarle algunos tiros, pero con pólvora sólo, para asustarle. Él calculó que de la pólvora, si no surtía efecto, se podría con facilidad pasar á los perdigones, y se largó con la música y la teología á otra parte menos difícil.

Semejantes extremos son raros, por fortuna. La cordobesa no es coqueta, sino muy prudente y sigilosa, y á nadie compromete. Aunque sea de la más humilde condición, acostumbra á desahuciar al paciente enamorado, hablando de su honor, como las damas calderonianas. Cuando esto no basta, ni chilla, ni alborota, ni escandaliza; pero se defiende cual una Pentesilea; lucha como el ángel luchó con Jacob, en las tinieblas de la noche; y robusta, aunque angélica, suele echarle la zancadilla, derribarle, y hasta darle una soba, todo con muda elocuencia y en silencio maravilloso. Y

no se extrañe esto, porque en la clase de muchachas pobres, y aun en algunas acaudaladas labradoras, es notable la robustez. Son más duras que el mármol, no sólo de corazón, no sólo en el centro, sino por toda la periferia. Cierto día hicimos una gira de campo con las más garridas y principales mozas del lugar. Una de ellas, creyendo el asiento más alto, se sentó de golpe sobre un montón de tejas. Eran de las macizas y mejores de Lucena. Tres vimos rotas. Ella nos dijo con encantadora modestia que ya, antes de la caída, lo estaban.

No se entienda, por lo dicho, nada que amengüe ó desfigure en lo más mínimo la esbeltez y gentileza de mis paisanas. Una cosa es la densidad y la firmeza, y otra el desaforado volumen. La moza, que desde niña trabaja, anda mucho y va á la fuente que está en el ejido, volviendo de allí con el cántaro lleno, apoyado en la cadera, ó con la ropa lavada por ella en el arroyo, es fuerte, pero no gorda. La fuente ó el pilar era el término de mi paseo cotidiano, y allí me sentaba yo en un poyo, bajo un eminente y frondoso álamo negro. Al ver lavar á las chicas, ó llenar los cántaros y subir con ellos tan gallardas, airosas y ligeras, por aquella cuesta arriba, me trasladaba yo en espíritu á los tiempos patriarcales; y ya me creía testigo de alguna escena bíblica como la de Rebeca y Eliacer; ya, comparándome con el prudente Rey de Ítaca, me juzgaba en presencia de la Princesa Nausicáa y de sus amables compañeras. Nada de miriñaques ni ahuecadores en aquellas mucha-

chas. El pobre vestido corto, sobre todo en verano, se ciñe al cuerpo y se pliega graciosamente, velando y revelando las formas juveniles, como en la estatua de Diana cazadora.

Por desgracia, las damas del lugar han adoptado, en cuanto cabe, casi todas las modas francesas, y van perdiendo el estilo propio de vestir y peinarse. Todas usaron ingentes miriñaques totales, y ahora usan el miriñaque parcial y *pseudocalípigo* que priva. El día menos pensado abandonarán la mantilla y se pondrán el sombrerito. Todas se peinan, tomando por modelo el figurín, y suelen llamar á este peinado de *cucuné* ó de *remangué*, á fin de darle, hasta en el nombre, cierto carácter extranjero. Las faldas, en vez de llevarlas cortas, las llevan largas, y van barriendo con la cola el polvo de los caminos. En resolución, es una pena este abandono del traje propio y adecuado.

Á pesar de tales disfraces, la belleza, ó al menos la gracia, el garbo y el salero, son prendas comunes en mis paisanas. Tienen en el andar mucho primor, y más aún si bailan. Los rigodones, y el vals, y la polka se van aclimatando; pero el fandango no se desterró todavía. Hasta las señoritas salen á hacer una mudanza, si las sacan y obligan en cualquiera fiesta campestre, y se mueven y brincan con gallardía y desenfado, y repiquetean con brío las castañuelas. Mujeres hay del pueblo que, en esto de bailar y tocar las castañuelas, vencen á la Teletusa, celebrada por Marcial, en aquel epigrama que principia:

Edere lascivos ad Bætica crusmata gestus.

Si la mujer casada, como ya queda expuesto, es un modelo de paciencia conyugal, la soltera es casi siempre un modelo de novias. Puntualmente baja á la reja todas las noches á hablar con el enamorado, á lo que se llama *pelar la pava*. En cada calle de cualquier lugar de Andalucía se ven, de diez á una de la noche, sendos embozados, como cosidos á casi todas las rejas. Tal vez suspira él y exclama:

—¡Qué mala es usted!

Y ella responde:

—¡Pues no, que usted!...

Y exhala otro suspiro.

Así se pasan horas y horas.

Tiene tal encanto este ejercicio, para el hombre sobre todo, que no pocos noviazgos se prolongan más que el de Jacob y Raquel, que duró catorce años, sólo por no perder el encanto de pelar la pava. Las pobres muchachas lo sufren con paciencia, pero languidecen y se ponen ojerosas.

Verdad es que luego, cuando se casan, no sucede, como en otras partes, que la mujer sigue sirviendo, trabajando y afanando. Aunque sea el novio un miserable jornalero, procura que su novia, no bien llega á ser su mujer, salga de todo trabajo, no vuelva á escardar ni á coger aceituna, y sea en su casa como reina y señora. Si está sirviendo, se despide y deja de servir; y ya no cose, ni lava, ni plancha, ni friega, ni guisa, sino para su marido y para sus hijos. El hombre, salvo en

raras ocasiones, es quien trabaja, busca ó granjea ó garbea lo necesario para el sostén de toda la familia.

La cordobesa, sea de la clase que sea, es todo corazón y ternura; pero sin el sentimentalismo falso y de alquimia que ha venido de extranjis. Nadie (vergüenza es confesarlo) ha pintado á la cordobesa del pueblo, verdaderamente enamorada y apasionada, como el novelista Mérimée. Su Carmen es el tipo ideal de la humilde y baja de condición, aunque sublime por el alma. Como reza el dístico del poeta griego, que sirve de epígrafe á la novela, Carmen sabe morir y amar; es admirable cuando se entrega por amor y cuando por amor muere; tiene dos horas divinas: una, en la muerte; otra, en el tálamo.

De atrás le viene al garbanzo el pico, según el decir vulgar. Desde muy antiguo es la cordobesa espejo, luz y norte de enamoradas. Sus ojos, como los de Laura, inspiran platónicos y casi místicos afectos, y hacen que un moro, como Ibn Zeidún, escriba canciones más finas que las del Petrarca, merced á la Princesa Walada, que era asimismo poetisa.

Los amores de dos mujeres cordobesas han tenido un inmenso influjo bienhechor en el mundo: han contribuído, casi han sido causa de las más preciadas glorias para España, y de acontecimientos tan providenciales, que sin ellos la actual civilización europea no se explicaría. Sin Zahira, enamorada de Gustios, no hubiera nacido Mudarra; los siete infantes de Lara no hubieran tenido

vengador; la flor de la caballería castellana hubiera perecido antes de abrir el cáliz; acaso no hubiéramos poseído al Cid, pues á no inspirarse en la espada de Mudarra y cobrar aliento con ella, no hubiera muerto al Conde Lozano ni dado principio á tanta hazaña imperecedera. Si Doña Beatriz Enríquez no se enamorara en Córdoba de Colón, consolándole y alentándole, Colón se hubiera ido de España; hubiera muerto en un hospital de locos; no hubiera descubierto los nuevos orbes, cuya existencia había columbrado y vaticinado más de mil cuatrocientos años antes un inspirado cordobés, y para cuyo descubrimiento le dió ánimo y bríos aquella apasionada é inmortal cordobesa.

Véase, pues, de cuánto son y han sido capaces mis paisanas.

Imposible parece que, siendo tan buenas, las descuiden y abandonen los pícaros hombres. Además de las peregrinaciones de que ya hemos hablado, las dejan para irse al casino, donde se pasan las horas muertas. Razón le sobraba al gran Donoso al tronar tanto contra el casino, en su elocuente libro *Sobre el Catolicismo*. Es verdad que siempre ha habido casino, sólo que antes, para los ricos, se llamaba la casilla, y estaba en la botica, y para los pobres, el casino estaba en la taberna. Pero, en el día, ni las boticas ni las tabernas han acabado, y todo lugar, por pequeño que sea, pulula, hierve en casinos. Cada bandería, cada matiz político tiene el suyo. Hay casino conservador, casino radical, casino carlista, casino socialista y ca-

sino republicano. Las infelices mujeres se quedan solas. ¡No sé cómo hay mujer que sea liberal! Todas debieran ser absolutistas, y muchas lo son en el fondo.

La única compensación que trae á la mujer el liberalismo novísimo es que debilita bastante la autoridad conyugal y paternal, que antes era terrible y hasta tiránica. Á la vara se le llamaba el gobierno de una casa; pero á la mujer briosa, como lo es la cordobesa, más le duele cuando la desdeñan que cuando le pegan; más la quebranta un desaire que una paliza.

De todos modos, la mujer cordobesa, como las demás españolas, conserva siempre un manantial purísimo de consuelo para sus sinsabores y disgustos: este manantial es la religión cristiana. No hay cordobesa que no sea profundamente religiosa.

Entre los hombres ha cundido la impiedad. El soldado licenciado, de retorno á su casa, ha solido traer algún ejemplar del *Citador*; los periódicos se leen, y no todos son piadosos; y por último, no falta estudiante que vuelve de la universidad inficionado de Krause y hasta de Hegel, y que echa discursos á los rústicos, á ver si los hace panteistas y egoteistas.

La mujer no entiende, ni quiere entender, tan enrevesados tiquismiquis, y sigue apegada á sus antiguas creencias. Ellas son el bálsamo para todas las heridas de su corazón; ellas le llenan de esperanzas inmarcesibles; ellas abren en su ardiente imaginación horizontes infinitos, dorados por la luz divina de un sol de amor y de gloria.

Hasta para menos elevadas exigencias y para más vulgares satisfacciones es la religión un venero inagotable. Casi todo honesto mujeril pasatiempo se funda en la religión. Si no fuese por ella, ¿habría romerías tan alegres como la de la Virgen de Araceli y la de la Virgen de la Sierra de Cabra? ¿Habría Niño Jesús que vestir? ¿Habría procesión que ver? ¿Habría paso de Abraham, Descendimiento, judíos y romanos, apóstoles y profetas, *encolchados, ensabanados* y *jumeones*, hermanos de cruz, y demás figuras que salen por las calles en Semana Santa? Nada de esto habría. No tendría la mujer jubileos y novenas, ni oiría sermones, ni adornaría con flores ningún altar, ni engalanaría ninguna Cruz de mayo, ni se complacería tanto en el mes de María. Las golondrinas, que ahora son respetadas porque le arrancaron á Cristo con el pico las espinas de la corona, serían perseguidas y muertas, y no acudirían todos los años á hacer el nido en el alero del tejado ó dentro de la misma casa, ni saludarían al dueño con sus alegres píos y chirridos. Todo para la mujer estaría muerto y sin significado, faltando la religión. La pasionaria perdería su valor simbólico; y hasta el amor al novio ó al marido ó al amante, que ella combina siempre con el presentimiento de deleites inmortales, y que idealiza, hermosea y ensalza con mil vagos arreboles de misticismo, se convertiría en cualquiera cosa, bastante menos poética.

Tal es, en general, la mujer de la provincia de Córdoba. Si entrásemos en pormenores, sería este escrito interminable. En aquella provincia, como

en todas, hay mil grados de cultura y de riqueza, que hacen variar los tipos. Hay además las diferencias individuales de caracteres y de prendas del entendimiento.

He omitido un punto muy grave. Voy á tocarle, aunque sea de ligero, antes de terminar el artículo. Este punto es filológico: el lenguaje y el estilo de la cordobesa.

La cordobesa, por lo común (y entiéndase que hablo de la jornalera ó de la criada, y no de la dama elegante é instruída), aspira la *hache*. Tiene además notable propensión á corroborar las palabras con sílabas fuertes antepuestas. Cuando no se satisface con llamar tunante á cualquiera, le llama *retunante*; y no bastándole con Dios, exclama: *¡Rediós!* En varios pueblos de mi provincia, así como en muchos de los pueblos de la de Jaén, es frecuentísima cierta interjección inarticulada que se confunde con un ronquido. La cordobesa, por último, adorna su discurso con mil figuras é imágenes, le salpimenta de donaires y chistes, y le anima con el gesto y el manoteo.

El adverbio *á manta* se emplea á cada instante para ponderar ó encarecer la abundancia de algo. Las voces *mantés*, *mantesón*, *mantesada* y *mantesonada*, *mantesería* y *mantesonería*, salpican ó llenan tanto todo coloquio como en Málaga la de *charrán* y sus derivados. Más singular es aún el uso del gerundio en diminutivo, para expresar que se hace algo con suavidad y blandura. Así, pues, se dice: «D. Fulano se está *muriendito*. La niña está *deseandito* casarse ó *rabiandito* por novio.»

En la pronunciación dejan un poco que desear las cordobesas. La *zeda* y la *ese* se confunden y unimisman en sus bocas, así como la *ele*, la *erre* y la *pe*. ¿Quién sabe si sería alguna maestra de *miga* cordobesa la que dijo á sus discípulas: «Niñas, *sordado* se escribe con *ele* y *precerto* con *pe*?» Pero si en la pronunciación hay esta anarquía, en la sintaxis y en la parte léxica, así las cordobesas como los cordobeses, son abundantes y elegantísimos en ocasiones, y siempre castizos, fáciles y graciosos. No poca gente de Castilla pudiera ir por allá á aprender á hablar castellano, ya que no á pronunciarle.

Sin adulación servil aseguro que la cordobesa es, por lo común, discreta, chistosa y aguda. Su despejo natural suple en ella muy á menudo la falta de estudios y conocimientos. Sus pláticas son divertidísimas. Es naturalmente facunda y espontánea en lo que dice y piensa. Amiga de reir y burlar, embroma á los hombres y les suelta mil pullas afiladas y punzantes, pero jamás se encarniza.

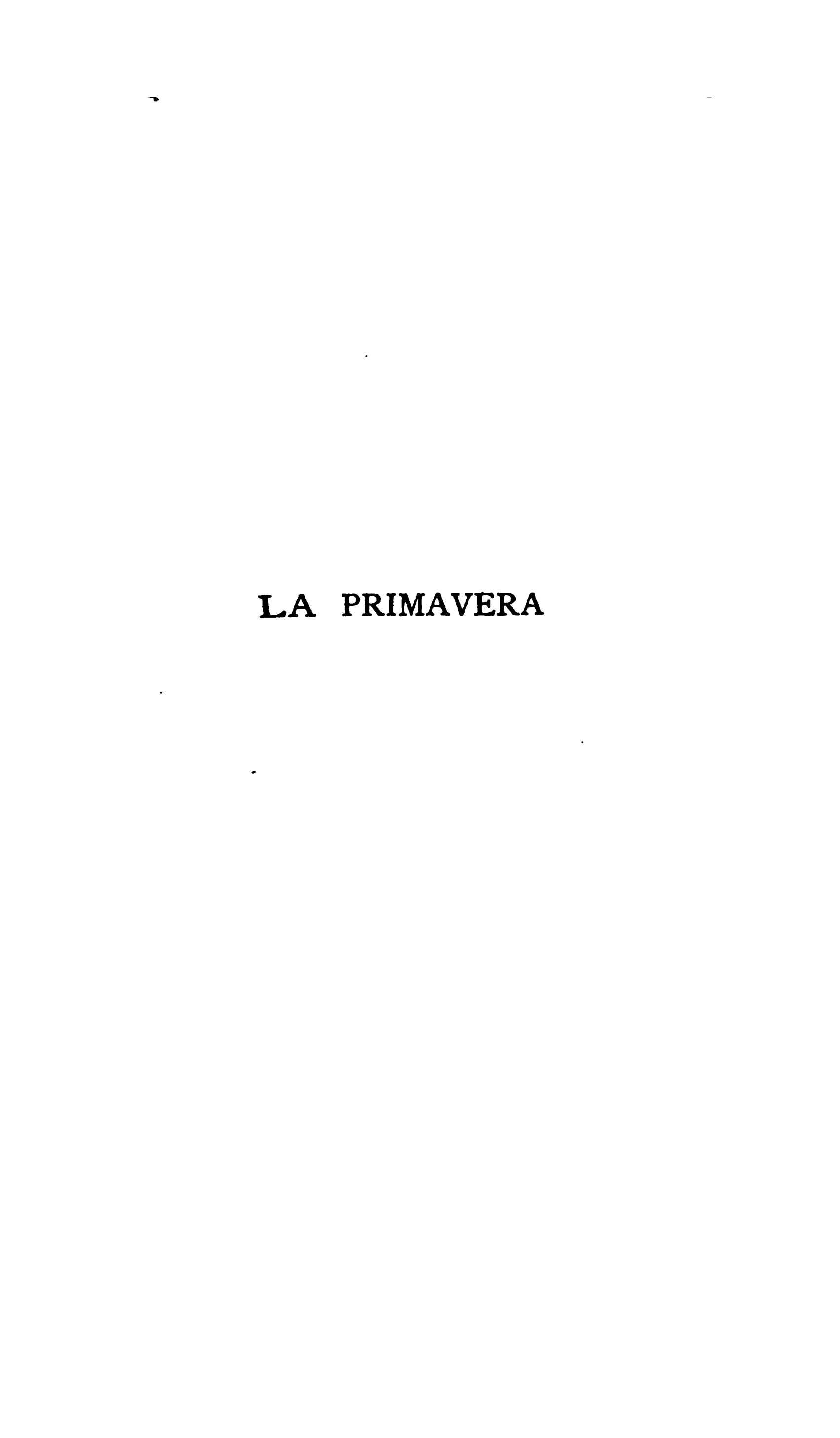
¿Qué otra cosa he de añadir? Una cordobesa es avara y otra pródiga, pero todas son generosas y caritativas. Cordobesa hay que lee todavía libros antiguos, devotos los más, que pertenecieron á su bisabuela, y que están como vinculados en la casa; v. gr.: *La Perfecta Casada*, del maestro León; *El menosprecio de la corte y alabanza de la aldea*, y el *Monte Calvario*, de Fr. Antonio de Guevara, y hasta las *Obras completas* (cerca de veinte volúmenes en folio) del venerable Palafox. No lo digo fantaseando: he conocido lugareña cordobe-

sa que tenía y leía éstos y otros libros por el estilo. Otras leen novelas modernas de las peores. Otras no leen nada.

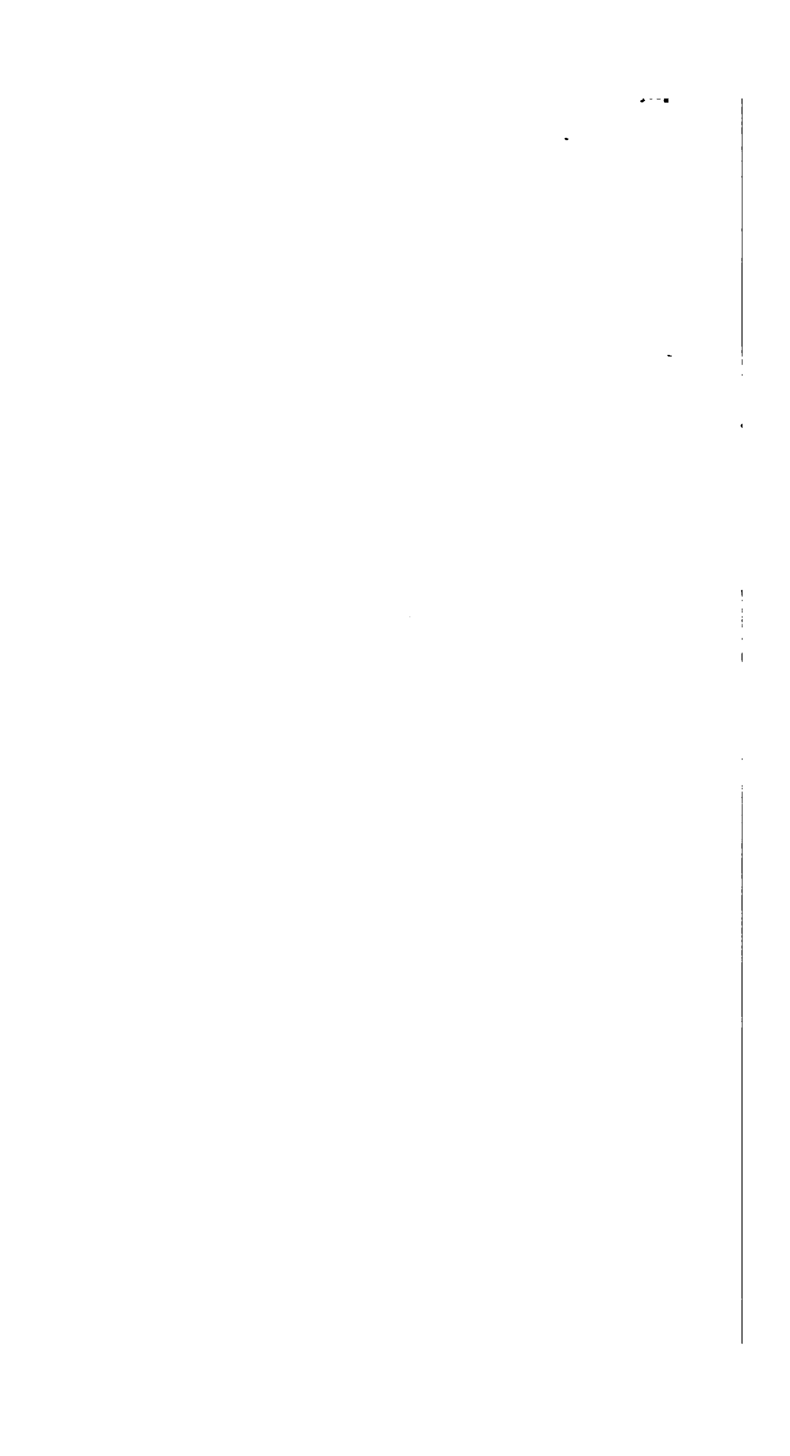
Mujeres hay que han estado en Sevilla ó en Madrid, que han ido á Málaga y han visto la mar; y mujeres hay que jamás salieron de su pequeña villa, y se forman de Madrid idea tan confusa como las que yo me formo de las ciudades que puede haber en otro planeta. Casi ninguna está descontenta de su suerte. La buena pasta es muy común. El orgullo además las excita á menospreciar lo que no está á su alcance; y el amor de la patria, encerrado dentro de los estrechos límites del pueblo en que nacieron y se criaron, se hace más intenso, enérgico y vidrioso, y las mueve á amar con delirio aquel pueblo y aquella sociedad, prefiriéndolos á todo, y á revolverse casi con furor contra cualquiera que los censura.

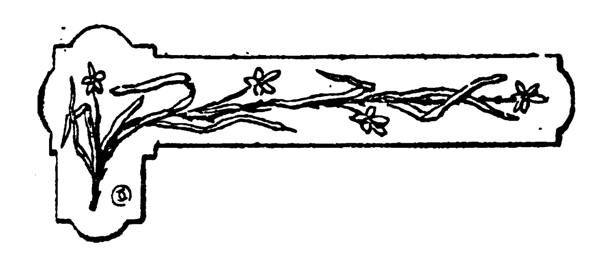
Si hubiera yo de seguir contando y pintando circunstanciadamente las cosas, escribiría un tomo de quinientas ó seiscientas páginas. Demos, pues, punto aquí: y gracias á que este artículo no peque por largo, y á que tenga el lector la suficiente indulgencia, vagar y calma, para leerle todo sin enojo, fatiga ni bostezo.





LA PRIMAVERA





LA PRIMAVERA.

NADA hay en el hombre tan grato á Dios como el arrepentimiento; pero en ciertas cosas, tal vez en las más, nada hay tampoco humana y terrenamente tan inútil. Lo que al hombre le importa es no hacer nada de que después haya de arrepentirse. Y yo, lo confieso, hice algo en este género al prometer que escribiría un artículo sobre la Primavera.

Y no porque yo me crea incapaz de percibir, sentir y estimar en todos sus quilates el valor y la belleza de la estación florida. Nada menos que eso. Yo presumo de muy sensible á los encantos naturales. Me apuesto con el más pintado á sentir honda y poéticamente la gala de las fértiles praderas, la lozanía de los verjeles, el apartamiento silencioso de los sotos umbríos, el aire embalsamado por el aroma de las violetas, la sierra pedregosa cubierta de tomillo y romero, el blando murmullo de los arroyos, los amorosos gorjeos del ruiseñor, el lángido arrullo de la tórtola y los trinos ale-

gres con que las aves saludan á la blanca aurora cuando abre con dedos de rosa las puertas del Oriente.

Por desgracia, una cosa es sentir y otra expresar bien lo sentido. De este segundo don es del que carezco.

El asunto es de sobrado empeño para mí. ¿He de salir del paso repitiendo en mala prosa lo que ya dijeron en todas las lenguas vivas y muertas, con número y melodía, los poetas buenos y medianos, desde Hesiodo hasta Gracián y desde Virgilio á D. Gregorio de Salas? Yo no quiero hacer un centón tan deplorable. Yo quiero coger vivas las aves, las flores, cuanto tiene sér en la estación vernal, y trasladarlo á este papel, y de este papel á la imprenta: operación más difícil de lo que se imagina.

La Primavera es como fiesta espléndida que dan los espíritus elementales; como sagrada orgía, en que el aire, la tierra, la luz, el agua y cuantas inteligencias ó misteriosos genios en el seno de los elementos viven ocultos, lucen su hermosura, se revisten de sus más ricos adornos, y se enamoran, y se acarician, y cantan, y bailan. ¡Vaya usted á describir esto sin conocer los nombres de dichos genios, ignorando sus lances de amor y fortuna, y no acertando á distinguirlos bien unos de otros!

Lo que más se parece á la Primavera, en mezquino y pobre trasunto, por artificio humano realizado, es un bonito baile. Pues declaro que yo no sé describirle. Los nombres de las señoras más

lindas y elegantes se me borran de la memoria no bien tomo la pluma, y sólo sé decir que me gustan, lo cual es muy *sujetivo*, sin atinar á describir los trajes que llevan, los diamantes que fulguran en sus cabezas airosas, las perlas que ciñen lascivas sus desnudas gargantas, y todo aquello, en suma, que las determina y diferencia. Así es que, no pudiendo yo empezar por este analítico y circunstanciado estudio, no llego jamás á la síntesis, esto es, á dar una idea cabal, exacta y adecuada del baile.

Si esto me sucede con un espectáculo que no dura más de algunas horas y que se limita al breve recinto de uno ó dos salones, ¿qué se puede esperar de mí como describidor del baile divino, al aire libre, que dura meses, que se extiende por todo un hemisferio del mundo, y donde cantan y bailan los inmortales al son de la concertada harmonía de las esferas? Está visto, yo tengo que hacerlo muy mal.

Hasta el mismo entusiasmo, hasta el mismo semi-religioso fervor con que miro el asunto, es en mi daño y me le hace más difícil. Si yo le mirase con frialdad, ya me las compondría, tomando de aquí y de allí, no del natural, sino de libros, que me servirían de guía y modelo; ya lo compaginaría y arreglaría todo lo menos mal posible. Por desgracia mi entusiasmo es grande y no me deja acudir con serenidad á mi escasísima ciencia.

Lo primero que no sé es qué plan seguir; dentro de qué términos encerrarme. Porque á la verdad, si el más rastrero de los seres humanos da suelta

á su imaginación y la echa á volar por esos campos verdes y por ese cielo sereno, durante los meses de abril y mayo, sólo Dios sabe dónde su imaginación irá á parar, y qué rico botín traerá cuando vuelva á casa, si vuelve y no se queda embobada, de estrellas y flores, de mariposas y calandrias, de perfumes y harmonías, de luz y sombras, de amores y de cánticos, todo tan en desorden y tan enmarañado, que no habrá manera de cifrarlo en un libro en folio y mucho menos en 20 ó 30 cuartillas.

Al considerar esto me entra temblor como de calentura, y pido al numen método y plan para mi obrilla; pero al numen le incomoda el método, y lo que es yo por mí no le trazo sino muy vulgar, sin atinar á aventurarme por nuevos caminos, y sin resignarme á seguir los muy trillados y seguidos por todos.

Para saber el día en que empieza y el día en que acaba la Primavera, remito al lector al almanaque. Para saber la causa inmediata y natural de su vuelta periódica, le remito á cualquier compendio de Astronomía.

¿Qué me queda, pues, que decir acerca de la Primavera?

¿Sacaré á relucir las manoseadas y trivialísimas moralidades de que dicha estación responde á la juventud en nuestra vida, y de que conviene no gastar las flores á fin de que haya luego sazonados frutos en el otoño? ¿O daré lección de política ó de filosofía de la historia, con ocasión de la Primavera, afirmando que las naciones tienen tam-

bién la suya, ó sea su juventud, durante la cual aman y cantan y dan flores; pero que, no bien llegan á su otoño, ó dígase á su edad madura, deben dejarse de tales devaneos y trabajar mucho, que esto es dar el fruto que importa, á fin de pagar las deudas y proporcionarse las comodidades y el bienestar que el invierno y la vejez reclaman?

Imposible. Esto sería lo peor que se me pudiera ocurrir. Esto sería un sermón inaguantable. Hablemos, pues, de la Primavera, aunque sea sin orden. Ojalá tuviese yo á mano al Pegaso ó al Hipógrifo, para imitar á Perseo ó á Astolfo, montar en él, y correr á rienda suelta á donde y por donde el monstruo quisiera llevarme.

En otras tierras más al Norte que la nuestra, la Primavera, fuerza es confesarlo, si no es, parece más hermosa: el cambio de escena tiene mayor rapidez y doble hechizo; la mudanza hiere más la fantasía; se nos presenta como súbita y milagrosa resurrección de los seres. A orillas del Rhin ó del Elba, la Primavera nos da concepto superior de la potencia creadora, de lo que debió de ser el nacer, el aparecer de la vida sobre nuestro globo. En nuestros climas más cálidos apenas hay mutación, ó es tan lenta que no se percibe. En las huertas de Murcia y Valencia, en la hoya de Málaga, en las márgenes del Guadalquivir y hasta en la misma vega de Granada, la Primavera se deslíe, se esfuma con el invierno; es una Primavera difusa ó harto desvanecida.

Donde viene de repente, donde la rigidez del in-

vierno la hace más deseable, es donde se muestra con más pompa y estruendo, donde da más alta razón de sí, donde resplandece más benigna en el trono de su gloria, donde más se la admira y donde merece ser más admirada. El hielo que cubre los ríos se quebranta, se rompe, y baja en gruesos témpanos hacia la mar con descompuesta furia. Casas, palacios, chozas, árboles y cielo, vuelven á mirarse con ansia y con amor en el líquido espejo de las aguas, velado antes y empañado por el frío. La cándida diadema que ciñe las cimas de los montes se derrite, aumentando las corrientes cristalinas. Los árboles, desnudos del verde follaje, brotan de improviso frescos pimpollos y renuevos lozanos, vistiéndose de tiernas y relucientes hojas. Los pájaros acuden á bandadas, guiados por infalible instinto. Turban las grullas el silencio de la noche con sus agudos gritos, cuando vienen avanzando en falange simétrica y bien ordenada. Las golondrinas y mil aves cantoras, al volver de su larga emigración, saludan con blando pío, ó con chirrido alegre, ó con trinos variados, sus antiguas conocidas viviendas. La cigüeña zancuda inmigra de Oriente ó de África, y busca el nido en el viejo torreón ó en el alto mirador de la alquería. Tal vez allí la rubia y joven campesina alemana le puso al cuello, antes de que se fuese, una cinta con algún romántico letrero. Cuando vuelve, se pasma la muchacha de ver que le contesta algún muftí del Cairo ó algún santón de la Meca con otro letrero escrito en arábigo. Entre tanto, se ha liquidado la escarcha apretada que cubría los

prados, y la hierba y las flores, como si hubiesen estado oprimidas bajo aquel peso, surgen por ensalmo. La anémona nemorosa es una de las más tempranas que abren por allí su cáliz para anunciar la Primavera. Pero otras mil flores, más olorosas y no menos bellas, aparecen después, llamando y excitando al céfiro á que respire los aromas que exhalan.

El céfiro viene, semejante al atrevido Príncipe del cuento de hadas, y atraviesa por la esquiva floresta, y penetra en el silencioso palacio, y llega hasta el lecho de la encantada y dormida Princesa, y le da un beso de amor. Entonces se desbarata el maléfico hechizo: el silencio y el reposo de muerte se truecan de súbito en movimiento, música, agitación y vida. Como si fuesen á celebrarse divinas bodas, todo se entapiza y hermosea. Se abren los tesoros, se despliegan las galas, se ponen las mesas y aparadores del regio banquete, y luce sobre el ancho tálamo la cubierta de púrpura, esmeralda y oro. Los convidados peregrinos ya hemos dicho que acuden de lejos cruzando los aires. Otros, que no peregrinan, despiertan de prolongado sueño, se revisten de sus vestimentas más ricas, y acuden también. Todos, como buenos vasallos, procuran imitar á los Príncipes. Y como los Príncipes están enamorados y van á casarse, todos se enamoran y se casan. Se diría que apenas hay sér vivo que no se embriague con el zumo de mágicas hierbas ó con el perfume de extrañas flores, las cuales mueven al amor, al deleite y al regocijo, induciendo á la vida para que se acreciente y se

difunda y abra nuevos caminos de sér. Ciertas ficciones poéticas parece que tienen entonces realidad, y se cree en el *dudain*, que buscaba Raquel harta de ser estéril; en el loto, que hacía olvidarse de todo á los compañeros de Ulises, y en el *nepentes*, que alegraba el alma, y que dió á Telémaco Elena.

Claro está que al decir yo todo esto de los climas del Norte, no niego igual ó mayor belleza á la primavera del Sur: lo que insinúo es que quizás la rapidez del cambio hace que por allá se sienta mejor.

Pero aquí se renueva también la vida, y llega la estación de los amores, y los gérmenes dormidos se agitan, y nacen las larvas, y, después de sus completas metamorfosis, les brotan alas de gasa de colores diversos, y elictras metálicas y resonantes, y trompas ligeras con que recogen la miel de las flores. Aquí también las plantas desnudas, los álamos, los chopos, las acacias y otros mil árboles de sombra vuelven á vestirse de hojas verdes, y florecen el almendro y la higuera y los demás frutales, y nos dan el fruto con la poesía de la esperanza.

Todo esto es cierto; pero lo es también que los hombres del Norte sienten ahora con más profundidad, describen y retratan mejor la Primavera que los del Mediodía.

¿Será, como hemos dicho, porque la Primavera viene por allí con más ímpetu, ó porque los hombres están por allí más cerca de la naturaleza y más en comunión con ella; porque llevan menos siglos de civilización; porque están menos gasta-

dos; porque no es entre ellos tan marcado el divorcio y tan crudo el antagonismo entre el mundo de los espíritus y el mundo de los cuerpos?

Profunda cuestión es ésta. Yo no quisiera entrar en ella, pero se me pone por delante á pesar mío.

Yo veo desde luego que en las antiguas edades sentían los hombres del Mediodía y celebraban, por lo menos con igual entusiasmo que hoy los del Norte, la vuelta de la Primavera. Atis resucitado, Osiris resucitado y Adonis resucitado lo atestiguan. Los misterios de Samotracia y de Eleusis eran en el fondo inspirados por la Primavera. Cuando renacía la vegetación, cuando brotaban las hierbas y las flores, cuando las selvas se cubrían de pompa y de verdura, cuando subía la savia por los troncos, era cuando la madre desconsolada enjugaba sus lágrimas y desechaba el traje de luto, porque la hija, hundida en las entrañas lóbregas de la tierra, surgía fecunda, hermosa y resplandeciente de inmortales fulgores; porque Cora, fugitiva del tenebroso amante que la había tenido aprisionada en sus brazos, aparecía de nuevo á bañarse en las ondas de luz del sol enamorado, quien, por contemplarla y besarla, se detenía más tiempo sobre nuestro horizonte, é iba difundiendo por más horas y con mayor tino y eficacia, en este hemisferio boreal, la lluvia dorada de sus rayos ardientes.

Si esto se sentía con tal profundidad, y ya no, es sin duda porque nos hemos hecho muy espirituales. Desdeñamos la naturaleza por amor del espíritu. ¿Qué vale la selva florida, qué vale el árbol

más lozano y eminente, al lado del árbol místico, de quien dice el himno sagrado:

Crux fidelis, inter omnes
Arbor una nobilis:
Silva talem nulla profert
Fronde, flore, germine?

No es en el florecimiento de la Primavera, no es en el árbol más fecundo, no es en el huerto más feraz donde recordamos el perdido Paraíso: donde más nos maravillamos, bendiciéndolas, de la potencia del Altísimo y de su bondad infinita, es en aquel árbol que sirve como de solio al mismo Dios:

Arbor decora et fulgida,
Ornata Regis purpura,
Electa digno stipite
Tan sacra membra tangere.

Pero yo no me inclino á creer que sea el misticismo ó el espiritualismo cristiano quien nos haga tan poco sensibles á la naturaleza y nos lleve tanto en pos del espíritu.

El amor de Cristo lo comprende todo, sin excluir la naturaleza material. Con Él y por Él subió al cielo la carne purificada y gloriosa. Él miró con afecto á todas las criaturas. Él no desdeñó los ramos floridos de oliva y las gallardas y vencedoras palmas con que le recibieron el día de su triunfo. Sus fieles, más sencillos y candorosos, aman los objetos materiales por amor suyo, y rodean de rosas y de hierbas de olor, en los días primeros de

mayo, ese árbol sagrado, que fué su patíbulo; y cuando, ya más adelantada la Primavera, en el momento más rico del desenvolvimiento vernal, celebra su Iglesia el sacrosanto misterio en cuya virtud quiso Él comunicarse á nosotros, infundiéndose en el licor que alegra los corazones y en el pan que nos alimenta, el pueblo cristiano alfombra con gayomba olorosa y verde y fresca juncia la vía por donde pasa, y las mujeres vierten una lluvia de flores sobre el artístico y áureo templete, arca de la nueva alianza, donde va Él en custodia.

Menester es confesarlo: es infundada, es injusta la acusación de los impíos. No vino la doctrina de Cristo á condenar ó á endiablar la naturaleza. Los tres enemigos capitales de esa doctrina no tienen menor influjo, jurisdicción y mando en el reino del espíritu que en el de la materia. También siguiéndolos pueden las gentes ser espirituales. No hay sólo concupiscencia en la carne: la hay en el espíritu. Y si hay espiritualismo divino, no deja de haberle diabólico, y más común y frecuente por desgracia.

Ahora bien: yo entiendo que este espiritualismo diabólico, y no el divino, es el que nos aparta de la naturaleza y de su amor inocente.

Aunque se me acuse de pánfilo, de sobrado benigno, de querer disculparlo todo, voy á declarar aquí una cosa en confianza.

A mi ver, hasta el propio diablo no nos seduce y extravía así de repente y sin más ni más. Se guardaría muy bien de hacerlo: no le traería cuen-

ta ninguna. El diablo se funda al principio en algo razonable: nos lleva por buenos términos y caminos, hasta que llegamos á cierto punto, donde ya, con mucha suavidad, empieza aquel maldito de Dios á engolosinarnos llevándonos por los atajos, y así nos extravía y nos pierde.

En el caso del espiritualismo, á que nos referimos, es evidente que no son malos los principios y fundamentos. La naturaleza hizo mucho por el hombre; pero el espíritu ha venido á completar la obra natural, tornándola más propia, más bella, más útil y más ajustada á nuestras necesidades y aspiraciones. Al hombre, más débil y más inerme que el cordero, el espíritu, convertido en herrero y en pirotécnico, le ha dado armas y fuerzas mil veces mayores que las del león; al hombre, más desnudo que el perro chino, el espíritu convertido en tejedor, en sastre, en zapatero y en sombrerero, le ha vestido más primorosos trajes que al pavón, al colibrí y al papagayo; al hombre, poco más listo que el topo ó el mochuelo en punto á ver, el espíritu, convertido en fabricante de catalejos, le ha dotado de vista más penetrante que la del águila; al hombre, que jamás hubiera hecho natural é instintivamente algo que valiese media colmena, el espíritu, convertido en arquitecto, le ha enseñado á construir alcázares soberbios, torres esbeltas, pirámides ingentes, columnas airosas, cómodas viviendas, catedrales, teatros, y en suma, ciudades maravillosas; al hombre, que en el estado de naturaleza selvática es propenso á comerse á sus semejantes, y que se regalaba, y aun

suele regalarse en algunas regiones, con ásperas bellotas, con cigarrones machacados ó con pescado crudo y putrefacto, el espíritu, convertido en cocinero, le prepara artísticamente manjares agradables, hasta á la vista, y hace que uno de los actos que más le recuerdan lo que tiene de común con el animal sea un acto solemne, de corbata blanca y condecoraciones, donde tal vez se celebran los triunfos más transcendentales de la religión, de la ciencia, de la filosofía y de la política; al hombre, en fin, que después del pecado, se entiende, y en el estado de naturaleza y ya sin gracia, debió de ser casi tan feo como el mono, y más sucio que el cerdo, y más pestífero que el zorrillo, el espíritu, convertido en ortopédico, en pescador de esponjas, en fabricante de baños, en civilización para decirlo en una palabra, le ha hecho limpio, oloroso, aseado y bastante bonito para servir de modelo á la Minerva y al Júpiter de Fidias, al Apolo del Vaticano y á las Venus de Milo y de Médicis.

Sería cuento de nunca acabar el ir refiriendo aquí cuanto ha hecho el espíritu para completar, hermosear y ensalzar la obra de la naturaleza.

Así es que, á ojo de buen cubero, bien se puede asegurar, sin recelo de ser exagerado, que hasta en las cosas que más naturales parecen, la naturaleza, si bien se examina, ha hecho de seis partes una, y el espíritu del hombre ha hecho las otras cinco. ¿Podría, por ejemplo, alimentar nuestro globo, en estado de mera naturaleza, 200.000.000 de hom-

bres? Yo me temo que no. Es así que hay, á lo que dicen, pues yo no los he contado, 1.200.000.000: luego 1.000.000.000 son hijos del arte, pura creación del espíritu, producto de nuestro fecundo ingenio.

Pongamos, pues, que una sexta parte de cuanto hay, y quizás sea mucho poner, lo ha dado, lo ha regalado la naturaleza. Las otras cinco sextas partes han costado mucho trabajo al espíritu. Y este trabajo del espíritu, este complemento á la naturaleza, es lo que tiene valor y precio, y se mide y se representa y se mueve bajo la figura redonda de la moneda metálica, ó bien toma la traza de unos papeluchos mugrientos que se llaman billetes; los cuales, así como los discos ó tejuelos de metal, vienen á ser encarnación del espíritu, lo más sutil y animado y circulante de su valor, la esencia imperecedera de su trabajo secular acumulado.

Hasta aquí las cosas van bien; pero ya aquí el diablo, como vulgarmente se dice, empieza á meter la pata. El espiritualismo nos induce y excita á querer, á adorar casi esta encarnación, ó mejor expresado, esta empapelación y metalización del espíritu. Por este espiritualismo, y no por el cristianismo, desdeñamos lo natural: no sentimos toda la hermosura de la Primavera. Si no tienes, ni en tu arca, ni en tu bolsillo, algunos de esos tejoletes ó algunos de esos papeluchos espirituales, todas las flores te parecerán abrojos, y la Primavera, invierno; los claveles te apestarán como la flor de la sardina; el almoraduj, el serpol, el toronjil y la albahaca, te inficionarán como la ruda;

las hojas aterciopeladas de la begonia te punzarán las manos como si fuesen cardos borriqueros; al tocar la mimosa púdica creerás tocar aliagas y ortigas; serán para ti como tártago la hierbabuena y la manzanilla; la caña dulce te amargará el paladar como retama; á la roja flor del granado preferirás el jaramago amarillo; confundirás el canto del ruiseñor con el de la rana; se te antojarán cuervos las tórtolas y buhos las palomas; y las pintadas y aéreas mariposas, y los esbeltos caballitos del diablo, y los fulgentes cocuyos y luciérnagas, y la aromática mosca macuba te causarán más asco que los gorgojos, cucarachas y escarabajos peloteros.

Una vez dominado el hombre por el susodicho espiritualismo, aborrece la vida rústica y el idilio y la égloga. Aminta y Silvia, Dafnis y Cloe, y Baucis y Filemón le parecen entes insufribles.

Lo que se opone, pues, á lo natural es lo artificial. Lo que tira á destruir el encanto poético del mundo es el espíritu de la industria, no el de la ciencia, ni el de la religión, ni el de la filosofía.

Mil veces lo tengo dicho y nunca dejo de pensarlo: los más ladinos y sutiles sabios experimentales no descubrirán jamás el secreto de la vida; siempre escapará á sus análisis químicos la fuerza misteriosa que une, traba y combina los átomos y crea los individuos; el amor, la conciencia, el pensamiento, la causa de moverse, de crecer orgánicamente, de sentir y de representarse en uno á los demás seres, no quedará jamás en el fondo de las retortas ni saldrá por la piquera de los alambi-

ques. ¿Qué red delicadísima inventará el sabio para pescar ondinas, cazar silfos ó sacar á los infatigables gnomos de las entrañas de la tierra? La única razón que tendrá para negar su existencia será que no logra cogerlos; que se sustraen á la inspección de sus groseros sentidos. Por lo demás, las ninfas, las diosas, todos los seres sobrenaturales, que poblaron el aire, la tierra y el agua en las primeras edades del mundo, pueden vivir y es probable que vivan ahora como entonces.

La ciencia no despuebla la naturaleza, ni penetra en sus más íntimos arcanos. El misterio sigue y seguirá siempre. Isis no levantará jamás el velo que la cubre.

El misticismo, que busca por camino más breve á su Dios, en el abismo de nuestra propia alma, no aspirará á tenerle allí incomunicado. Su Dios estará en el abismo del alma, y en aquel centro se unirá el místico con Dios por estrechísimo lazo; pero Dios estará también por todo el universo, y todo Él estará en cada cosa y todas las cosas estarán en Él. El misticismo psicológico no excluirá, sino implicará la teosofía naturalista.

El axioma capital de esta ciencia sublime será que la inteligencia infinita no es el término último, sino el principio de las cosas, sin dejar por eso de ser su fin y el centro hacia donde gravitan, y el punto en donde sus discordias hallan paz, y su agitación reposo, y solución sus contradicciones, y unidad perfecta sus calidades y condiciones diferentes.

En este alto sentido, toda ascensión de las cosas hacia mayor bien y más perfecta vida, toda evolu-

ción progresiva de cierto linaje de seres, dentro de un espacio marcado y de un período de tiempo mayor ó menor, es una Primavera. Las cosas, miradas en su totalidad, se mueven, sin duda, en círculo y vuelven al punto de donde partieron. En el todo no cabe progreso. Con él, si fuese total, podríamos suponer algo añadido á la gloria de Dios. Aunque allá, en lo profundo de su sér, esté y viva la idea con todos sus futuros desarrollos y perfecciones; mientras ésta vaya de lo menos á lo más con proceso sin término, parecerá como que crece la gloria divina, como que Dios es más creador ahora que antes, como que sus obras van dando cada vez más claro y cumplido testimonio de su saber y de su omnipotencia.

Es, por consiguiente, innegable que no hay progreso total. La inmutabilidad de la perfección infinita de Dios implica la inmutabilidad total de la perfección del universo, que es obra suya. Cabe, sin embargo, mudanza en los pormenores, y de ahí el progreso parcial ó temporal de esto ó de aquello.

Ya que me he engolfado en meditación metafísica, añadiré, con el debido respeto (no á Dios, para quien sería absurdo y ridículo salir con esta salvedad, sino al parecer de otros meditadores), que la riqueza divina no crece ni mengua; no es cantidad: es lo infinito. Dios está siempre creando, y siempre lo tiene todo creado. Si crease un átomo más, sería más creador; si le aniquilase, sería menos; si mejorase en algo toda la obra, se corregiría, en cierto modo, á sí mismo.

cede una antigüedad de ocho mil años lo menos. A esta raza tenemos la honra de pertenecer, pero nadie nos asegura que no aparezca aún otra superior que nos deje postergados y tamañitos, lo cual será muy desagradable. Sea como sea, á pesar de los veinte millones de años que hace que apareció la *monera*, no se ha de negar que estamos aún en el período primaveral de este año máximo de que hemos hablado. ¿Qué progresos, qué maravillas, qué nuevas creaciones no deben esperarse aún? Apenas si la humanidad ha nacido. Yo he leído en un libro muy docto esta sentencia, que no olvidaré nunca. «La humanidad, en su vida colectiva, no ha nacido aún.»

Todo este largo pasado que llevamos ya, el vivir en la primavera del año máximo y el columbrar un extenso porvenir, esplendoroso y fecundo, no debe, sin embargo, alegrarnos en demasía, ni menos ensoberbecernos. Comparados nuestros veinte millones de años ya cumplidos, más de otros veinte millones que por lo menos durará aún la primavera de este planeta, con otras primaveras y años máximos de otros planetas y de otros más grandes sistemas solares, tal vez parezca más breve dicha primavera que la ordinaria y menuda del año vulgar, que sólo dura tres meses.

Cavilando yo días pasados sobre este asunto, y hallándome en el campo, en soledad amena, en hondo valle circundado de rocas escarpadas, donde había silencio, frescura y mil plantas, hierbas y flores, tuve despierto un sueño, que parecía visión espiritual ó intuición pura de algo

real, aunque para mí materialmente imperceptible.

Dentro de la superficie de un kilómetro cuadrado entendí que había ciertas emanaciones sutiles de cierto fluído mil veces más tenue que el aire; fluído que penetraba el aire todo, infundiéndose en los vacíos é intersticios que dejan sus moléculas. Este fluído, que el hombre no verá, ni pesará, ni sentirá jamás con sus sentidos, no se eleva más allá de un kilómetro. Tenemos, pues, un kilómetro cúbico lleno de este fluído tenue, desleído en el aire como perfumes ó efluvios. Figureme, pues, mi kilómetro cúbico como un mundo aparte, y ví que estaba poblado de un linaje de silfos tan diminutos, que, si por descuido se tragase cualquiera de ellos la más ruin molécula de aire, dicha molécula se le atragantaría y quizás le ahogaría como á cualquiera de nosotros un hueso de melocotón. Mi linaje de silfos respira, pues, el fluído tenue de que he hablado. Con las moléculas del aire hacen los silfos mil primores, y hasta juegan cuando son muchachos, disparándolas por medio de enormes cerbatanas.

Fuera del kilómetro cúbico está para mis silfos lo infinito, desconocido é insondable. Viven en una hora; pero su inteligencia es tan rápida y tan sutil, que en esta hora tienen tiempo de sobra para instruirse, enamorarse, propagarse, seguir una carrera, elevarse á las más altas posiciones, legar un nombre ilustre á su legítima prole, y hasta cansarse de la vida y apelar al suicidio. Un minuto para cualquiera de ellos es mucho más que un año para cualquiera de nosotros. Sus poetas componen ver-

sos desesperados y desengañados á los quince minutos de nacer, y sus sabios inventan los más profundos y alambicados sistemas de filosofía á los treinta minutos.

La voz de mis silfos es tan delgada, que sólo el fluído susodicho puede transmitirla en ondas sonoras. Sus palabras van tan prontas, que en un segundo refiere un silfo una historia que el más conciso de nosotros tardaría tres ó cuatro horas en contar. Todo lo que entre nosotros es extenso, es intenso entre los silfos. En las veinticuatro horas de cualquier día se extiende la historia de los silfos, y es tan fecunda en revoluciones, cambios, guerras y progresos, como la nuestra en los mil ochocientos setenta y pico de años que median desde la Era cristiana hasta el momento en que escribo.

Mis silfos tienen figura humana. Yo entiendo que toda alma, todo pensamiento que informa un cuerpo, grande ó chico, le da esta figura, por ser la más hermosa.

La hermosura de mis silfos es tal, que si lográsemos fabricar un microscopio bastante poderoso para llegar á verlos, envidiaríamos á los varones y nos enamoraríamos desesperadamente de las hembras.

Están muy adelantados en civilización. Han tenido muchos profetas y fundadores de religiones; pero ya va pasando entre ellos la edad de la fe, y rayando la aurora de la edad de la razón.

Sus conocimientos históricos, sin mezcla de fábula, aquello que la crítica más severa da por cierto, no pasa de noventa días, lo cual, equivale á

más de tres mil sucesivas generaciones. Y como un minuto para ellos viene á equivaler á un año para nosotros, puede afirmarse que ellos hacen subir la antigüedad de su civilización á más de ciento veintinueve mil seiscientos años. Más allá, yendo contra la corriente de los tiempos, los silfos no ven claro; pero, si entre ellos hay un Darwin ó un Haeckel, sin duda colocará la aparición de la primera *monera* del mundo silfídico á una distancia proporcionalmente mucho mayor.

El concepto que forman del Universo es muy distinto del que formamos nosotros. Y no porque su razón no concuerde con la nuestra, sino porque son otros los datos de sus sentidos. No llegan con la vista al sol, ni á la luna, ni á las estrellas, por donde los torrentes de luz ardorosa que lanza sobre ellos el primero, y la luz tibia y plateada en que los baña la luna, proceden para ellos de un manantial oculto. Así es que forman mil hipótesis para explicarlo. Claro está que hay largos períodos históricos de una luz, y largos períodos históricos de otra.

En su mundo hay seres animados, de proporciones tan gigantescas, que nosotros ni siquiera las concebimos. Una avispa para ellos es más que lo que sería para nosotros el Nevado de Sorata, si arrancándose él mismo de cuajo, animándose y echando alas, se pusiese á volar y se nos mostrase por el aire. Por fortuna, la excesiva pequeñez de los silfos y su agilidad portentosa los salvan de tales mónstruos.

Claro está que lo infinito es siempre lo infinito,

así en la mente de un silfo como en la mente de un hombre. En este punto, si nos contraemos á la especulación racional, nuestros conceptos son iguales; pero en contar, en extenderse á mayor número, en notar mayor cantidad, los silfos nos ganan; penetran con sus sentidos, y ven y perciben abismos de extensión, de tiempo, de volumen y de duración en lo infinitamente pequeño, por donde lo mediano, lo mezquino para nosotros, su universo de un kilómetro cúbico, es más ingente para ellos que toda la inmensidad de los cielos para nosotros. Y no dejan por eso de poner más allá de su universo lo infinito inexplorado.

Andan todos ellos muy soberbios con su cultura y con sus progresos, que juzgan sin límites. Así como cuentan ya un pasado larguísimo, esperan un porvenir más largo aún. Y es lo cierto que no se equivocan. Ellos nacieron con esta última primavera y acabarán al fin del próximo otoño. Ahora, que es verano, están en todo el auge de su grandeza. Lo mismo nos sucede á nosotros.

¿Quién sabe si habrá seres, en comparación de los cuales seamos nosotros lo que para nosotros son mis silfos? Y si alguno de estos seres llega á averiguar que existimos, como yo he llegado á averiguar que existen silfos tales, ¿no se reirá, ó nos compadecerá, al ver que esperamos aún tan largo porvenir? Los millones de años que llevamos de vida y los que esperamos vivir aún, serán para él una primavera. Acaso, cuando vuelva él de veranear ó de bañarse en algunos baños de su mundo, encuentre ya el nuestro desolado y hecho ruinas,

y extinguida nuestra efímera raza. Pero no tendrá razón. Lo importante es la inteligencia, la cual no se mide por varas, ni por kilómetros, ni por diámetros terrestres. Su actividad, cuando es fecunda, puede condensar en un minuto más hechos, más ideas, más creaciones, más gloria y más infierno, que otra inteligencia reacia, perezosa y torpe, durante siglos de siglos.

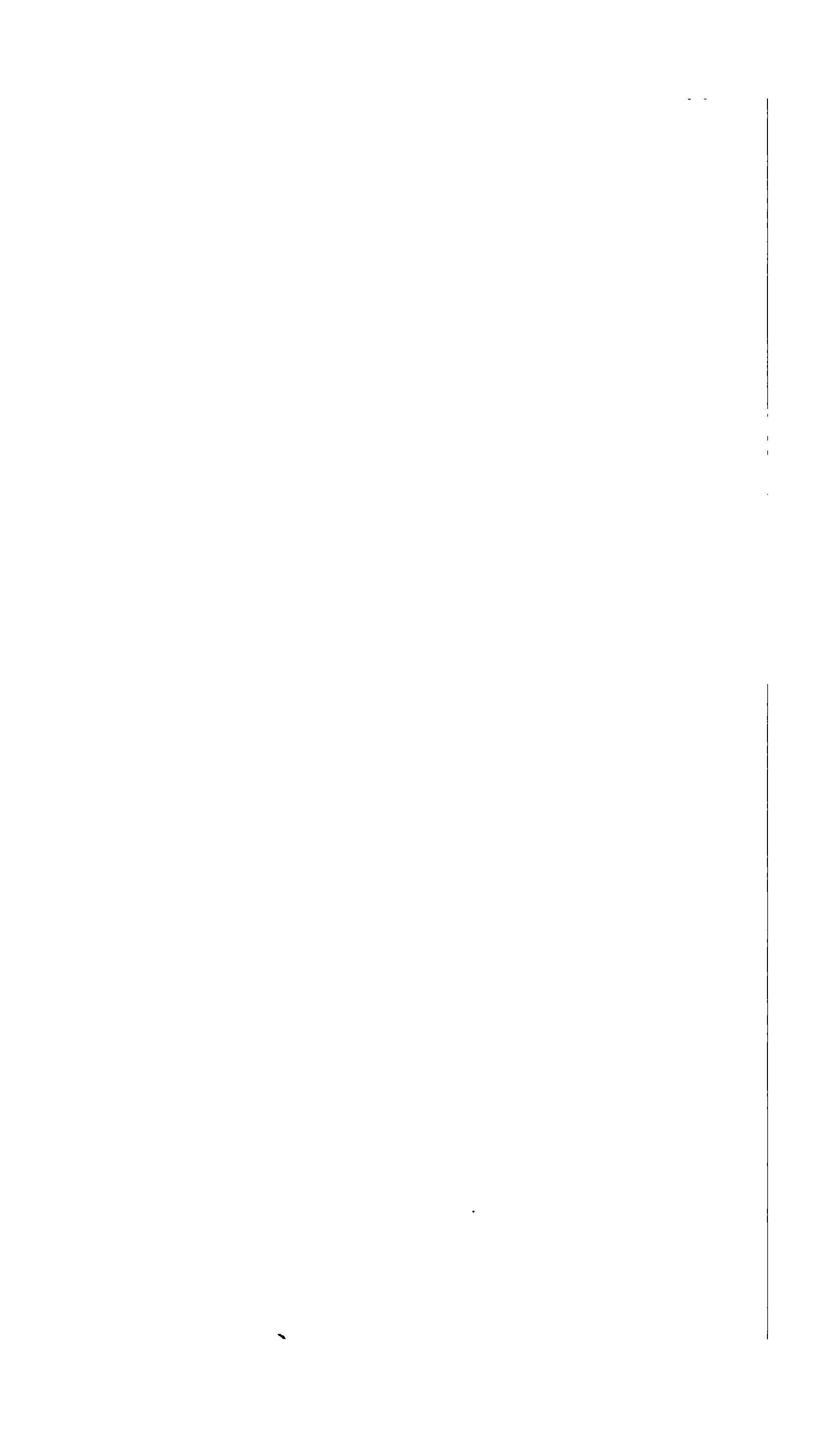
Ultima moralidad. Todo es relativo, como decía D. Hermógenes. No hay menos ni más. En el tiempo que he tardado yo en escribir este artículo para cumplir mi imprudente promesa, un hombre de ingenio fecundo hubiera sido capaz de escribir la historia de toda la raza humana; y, en menos tiempo, mis silfos son capaces de realizar lo más importante de su propia historia. No lo daré por muy seguro, porque no he llegado á enterarme bien y no gusto de fantasear, pero es posible que mientras yo he estado afanadísimo componiendo todas estas candideces é inocentadas á fin de salir del paso, mis silfos hayan fundado nuevos imperios, creado constituciones, inventado filosofías y máquinas, y erigido monumentos, en su sentir, imperecederos.

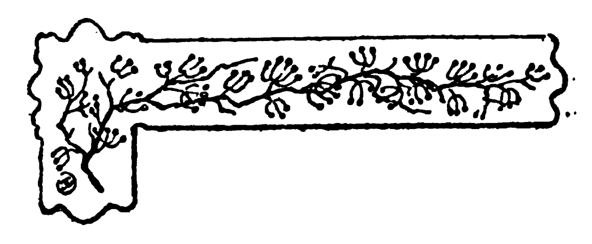
Tal consideración me avergüenza y humilla, en vez de llenarme de vanidad; y, aunque no sea de silfos, sino de hombres como yo, el público que ha de leerme, todavía le presento con grandísima desconfianza este escrito, que no he tenido reposo, ni humor, ni tiempo pára hacer más breve.

LA

VENGANZA DE ATAHUALPA

LEYENDA EN DIÁLOGO.





LA

VENGANZA DE ATAHUALPA

LEYENDA EN DIÁLOGO.

> No hay que reprender á los que le mataron, pues el tiempo y sus pecados los castigaron después, ca todos ellos acabaron mal.
>
> (GOMARA, *Historia de las Indias.*)

La escena pasa en un lugar de Extremadura, por los años de 1542.

JORNADA PRIMERA.

Sala en casa de Doña Brianda.

ESCENA I.

LAURA, JUANILLA.

JUANILLA.—Ya que tan poco cuidas del adorno de tu persona, deja que te coloque bien el manto. (Procura arreglárselo bien.) ¡Qué flojera! ¡Si se te cae! ¿Por qué quieres ir tan desgarbada? Es un contra Dios que, siendo tan linda, no hagas valer la belleza que Dios te

ha dado. ¡En toda Extremadura no hay más gallarda moza que tú! ¡Pertinaz melancolía es la tuya! Pues no... ahora no tienes motivo. Nos faltaba dinero. Hoy nadamos en oro. Tu hermano ha traído de Indias el rescate de Atahualpa y el botín de Caxamalca, Jauja y el Cuzco. ¿Qué más quieres?

LAURA.—Si yo no quiero nada.

JUANILLA.—Y luego, para que la ventura sea cumplida, no contento tu hermano con traerte tantas riquezas, te trae la fama de su nombre, el brillo de sus hazañas, y te trae, por último, lo que más anhelan las niñas de nuestra edad... un marido que ni mandado hacer de encargo... con treinta años apenas, recio, brioso, bello como Adonis, y con mucha hacienda, ganada también en ese imperio que acaba de conquistar Pizarro. No comprendo tus penas; debieras estar alegre como unas sonajas.

LAURA.—Y lo estoy. ¿Por qué supones que no estoy alegre?

JUANILLA.—No lo supongo; lo veo. Tu hermano lo ve también. Y lo ve y lo lamenta el Sr. Francisco de Cuéllar, á cuyo amor no correspondes.

LAURA.—¡Ay, Juana! Yo no puedo mandar en mi corazón. Cuéllar es digno, por mil razones, de ser amado. Su gentil apostura, su valor, la misma vehemencia del afecto que me muestra, y sobre todo, el imperio y la osadía con que su ánimo se impone y señorea á los otros, son prendas que deben avasallar y rendir el corazón de una mujer; pero el mío está muerto para los amores del mundo. Apenas ha latido y ya está fatigado. Sólo ansío

el reposo. La inesperada vuelta de mi hermano, y este repentino cambio de nuestra fortuna, de adversa en próspera, no bastan á hacerme variar de resolución. Sigo en mi propósito de cuando estaba pobre y desvalida. Quiero retirarme á un convento.

JUANILLA.—¿Qué motivos hay para tomar esa resolución, cuando todo debiera sonreirte? Tú me ocultas algo. Secreto dolor contrista tu espíritu. ¿Por qué no amas á Cuéllar? ¿Amas quizá á otro hombre?

LAURA.—No es menester acudir á la suposición de otro amor, ni es menester imaginar pena muy honda y misteriosa para explicar mi inclinación al claustro y mi despego de las cosas mundanales. Aunque sea yo indigna, ¿No puedo sentir la vocación?

JUANILLA.—Puedes... pero ya te apartará de ella tu hermano. Tu hermano ama á Cuéllar y le debe mucho; Cuéllar te idolatra; su dicha pende de que le des un sí; y tu hermano, que anhela hacer la dicha de su amigo, te persuadirá al fin á que no le dejes desairado.

LAURA.—No me hables más en eso, Juana. Me aflige y cansa el oirte. ¿Lo ves? Hasta es material mi cansancio. Casi no puedo tenerme en pie.

(Laura se deja caer como desfallecida en un sillón de brazos.)

JUANILLA.—Descansa un momento, y prepárate á recibir al Sr. Francisco de Cuéllar. (Mirando por un balcón que hay en el fondo.) Asómate con disimulo. Ahora aparece por el extremo de la calle. Aunque no sea más que por curiosidad, asómate. Verás qué

galán viene á visitarte. Fulgura sobre su frente, cual penacho de fuego, la esmeralda que trae en la gorra, y que, según dice el indio Cipriano, adornaba la cabeza de la principal ó superiora de las vírgenes consagradas á ese mismo sol que en este instante ilumina la joya con sus rayos. La cadena de oro que pende de su cuello, debe de pesar unas cuantas libras. Y el vestido ¡qué pulcro y qué lujoso! de raso, y velludo todo él... ¡Si parece tu novio un emperador! El jubón y los gregüescos son morados, con pespuntes de oro; los puños y la gorguera de primorosas randas; las calzas ceñidas, de punto, dejan lucir la bien formada pierna; y el lindo gabán, con mangas perdidas, está aforrado de marta. Vamos, señora, no seas de cal y canto. Mírale... ¡qué airoso viene! ¡Qué barba negra tan bien peinada y lustrosa! ¡Qué bonitos rizos! Pero... ya entra en el zaguán... Ya entró. Voy á abrirle.

(Sale Juanilla. Laura, al verse sola, exhala un hondo suspiro y exclama):

LAURA.—¡Madre Santísima de los Dolores! ¡Jesús mío de mi alma! ¡Tened piedad de mí!

ESCENA II.

Entra JUANILLA acompañando á FRANCISCO DE CUÉLLAR. JUANILLA se va, y deja al hidalgo con su señora.

CUÉLLAR.—Vengo, hermosa Laura, á despedirme de vos para una ausencia, que espero sea corta. Vuestro hermano y yo tenemos negocios en Sevilla, y hemos convenido en que yo sea quien

vaya á ponerlos en orden. Mucho me cuesta separarme de vuestro lado: os amo más cada día; pero conozco que esta separación es conveniente. Libre así del asiduo ahinco con que os visito, sirvo y pretendo, podréis meditar mejor en lo que os está bien hacer; y luego no seréis acaso tan dura conmigo.

LAURA.—Creedme Sr. Francisco de Cuéllar, yo no puedo ser dura con vos, porque no soy ingrata. Grande es la honra que me hacéis en ofrecerme vuestra mano: yo os lo agradezco...

CUÉLLAR.—Pero no lo aceptáis. ¿Amáis á otro, Laura?

LAURA.—No, Cuéllar. Si mi alma fuese capaz de amar, os amaría.

CUÉLLAR.—Las mujeres tenéis mil melindres y os forjáis mil dificultades fantásticas que los hombres no entendemos. ¿Por qué no ha de ser capaz de amar vuestra alma? Yo he oído decir que el ángel de las tinieblas es el único sér incapaz de amar. Vos, que sóis lo contrario, vos, que sóis un ángel de luz, antes que al desamor, debéis sentiros propensa á enamoraros. Y la gratitud, Laura, que confesáis deberme, es excelente preparación de amor. Poco os falta ya para amarme, si es que me estáis agradecida. Poned buen talante y me amaréis al cabo. ¿Calláis? ¿Nada me respondéis?

LAURA.—¿Qué he de responderos que os plazca? Sóis discreto y valiente, estáis rico, volvéis de Indias cubierto de laureles; mi hermano quiere que yo sea vuestra; si yo me sintiera inclinada á amar, á nadie amaría mejor que á vos; pero ¿qué queréis?

Me duele decíroslo. Os pediré perdón de rodillas si os agravio diciéndooslo. No os amo.

CUÉLLAR.—Repito que amáis á otro hombre. Tenéis miedo por él, y por eso no me lo confesáis. Yo sabré quién es mi rival. Yo me vengaré de quien me roba vuestro afecto.

LAURA.—Sosegaos, Cuéllar. No dudéis de mi sinceridad. No amo á criatura alguna con ese amor exclusivo. No tenéis rival de quien vengaros.

CUÉLLAR.—¿Cómo, por qué destruir entonces todas mis esperanzas, por tantos años y en medio de tantos peligros alimentadas y acariciadas? Eráis muy niña, apenas eráis mujer, cuando os ví por vez primera y os amé ciegamente. ¿No me recordáis de entonces? ¿Ni siquiera me recordáis?

LAURA.—Sí, Cuéllar: recuerdo cuando vinisteis con mi hermano desde Salamanca. Estuvisteis aquí cuatro días y os fuisteis á Sanlúcar á embarcaros para las Indias. ¿Cómo no recordar aquellos tan amargos instantes en que mi hermano me abandonaba, quizá para siempre, yendo á través de los mares á tierras desconocidas y remotas, entre gentiles, á buscar fortuna y á hallar acaso la muerte.

CUÉLLAR.—Pues bien, Laura: ya que recordáis aquellos instantes, sabed que desde entonces os amo. Mi vida había sido hasta allí, como la de vuestro hermano, un delirio sin tregua, una bacanal espantosa. Estudiantes ambos en Salamanca, nos hicimos amigos, no para estudiar juntos, sino para ser juntos más que traviesos y bulliciosos. Fuimos el escándalo de la ciudad. La poca hacien-

da que ambos teníamos se consumió en deportes. No tuvieron número nuestras pendencias. La suerte siempre nos fué propicia en las armas, pero en el juego nos fué contraria. Perseguidos entonces por usureros, sin recursos y sin ganas de estudiar, nos llenamos de codicia y de férvido deseo de gloria al oir contar los descubrimientos y conquistas que andaban haciendo los españoles en las Indias de Occidente, y determinamos irnos por allá en busca de los bienes que por acá nos negaba el destino. Yo no quise despedirme de nadie. Estaba mal con mi padre, que vivía aún, y no fuí á verle por mil motivos: entre ellos, á fin de que no estorbase mi atrevida determinación. Vuestro hermano, huerfano de padre y madre, quisó venir por aquí á veros antes de partir, á despedirse de su tía Doña Brianda, á quien os dejó confiada, y á allegar algunos mezquinos recursos. Tal fué la ocasión de que nos viéramos. Vuestra vista fué una revelación para mí. El amor brotó de repente en mi alma y echó en ella profundas raíces. Yo no había tratado sino con aventureras infames, y en vos ví á la mujer que imaginan, si no logran verla, los corazones enamorados: inocente, pura, hermosa, discreta aunque tan niña...

LAURA.—¡Ah! ¡Callad por piedad, y no me atormentéis! No merezco tanta estimación de vuestra parte...

CUÉLLAR.—Desde entonces, sin declarároslo, porque no me atreví ni era aquella ocasión de declarároslo, me consideré como vuestro Amadís y fuisteis mi Oriana. Para vos ambicionaba la nom-

bradía; para vos codiciaba las riquezas. En las tempestades de la mar os veía cual estrella solitaria que me guiaba desde la bóveda celeste entre las rotas nubes. En la isla infernal me alimentaba vuestro recuerdo, y me daba fuerza para resistir la sed, el hambre y la inclemencia de los elementos. Por los desfiladeros horribles de la sierra, por las sendas escabrosas donde sólo la hendida pezuña del llama y el pie desnudo del indio se diría que podían sostenerse sin resbalar, iba yo tranquilo, á caballo, abrumado con el peso de mis armas, porque vos erais el ángel que me sostenía para no hundirme en el hondo precipicio. En las crestas nevadas, donde hace su nido el condor, donde no había árboles con que encender una hoguera, donde muchos infelices compañeros y hasta los indios que nos guiaban morían de frío, la sangre se agitaba en mis venas, porque el fuego de vuestro amor ardía en mi corazón, y por ellas se difundía. En los trances de mayor peligro, en las fatigas más rudas, después de encomendarme á Dios, á vos me encomendaba, como si fueseis mi ángel custodio ó el santo de mi devoción, abogado mío en el cielo.

LAURA. (Aparte.)—¡Dios mío! ¿Por qué no arrancáis este amor del corazón de Cuéllar? Harto sabéis que no debo pagar este amor.

CUÉLLAR.—Ya véis, Laura, cuánto os he amado. Pues ahora os amo más aún. Vuestro desvío irrita, enciende mi pasión. No hay obstáculo que me arredre. Ó he de conquistar vuestro corazón ó he de morir en la demanda.

LAURA.—No sé qué contestaros, señor. Vuestras palabras me lisonjean y me asustan.

CUÉLLAR.—Aquí viene vuestro hermano.

ESCENA III.

Dichos, RIVERA.

RIVERA.—Veo que siguen los melindres de Laura. Merecería que la olvidases y despreciases.

CUÉLLAR.—No ofendas á tu hermana, Rivera. El amor no se impone. Me basta con la certidumbre que ya tengo de que ella no ama á otro. Sin más rival que Dios, el mismo Dios me ayudará, con el tiempo, á conseguir su amor. Aguardaré con resignación y firmeza. Adiós, Laura. Dentro de media hora saldré para Sevilla. Pensad en mi amor, y, si por mí no me amáis, amadme por el amor que os tengo.

LAURA.—Estimo tanto, noble Cuéllar, vuestra persona como vuestro amor. Mi mayor infortunio es no poder deciros, con el corazón, que os amo y que soy vuestra.

CUÉLLAR.—Adiós, Laura. Adiós, Bartolomé. (Cuéllar va á salir.)

RIVERA.—Voy á despedirte.

CUÉLLAR.—No te molestes. Todo está preparado y parto en seguida. No tengo más que ponerme en traje de camino. Adiós. Te ruego que no vengas.

RIVERA.—Adiós, pues. (Vase Cuéllar.)

ESCENA IV.

LAURA, RIVERA.

RIVERA.—Tu desdén, hermana, me tiene más disgustado cada día. Hay en la causa de que nace un misterio que quiero y temo descubrir. Pero no hablemos de esto ahora; tienes puesto el manto para salir con Juanilla. Tus ropas están en casa de Doña Irene: vete al punto allí. Como ya te dije, no quiero que permanezcas más en esta casa. Doña Irene, que es persona de toda mi confianza y de mucha autoridad, te dará albergue y te hará compañía hasta que te cases, si es que te casas. ¡Hola! ¡Juanilla! (Aparece Juanilla.)

JUANILLA.—¡Señor! ¿Qué mandas?

RIVERA.—Vete con Laura. Doña Irene os espera. (A Laura.) ¿Y tu tía?

LAURA.—Fué á sus devociones. En casa de Doña Irene me aguardará ya también.

RIVERA.—Pues anda con Dios.

LAURA.—Adiós, hermano.

(Vanse Laura y Juanilla.)

ESCENA V.

RIVERA solo.

RIVERA.—Me devoraba la impaciencia de quedar solo para recibir y hablar al Padre Antonio, que debe llegar al punto. (Pasea agitado por la estancia.)

Cipriano está á la mira; le abrirá y le hará entrar. El Padre Antonio, si quiere, puede revelármelo todo. Si no quiere, le obligaré á ello. Ni el Padre ni nadie se ha de burlar de mí. Un compañero del marqués Pizarro debe inspirar respeto, debe infundir terror. Me sobra derecho: tengo motivo justo... Ya llega el fraile... Siento sus pasos en el corredor. Calma. Serenémonos.

ESCENA VI.

RIVERA, el PADRE ANTONIO.

EL PADRE.—¡Ave María Purísima! La santa paz de Dios sea en esta casa. ¿Qué me quieres, hijo?

RIVERA.—Antes de todo, besar la mano de vuestra reverencia, por quien es y por la merced y la honra que me hace en venir á verme, cediendo á mi súplica.

(Rivera besa la mano al fraile y ambos se sientan en sendos sillones.)

EL PADRE.—Di lo que gustes.

RIVERA.—Sé que mi hermana es vuestra hija de confesión.

EL PADRE.—Desde hace tres años.

RIVERA.—¿Queréisla bien?

EL PADRE.—¿Cómo no quererla? Sus excelentes prendas le granjean estimación y cariño.

RIVERA.—Conoceréis sus pensamientos y su vida.

EL PADRE.—Su alma es un libro abierto para mí. Los ojos de mi espíritu penetran en el fondo de su

corazón, como si fuera su pecho de cristal limpio y claro.

RIVERA.—Ya que tan bien la conocéis, ¿podréis declararme por qué repugna casarse con el hombre que he elegido para ella?

EL PADRE.—¿Qué necesidad tienes de que yo lo declare? Sabido es que tu hermana desea tomar el velo.

RIVERA.—Y vos ¿cómo no le aconsejáis que me obedezca?

EL PADRE.—Porque no debo contrariar su vocación; porque no puedo apartarla del camino por donde Dios la lleva.

RIVERA.—Bien está, Padre. Pero yo tengo una duda. ¿La vocación es espontánea ó motivada por algún suceso infausto? Sacadme de esta duda.

EL PADRE.—No puedo.

RIVERA.—Voto á una legión de demonios. ¿Pretendéis probar mi paciencia? Sacadme de esta duda.

EL PADRE.—Bartolomé de Rivera, tú no estás en tu juicio.

RIVERA.—¿Qué pretendéis significar?

EL PADRE.—Nada pretendo significar; afirmo que te olvidas de quién soy, y que me faltas al respeto. Si hubiese alguna razón oculta, algo de misterioso en el motivo de la vocación de tu hermana, y si yo conociese esa razón y ese motivo, sería bajo el sigilo del Santo Sacramento. ¿Cómo había yo de romper el sigilo para satisfacer tu sacrílega curiosidad? ¿Por quién me tomas?

RIVERA.—¿Y por quién me tomáis vos á mí? No

me conocéis. No lo extraño. Me fuí de aquí muy mozo. Si me conociérais, sabríais que soy tenaz. Estábamos en una peña estéril, rodeada de mar desconocido, sin esperanza apenas de que llegasen gentes de refresco con barcos, víveres y armas para proseguir una empresa que parecía locura; estábamos ya postrados de fatiga, sed y hambre, cuando vino Tafur el cordobés á llevarnos á Panamá por orden del gobernador. Los más cedían y se iban con Tafur. Pizarro, entonces, con notable aliento, desenvainó su puñal é hizo con él en la arena una raya que iba de Poniente á Levante: «Quien quiera volver á Panamá á ser pobre, dijo, que no pase esta raya; y quien quiera ir al Perú á ser rico, que la pase y me siga. Escoja el que fuere buen castellano lo que mejor le estuviere.» Así habló y pasó la raya. Le seguimos trece, y yo fuí uno de ellos. Desde entonces nos apellidan los trece de la fama. ¿Y sabéis por qué? Porque viéndonos cercados de los mayores trabajos que pudo el mundo ofrecer á hombres, y más para esperar la muerte que las riquezas que se nos prometían, todo lo pospusimos á la honra. Considerad, pues, si yo cejaré en casos de honra, cuando hice allí lo que hice. Siete meses aguardamos en aquel infierno con la vaga esperanza de que viniese un barco que nos llevara á descubrir un imperio tal vez soñado. ¡Qué no haré yo ahora por descubrir algo que me importa no menos que el imperio!

El Padre.—No veo, hijo, los trabajos que ahora tienes que pasar, ni mucho menos los peligros que tienes que arrostrar. Permite que no vea

tampoco ni amenazas ni desacato impío en tu razonamiento.

RIVERA.—Dejémonos de rodeos y de equívocos, Padre. No es mi intención ofenderos; pero hay una causa oculta de la resistencia de mi hermana á casarse con Cuéllar. Tengo indicios de que la hay. Decídmela, pues. El ser yo cabeza de familia me da derecho á ello.

EL PADRE.—Me asombra tu ignorancia. Ni el Rey puede obligar al sacerdote á que revele un secreto de confesión, aunque de él penda la salud de la República. Cabeza de familia y Emperador era Wenceslao, y el santo mártir Juan Nepomuceno sufrió la muerte antes que declarar lo que le había confiado la Emperatriz. Su lengua, que supo callarse, se conserva aún en Praga, incorrupta y esparciendo suave fragancia.

RIVERA.—No temáis...

EL PADRE.—Nada temo.

RIVERA.—No temáis, digo, que imite yo al Emperador, y haga experimento cruel de la no corrupción de vuestra lengua. No cedáis por miedo ruín; pero ceded á la prudente consideración de evitar males mayores. Sin acudir á vos, tengo medios de averiguarlo todo, exponiéndome á ser tremendo y hasta feroz con alguna persona. Evitad que lo sea.

EL PADRE.—Dios lo evitará, si conviene. Yo no debo faltar á mi obligación para evitar que tú faltes á la tuya: yo no debo pecar para que tú no peques. Deber mío, no obstante, es darte sanos consejos y apartarte de toda airada determinación,

y más aún si no tienes fundamento para tomarla. Tu hermana quiere retirarse del siglo. ¿Qué mal hay en esto? ¿Por qué no ha de ser espontánea su vocación? Y cuando no lo sea, cuando haya algún oculto motivo, ¿ha de ser malo el motivo que á tan buen fin conduce?

Rivera.—Padre Antonio, inútil es ya el disimulo. Yo sospecho algo de la condición infame de ese motivo, y tengo que poner en claro mi sospecha. Juanilla, que se ha criado con mi hermana, es tan picotera como simple. En los cinco días que hace que llegué á este lugar, he hablado con ella varias veces y he procurado averiguar la vida que Laura y mi tía Doña Brianda han hecho durante mi larga ausencia.

El Padre.—¿Y qué has averiguado por Juanilla?

Rivera.—Poco para lo que me importa; demasiado para que mis recelos se confirmen. En estos tres últimos años sé que esta casa ha sido como un monasterio. Mi tía y mi hermana no han salido sino para ir á la iglesia. Aquí sólo vos habéis entrado.

El Padre.—¿Y antes de los tres últimos años?

Rivera.—Antes ha pasado siempre ó casi siempre lo mismo. Oid, no obstante, cómo mis sospechas han ido confirmándose. Mi hermana acaba de cumplir diez y nueve años. Tenía catorce cuando yo la dejé y me fuí á las Indias. Hace tres, poco antes de que empezase á confesarse con vos, estaba mi hermana entre los quince y los diez y seis. Hasta entonces gozó de buena salud y de excelente y muy alegre humor. Sus mejillas parecían rosas;

sus labios claveles. Laura brincaba como un cervatillo y cantaba como un jilguero. Hoy ni brinca, ni canta, ni da señal de regocijo. Hoy gime, suspira y desfallece. Está hermosa, pero la encendida color de sus mejillas ha desaparecido. Su palidez, sus ojeras y su melancolía la hacen acaso más interesante: ponen algo de extraño y misterioso en su hermosura; pero me dan mucho en qué pensar. De los mil pormenores que inocentemente me ha descubierto Juanilla, resulta que esta mudanza de Laura empezó poco antes de que ella fuese vuestra hija de confesión. ¿Qué sucedió, pues, poco antes? Claro está que yo, como quien une pedacillos de papel para leer un escrito que se ha roto, he ido enlazando y uniendo lo que me ha dicho Juanilla en varias ocasiones. Por ella sé también que, hace más de tres años, entró varias veces en esta casa un hombre que no érais vos. Entró con tanto recato, que nadie de fuera logró verle. Juanilla misma no le vió jamás la cara. ¿Quién era este hombre? ¿A qué venía? ¿Por qué no ha vuelto? Doña Brianda no es vieja ni fea. Ahora apenas tiene cuarenta años. El hombre pudo venir por ella; pero tengo mis razones para dudar de que por ella viniese.

El Padre.—¿Por quién crees que vino?

Rivera.—Por mi hermana. Doña Brianda habrá de confesármelo todo.

El Padre.—No bastan esas apariencias engañosas. No te precipites á algún acto violento.

Rivera.—No me precipito. Voy con pies de plomo. He continuado en mis pesquisas, y algo más

he descubierto. He forzado la cerradura del arca de mi tía; he registrado toda el arca, y en el fondo, en otra arquilla pequeña que he abierto asimismo con violencia, si bien no he hallado escrito alguno, he hallado una bolsa llena de monedas de oro y varios dijes de valor. ¿De dónde proviene esto? Mi tía estaba en la mayor pobreza. ¿Cómo lo ha ganado? Vos lo sabéis todo. Decídmelo y evitaréis acaso una explicación penosísima. A fin de quedarme solo y libre; á fin de que nadie más que yo se entere de lo que deseo enterarme, y sea testigo, quién sabe si de mi deshonra, he excitado á Cuéllar á que vaya á Sevilla á terminar nuestros negocios, y he enviado á Laura con Juanilla en casa de Doña Irene. Aquí sólo quedamos el indio Cipriano y yo. Mi tía volverá pronto, y entonces yo me entenderé con ella en esta soledad.

El Padre. —¿Pretendes acaso atormentar á tu tía?

Rivera.—¿Por qué no, si lo merece?

El Padre.—No lo consentiré jamás.

Rivera.—¿Qué medio tenéis para oponeros? ¿Con qué razón os opondréis? En casos de honra no hay tribunal que valga. Es necesario que el mismo agraviado descubra el delito y le castigue. Vos, que sois tan sigiloso para lo que en confesión os dicen, no seréis mi delator, infamándome y descubriendo mi propósito. En esta confianza, aunque pudiera deteneros y aun encerraros, os dejaré ir libre. (Suenan dos aldabonazos á la puerta.) Ahí está ya Doña Brianda. (Prestando oído á los pasos, que se supone que oye en el corredor.) Mi tía se va derecha á su

cuarto. Padre, podéis iros. Cuenta con lo que hacéis. Si me delatáis, si enviáis á alguien en socorro de Doña Brianda, estoy determinado á todo; no temo ni á la horca; mato á Doña Brianda á puñaladas. ¡Cipriano! (Aparece el indio.)

CIPRIANO.—¡Señor!

RIVERA.—Acompaña al Padre Antonio hasta la puerta de la calle. Adiós, Padre Antonio. (Vase Rivera.)

ESCENA VII.

EL PADRE ANTONIO, CIPRIANO.

EL PADRE. (Aparte.)—No debo irme. Sólo quedándome puedo evitar una gran desgracia, aunque sea exponiéndome á morir á manos de este energúmeno. (Al indio con firmeza.) Me quedo aquí.

CIPRIANO.—El amo manda que se vaya vuestra reverencia. Fuerza es obedecerle.

EL PADRE.—¿Y por qué le obedeces?

CIPRIANO.—Por temor y por cariño.

EL PADRE.—Temor... no le tengas. Aquí no estamos en el Perú, donde era omnipotente tu amo. Cariño... la mayor prueba que de tu cariño puedes darle, es dejarme aquí y callar. Quedándome, salvaré á tu amo.

CIPRIANO.—Padre, yo no puedo entrar en estas honduras. Sólo me toca obedecer. Venid, salid de casa.

EL PADRE.—Te digo que no saldré. ¿Eres cristiano?

CIPRIANO.—Sí, Padre, á Dios gracias.

EL PADRE.—Respeta, pues, en mí á un ministro del Altísimo. Dios me manda que aquí me quede. Concurre á que se cumplan sus designios inescrutables. Cállate y déjame tranquilo. Si por obedecer á tu amo me desobedeces y desobedeces á Dios, caerá sobre tu cabeza la maldición del cielo.

CIPRIANO.—¿Qué decís? ¡Jesús mío!

EL PADRE.—Lo que oyes: la maldición del cielo.

CIPRIANO.—¡Qué horror!... (Volviendo de su asombro.) Vete, señor. Tiemblo por ti y por mí. Mi amo va á volver.

EL PADRE.—Sal tú. Yo me ocultaré en aquella estancia. Desde allí estaré á la mira. (Se oye dentro ruido.)

DOÑA BRIANDA. (Desde dentro y lejos aún.)—¡Déjame en paz! ¿Te has vuelto loco? (El Padre se oculta.)

CIPRIANO.—¡Qué apuro! Si callo soy infiel á mi amo. Si delato al Padre, ¿qué hará de él este terrible amo mío? Además, Dios me castigaría. El Padre parece un santo. Sin duda se esconde por nuestro bien. (Vase Cipriano.)

ESCENA VIII.

RIVERA, DOÑA BRIANDA.

(Aparece Doña Brianda huyendo de Rivera y como buscando medio de irse á la calle. Rivera le ataja el paso, cierra la puerta que da á lo exterior de la casa y guarda la llave. Cierra igualmente los vidrios del balcón.)

DOÑA BRIANDA.—Déjame en paz, Bartolomé. Tus sospechas son tan absurdas como ofensivas.

RIVERA.—Ya es inútil que corras. Ya no puedes irte. Cerré la puerta de tu cuarto que da al corredor. Ahora he cerrado esta otra. He cerrado el balcón para que no te oigan si gritas. Resígnate y dame cuenta de todo.

DOÑA BRIANDA.—Bartolomé, tú deliras. Me pones miedo. Gritaré y me oirán.

RIVERA.—De sobra me conoces. Ya sabes que no entiendo de burlas. Estoy determinado. Si gritas, te ahogo. Calma, pues. Vamos... siéntate.

(Agarra de un brazo á Doña Brianda y la hace sentarse.)

DOÑA BRIANDA.—Eres el mismo de siempre. Tan cruel, más cruel que hace años. Pero entonces eras infeliz. Tenían disculpa tu mal humor y tu violencia. Hoy no la tienen. Entonces... ¿te acuerdas?... acudías á mí en casos desesperados... perseguido por tus acreedores... yo te daba cuanto tenía. Por ti vendí las finquillas que me dejó mi difunto marido. Por ti y para ti desaparecieron las alhajas que autorizaban mi estrado: brasero de plata con tarima de ébano incrustado de marfil, alcatifas de Levan-

te, tapices flamencos, escaparates y escritorcillos, sillones de vaqueta de Moscovia y almohadas de Damasco. Mis dijes fueron empeñados, y al cabo vendidos para acudir á tus compromisos. Pero, ¿qué mucho? ¿No te llevaste en ocasiones hasta lo que hilaba yo en la rueca y lo que afanaba en la almohadilla? Hoy estoy pobre y tú muy rico. Nada puedo darte ya. ¿Por qué me amenazas? ¿Por qué me intimidas?

Rivera.—Porque no es verdad lo que dices; porque no estás pobre. He registrado tu arca. Mira lo que he encontrado... (Mostrándole los objetos.) Esta bolsa llena de oro; estas ricas joyas... ¿De dónde ha venido todo esto?

Doña Brianda.—¿Estás celoso, mi bien? Si estás celoso, mayor es la dulzura con que tus celos me lisonjean que el temor que me causa tu ira. Mi bien, yo no te he faltado.

Rivera.—Fuego del cielo te confunda. Con razón lo sospechaba. ¿Qué oficio abominable hiciste entonces para satisfacer tu codicia? No seas necia. Yo no tengo celos. Yo no te amo. Yo me avergüenzo de haberte amado. Te pagaré con usura lo que gastaste por culpa mía. Otra causa me mueve á averiguar de dónde han venido estas riquezas. Confiesa tu maldad. ¿De dónde han venido?

Doña Brianda.—El furor te ciega. Bartolomé, escúchame con reposo.

Rivera.—Me presto á escucharte con paciencia que raye en lo inverosímil, aunque preveo que vas á mentir. Di lo que quieras.

Doña Brianda.—No tengas de mí tan mala opi-

nión: tú mismo te agravias teniéndola. Considera, Bartolomé, que esa opinión mala la debías tener ya cuando te fuiste á Indias. Y si la tenías, ¿por qué dejaste á tu hermana en mi poder? ¿Qué caso hacías entonces de tu honra cuando la dejabas á la merced de quien tan vil concepto te debe? No: yo no soy tan perversa como imaginas. He sido culpada, débil contigo; pero amarte fué mi pecado: tú, menos que nadie, debieras acusarme. Yo te perdono el mal que me has hecho con tus durísimas palabras. Perdóname tú el engaño que te hice, ocultándote, cuando te fuiste á Indias, que aún me quedaba ese pequeño tesoro. Por no vivir en la miseria te le oculté. Te dije que ya te había dado cuanto tenía, y aún guardaba eso que hoy has descubierto y bastante más con que hemos vivido. Dime tú, imprevisor, loco: ¿cómo hubiéramos vivido tu hermana y yo, si no tengo el tino y la precaución de engañarte?

Rivera.—¿Cómo hubiérais vivido? Como vive toda mujer honrada y pobre: con el trabajo de vuestras manos. Debió, además, alentaros la esperanza de verme volver rico, ilustre, glorioso, como al fin he vuelto. Pero vosotras no tuvísteis ni esperanza ni fe.

Doña Brianda.—Considera que no pocas veces te lloramos por muerto; que no recibíamos cartas ni noticias tuyas. Ciego de ambición, luchando á brazo partido con la fortuna, sin duda te olvidaste de mí y de tu hermana, y no nos escribías; tal vez no tenías medios de escribirnos.

Rivera.—No los he tenido casi nunca. Y, ade-

más, ¿para qué escribiros? ¿Hubieran sido mis cartas cual benéfico talismán, que te hubiera impedido ser mala? Tus embustes groseros no me deslumbran. Veo ya claro el abismo en que ha caído mi honra. No sufro más disculpas vanas. Dime el nombre del seductor. Pronto, ó mueres. (Amenaza darle muerte con la daga desnuda.)

DOÑA BRIANDA.—Mátame... Yo no puedo suponer lo que no es.

RIVERA. (Aparte.)—Es tan terca, que se dejará matar y no descubriré nada. Apelaré á la astucia. (Á Doña Brianda.) En balde finges..., en balde te callas... Aunque no lo confieses..., tengo pleno convencimiento de tu delito. Laura me lo ha confesado todo.

DOÑA BRIANDA.—Laura soñaba... Laura no ha podido mentir... Tú eres quien inventa todo eso, pensando que así confesaré. No..., no está mal ideado el ardid. Si yo fuese culpada, ya me hubieras hecho caer en el lazo. Gracias á Dios..., no lo soy.

RIVERA.—Lo que tú eres es la astucia..., la impudencia en persona; pero no te valdrá. No tendré compasión contigo. Te haré dar tormento para que confieses. (Se dirige á la puerta que da á lo exterior de la casa; la abre con la llave y llama.) ¡Cipriano! (Aparece el indio.)

CIPRIANO.—Señor, ¿qué ordenas?

RIVERA. (Aparte.)—¡Qué vergüenza! ¿Qué voy á hacer, Dios mío? (Á Cipriano.) Nada. Aguarda ahí mis órdenes. (Cierra la puerta otra vez, aunque no con llave. Luego, en voz baja, para que no le oiga el indio.) (Á Doña Brianda.) No seas terca. ¡Evita un escándalo! Mira

que estoy decidido á todo. Sálvame y sálvate. Ese indio es más que un esclavo: es un mero instrumento mío. No me obligues á que le mande que haga contigo el oficio de verdugo. Ten piedad de ti y de mí. Confiesa.

Doña Brianda.—Mátame, descuartízame, atorméntame. Nunca me declararé culpada... No..., no lo soy.

Rivera.—Lo eres, Brianda, lo eres; pero yo te perdonaré con tal de que confieses y me des el nombre del seductor, á fin de vengar el agravio. ¿Quieres que jure? Juraré... Juro por lo más sagrado que te perdono. Confiesa ahora.

Doña Brianda.—Te compadezco, pobre Bartolomé. ¿Qué pesadilla es la tuya? Si no hay delito, bien mío, ¿cómo quieres que le confiese?

Rivera. (Meditando entre sí.)—¿Tendrá razón, cielos santos? ¿Será una pesadilla la mía? ¿Por qué no ha de ser posible que la vocación de Laura sea espontánea? Pero..., ¿y el hombre que entraba aquí de oculto? ¿Y este dinero? ¿Y estas joyas?

Doña Brianda. (Advirtiendo que Rivera duda y vacila.)—¿Lo ves? Los santos del cielo te inspiran ideas mejores. Lo recapacitas y te convences de que tu diabólico ensueño no tiene sér real.

Rivera.—Escucha, Brianda. La agitación de mi espíritu no puede durar. Necesito salir hoy mismo de la duda en que estoy. Me repugnaba interrogar á mi hermana, y tú me obligas á ello. Si conviene la traeré á careo contigo. Mira que soy firme y no cejo. Aún no he agotado mis recursos de averiguarlo todo. Sólo una franca y humilde confesión

puede salvarte. Medítalo bien. Te dejaré á solas con tu conciencia. Te doy dos horas de término. Hasta muy pronto.

(Rivera toma su sombrero y va á salir. Al abrir la puerta aparece Cipriano.)

RIVERA. (Al indio.)—Ten cuidado con esa mujer, vigílala... y no consientas que salga de casa. Me respondes con tu vida. (Vase Rivera.)

ESCENA IX.

DOÑA BRIANDA, EL PADRE ANTONIO.

DOÑA BRIANDA.—¡Gracias por esta tregua, Dios mío! (Viendo al Padre, que aparece.) ¿Vos aquí?

EL PADRE.—Me había ocultado para ampararte, si hubiera sido indispensable. Todo lo he oído. Te conocía, pero no te juzgaba tan mala. En vez de ser tu defensor y tu escudo, he estado á punto de salir á acusarte. Duras entrañas tienes. Rivera te prometía con juramento su perdón con tal de que confesaras. ¿Por qué no has confesado?

DOÑA BRIANDA.—¿Y qué había yo de confesar, Padre Antonio?

EL PADRE.—¿Intentas proseguir conmigo en tus embustes?

DOÑA BRIANDA.—Además, Padre, ¿quién fía en juramentos ni en promesas de éstos que vuelven de Indias? Avezados á tratar con gentiles, á prometer y no cumplir, tal vez se figuren que también somos indios y no cristianos, y no cumplan lo que prometen. Prometida tuvo la libertad el Inca Atahualpa, comprándola con casi todo el oro

que poseía: entregó el oro, y en vez de cumplirle la promesa, le guardaron cautivo y le dieron afrentosa muerte.

El Padre.—El inca fué juzgado y sentenciado. Los jueces darán cuenta á Dios de la sentencia. No te entrometas en censurar á los otros. Piensa en ti misma. Mira que todo se descubre. Confiesa tu culpa á Rivera en cuanto vuelva á interrogarte.

Doña Brianda.—Aunque sois duro y acerbo conmigo, quiero ser con vos franca y leal. Demos por supuesto que yo soy culpada. ¿Qué ventaja sacará Rivera de que yo le confiese mi culpa? Vos, que sois sacerdote de un Dios de paz, ¿queréis que Rivera lave con sangre su agravio?

El Padre.—No; pero quiero que tenga la debida reparación.

Doña Brianda.—Esa reparación es imposible. Si no fuera imposible, sería funesta.

El Padre.—¿Por qué es imposible?

Doña Brianda.—¿Sabéis vos quién fué el seductor?

El Padre.—No.

Doña Brianda.—Laura lo ignora. Si lo supiese, os lo hubiera revelado.

El Padre.—Laura no sabe su nombre; pero le reconocería al punto si le viese.

Doña Brianda.—Jamás le volverá á ver.

El Padre.—¿No dirás tú quién es?

Doña Brianda.—Nunca, Padre; no me preguntéis más: no puedo responderos.

El Padre.—Tú misma me has dado pie para hacerte otra pregunta.

Doña Brianda.—Hacedla, si es sobre otro punto.

El Padre.—¿Por qué sería funesta la reparación, dado que fuese posible?

Doña Brianda.—Por varias razones. Convendréis en que Laura tendría que dar mano de esposa á su seductor.

El Padre.—Es evidente.

Doña Brianda.—Sería, pues, la esposa de un hombre á quien aborrece.

El Padre.—Ya le amaría.

Doña Brianda.—Además, aun suponiendo que Bartolomé de Rivera fuese tan pacífico, tan manso y tan fácil de contentar que se aquietase con ese casamiento forzoso, y aun suponiendo que el seductor se aviniese al casamiento, ¿creéis vos que todo terminaría así dichosamente?

El Padre.—¿Y por qué no?

Doña Brianda.—No terminaría dichosamente, porque Francisco de Cuéllar es un hombre de hierro; porque adora á Laura; porque no sufre rivales; porque, aun ahora que imagina que Laura va á ser de Dios, quiere disputársela á Dios; porque Laura es el sueño de Cuéllar desde hace años, y Cuéllar no consentiría que su sueño se desvaneciese. Cuéllar es más feroz, más cruel, más violento que Rivera. Cuéllar, al ver sus esperanzas frustradas, nos mataría á todos.

El Padre.—Más te valdría, desventurada mujer, que en vez de tener tanto miedo á Cuéllar, tuvieses ahora y hubieses tenido siempre el santo temor de Dios.

Doña Brianda.—No me insultéis vos también.

El Padre.—Yo no te insulto, pero necesito decir la verdad. Veo que la voz de la verdad no penetra en tu alma, y me retiro. Queda con Dios, y que Él te ilumine. (Vase.)

ESCENA X.

DOÑA BRIANDA, sola.

Doña Brianda.—¡Ay, Jesús mío! ¡Qué hombres! ¡Vaya si son difíciles y peligrosos! Bartolomé era mi cómplice. Se aprovechó de que soy débil y pecadora para arruinarme y perderme. Perdido él entonces, holgazán y lleno de vicios, no acordándose para nada de su honra, me dejó abandonada á su hermana. Hoy, que vuelve rico, merced á sus robos y atrocidades, quiere ser honrado también. Hoy me pide cuenta del tesoro que me confió. Si hubiera vuelto pobre, como yo me temía, hubiera vuelto, según su costumbre, á pedirme dinero con amenazas y malos tratos. Como vuelve rico, á fin de que los malos tratos y las amenazas no acaben nunca, me pide honra... Y á pesar de todo... ¿seré necia? Le quiero todavía. Confieso, no obstante, que para sacudir este yugo, para librarme de este maldito amor... siento á veces tentaciones de dar jicarazo á Rivera. ¡Ay! ¡Ay! ¡Qué desdichada soy! ¡Ay! ¡Ay!

(Llora y se arroja en un sillón, ocultando el rostro con las manos.)

JORNADA SEGUNDA.

Rico estrado en casa de Doña Irene.

ESCENA I.

DOÑA IRENE, LAURA.

Doña Irene, vestida de negro, con toca de lana blanca en la cabeza, aparece sentada en un sillón, junto á un bufete con recado de escribir. Doña Irene es una dama de más de sesenta años, muy venerable. Su traje, aunque sencillo, ha de ser señoril y severo. En vez de joyas, penden de su cuello devotas medallas, relicarios y cruces. Un rosario de gruesas cuentas debe ir ceñido á su brazo. Laura, destocada, está de pie.

DOÑA IRENE.—Ven acá, hija mía. Ven á mi lado sin zozobra. Siéntate; tenemos que hablar.

LAURA.—Mandad, señora. (Se sienta.)

DOÑA IRENE.—Previo tu consentimiento, y con fines que no puedo explicarte, el Padre Antonio me confió, tiempo há, como sabes, la causa de tus penas. No te sonrojes, pues, si te hablo de esa causa. No me movió á saberla, ni ahora me mueve á consultar tu corazón, una curiosidad frívola. Me mueven intereses muy altos y tu propia ventura.

LAURA.—Así lo creo. Preguntad lo que gustéis. Me avergüenzo de mis culpas, no de que tengáis conocimiento de ellas.

DOÑA IRENE.—¿Sabes el nombre de la persona?...

LAURA.—Lo ignoro. Yo le llamaba con nombre que después supe que era fingido.

DOÑA IRENE.—Sin duda le amabas entonces.

LAURA.—¡Ah, señora! Mi alma iba extraviada en

la obscura noche de su ignorancia. Él me deslumbró, me fascinó, me atrajo como dicen que atraen los abismos. ¿Por qué me preguntáis si le amaba? El atractivo diabólico no merece nombre de amor. ¿Ama el pajarillo á la serpiente? Caí sin comprender la gravedad de mi culpa. Sobrado tarde la conciencia se despertó en mí... terrible aunque confusa. Me pesaba mi maldad. Acudí al confesonario. El Padre Antonio, al descubrirme toda la belleza de la virtud, me dejó ver la fealdad del vicio; al pintarme la inmaculada inocencia, me hizo patente mi desconocimiento del bien. Con mano firme arrancó la venda que cubría mis ojos. Y yo, al oirle hablar del amor santo, advertí al punto con qué perverso simulacro de amor había sido contaminada.

Doña Irene.—Conozco tu vida ejemplar, tu ruda penitencia desde entonces. Dios te ha perdonado.

Laura.—Dios es infinitamente misericordioso; pero el mundo no puede perdonar. Yo, además, ni debo declararme culpada y pedirle perdón, porque la honra está de por medio, ni mucho menos debo engañar al mundo. Quiero, pues, huir de él; encerrarme en el claustro.

Doña Irene.—Digna de quien tiene corazón generoso y rostro vergonzoso es la determinación que tomas. Pero dime, hija mía, fuesen los que fuesen los sentimientos que el hombre desconocido te inspiró, durante tu desvarío, ¿en qué se trocaron, luego que comprendiste la magnitud de tu culpa?

Laura.—Confieso que empecé á odiarle; pero el Padre Antonio extirpó el odio de mis entrañas.

Doña Irene.—Aquel bienaventurado siervo de Dios fué como labrador cuidadoso que arranca la mala hierba del campo que ha sembrado, á fin de que nazca y prospere la buena semilla... ¿Qué sientes ahora por el hombre que te hizo caer en el precipicio?

Laura.—Terror... repugnancia... odio no... le compadecería, si mi propia desventura no agotase toda mi compasión.

Doña Irene.—¿Jamás has vuelto á verle?

Laura.—Jamás. Su vida era un misterio. No se recataba ni se ocultaba por mí, sino por todos. Desapareció como vino, sin dejar huella de sí.

Doña Irene.—La desgraciada mujer á quien tan torpemente te dejó tu hermano encomendada, y de cuya condición no podía aguardarse otra cosa que lo que hizo, ¿crees tú que tenía más noticia de quién era ese hombre? ¿Sabía de dónde vino? ¿Sabía á dónde se fué?

Laura.—Lo más duro de mi penitencia ha consistido en seguir viviendo con Doña Brianda á fin de evitar el escándalo. Con ella me dejó mi hermano, y con ella debió hallarme á su vuelta; pero ambas hemos evitado toda conversación sobre el desconocido. ¿Cómo he de saber yo las noticias que tendrá ella acerca de ese hombre?

Doña Irene.—Y él, cuando se fué, ¿nada te dijo?

Laura.—Me dijo que una imperiosa necesidad le obligaba á ausentarse; que se iba muy lejos, quizá para nunca volver.

ESCENA II.

DICHOS, EL PADRE ANTONIO.

EL PADRE.—No extrañéis, mi señora Doña Irene, que entre aquí sin anunciarme y tan precipitadamente. Laura tiene entereza para oir y sufrir lo que me urge deciros. Nadie sabe nuestro secreto, salvo Doña Brianda y el seductor misterioso; pero Rivera, al ver la resistencia de su hermana á casarse con Cuéllar, por mil indicios que ha ido recogiendo, y tal vez por el grito de su misma conciencia, que le acusa de haber dejado á Laura en poder de Doña Brianda, lo sospecha todo; anhela averiguar el nombre del seductor, á fin de vengarse; está furioso; ha querido, hasta con amenazas, que yo le revele lo que esta infeliz me ha confiado en el tribunal de la Penitencia; y ha estado más violento aún con su pecadora tía. Nada, hasta el momento presente, ha podido averiguar. Dos horas de término ha dado á Doña Brianda para que confiese. Doña Brianda no confesará. Y Rivera, que repugna interrogar y amenazar á su hermana, al cabo vendrá á llevársela para interrogarla, amenazarla y quizá castigarla.

LAURA.—Hágase la voluntad de Dios.

DOÑA IRENE.—No, hija mía. Esa no será su voluntad soberana. Yo no te dejaré ir: yo me interpondré entre la cólera de tu hermano y tu desventura. Rivera respetará mis canas y no osará atropellarme. (Entra un escudero.)

Escudero. (A Doña Irene.)—El Sr. Bartolomé de Rivera pide licencia para hablaros.

Doña Irene. (Al Padre.)—Idos con Laura. (A Laura.) Retírate, hija, y ten confianza en Dios y en mí. (Al escudero.) Decid á ese hidalgo que entre. (Vanse Laura, el Padre y el escudero.)

ESCENA III.

DOÑA IRENE, RIVERA.

Rivera.—Perdonad, señora: vengo por mi hermana.

Doña Irene.—¿Qué mudanza es ésta? Apenas ha tomado Laura posesión de mi casa, y ya queréis llevárosla.

Rivera.—Me importa hacerlo.

Doña Irene.—Bien sé yo por qué.

Rivera.—¿Cómo lo sabéis? ¿Qué es lo que sabéis?

Doña Irene.—Ya no es tiempo de disimular. Lo sé todo por Laura misma.

Rivera.—¡Así despedaza mi honra! ¡Así publica mi infamia!

Doña Irene.—Reportaos, señor de Rivera. Sólo su confesor y yo sabemos el secreto de Laura.

Rivera.— Reveladme el indigno secreto. ¿Es Laura culpada?

Doña Irene.—Laura ha expiado su culpa. Dios la perdonó ya. Perdonadla vos también y dejadla que siga su vocación y que se retire á un convento.

RIVERA.—¡Ira de Dios, señora! Eso es imposible. Cuéllar ama á mi hermana. Yo, creyéndola digna de este amor, le he alimentado con esperanzas y promesas en el alma de mi amigo. ¿Cómo no cumplírselas hoy? ¿Qué pretexto le daré si no le confío mi afrenta? ¿Y cómo confiársela sin saber antes el nombre del seductor, y buscarle y matarle? Decidme quién es; decidme dónde está, para que yo le busque y le mate.

DOÑA IRENE.—El seductor se envuelve en misterio profundo. Ni vuestra hermana, ni el Padre Antonio, ni tal vez Doña Brianda, saben quién es.

RIVERA.—Aunque se esconda en el centro de la tierra, he de sacarle de allí para que me pague con su sangre.

DOÑA IRENE.—Y si os pagase con una reparación, ¿la aceptaríais?

RIVERA.—Toda reparación es ya tardía. Pues qué, ¿he de dar la mano de Laura, para remediar su honra, á quien tal vez ceda al miedo ó á la codicia al casarse con ella? Si ahora la toma por mujer, dará á sospechar que lo hace porque yo he vuelto rico, y sobre todo, porque yo he vuelto á pedirle cuenta de su villanía. Si se allana... si se resigna á ser esposo de Laura, no será porque la ama, sino porque prefiere mi oro á mi acero.

DOÑA IRENE.—¿Y si el desconocido os diese pruebas de que ni codicia vuestro oro ni teme vuestro acero, y de que por amor recibe por mujer legítima á vuestra hermana?

RIVERA.—Aun así, no consentiría yo en el casamiento. ¿Y Cuéllar? ¿Y mi promesa? Cuéllar no

se dejará arrebatar á Laura sino por Dios. No hay más sino que mi hermana entre en el convento y que yo mate á su amante. Hubiérala él honradamente enamorado y yo cedería, aunque me doliese el faltar á Cuéllar. Pero faltar á Cuéllar y consentir en que un malvado en premio de una traición, jactándose tal vez de que me favorece devolviéndome la honra, me llame su hermano, y hiera á mi verdadero hermano de armas en el centro del corazón... eso nunca.

Doña Irene.—Sentiré enojaros; pero no es esa mi intención. Disculpen mis canas la franqueza con que os hablo. Se aviene mal vuestra severidad de ahora con vuestro descuido y abandono de hace algunos años.

Rivera.—No me enojo con vos. Si vuestras palabras son crueles, también son justas. No acierto á disculparme. Es verdad. Yo era un mozo sin freno, dechado de liviandades, entregado en cuerpo y alma á Satanás. No sabía de honra ni de virtud. Estaba ciego. Dejé á Laura, sin reflexionarlo, en poder de una mujer cuya viciosa condición no ignoraba. Pero ¿disculpa esto al hombre que la perdió? ¿Tiene perdón por esto el hombre que le ha dado el tormento de verse abandonada, deshonrada y humillada, durante tres años? Pues qué, ¿pensáis que yo no amo á mi hermana? La amo; y porque la amo he querido casarla con Cuéllar, que hubiera sido un noble marido; y porque la amo quiero vengarla del que ha sido su verdugo y no desposarla con él. ¿Creéis que ese hombre, casándose ahora, transmutará en alegría

DOÑA IRENE. (Cierra la puerta del estrado.)—Bien está. Os tengo que hablar á solas. No quiero que nadie nos escuche. No quiero que nadie nos interrumpa. Siento un peso que me aprieta el corazón. Por mi soberbia desmedida... por mi orgullo... he pecado, Padre... he pecado, y hoy me arrepiento, cuando quizá sea estéril el arrepentimiento, cuando quizá nada pueda remediarse. Oidme. Yo debí revelároslo antes. Perdonadme, aconsejadme, si aún es tiempo.

(Doña Irene hace demostración de querer arrodillarse delante del Padre; le toma la mano y se la besa.)

EL PADRE.—¿Qué hacéis, señora? ¿Qué agitación es la vuestra? Sosegaos, y hablad con serenidad.

(Lleva á Doña Irene á un sillón y hace que se siente, sentándose luego á su lado.)

DOÑA IRENE.—¿Sabéis quién es el seductor de Laura? Yo lo sé y lo he callado. Yo lo sé y no os lo he dicho. Es mi hijo.

EL PADRE.—¿Habláis verdad, señora? ¿No es efecto de una alucinación lo que decís? ¿Vuestro hijo no anda errante, proscrito, hace muchos años?

DOÑA IRENE.—Es cierto. Allá en su temprana mocedad fué uno de los más ardientes comuneros. Peleó como valeroso soldado, cuando apenas le apuntaba el bozo, en la toma de Torrelobatón, y en mil encuentros y escaramuzas; se halló en Villalar, donde se salvó por milagro; y apenas reposado de aquella infeliz jornada, acudió á la frontera á defender á España de la invasión francesa. En Pamplona fué amigo y compañero de armas de un hombre extraordinario, el cual, herido al la-

RIVERA.—Basta, pues. Llamad á mi hermana para que se venga conmigo.

DOÑA IRENE.—No la atormentéis; dejadla á mi lado.

RIVERA.—Decid á mi hermana que venga. (Gritando.) ¡Laura! ¡Laura!

DOÑA IRENE.—Dejadla en paz. La he cobrado amor. Concededme un breve plazo. Quédese aquí hasta mañana.

RIVERA.—¿Y por qué aguardar hasta mañana?

DOÑA IRENE.—Porque mi esperanza de deciros el nombre del seductor puede realizarse en ese breve plazo. ¡Ah, Rivera! Vos sois bueno de condición... no seáis empedernido. Si os dijese yo quién es; si fuese digno, á pesar de su falta; si tuviese, además, razones que le justificasen ó le excusasen... espero de vuestra bondad que le perdonaréis.

RIVERA.—Os dejo á mi hermana sólo por un día. Veremos si algo me reveláis; pero no aguardéis mi perdón para el seductor. Adiós, señora.

DOÑA IRENE.—El cielo os guarde. (Vase Rivera.)

ESCENA IV.

DOÑA IRENE, EL PADRE ANTONIO.

DOÑA IRENE. (Dando rienda suelta á una emoción comprimida hasta entonces.)—¡Padre! ¡Padre Antonio!

EL PADRE.—Aquí me tenéis.

DOÑA IRENE.—¿Dónde queda Laura?

EL PADRE.—Queda con Juanilla.

lar! lo que antes de logrado sólo excitaba en él un sentimiento ruín, despertó después sentimientos generosos. Movido D. Fernando á compasión; realmente enamorado del candor, de la sencillez y hasta del afecto de Laura, quiso consagrar su amor y legitimarle. Entonces me lo reveló todo. Y éste es mi pecado, Padre; éste es mi pecado, de que tarde me arrepiento. Yo tomé la noble resolución de mi hijo por rapto de locura. Yo supuse que su amada era una vil aventurera. Yo le representé, mil y mil veces, que hasta el pensamiento momentáneo de enlazar su ilustre casa con la de aquella mujer dándole su nombre, era un oprobio para nosotros. D. Fernando no desistió, sin embargo: aplazó su resolución. Le pedí tiempo, un largo plazo de prueba, y tuvo que otorgármele. Llegaron en esto varios avisos temerosos de que se sospechaba la presencia de mi hijo en Castilla, y de que le podían prender. No tuvo más recurso que irse precipitadamente. Yo le prometí observar si Laura era tal como él la había soñado, ó como yo la suponía. En esta prueba, en este estudio he estado años con rudo sigilo y con frialdad cruelísima. Os lo confieso: he tenido el mal deseo de que mi suposición hubiese salido cierta; pero D. Fernando había adivinado: no le había cegado la pasión: Laura es un ángel. El orgullo de mi heredada nobleza se abate, aunque tarde, y reconoce la razón.

El Padre.—Habéis participado á vuestro hijo el buen concepto que al fin tenéis de su infeliz amiga.

Doña Irene.—Sí, Padre.

El Padre.—¿Y él la ama aún?

Doña Irene.—La ama.

El Padre.—¿Ninguna otra pasión ha borrado la impresión de la primera?

Doña Irene.—Ninguna. No conocéis á mi hijo y su extraña pertinacia.

El Padre.—Es cierto. Sólo hace seis años que estoy aquí, y cuando vuestro hijo ha estado de oculto, hasta de mí le habéis recatado.

Doña Irene.—Dígoos, pues, que mi hijo no ha tenido, desde que vió á Laura, sino otro amor del que triunfó por amor de ella. Fué este amor dos años há. Viendo que su antiguo amigo Ignacio de Loyola fundaba una Compañía para combatir la pravedad herética, bajo la bandera de Jesús, quiso alistarse en ella. El amor de Laura le retuvo. No ha escrito á Laura, porque la más dura condición exigida por mí para mi severa prueba, era que no le escribiese. A mí me ha escrito, y yo le he escrito siempre que hemos hallado conducto seguro. Por sus cartas conozco esa faz de su vida. Pensando en que Laura entrase en religión, anheló él seguir á Ignacio. La rebeldía de ese malvado fraile sajón, Martín Lutero, llenaba á D. Fernando de presentimientos sombríos. Temía que, por una serie de fatales circunstancias, pasase á los pueblos del Septentrión el predominio del mundo; que Dios tal vez lo permitiría para castigo de nuestros pecados; y, á fin de contribuir á evitarlo, soñaba en consagrar su vida á la ciencia, á la predicación y á la virtud más rígida. El recuerdo de Laura no le dejó seguir por esta pendiente.

El Padre.—¿Y cómo es que vuestro hijo no ha

procurado jamás volver á la gracia y al servicio del César?

Doña Irene.—Mi hijo es zahareño hasta no poder más. Su esquivez no tiene ejemplo. Él condena casi todas las empresas y guerras del Emperador. No ve en ellas designio razonable, ni plan, ni concierto. Imagina que sólo conducen á que se arruine, se empobrezca y se despueble Castilla. Sin embargo, su generosa sangre y su amor á la tierra donde ha nacido le llevaron ya en dos ocasiones á pelear bajo las enseñas de Carlos V. Una vez en la Goleta y en Túnez, á donde acudió como capitán de estradiotes, con gente que allegó en Calabria, entre los descendientes de aquellos bravos albaneses y epirotas, que se refugiaron allí cuando murió su glorioso Príncipe Scanderbeg. Mandados por mi hijo, se creían mandados por Jorge Castrioto, y pelearon contra Barba-roja, como sus heróicos antepasados contra el sultán Amurates. La segunda vez fué en la expedición á Argel. Allí ha estado mi hijo, sin dar tampoco su nombre. Después de grandes desastres, el Emperador decidió abandonar la empresa. Hernán Cortés, famoso por haber conquistado todo el reino de Nueva-España, pedía que le dejasen allí, prometiendo tomar á Argel; mi hijo, que estaba con él, le hubiera seguido; pero ni el César, ni los de su consejo quisieron poner al Marqués del Valle en ocasión de tanto peligro y tal vez de tanta gloria.

El Padre.—¿Y qué es ahora de vuestro hijo?

Doña Irene.—Cansado de su vida aventurera, domado su carácter por el infortunio, ansioso de

paz y retiro, ha venido á Valladolid, donde estaba desde hace quince días negociando su perdón. Llegaron aquí Cuéllar y Rivera, supe el propósito que traían del casamiento de Laura, y avisé al punto á mi hijo. Por su contestación y por noticias posteriores, sé que mi hijo debe llegar de un instante á otro.

El Padre.—¿Todavía como proscrito?

Doña Irene.—Todavía. Así es que viene con sigilo y extraordinarias precauciones, aquí donde le conocen todos. Ya estará en la quinta que tengo á un tiro de arcabuz de esta población. Desde allí vendrá á pie; entrará por la puerta falsa que da al campo. Le espero con impaciencia. Él tiene llave de la puerta, y sin que nadie le abra llegará á mis brazos dentro de poco, si Dios misericordioso lo permite.

El Padre.—Comprendo vuestra agitación. Dios tendrá piedad y os proporcionará esa ventura.

Doña Irene.—¡Ay, Padre! ¡Cuán acibarada va á ser! El amor de Laura se ha convertido en terror y en repugnancia hacia mi hijo. Mi hijo hallará, en cambio del amor que desea, á dos hombres ofendidos que han de procurar su muerte.

El Padre.—No temáis. No será nada de eso. No consentiremos que nadie se mate. Y en cuanto al terror y repugnancia, creedme, yo llevo muchos años de confesonario y conozco la condición humana. No me ciega el amor propio de confesor. La repugnancia y el terror que yo he inspirado á Laura, para inducirla á que entre en religión, se desvanecerán no bien vea á vuestro hijo; se converti-

rán, á pesar suyo, nuevamente en amor. Por esto repugna, por esto se aterra; porque presiente su debilidad ante el hombre de quien se juzga olvidada. Apenas le vuelva á ver, apenas reconozca que él no la olvida, caerá en sus brazos, cediendo á una atracción irresistible. Lo que importa ahora es legitimar, purificar, santificar este vínculo de amor. ¿Consentís en ello?

DOÑA IRENE.—Sí, Padre. Veo que Dios lo quiere.

EL PADRE.—Dios os ha inspirado que retengáis á Laura en vuestra casa. Es menester que no salga de aquí sino esposa de D. Fernando. Ya amansaremos después la cólera de Rivera y de Cuéllar.

DOÑA IRENE. (Aplicando el oído hacia un lado del foro, donde habrá una puerta.)—Siento ruido de pasos. Bien me lo decía mi corazón. Él es. Ya llega. ¡Jesús mío, dadme fuerzas para no morir de alegría!

ESCENA V.

D. FERNANDO, DICHOS.

(Aparece D. Fernando por la puerta lateral; viene embozado y al entrar se desemboza Doña Irene corre hacia él y le abraza.)

DOÑA IRENE.—¡Hijo de mis entrañas!

D. FERNANDO.—¡Madre querida!

DOÑA IRENE. (Señalando al Padre.)—El Padre Antonio, mi más íntimo amigo.

D. FERNANDO. (Se acerca al Padre y le besa la mano.)—Sé cuánto os debo. Vos habéis santificado lo que yo profané. Vuestra virtud y santidad han realzado

lo que mis vicios y mi orgullo humillaron y postraron. ¡Dios os lo premie, Padre mío!

DOÑA IRENE.—¿Te ha visto alguien?

D. FERNANDO.—Pérez sólo sabe mi llegada. No temáis, madre. Además, espero mi perdón de un momento á otro. ¡He pedido perdón al César, como si fuera yo delincuente!

EL PADRE.—El César, hijo mío, es tu Rey y señor natural.

D. FERNANDO.—Así será, Padre: pero yo no delinquí defendiendo las libertades de Castilla. Nunca fuí contra el poder legítimo. Nunca quise hacer de las ciudades de mi patria señorías independientes como las de las ciudades italianas. Aún persisto en creer en la justicia y razón de lo que entonces hice, y, sin embargo, pido perdón á quien ha dado muerte á los amigos que yo seguí: á Padilla, á Bravo, al obispo Acuña y á tantos otros. Abatido estoy cuando lo hago, y razones poderosas me llevan á hacerlo; pero me duele la humillación. Por eso pido á Dios que acepte dicha humillación en descuento de mis culpas. ¿Y Laura? A Laura sí que debo pedir perdón. ¡Cuán cruel he sido!

EL PADRE.—Pronto la verás, y espero que has de lograr que te perdone. Os dejo. Voy á ver de nuevo á Rivera, á aquietarle y á evitar que haga algún acto de violencia con Doña Brianda. Nada le descubriré; pero le daré esperanza de que vos, Doña Irene, habéis de descubrírselo todo en el día de mañana. Entre tanto importa precipitar las cosas á fin de que lleguen á un término contra el

cual Rivera no pueda rebelarse y tenga al fin que someterse. Adiós. Pronto volveré. (Vase).

ESCENA VI.

DOÑA IRENE, D. FERNANDO.

DOÑA IRENE.—El deber y la religión han triunfado de mi orgullo. Lo reconozco. Aunque no la amases, deberías una reparación á Laura. Es mujer digna de ti. Pura y limpia como el oro ha salido del ardiente crisol en que mi suspicacia la ha tenido.

D. FERNANDO.—¡Ah, señora! Temo que el fuego de penitencia, en que habéis abrasado su alma, haya evaporado el amor que allí se guardaba para mí; que mi abandono y que mi olvido aparente me hayan hecho aborrecible á sus ojos.

DOÑA IRENE.—No lo permita el cielo, si de eso depende tu dicha.

D. FERNANDO.—De eso depende. Mi amor ha crecido con la ausencia; con las pruebas que por cartas me habéis transmitido de su virtud y de su infortunio. ¿Cuándo podré ver á Laura, madre? ¿Cuándo podré verla?

DOÑA IRENE.—En el instante. Laura se abriga bajo este mismo techo desde hace poco. Vendrá en cuanto la llame. (Doña Irene se asoma á la puerta y llama.) ¡Laura! ¡Laura!

D. FERNANDO.—¿No os burláis de mí? ¿Va á acudir á vuestra voz?

Doña Irene.—Sí; va á acudir. Ya viene. Es menester que la veas y hables á solas. Yo me retiro.

(Vase Doña Irene con precipitación por una puerta lateral.)

ESCENA VI.

LAURA, D. FERNANDO.

Laura. (Entrando rápidamente y sin reparar en D. Fernando) —¿Qué mandáis, señora?

D. Fernando.—¡Cuán bella está!

Laura. (Advirtiendo la presencia de D. Fernando.)—¡Jesús me valga! ¿No es ilusión de mis sentidos? ¿No es el infierno que desea engañarme otra vez? ¿Ha tomado cuerpo algún ensueño impuro de mi fantasía? ¡Salvadme, Virgen Santísima! (Laura quiere huir. D. Fernando la detiene, asiéndola de la mano.)

D. Fernando.—No soy sombra vana, Laura. Soy tu amigo, tu duro perseguidor. Vuelvo arrepentido á tus pies. ¡Perdóname! No lo merezco; pero tú eres buena... tú eres santa... ¡Perdóname! (Cae de rodillas á los pies de Laura.)

Laura.—¿Qué hacéis? Alzaos. Yo no tengo poder ni autoridad para perdonar á nadie. Mis culpas son gravísimas. Yo también necesito perdón. Dejadme. No distraigáis mi alma del camino de la penitencia que sigue hace tiempo.

D. Fernando.—Harto seguiste ya, Laura mía, ese áspero camino. Justo es que se trueque en felicidad tu congoja. Yo te amo. Perdóname. Ámame. Así serás mía y seré tuyo para siempre.

LAURA.—Deliráis, señor. ¿Venís á conturbar mi espíritu con tardías ilusiones? Yo no puedo ser ya sino de Dios. Huid. Que no sepan que estáis aquí. No hay ya reparación posible. Mi hermano os matará; y si él muere á vuestras manos, os matará Cuéllar.

D. FERNANDO.—Tu hermano me perdonará no bien tú me perdones. Ámame; perdóname, y no temas.

LAURA.—Vuestro abandono, vuestro olvido hubieran trocado mi amor en odio, si el odio pudiera albergarse en un corazón cristiano. Cuando estábais lejos de mí, temblaba yo de odiaros, porque mi odio era falta de caridad: hoy tiemblo de no odiaros, hoy quisiera odiaros, porque, sin la defensa del odio, temo volver al amor. Tened compasión de mí. Dejadme. Ya me he dado á Dios. No me robéis á Dios con mano sacrílega.

D. FERNANDO.—Laura mía; sí, tú me amas, á pesar de mis maldades. No me lo ocultes. No trates de sofocar por más tiempo una pasión que se purificará ante el altar de Dios vivo.

LAURA.—¿Qué os he hecho para que así os burléis de esta mujer desgraciada? Mi resignación era grande; mi resolución firme; mi vocación me parecía completa. ¿Por qué venís á destruir todo esto? ¿Por qué derribar de un soplo el edificio levantado trabajosa y lentamente? ¿Por qué romper con el conjuro de una palabra mágica el simulacro de bienandanza que de mi dolor ha nacido? Con el riego de mis lágrimas han brotado, como ramo de flores, las esperanzas celestiales, que deben perfu-

mar con su aroma mi religioso retiro. No arranquéis esas flores de mi lastimado pecho.

D. FERNANDO.—Lo que yo quiero, dueño mío, es que tus celestiales esperanzas se logren ya en la tierra, y se lograrán si me amas. Ya no me apartaré nunca de tu lado. Amame.

LAURA.—Eres cruel. Me robas la paz del alma. Dios me había recibido por suya y tú me obligas á que le deje. Me fascinas: no acierto á resistirte. La poderosa fuerza con que penetra de nuevo tu amor en todo mi sér, es tal vez para mi perdición; pero es inútil luchar contra ti. Los ángeles me abandonan. Te amo.

D. FERNANDO. (Abrazando á Laura.)—¡Encanto mío!

DOÑA IRENE. (Entrando y estrechando á Laura y á D. Fernando.)—¡Hijos! El cielo os bendiga. ¡Y creía ella... y decía que no le amaba ya!

JORNADA TERCERA.

Cuarto de una posada.—Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

CUÉLLAR, GARCÉS.

CUÉLLAR.—¡Haberme burlado de esta suerte! No debo sufrirlo. Me vengaré. Francisco de Cuéllar no ha de ser el juguete de una muchacha embustera y de un amigo débil ó desleal. ¿Hiciste el concierto con el escudero?

GARCÉS.—Le hice. Le di, como señal, todo el

oro que me entregaste. Si cumple bien lo que ha prometido, le he asegurado que tendrá diez veces más. Podrá irse donde guste y vivir á lo Príncipe. Su codicia nos responde de él. No nos faltará. Esta noche D. Fernando saldrá á las diez de su casa de campo, á fin de estar al rayar el alba en el castillo del Conde, donde le aguardan para una gran montería. Todos sus criados van con él, menos el escudero. D. Fernando quiere llevar séquito y lucirse.

CUÉLLAR.—Se lucirá. Ya se está luciendo. Hoy, en medio de la plaza, puesto yo en el centro de un corro de hidalgos, me he desatado en injurias y en amenazas contra él y contra su mujer. D. Fernando y Laura han de conocer quién yo soy. Nadie sospecha, con todo, que mi venganza va á ser tan pronta. Nadie calcula qué medios voy á emplear. ¿Buscaste ya á los cuatro hombres determinados y de toda tu confianza?

GARCÉS.—Cuento ya con ellos.

CUÉLLAR.—A las diez estaréis todos, con caballos, aguardándome á unos treinta pasos de las tapias del lugar, en la cruz del egido. Conviene que no me vean salir con gente. Allí nos reuniremos. Vete ahora.

(Vase Garcés. Cuéllar pasea por el cuarto con alguna agitación.)

CUÉLLAR. (Solo.)—Rivera retarda el darme una explicación satisfactoria de su singular conducta. Con promesas y dilaciones me entretiene tres días há: desde que volví de Sevilla. Veremos si cumple al cabo y viene esta noche, como me prometió. (Vuelve á entrar Garcés.)

GARCÉS.—¡Señor! Una dama desea verte.

CUÉLLAR.—¿Quién es?

GARCÉS.—Se tapa con el manto y no he podido onocerla.

CUÉLLAR.—No importa. Dile qúe entre.

ESCENA II.

CUÉLLAR, DOÑA BRIANDA, tapada.

DOÑA BRIANDA.—Guárdeos Dios, Cuéllar.

CUÉLLAR.—¿No os descubrís, señora? Hablad. ¿En qué puedo serviros? ¿Qué pretendéis?

DOÑA BRIANDA.—Venganza. Y no la pretendería de vos, si no estuvieseis tan agraviado como yo de la persona que me agravia.

CUÉLLAR.—¿Quién es esa persona?

DOÑA BRIANDA.—Bartolomé de Rivera.

CUÉLLAR.—Y vos ¿quién sois?

DOÑA BRIANDA. (Se descubre.)—Miradme.

CUÉLLAR.—¡Su tía!

DOÑA BRIANDA.—Su tía, y, por mi desgracia, su namorada también, desde que andaba desvalido menesteroso. Hoy, que ha vuelto rico y colmado le honores, me desdeña: dice que se avergüenza le mí; no sale de su boca, cuando á mí se dirige, alabra alguna con que no me afrente. Me pisotea l corazón, como quien pisa una víbora; no os pasméis de que me revuelva furiosa contra él. Rivera o cuidó, ni pensó siquiera en el honor de su casa de su familia, ni en la virtud, hasta que ha vuelo de Indias con dinero. Os ha estado engañando

como á mí me engañaba. La culpa del desaire ridículo, de que ahora sois víctima, la tiene Rivera. Os hablaba de su hermana, excitándoos á que la amáseis, y halagándoos con que la guardaba para vos en Castilla, y con que la criaba con el recogimiento más severo, cuando me la había dejado confiada. Yo estoy en la última desesperación, y de nada me atemorizo. No hay ya confesión horrible que traiga rubor á mi rostro. Dejar á su hermana en mi poder, Rivera lo sabía, era como dejar al cordero en poder del lobo... y del lobo hambriento. Rivera, antes de irse, había acabado de despojarme de cuanto yo tenía. ¿Comprendéis ahora su doblez y su infamia? Es además un cobarde. Mas valía que me matase de una vez por mi pecado, y no que de continuo me martirizase, como lo está haciendo. Yo no hice más sino lo que de mí debió él prever. Pero Rivera es duro con los débiles, y con los fuertes es débil. A mí no me perdona, y perdona á D. Fernando, que abandonó y despreció á Laura, que durante tres años la ha tenido humillada, y que aun ahora se hubiera resistido á tomarla por mujer, si Rivera hubiese vuelto de Indias tan miserable y tan obscuro como se fué. D. Fernando no hubiera consentido en llamar hermano al mozo sin nombre, tablajero indigno, mantenido por mujeres. Consintió en llamar hermano á uno de los ilustres conquistadores del opulento imperio de los Incas.

CUÉLLAR.—No debiera sorprenderme lo que me referís, y me sorprende, sin embargo. La ligereza de Rivera en dejar en vuestro poder á su herma-

a, sabiendo quién sois vos; el disimulo con que
ıe ocultó siempre las relaciones que con vos te-
'a; la jactancia con que me hacía creer que eran
enes suyos aquéllos de que os había despojado,
do esto es vil; pero yo se lo perdonaría todo si
hubiese incurrido en mayor vileza y flaqueza:
de dar nombre de hermano, estrechar la diestra
ɔerdonar, y tal vez hasta agradecer su longani-
dad, al que casó con Laura después de haberla
spreciado y martirizado por tanto tiempo. Si
Fernando hubiese vuelto arrepentido, Dios, la
e fué presa de su seducción, todo cuanto hay
la tierra y en el cielo podía haberle perdonado,
nos Bartolomé de Rivera. Bartolomé de Rivera
cumplía como bueno, sino matándole.

Ɔoña Brianda.—Matarle... Vaya... no es tan fá-
matar á D. Fernando. A mí me matará Rivera
lesdenes y á injurias... pero á él... ¿y para qué?
ıs cómodo es convertirle en pariente. Emparen-
lo Rivera con tan egregio caballero, te despre-
rá á ti, Cuéllar, como me desprecia á mí. Si se
ergüenza de sí mismo, en lo pasado, ¿cómo no
de avergonzarse de los otros? ¿Qué apostamos
ɪue no te declara la verdad? ¿A que no te dice
r qué ha consentido en la boda de Laura? ¿A
e no te confiesa con humildad su agravio y la
·día reparación que tan ruinmente acepta?

Cuéllar.—Lo creo: nada de eso me confesará.
ıerrá engañarme de nuevo.

Doña Brianda.—Pues bien; para que no te en-
ñe he venido yo á abrirte los ojos. ¿Has amado
Laura?

CUÉLLAR.—La amo todavía, y la odio.

DOÑA BRIANDA.—Mátame entonces; pero véngame de Rivera. Mátame; merezco la muerte. Estoy harta de vivir.

CUÉLLAR.—Déjame en paz. Huye. Yo no satisfago mi enojo en flacas mujeres, por culpadas que sean.

(Entra Garcés, y Doña Brianda se tapa con el manto.)

GARCÉS.—Rivera viene á verte.

CUÉLLAR.—Que venga. (Se va Garcés.)

DOÑA BRIANDA.—No quiero que me halle aquí.

CUÉLLAR.—Por esa puerta te pondrás al punto en la calle sin que te vea.

(Vase Doña Brianda por una puerta lateral. Un instante después entra Rivera por la puerta del fondo.)

ESCENA III.

RIVERA, CUÉLLAR.

CUÉLLAR.—¿Te decides, al cabo, á darme la explicación satisfactoria? ¿Podrás dármela con verdad?

RIVERA.—Quiero y puedo dártela.

CUÉLLAR.—¿Por qué me impulsaste á ir á Sevilla?

RIVERA.—Porque tenía sospechas que tocaban á mi honra, y ansiaba ponerlas en claro sin que nadie más que yo entendiese en ello.

CUÉLLAR.—Y las pusiste en claro y supiste que tu honra estaba mancillada.

RIVERA.—No, Cuéllar. Supe al mismo tiempo la

paración y el agravio, si es que agravio hubo. Fernando, aunque desposado con Laura, tuvo e huir de nuevo á lejanas tierras; hoy, perdonaya por el César, es esposo de Laura á la faz del ndo.

UÉLLAR.—¿Ves cómo me quieres engañar? Es il. Lo sé todo. D. Fernando ni se desposó ni netió nada á Laura. La abandonó con despre- Tan distante estaba Laura de creerse amada, ne aseguró que no amaba á nadie. Afrentada pada, iba á entrar en un convento. Por dicha en su alma cierta honradez, de que otras alon incapaces, y no consintió, callando, en caconmigo.

ERA.—¿De dónde infieres todo eso? ¿Quién informado tan mal?

LLAR.—Tu cómplice. Te repito que lo sé ¿Pretendes acaso que se manche mi lengua ıdo tus delitos? Pero más que tu villanía en í Laura en poder de una mujer como Doña la; más que tu falta de aprensión en despontes de todos sus recursos, más me indigna ːncia total... de entereza, tu ejemplar manbre en perdonar el desprecio, el martirio de ːl abandono en que tu hermana ha gemido.

RA.—Por el Dios que está en el cielo, Cuéo te obstines en apurar mi paciencia. Ya sabes todo, ya que esa maldita hembra me dido, me someto á tu furia; la merezco por revisión; no la merezco por haber cedido

.LAR.—Más la mereces por eso que por na-

da. La reparación se la debes á tu fortuna, á tus triunfos en Indias. Hubieras vuelto obscuro y pobre y no hubiera sido desagraviada tu hermana. Bien es verdad que tú, pobre y obscuro, no te hubieras preocupado con semejantes niñerías. En tí la honra tiene algo de artificial y de sobrepuesto al dinero.

RIVERA.—Aquí, donde nadie te oye, quiero sufrírtelo todo. Te ciega y enloquece la pasión; mas no he de reñir con mi compañero de armas. Respeto tu ira, por más áspero que seas en el reprender, y por más violento que te muestres en el zaherir.

CUÉLLAR.—¡Qué manso y qué sufrido te has vuelto en estos últimos días! Ya que no sientes el prurito de vengarte, me dejarás en libertad para que te vengue y me vengue. Yo no soy ni sufrido ni manso. Todavía amo á tu hermana. No atino á aguantar el desaire. Tú, que tanto has sabido sufrir de un desconocido como D. Fernando, más sufriras de mí, que soy tu compañero de armas. Esta noche misma voy á robar á Laura. Amigaréme con ella. Luego mataré á D. Fernando. Tal vez, por último, me case con la honrada viuda. Tú lo llevarás todo con paciencia y me darás una absolución tan generosa como la que á D. Fernando has dado.

RIVERA.—Te he oído con calma impasible, porque veo que no vale mi prudencia ni mi paciencia. Estás demente, frenético. Anhelas reñir y prefiero que riñas conmigo. Ó desistes de todo plan de ofender á mi hermana, ó atajará tus pasos mi acero.

CUÉLLAR.—Por cima de ti y de tu acero, he de
i donde me llevan mi amor, mi deseo y mi en-
io. Mataré á D. Fernando. Laura será mi daifa.
IVERA.—Voto al infierno que no será. Sal á la
e.
JÉLLAR.—Detrás de los muros del convento.
VERA.—Vamos.
ÉLLAR.—Luego que te mate, iré donde me
rdan á pocos pasos los que han de secundar
opósito.
ERA.—Tu propósito es morir, y vas á lograrle.
)

ESCENA IV.

la quinta de D. Fernando. Armas y trofeos de caza. Algu-
tratos. Los muebles entre rústicos y señoriles. Dos puer-
erales y una al fondo.

D. FERNANDO, PÉREZ el escudero.

ERNANDO.—A fe mía que me duele en el
resolución que tengo que adoptar, pero no
s remedio. El tal indiano está delirante. La
a le embriaga. Es brutal y zafio, y no hay
e poner freno á su lengua, ni coto ni lími-
pretensiones audaces. En la plaza, á gri-
dicho que ha de matarme, que ha de ro-
a mujer, y hasta que ha de hacerse amar
n cuanto la hable á solas. Buena maña te
o, amigo Pérez, para inspirar confianza
a á ese bandido. En cuanto llegue, intro-
asta aquí, y déjale que vea á la señora, si
e ha retirado á su estancia. Á Juanilla de-

tenla con habilidad. ¿Cuántos son los rufianes que acompañan á Cuéllar?

PÉREZ.—Cinco.

D. FERNANDO.—Me alegro de que sean tan pocos. No quiero que haya escándalo, ni lucha, ni sangre. Distráelos tú, y haz de suerte que los míos caigan de improviso sobre ellos, los aten de pies y manos, y los tengan en el patio. Si chillan, ponedles con suavidad sendas mordazas.

PÉREZ.—Se hará como lo decís, mi amo.

D. FERNANDO.—Yo voy á salir metiendo mucho ruido; haciendo resonar las trompas de caza. A la vuelta del cerro, en el encinar, nos pararemos. Allí quedarán los perros y los caballos. Mi gente y yo volveremos á pie, con silencio grandísimo, y por la puerta del corral, de que llevo la llave, entraremos sin ser sentidos.

PÉREZ.—Cuéllar, que debe llegar pronto, porque se acerca la hora, te verá partir con toda la gente. Esta noche hace una luna muy clara. Como, no bien te vayas, he de hacerle entrar, no podrá ver tu vuelta, ni recelará lo más mínimo.

D. FERNANDO.—Todo está preparado con primor y esmero. Sólo me aflige el susto que Laura va á pasar; pero es menester acabar de una vez. Después viviremos como pastores de Arcadia.

PÉREZ.—¿No tienes nada más que mandarme?

D. FERNANDO.—Nada. ¡Ah, sí! El dinero que Cuéllar te ha dado, repártelo entre los cinco rufianes cuando todo esté terminado. Quiero que me queden agradecidos. Yo te daré el doble.

PÉREZ.—Bien está, señor. (Vase Pérez.

ESCENA V.

DON FERNANDO, LAURA.

LAURA.—¡Fernando mío! ¿Te vas y me dejas? No puedes figurarte lo que esto me apesadumbra. Mal haya el Conde con su importuno convite. Si vieras qué miedo tengo de quedarme sola. A tu lado soy valiente; á tu lado, nada me asusta. Lejos de ti soy tímida como niña de pocos años.

D. FERNANDO.—No receles nada. Aunque yo me vaya, mi espíritu queda contigo, velando por tu bien. Ya comprendes que no debo desairar al Conde. Dentro de cuatro días estaré de vuelta.

(Se oyen fuera las trompas de caza que dan la señal de la partida.)

LAURA.—¡Qué pronto! ¿Has adelantado la hora?

D. FERNANDO.—No, amor mío. Son ya las diez. No puedo detenerme.

LAURA. (Abrazándole.)—Adiós. No te rías de mí. Tengo miedo.

D. FERNANDO.—¿Me amas?

LAURA.—Con todo mi corazón.

D. FERNANDO.—Nada temas entonces. En tu amor se encierra un conjuro poderoso. Con él me evocarás si por acaso sobreviniese algún peligro. Adiós. Quédate: no vengas á despedirme hasta abajo. (D. Fernando se va.)

ESCENA VI.

LAURA, sola.

Asomada á un balcón, mira partir á D. Fernando y á su elegante comitiva. S uenan otra vez las trompas de caza.

LAURA.—Bañado por los rayos de la luna parece más bello y más dulce su rostro varonil, cual si estuviese envuelto en velo luminoso de transparente plata. ¡Cuánto le quiero! ¡Cuánto le he querido siempre, aun cuando imaginaba que iba á odiarle! Ya toma de la brida al brioso alazán: pone el pie en el estribo y monta. ¡Cómo se alegra y ensoberbece el caballo de llevar tan noble jinete! Con impaciencia tasca el freno ansiando pasear á su gentil señor y mostrarle con orgullo por todas partes. Ahora hace piernas y corvetas para mi lisonja y agrado. Adiós, Fernando, adiós. Ya emprende la marcha. Quisiera yo que las sinuosidades del camino y lo quebrado del terreno no le robasen á mi vista. Le seguiría leguas, y se me antoja que por un esfuerzo de voluntad había yo de estar viéndole distintamente, cual si él estuviera cerca de mí. Vuelve la cara para mirarme. Me saluda. (Agita Laura el lienzo que tiene en la mano.) Adiós, mi bien, adiós. (Pausa.) Fernando me dobla la edad; pero su alma es más joven que la mía. Toda su persona conserva además la lozanía y la gracia de los primeros años, en raro maridaje con la gravedad majestuosa de la edad madura. ¡Dios mío! ¡Qué de priesa van! Ya se acercan á aquella

revuelta. Pronto dejaré de verlos. Quiera el cielo que vuelvan cuanto antes. Ya torció Fernando hacia el encinar. Ya se perdió, detrás del cerrillo, cabalgando por la vereda.

(Laura se retira del balcón, y viene lentamente á sentarse en un sillón de brazos.)

(Nuevo momento de silencio.)

Mi temor es inmotivado, pueril. Cuéllar me decía que no había de sufrir á otro rival sino á Dios; que había de conquistar mi corazón ó perecer en la demanda; que había de matar á quien me enamorase; pero éstos eran, sin duda, encarecimientos de pretendiente y bizarrías vanas de soldado jactancioso. Yo le contestaba con sinceridad algo que hoy debe parecerle disimulo, engaño y mentira. Yo le contestaba que yo no amaba á nadie sino á Dios y que deseaba retirarme á un convento. Grande ha de ser su rabia contra mí al saber que estoy casada, á los pocos días de haberle asegurado mi desamor á todo hombre. Pero yo no le engañé. Tú, Dios mío, Tú, que penetras en el fondo de los corazones, sabes que no le engañé. Yo me engañaba á mí misma. Yo aborrecía el recuerdo de mi pecado, y por eso creía que no amaba á aquél por quien pequé. Volvió á presentarse ante mis ojos: vi de nuevo á Fernando, y el amor, escondido en lo más íntimo de mi sér, donde ni yo misma le columbraba, brotó con ímpetu, surgió de repente más poderoso que nunca. Cuéllar tendrá que resignarse. Dicen que es tremendo; pero respetará á mi marido. No es igual tratar con indios punto

menos que inermes, con hombres sencillos y de casta tan inferior á la nuestra, que competir con quien en todo se le aventaja. Sin embargo, yo he mentido sin querer. Yo he prometido á Cuéllar ser de él si no era de Dios. Sí, casi se lo he prometido sin saber lo que decía. (Larga pausa.) ¡Ay! ¡qué horror! ¡Qué espantosa idea se ofrece á mi espíritu! ¿Y si Cuéllar fuese tan audaz como aseguran? ¿Y si acudiese á exigirme el cumplimiento de la promesa? Tengo miedo. Estoy temblando como una azogada. ¡Socorro! ¡Valedme, Virgen Santa! ¡Qué soledad! Me parece que oigo un extraño rumor. ¿Por qué me has dejado, Fernando mío? No voy á dormir esta noche. Llamaré á Juana para que se quede conmigo. ¡Juana! ¡Juana! No me responde. ¡Juana! No viene. Tengamos valor. Amo á Fernando. En este amor, él me lo ha dicho, se encierra un poderoso conjuro. Evocaré á Fernando á fin de que me dé aliento. ¡Fernando!

ESCENA VII.

CUÉLLAR, LAURA.

CUÉLLAR. (Mostrándose de repente.)— Fernando está muy lejos y no te oirá. Aquí me tienes en lugar suyo. ¿No me dijiste que no serías sino mía ó de Dios? ¿Por qué me engañaste? Yo te amaba con toda mi alma. Tu falsía debió matar mi amor; pero mi amor sobrevive al desengaño.

LAURA. (Al ver á Cuéllar y al oir sus primeras palabras se

asusta más, y cae en un sillón, cubriendo su rostro con las manos. Luego se recobra y dice aparte:)—¡Valor, cielos, valor! (Á Cuéllar.) ¿Cómo os atrevéis á entrar aquí? ¿Qué audacia es la vuestra? Idos ó daré voces.

CUÉLLAR.—¿Y quién ha de oirlas que te socorra? Tu marido se llevó á todos los criados.

LAURA.—Escuchad, Cuéllar: os lo confieso. El terror se apoderó de mí antes de veros, pensando en una falta involuntaria que contra vos he cometido. Ahora veo que era mi conciencia quien me aterraba con harto sutiles escrúpulos. Vuestra insolente aparición disipa los escrúpulos sutiles. La serenidad y el brío vuelven á mi ánimo. Me mostraré digna de mi noble esposo. Sola como estoy me basto. Idos de aquí. Salid de esta casa. Pronto. No me insultéis. Esta es la morada de un caballero principal de Castilla: no es la choza ó el bárbaro palacio de los débiles indios que tan á mansalva solíais ofender.

CUÉLLAR.—Ya comprenderás, Laura, que el que se atrevió á entrar aquí se atreve á todo. Tus injurias ni me hieren ni me lastiman: me enamoran más y me inducen á hacerte mía. Esas palabras llenas de cólera, que brotan de tus frescos labios, me excitan á que las ahogue á besos. Será delirio, será aviesa condición; pero te amo más mientras más me desdeñas. Necesito vengarte del seductor, ya que no supo vengarte tu hermano. Sígueme. Todo está pronto para el rapto. No pienses que me ocultaré después de tu marido. Ya le buscaré, si él no me busca, y responderé de todo con mi espada. Vamos. Sígueme. (Agarra Cuéllar del brazo á Laura.)

LAURA.—¡Suelta, bandido! ¡Fernando, socórreme!

CUÉLLAR. (Riendo.)—¡Socórrela, Fernando!

ESCENA VIII.

Dichos y D. FERNANDO, acompañado de sus criados y pajes, en número de veinte á lo más, con trajes y armas de cazadores y con antorchas. Todos entran con ímpetu y rodean el grupo principal, dejando ancho espacio vacío en el centro. Juanilla entra en seguida con otras dos mujeres de la servidumbre.

D. FERNANDO.—Aquí me tienes, pronto á socorrerla.

CUÉLLAR. (Sorprendido, pero sin aturdirse ni inmutarse.)—No sois pocos los que venís en su socorro. Bien urdida traición, pero cobarde. Más de veinte contra uno. ¡Hola, Garcés! ¡Aquí de los míos!

D. FERNANDO.—Es inútil que los llames. Los que te acompañaban están maniatados en el patio y con mordazas á fin de que no alboroten. Yo pudiera matarte como quien mata á un ladrón, como quien mata á un perro rabioso, valiéndome para ello de mis criados. Me has ofendido sin razón y en público; me has amenazado de mil modos; has vomitado por esa boca desaforada todo linaje de agravios contra esta bella mujer á quien dices que amas; te has vanagloriado en todas partes de que me la quitarías y de que me matarías, y has venido, por último, á mi casa, espiando la ocasión en que me creías ausente, á fin de robármela y ultrajármela. Pues bien, á pesar de todo, me allano á tratarte como á caballero. Acepto el desafío á que me

estás provocando tres días há. Para que sea más solemne, traigo por testigos á todos los de mi casa. Me obedecen ciegamente y verán inmóviles cómo reñimos. Si me matas, te dejarán franco el paso. Nada receles. No he de pelear con otra ventaja que la que me da la justicia. Si quieres cerciorarte, mira: bajo mi coleto de ante, sólo el delgado cambray cubre y resguarda mi pecho. Saca la espada y clávala en él si puedes. (D. Fernando saca la espada. Cuéllar hace la misma acción.)

LAURA. (Acude á interponerse.)—¡Ah! ¡Por piedad! ¡Cese vuestro furor!

CUÉLLAR.—No, Laura. El cielo exige que yo te vengue á pesar tuyo. No tardará en morir tu seductor, como ya ha muerto el hermano sin honra que te dejó abandonada. Su sangre humedece aún mi acero.

LAURA.—¡Qué horror! (Cae desmayada en brazos de Juanilla, y las otras dos mujeres se acercan á cuidarla.)

D. FERNANDO.—Defiéndete sin tardanza ó te mato, antes que envenenes á cuanto más quiero con esa lengua ponzoñosa. (D. Fernando y Cuéllar cruzan las espadas.)

ESCENA IX.

DICHOS, EL PADRE ANTONIO.

(El Padre sale apresurado y se coloca en medio de los dos combatientes, separándolos.)

EL PADRE.—Deteneos. Ya basta de sangre. Vengo corriendo á caballo, en medio de la noche, á fin de evitar mayor mal. El indio Cipriano extrañó

la salida de Rivera, y receló una desgracia. Le buscó, y á pesar de su instinto prodigioso, llegó tarde donde se hallaba. Oyó sus gemidos y le llevó moribundo á su casa. Antes de morir, Rivera tuvo fuerzas para decirme que Cuéllar había venido aquí á cometer nuevos crímenes. Aquí estoy para impedirlos en el nombre de Dios Todopoderoso. Aplacaos. Que la misma catástrofe que acabo de presenciar sirva para conteneros. La desventurada mujer que excitó á Cuéllar contra Rivera, al verle morir por culpa suya, cayó llorando sobre su cadáver. Su amor mundanal por aquel hombre adquirió un grado de violencia diabólicamente sublime. La desesperación de Judas se apoderó de su alma. Corrió á la azotea. Asió una cuerda, atada por un extremo á los hierros de la barandilla; hizo un fuerte lazo corredizo, y puso fin á su atropellada existencia. La he visto muerta, aterradora. Aún traigo erizadas de espanto estas canas que cubren mi cabeza. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Basta ya de delitos y de muertes!

D. Fernando.—Padre, es inútil lo que hacéis. Os respeto, os amo; pero tengo que desoir vuestras amonestaciones. Apartaos. Dejad que peleemos. Creedme; este duelo tiene algo de religioso: es el juicio de Dios.

El Padre.—No blasfemes, hijo. Dios no pronuncia sus fallos por medio de un empleo bárbaro de la fuerza. No combatiréis si antes no me matáis.

(Cuéllar y D. Fernando cruzan las espadas por segunda vez, y el Padre Antonio se pone en medio.)

El Padre.—Mirad, hijos míos: en Roma, aun

después del Cristianismo, seguían combatiendo en el Circo los gladiadores. Un santo monje, llamado Telémaco, quiso acabar con aquella costumbre feroz. El monje Telémaco regó el Circo con su generosa sangre; pero el combate de los gladiadores terminó para siempre. ¿Querréis vosotros, cubriéndoos de perpetuo baldón, proporcionarme, aunque indigno, una gloria y un triunfo semejantes?

CUÉLLAR.—Ea, Padre, idos al diablo con vuestras pedanterías. Aquí no queremos proporcionaros nada.

D. FERNANDO.—Ya he dicho que os respeto. Después, si vivo, os pediré perdón de rodillas. Ahora ni puedo obedeceros, ni puedo consentir que me estorbéis en mi firme é inevitable resolución. (Dirigiéndose á los criados que tiene más cerca.) Asegurad al Padre hasta que terminemos. (Los criados se apoderan del Padre Antonio, que lucha por desasirse, mientras le apartan á un lado.)

EL PADRE.—¿Cómo osáis poner vuestras sacrílegas manos en el ungido del Señor?

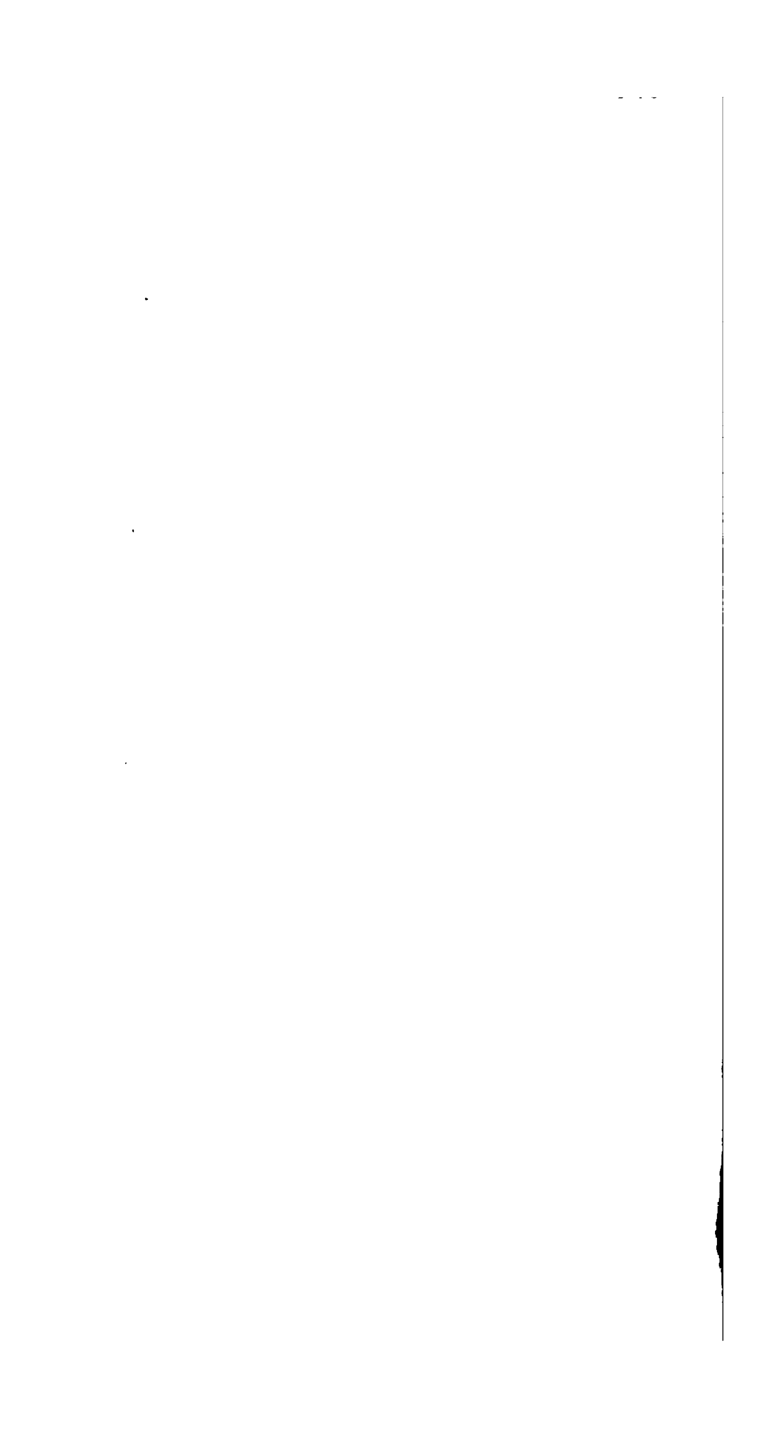
(D. Fernando y Cuéllar riñen.)

CUÉLLAR.—He de vengarme al cabo de tu seducción, origen de tantos males.

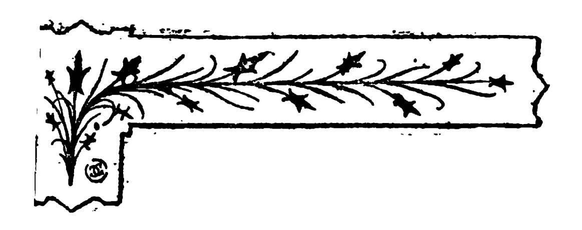
D. FERNANDO.—Yo no peleo por venganza, sino por necesidad, por seguridad y por justicia. Vénguense de ti, por mi mano, los indios del Perú y el inca Atahualpa. (D. Fernando hiere á Cuéllar, y éste cae á tierra.)

CUÉLLAR.—¡Ah! (Muere.)

EL PADRE. (De rodillas y alzando al cielo las manos.)—¡Misericordia, Señor, misericordia!



DAFNIS Y CLOE



INTRODUCCIÓN.

Los aficionados á libros suelen cegarse con frecuencia y prestar á muchas obras literarias un mérito que no tienen, y esperar que logren una popularidad que al cabo no alcanzan. Es evidente que yo, cuando me he tomado el trabajo de traducir esta novela, y me he atrevido luego á presentarla al público, es porque creo, ó bien con fundamento, ó bien inducido en error por dicha ceguedad, que esta novela es bonita é interesante, y que ha de gustar y divertir á los lectores.

Lejos de censurar, disculpo yo y hasta aplaudo la publicación de cualquier libro antiguo, por malo que sea. La mayoría no tendrá la paciencia de leerle; pero siempre le leerá con gusto y con interés cierto breve círculo de personas estudiosas, que busquen en él, y quizá hallen nuevos datos para la historia literaria, ó curiosas noticias sobre costumbres, usos, hechos históricos, estilo y lenguaje de una época y nación determinadas. De libros publicados con este objeto, debe salir á la ven-

ta muy pequeño número de ejemplares. No son, ni pueden ser en realidad, libros para el público, sino para unos cuantos bibliófilos.

No es así como yo traduzco y publico en castellano la novela de Longo. La publico como algo que, en mi sentir, puede y debe gustar aún al vulgo; como algo que puede ser popular en nuestros días.

A fin de manifestar las razones en que me apoyo para pensar así, escribo esta introducción.

Escasísima cantidad de obras maestras tiene una fama que jamás se marchita. Sus autores se llaman por excelencia los autores clásicos, y toda persona culta, ó que presume de culta, los compra, aunque nunca los lea. Si por acaso acomete, en ratos de ocio, la lectura de uno de estos autores, pongo por caso, de Homero, de Píndaro ó de Virgilio, á las pocas páginas ó se duerme ó se aburre. Tres modos principales suele emplear después el lector aburrido ó dormido para explicar su aburrimiento ó su sueño. Si es muy modesto, se echa la culpa á sí propio, reconociendo que carece de la educación estética ó de la aptitud natural, bastante para penetrar el sentido de lo que lee, y apreciar y ponderar todos los primores y bellezas del estilo, teniendo en cuenta, además, que es menester cierto aparato de erudición y cierto esfuerzo de fantasía para trasladarse en espíritu á la edad en que vivió el autor y para ponerse en lugar de uno de sus contemporáneos, participando de sus creencias, afecciones y anhelos, único modo de comprender todo el valor de lo que lee, y de sentir, al leerlo, la

misma honda impresión que sintieron, sin duda, los hombres que vivían cuando el autor, y para quienes el libro se compuso. Los que se explican así el no gustar de un autor clásico son los menos, porque la modestia y la humildad son prendas rarísimas. Otros hay que se lo explican todo dejando á salvo al autor y echando la culpa al traductor desgraciado. Busca, por ejemplo, una persona elegante y de mundo, que oye decir que la *Iliada* es un trabajo prodigioso, una traducción castellana de la *Iliada;* le dan la de Hermosilla: empieza á leerla, se harta á las seis ó siete páginas, y acude, para desenojarse, á una novela de Daudet ó de Belot, que le parece mil veces más agradable. No atreviéndose á decir que Homero es insufrible, y que todos los críticos que le han elogiado lo hacían por seguir la corriente, ó porque eran unos pedantones que con tales elogios querían darse tono, decide que el traductor lo ha estropeado todo, en lo cual, hasta cierto punto, no se equivoca á veces, y de esta suerte deja á salvo, por una parte, el buen gusto y la agudeza y perspicacia que él cree tener, y por otra, la autoridad de los siglos y el general y constante consentimiento de varias y diversas civilizaciones y de muchas generaciones, que han decidido que los cantos de Homero son de la mayor belleza. Los más atrevidos, por último, se van derechos contra el autor, y decretan que Homero es soporífero; que en la edad bárbara en que vivió, tal vez gustaría; pero que ahora no hay quien le aguante, y que ni los mismos que le encomian le leen, sino que aprenden lo más substancial de lo

que dice, en algún compendio ó manual de historia de la Literatura, y suponen que le han leído y hasta que se han encantado leyéndole, para darse tono y lustre de discretos y de profundos.

Á mí me ha ocurrido con frecuencia que hombres políticos de primera magnitud, que han sido ministros cuatro ó cinco veces, abogados famosos, hacendistas y economistas, me hayan excitado á que me desemboce con ellos y les confiese que Homero no puede haberme gustado, si es que le he leído. Y como yo me obstinara en que le había leído y en que me gustaba, me han tenido por hipócrita literario ó por hombre disimulado y lleno de fingimiento, á fin de darme importancia de erudito y de humanista.

Lo expuesto hasta aquí debiera arredrarme, en vez de animarme, para publicar á Longo; pero yo discurro de otra suerte. Es verdad que los poetas clásicos, griegos y latinos, no gustan al vulgo de los españoles; pero ¿por qué no han de gustar los prosistas?

Para que no gusten ni sean populares los poetas, hay, á más de las ya expuestas, otras muchas razones, que vamos á exponer. Nosotros poseemos una riquísima poesía nacional, tanto más popular cuanto más se aparta en todo del antiguo gusto clásico. Para el asunto, si es narrativa, nos deleita la Edad Media ó los tiempos de la casa de Austria, idealizados de cierta manera y como nunca fueron; para los sentimientos y pensamientos, los católicos y piadosos, aunque el poeta sea ateo y los entrevere y combine con modernas filosofías;

y para la forma, ó gran riqueza de rimas, ó la asonancia del romance, ó la castiza y también asonantada seguidilla. Ahora bien; sin entrar aquí á buscar la causa, es lo cierto que Homero y Virgilio se despegarían puestos en seguidillas ó en romances; y puestos en octavas reales ó en décimas, no sólo se despegan también, sino que es imposible que el más hábil versificador, forzado por el consonante, no ponga mucho de su cosecha, y además abundantes ripios en su traducción. La versificación clásica antigua, sobre todo los exámetros, han pasado con fortuna á varias lenguas modernas. En inglés y en alemán se escriben y se leen con gusto los exámetros. En castellano casi nadie los ha escrito, y nadie los resiste. Y el verso endecasílabo libre, que, á mi ver, es muy á propósito para este género de traducciones, y aun para escribir narraciones poéticas originales, inspira en España verdadero aborrecimiento, acaso porque rara vez se ha hecho bien hasta ahora. Como, por otra parte, el vulgo no tiene acostumbrado el oído, no percibe la harmonía de esta versificación, ni comprende su valer, y la juzga prosa cansada.

Longo, que está en prosa y que yo traduzco en prosa, no ofrece ninguna de estas graves dificultades. Es cierto que no debe considerarse como un autor clásico; pero también es cierto que su obra pertenece á un género más de moda hoy que nunca; *Dafnis y Cloe* es una novela. Y como, á mi ver, es la mejor que se escribió en la antigüedad clásica, y está traducida en casi todos ó en todos los idiomas modernos, he creído que debiera es-

del infeliz escritor si el gusto fuese siempre igual? ¿Qué concurrencia no le harían los autores antiguos? ¿Cómo competir en España con el ignorado autor de la *Celestina* ó del *Amadis* y con tantos otros famosos novelistas, si sus obras tuviesen hoy la vida, la frescura y el encanto, y si fuesen tan sentidas y comprendidas del vulgo como cuando se escribieron? Muchos, los más de los que hoy escribimos, tendríamos que cruzarnos de brazos, llenos de aflicción y desaliento. ¿Quién escribiría un drama si gustasen y se comprendiesen Calderón y Lope y Tirso, y repondiesen hoy, como en el siglo XVII, á los afectos, pasiones y creencias de la muchedumbre?

De todos modos, yo entiendo que la novela de *Dafnis y Cloe* dista no poco de ser una obra extraordinaria; pero entiendo también que hay en ella mérito bastante para colocarla en el número de las novelas excepcionales, de belleza absoluta é independiente de la moda. Esto me basta para justificar su traducción y su publicación en castellano. Pero ¿cómo he de fundar en esto la esperanza de que se divulgue y sea popular la novela que traduzco y patrocino?

Lo espero, en primer lugar, por su concisión, pues no pasa, traducida por mí, de 120 páginas. Y lo espero también, porque la traducción francesa de Courier, refundiendo la de Amyot, y las disputas de Courier con Furia por ocasión de la mancha de tinta, han dado en Francia no muy distante celebridad y popularidad á esta novela; y como las modas vienen á España de Francia, pu-

diera ser que viniese esta moda de gustar de *Dafnis y Cloe.*

Otra razón para que la novela guste, es la sencillez de su estilo, donde la belleza de convención no entra para nada, pues los autores griegos, hasta en la edad de decadencia, como se cree que fué la de Longo, se dejaban más difícilmente extraviar por los artificios conceptuosos al uso ó al gusto de un momento.

Razón es asimismo la de que, á pesar de lo que aseguran muchos, de que los autores griegos y latinos no sentían ni comprendían tan hondamente la Naturaleza como los modernos y los orientales, en *Dafnis y Cloe* la Naturaleza está viva, cuando no hondamente sentida y pintada. Así lo declaran el sabio Humboldt, en el *Cosmos*, Villemain y otros críticos. La brevedad de estas descripciones hace que hieran con más vigor la fantasía de todo lector un poco atento, sin peligro de que fatiguen, como ocurre con frecuencia en las descripciones minuciosas, analíticas é interminables de muchos escritores modernos, de quienes se diría que miran con microscopio, tocan con escalpelo y escriben con plomo derretido.

Una gran contra, fuerza es confesarlo, tiene, por cierto, *Dafnis y Cloe:* el realismo de sus escenas amorosas, y la libertad, que raya en licencia, con que algunas están escritas; pero sirva de disculpa que lo que en *Dafnis y Cloe* pueda tildarse de licencioso no es en el fondo perverso, y si algo de esto último hay en el original, lo hemos cambiado ó suprimido. En las impurezas de *Dafnis y Cloe*

resplandecen además cierto candor y cierta nitidez, y hasta me atrevo á decir que la desnuda y limpia inocencia del mármol pentélico, trabajado por el cincel del escultor antiguo. Para mí sería no menos injusto tildar de poco decentes algunas escenas de *Dafnis y Cloe*, como tildar de poco decentes el Apolo de Belvedere y la Venus de Milo. Toda la culpa, si la hay, está en el desnudo. Vestidas, y bien vestidas, están Fanny, Madame Bovary, *La mujer de fuego, La Dama de las Camelias* y otras mil heroínas del día, y son harto menos honestas que Cloe. Inmensa, pongamos por caso, es la distancia entre Cloe, que ama á Dafnis sin ningún interés y por él mismo, y jura serle fiel y le es siempre fiel en vida y en muerte, y la heroína de Goethe, Margarita, á quien las damas más púdicas admiran, no ya á solas, en su estancia, donde no es pública la desvergüenza, sino en pleno teatro, por lo menos haciendo gorgoritos en italiano, y en cuya seducción interviene, no obstante, el incentivo de la codicia, el regalo de las joyas, y donde ella, para estar con más descuido en los brazos de su amante, da á su madre un narcótico, y para ocultar su pecado, mata á su hijo. Todo lo cual no impide que Margarita sea admirada como criatura angelical, modelo de ternura y de otras virtudes, y que se vaya derecha al cielo, sin media hora siquiera de purgatorio, y que después interceda con la Virgen María para llevarse también por allá al bribonazo del doctor Fausto, del cual ha hecho el poeta alemán un extraño Job al revés, ya que, en lugar de padecer con resignación las duras pruebas á que

somete el diablo al Job árabe, hace, con ayuda del diablo, cuanta maldad y bellaquería se le antojan, sin escrúpulo de conciencia; y para distraer sus melancolías en la ocasión más terrible, cuando ha deshonrado y perdido á Margarita y causado la muerte de tres personas, se va á bailar el jaleo con brujas jóvenes y bonitas en un estupendo y desenfrenado aquelarre.

Al lado de *Fausto*, al lado de gran parte de los más celebrados libros modernos, es inocentísimo el que traducimos.

Algo podrá también influir para que guste y para que las antedichas faltas se perdonen ó se disimulen, el haber indudablemente servido de modelo á la famosísima y con razón encomiada novela de Bernardino de Saint-Pierre, que se titula *Pablo y Virginia*. No negaré yo que en ésta el pudor y el espiritualismo de los amores se levantan inmensamente por cima de lo que se pinta y refiere en *Dafnis y Cloe*, como que allí todo está informado, á pesar del autor, que era poco cristiano, por el casto espíritu del cristianismo, mientras que *Dafnis y Cloe* es obra gentílica; pero en otras cosas, á mi ver, *Dafnis y Cloe* aventaja á *Pablo y Virginia*. En esta última novela hay, sin duda, en medio de sus sencillas y naturales bellezas, sobrada afectación y *sensiblería* malsana, propias de Rousseau, maestro de Saint-Pierre, y teosófico prurito de buscar en la Naturaleza una revelación religiosa, mientras que en *Dafnis y Cloe* hay religión positiva, aunque sea mala, y todo es más candoroso y menos alambicado.

Tales son las principales razones que me asisten para creer que *Dafnis y Cloe* puede gustar aún al vulgo en España.

Ya otra novela griega, que ha sido dos ó tres veces traducida ó parafraseada en español, la única quizá que ha obtenido esta honra, *Teágenes y Cariclea*, de Heliodoro, gustó mucho durante más de un siglo, como lo prueban, Cervantes imitándola en el *Persiles;* Calderón tomando asunto de ella para su comedia *Los Hijos de la Fortuna;* la antigua traducción hecha por Fernando de Mena y publicada en 1516, y la nueva hecha del latín, como la antigua, por D. Fernando Manuel del Castillejo, en el año de 1722. Ambas traducciones gustaron, aunque son desmayadísimas, y más que traducciones, desleídas paráfrasis. La novela de Heliodoro, además, hasta en el original peca de fastidiosa, si bien en la moral apenas tiene punto vulnerable, como obra de un santo varón cristiano que llegó á ser obispo.

Debe, por último, excitar la curiosidad pública y avivar el deseo de leer la novela de *Dafnis y Cloe* la consideración de ser la primera por su merecimiento, ya que no en el orden cronológico, de cuantas nos ha dejado la literatura griega, germen fecundo y guía constante de todas las literaturas de la moderna Europa.

Aunque de la historia de este género de ficciones, que hace tiempo se llaman *novelas*, y que tan en moda están en el día, pudiéramos excusarnos de hablar, remitiendo al lector á los autores de más valer que sobre ello han escrito, bueno será

poner algo aquí, en breve resumen, acerca de la novela griega en general, y singularmente acerca de *Dafnis y Cloe*, tomando por guía á Chassang, á Chauvin, á Sinner, á Dunlop y á otros.

Cierto que la novela, escrita en prosa con alguna extensión, en una forma aproximada á aquélla en que hoy la concebimos y escribimos, y contando lances de la vida privada de personas, no históricas, sino particulares y fingidas las más veces, es una aparición muy tardía en la literatura griega, y se puede y debe colocar en época de decadencia, al menos relativa; pero, si por novela hemos de entender toda narración, oral ó escrita, en prosa ó en verso, de casos inventados, ya se inventen con plena conciencia, ya se imaginen ó se sueñen por unos hombres de un modo espontáneo é inconsciente, y por otros se crean verdaderos y reales, la novela es tan antigua como el mundo, desde que vive en el mundo gente que habla.

Los griegos la llamaron *mytho*, y los latinos *fábula*. *Contar* ó *hablar* equivalía á referir *fábulas* ó *mythos*. *Hablar* viene de *fabulor*, que á su vez viene de *fábula;* y *mytho* en griego significa á la vez palabra, discurso, fábula, ó tradición popular cuento. Toda *habla* tenía, pues, en lo antiguo, sobre todo cuando narraba, mucho de cuento, novela ó fábula. Por medio de ellas se explicaban los fenómenos de la Naturaleza: el terror de los bosques, el curso del sol y de las estrellas, la vida misteriosa de las plantas, la voz del escondido eco, la recóndita inmensidad y el prolífico abismo de los mares, el subterráneo origen de las fuentes, el

brío devorador á par que plasmante de la llama, la lucha de los elementos, sus afinidades y consorcios fecundos, la fuerza que amontona los metales ó que cuaja el cristal en las entrañas de la tierra, el arco iris que se extiende en la bóveda azul, las tinieblas de la noche, el fulgor de la aurora, las nubes, el trueno, el rayo, la lluvia que fertiliza y el viento que destroza; cuanto hiere, en suma, la imaginación de los hombres, cuando la Naturaleza hablaba con más poderosa voz que en el día á sus potencias y sentidos, sin apartar el velo que la cubre ni hacer patentes sus entonces inefables y temerosos arcanos. Los afectos, pasiones y apetitos, que conmovían nuestro sér, no analizados tampoco entonces, ni fisiológica ni psicológicamente, se personificaban del mismo modo que los fenómenos naturales externos, y de aquí nacían también dioses y diosas, demonios y genios. Cada uno de estos seres fantásticos tenía su vida propia. Su historia, ya se refería, ya se cantaba en himnos. Los acontecimientos humanos, las conquistas bienhechoras ó destructoras, la emigración de los pueblos, la fundación de ciudades, reinos ó repúblicas, los viajes por mar y por tierra en un mundo apenas conocido, donde la imaginación ponía lo que el entendimiento ignoraba; todo esto, engrandecido á poco de suceder, y á veces á par que sucedía, sin que nadie lo escribiese, transmitiéndose y creciendo al pasar de boca en boca, y conservado á menudo en la memoria, merced á la palabra rítmica, dejaba de ser historia, se convertía en cuento, fábula ó *mytho*, y era, en suma, la ma-

teria épica diseminada ó difusa. En ella se guardaba, oculto en símbolos y figuras, todo el saber de las primeras edades; de donde, con el andar del tiempo, salieron las maravillosas epopeyas, cuando un vate singular y dichoso acertó á reunir los dispersos cantares en harmónico conjunto; y de donde la historia brotó más tarde, cuando un observador, curioso y discreto, agrupó esos mismos cantares épicos, hablas y tradiciones, poniéndolos en desatada prosa y procurando dar alguna razón de ellos en virtud de la crítica naciente.

De aquí que, en fuerza de ser todo novela (religión, geografía, historia, ciencias naturales, moral y política), no viniese hasta muy tarde la novela propiamente dicha.

Han disputado muchos eruditos sobre la procedencia de la novela griega. Unos, como Huet, suponen que vino del Oriente; otros, que nació en Grecia, original y castiza. Yo creo que, sin duda, los primitivos griegos traían ya sus creencias y sus *mythos* desde que emigraron de la cuna de la raza aria, en las faldas del Paropamiso; que fueron después inventando mucho, y que tomaron también no poco de Egipto, de Fenicia, del Asia Menor, de Tracia y de otras regiones y pueblos; pero los griegos, admirablemente dotados por la Naturaleza, pusieron en todo el sello de su propio sér: la gracia, la medida, la harmonía y el buen gusto instintivo é innato.

Como quiera que ello sea, la ficción fué, en un principio, candorosa, y no reflexiva: tuvo carácter épico, tanto por el sujeto que fingía, cuanto por

el objeto fingido. No era la ficción individual, ó se habían perdido las huellas de que lo fuese: era obra de la imaginación colectiva: no era historia fingida adrede, sino creída y soñada; ni era tampoco de casos meramente domésticos, sino importantes al pueblo todo ó á todos los hombres: historia de reyes, de patriarcas, de héroes epónimos, de dioses y semi-dioses, los cuales, ya, como Hércules, Teseo, Perseo y Belerofonte, altos modelos de los ulteriores caballeros andantes, socorrían doncellas, amparaban menesterosos y libertaban la tierra de monstruos y tiranos; ya, como Baco, Osiris y los Argonautas, se extendían por el mundo, civilizándole en expedición conquistadora; ya, como Hermes, inventaban artes que hacen grata la vida; ya, como Prometeo, arrostraban la cólera del cielo y del inflexible destino, á fin de salvar, mejorar ó ennoblecer al género humano.

Cuando toda esta materia épica pasó de ser oral á ser escrita, y perdiendo el ritmo ó forma de la poesía, vino á ponerse en prosa, la ficción, ó dígase la novela en su más lato sentido, entró en un período importante de su historia, si bien aún apenas aparecía aislada, sino combinándose con todo. Los moralistas se valían de ella para inculcar sus preceptos, y los filósofos y políticos para hacer más perceptibles y populares sus teorías y sistemas. De aquí las fábulas de Platón sobre la Atlántida y sobre Her el armenio, la del grave Aristóteles sobre Sileno y Midas, y la de Jenofonte sobre la educación de Ciro.

Lo inexplorado hasta entonces de este planeta

en que vivimos, daba lugar á innumerables *utopías;* esto es, á tierras incógnitas ó muy remotas, donde vivían pueblos extraños, ya por lo monstruoso de su sér y condición, ya por estar gobernados de una manera singular y perfecta, según el gusto de quien transmitía ó inventaba la ficción. Así nacieron, y se pusieron en diversos sitios, reinos ó repúblicas de amazonas, de pigmeos y de arimaspes, y así surgieron también islas afortunadas: el país de los hiperbóreos, amados de Apolo; la tierra de los meropes, la nación india de los atacoros, y hasta la Pancaya de Evhemero.

De la misma suerte que, por ignorancia de la geografía, se creaban países y pueblos fantásticos, por el desconocimiento de los casos pasados, emigraciones de razas, conquistas, victorias, civilizaciones, florecimientos y decadencias, nacieron multitud de historias de pueblos primitivos, donde á veces, sobre la leve trama de algunos hechos reales, la fantasía tejía y bordaba mil prodigios.

Para dar autoridad á alguna doctrina religiosa ó filosófica, casi se forjaba un personaje y toda su portentosa historia, como la de Abaris ó la de Zamolxis, y, por el contrario, para glorificación de un personaje real se forjaba su leyenda. Así se escribieron no pocas vidas, no ya sólo de Reyes, héroes y conquistadores, sino también de sabios y de filósofos, como la de Pitágoras por Jámblico y Porfirio, la de Apolonio de Tyana por Filostrato, la de Plotino por Porfirio, y la de Proclo por Marino. Hasta para dar una explicación racionalista á la historia divina, para traer á la tierra á los núme-

nes que el vulgo adoraba, y reducirlos á la condición y proporciones humanas, se inventaban fábulas no menos increibles y absurdas que la misma religión que tiraban á destruir, como ocurría en la ya citada Pancaya de Evhemero, quien cuenta hoy, sin las disculpas que él tenía, tan numerosos y brillantes discípulos: v. gr., Rodier, Renan, Moreau de Jonnes, y sobre todo, el autor de un libro titulado *Dios y su tocayo*, donde se pretende probar que Jehováh era el emperador de la China, y Adán un súbdito rebelde, expulsado del Celeste Imperio.

Es evidente que, al señalar aquí las diversas direcciones que tomó entre los griegos el espíritu de invención novelesca, lo hacemos con rapidez y á grandes rasgos, y no podemos ceñirnos á la cronología, ni marcar con precisa distinción épocas y períodos. Baste que nos atrevamos á afirmar que, hasta los tiempos de Alejandro Magno, apenas queda rastro de lo que ahora podemos llamar *novela de costumbres.* Toda ficción es sobre algo que toca ó interesa á la vida pública, ya religiosa, ya política, ya filosófica. La novela de casos domésticos estaba en germen y reducida al cuento oral, que hasta muy tarde no empezó á coleccionarse.

Estos cuentos venían principalmente de Mileto, de Sibaris y de Chipre, y eran á menudo amorosos y obscenos. Los más antiguos recopiladores de estos cuentos, de quienes se tiene noticia, son de la edad de Alejandro, ó posteriores, como Clearco de Soli, Partenio de Nicea, maestro de Virgilio, y Conón, que vivió en el mismo tiempo.

Con la novela hubo de suceder lo mismo, en cierto modo, que con el teatro cómico. Aristófanes, en la comedia antigua, habla y trata de la vida pública, política y religiosa. Viene después la comedia media, que trata aún de la vida pública; pero, ya perdidas la actividad y la libertad de la democracia ateniense, olvida lo político, y se emplea en representar filósofos y cortesanas. Sólo con Menandro, en la comedia nueva, aparece la verdadera vida interior y doméstica, y se pintan caracteres y pasiones de personajes privados.

En la novela, lo que responde á la comedia nueva en el teatro, esto es, lo que hasta cierto punto pudiéramos llamar *novela de costumbres*, vino mucho más tarde. Todo novelista de este género puede afirmarse que es posterior á la era cristiana.

No por esto juzgo yo, como los clasicistas severos, que es época de decadencia ésta en que apareció la novela de dicha clase. Verdad que el siglo de oro de las letras griegas fué el de Pericles; pero autores eminentes hubo en épocas muy distintas, y nuevos períodos de florecimiento y nuevos campos para luchar y vencer se abrieron después en repetidas ocasiones al ingenio helénico; ora bajo los Ptolomeos y otros sucesores de Alejandro, en filosofía, en ciencias exactas y naturales, y en poesía lírica y bucólica; ora bajo la dominación de Roma, en quien infundió Grecia su cultura; ora con la aparición y difusión del cristianismo y el gran movimiento de ideas que trajo en pos de sí, aun hasta después de caer el imperio de Occidente. Yo creo que no pueden llamarse épocas de decaden-

cia en una literatura aquéllas en que florecen poetas como Teócrito, Bion y Calímaco; prosistas como Polibio, Plutarco y Luciano; filósofos como Plotino, y escritores tan elocuentes y pensadores tan profundos como tantos y tantos Padres de la Iglesia.

En esta última época, á saber, desde el primero al quinto ó sexto siglo de la era cristiana, es cuando escriben los principales novelistas griegos de la novela propiamente dicha, ó dígase de la *novela de costumbres,* ó más bien de la novela de amor y aventuras, ya que las costumbres no se pintaban entonces con la exactitud de ahora; no se empleaba lo que hoy llamamos ó podemos llamar *color local y temporal,* sino cuando esto salía sin caer en ello los autores; ni mucho menos había, ni era posible que hubiese, este análisis psicológico de las pasiones y afectos, que hoy se usa y agrada tanto. En cambio, el empleo de lo sobrenatural y prodigioso no era tan difícil como en el día, porque los hombres creían sin gran dificultad, por donde era llano ingerir en las novelas lo fantástico de las antiguas fábulas filosóficas, religiosas, geográficas é históricas.

Las novelas más famosas y conocidas del expresado género son: la *Eubea,* de Dion Crisóstomo: el *Asno,* de Lucio de Patras; *Las Efesiacas,* de Jenofonte de Efeso; *Teágenes y Cariclea,* de Heliodoro; *Leucipe y Clitofonte,* de Aquiles Tacio. y *Las Pastorales,* de Longo, ó *Dafnis y Cloe,* que damos aquí traducida, y que es sin duda la mejor de todas, ya que el *Asno,* de Lucio, es fe-

rozmente obsceno, y la *Eubea*, de Dion, tiene poco interés, por más que esté lindamente escrita. Las otras novelas de dicha época son en el día harto pesadas de leer. Y las novelas posteriores, del Bajo Imperio, no son más amenas ahora, si bien son en extremo interesantes por lo mucho que influyen en el desenvolvimiento de todas las literaturas del centro y occidente de Europa durante la Edad Media; ya en leyendas y cuentos; ya en poemas y libros de caballerías; ya en el mismo teatro, cuando el renacimiento y después, como sucede, por ejemplo, con la historia de Apolonio de Tiro, el poema de Alejandro y las historias troyanas.

Según ya hemos dicho, aunque nuestro elogio se atribuya á pasión de traductor, *Dafnis y Cloe* es la mejor de todas estas novelas; la única quizá que, por la sencillez y gracia del argumento, por el primor del estilo, y en suma, por su permanente belleza, vive y debe gustar en todo tiempo.

Contra los ataques que se han dirigido á su poca moralidad y decencia, ya la hemos defendido hasta donde nos ha sido posible. De otras faltas es harto más fácil defenderla. Una, sobre todo, apenas se comprende que haya críticos juiciosos que se la atribuyan: la de la intervención milagrosa de Pan para salvar á Cloe, á quien llevaban robada. Lo extraño es que los críticos se hayan fijado en este momento, como si en él apareciese sólo lo sobrenatural, y no hayan querido comprender que, desde el comienzo de la novela, lo sobrenatural interviene en todo. Sin su intervención la novela no sería verosímil, y por lo tanto, no sería diver-

tida. La verosimilitud estética se funda, pues, en la creencia en ciertos seres por cima del sér humano y que le amparan y guían; en la creencia en las Ninfas; en Amor, no como figura alegórica, sino como persona real, viva y divina, y en Pan, como dios protector de los pastores, belicoso á veces y tremendo.

Sin la providencia especial de estas divinidades, sin el cuidado que toman por Dafnis y Cloe y sin la elección que hacen de ellos para un caso singular de enamoramiento dulcísimo, ni se hubieran salvado los niños recién nacidos, abandonados en medio del campo, ni los hubieran criado con tanto amor una cabra y una oveja, ni hubieran conservado su rara hermosura á pesar de las inclemencias del cielo, ni hubieran sido tan sencillos é inocentes, ni hubiera pasado, en resolución, casi nada de lo que en la novela pasa. Por esto es de maravillar que los críticos censuren el milagro de Pan para libertar á Cloe, y no censuren los demás milagros ni se paren en ellos.

Ni yo creo en Pan ni en las Ninfas, ni hay lector en el día que pueda creer en tales disparates; mas, para la verosimilitud estética, es fuerza ponerse en lugar del vulgo gentílico, que en un tiempo dado (todavía cuando la novela se escribió) creía en las mencionadas patrañas, sobre todo en lugares agrestes, lejos de las grandes ciudades. Una vez concedido esto, todo es verosímil y llano.

Dafnis y Cloe, en completo estado de naturaleza, aunque sublimado é idealizado por el favor divino, pero por el favor divino de dioses poco severos, se

aman antes de saber que se aman, son bellos é ignorantes, contemplan y comprenden su hermosura, y de esta contemplación y admiración nace un afecto bastante delicado para dos que viven casi vida selvática: él sin colegio ni estudio de moral, y ella sin madre vigilante y cristiana, sin aya inglesa que la advierta lo que es *shocking*, y sin nada por el estilo. Si el autor, dado ya el asunto, hubiera puesto en los amores de sus dos personajes algo de más sutil, etéreo y espiritual, hubiera sido completamente falso, tonto é insufrible.

La novela de *Dafnis y Cloe* es, pues, lo que debe y puede ser, y tal como es, es muy linda.

Su autor imita, sin duda, á los antiguos poetas bucólicos, á Teócrito sobre todo; pero le imita con tino y gracia. De aquí que su obra sea la mejor, la más natural, la menos afectada y artificiosa, la única acaso no afectada de cuantas novelas pastorales se han escrito posteriormente, y que, pasada ya la moda, no hay quien lea con paciencia.

Dafnis y Cloe, más bien que de novela bucólica, puede calificarse de novela campesina, de novela idílica ó de idilio en prosa; y en este sentido, lejos de pasar de moda, da la moda y sirve de modelo aún, *mutatis mutandis*, no sólo á *Pablo y Virginia*, sino á muchas preciosas novelas de Jorge Sand, y hasta á una que compuso en español, pocos años há, cierto amigo mío, con el título de *Pepita Jiménez*.

De estas novelas en prosa se ha pasado también á componerlas en verso, tomando asunto de la vida común; pintando escenas villanescas, rústicas ó

burguesas, que no carecen de poesía, sino que la tienen muy grande, cuando se aciertan á pintar con la debida sencillez homérica. En vez de cantar á los héroes tradicionales de la epopeya, se ha cantado en estos idilios modernos á sujetos de condición humilde. Los dos más bellos modelos de tal género de composición, en nuestros días, son *Hermann y Dorotea*, de Goethe, y *Evangelina*, de Longfellow. Algunos de nuestros mejores poetas han seguido un poquito esta corriente desde hace cinco ó seis años. Así Campoamor, en los que llama *Pequeños poemas*, y Nuñez de Arce, en otro que titula *Idilio*.

Grecia también nos dió el ejemplo de esto, al ir á espirar su gran literatura. En el siglo v, ó después (porque, así como nada se sabe de quién fué Longo, nada se sabe tampoco de este otro autor, ni del tiempo en que vivió), hubo un cierto Museo, á quien llaman *el gramático ó el escolástico*, para distinguirle del antiquísimo Museo mitológico, hijo de Eumolpo y discípulo de Orfeo, el cual Museo más reciente compuso la novela en verso de *Hero y Leandro*, que es un idilio por el estilo de los que ahora se usan, un dechado de sencillez y de gracia, un *pequeño poema* precioso. Ganas se le han pasado al traductor de *Dafnis y Cloe* de traducirle también y de incluirle en este mismo volumen; pero, como no está seguro de que el público guste de lo primero, deja para más adelante, si el público no le desdeña y le anima, el ofrecerle lo segundo. Entre tanto, y por hoy, se despide de él, pidiéndole perdón de sus muchas faltas.

PROEMIO.

Cazando en Lesbos, en un bosque consagrado á las Ninfas, vi lo más lindo que vi jamás: imágenes pintadas, historia de amores. El soto, por cierto, era hermoso, florido, bien regado y con mucha arboleda. Una sola fuente alimentaba árboles y flores; pero la pintura era más deleitable que lo demás: de hábil mano y de asunto amoroso. Así es que no pocos forasteros acudían allí, atraídos por la fama, á dar culto á las Ninfas y á ver la pintura.

Parecíanse en ella mujeres de parto, otras que envolvían en pañales á los abandonados pequeñuelos, cabras y ovejas que les daban de mamar, pastores que de ellos cuidaban, mancebos y rapazas que andaban enamorándose, correría de ladrones y algarada de enemigos. Otras mil cosas, y todas de amor, contemplé allí con tanto pasmo, que me entró deseo de ponerlas por escrito; y habiendo buscado á alguien que me explicase bien la pintura, compuse estos cuatro libros, que consagro al Amor, á las Ninfas y á Pan, esperando que mi trabajo ha de ser grato á todos los hombres, porque sanará al enfermo, mitigará las penas del triste, recordará de amor al que ya amó, y enseñará el amor al que no ha amado nunca; pues nadie se

libertó hasta ahora de amar, ni ha de libertarse en lo futuro, mientras hubiere beldad y ojos que la miren. Concédanos el Numen que nosotros mismos atinemos á contar, sanos y salvos, los amores de otros.

LIBRO PRIMERO.

Ciudad de Lesbos es Mitilene, grande y hermosa. La parten canales, por donde entra y corre la mar, y la adornan puentes de lustrosa y blanca piedra. No semeja, á la vista, ciudad, sino grupo de islas.

Á unos doscientos estadios de Mitilene, cierto rico hombre poseía magnífica hacienda, montes abundantes de caza, fértiles sembrados, dehesas y colinas cubiertas de viñedo: todo junto á la mar, cuyas ondas besaban la arena menuda de la playa.

En esta hacienda, un cabrero llamado Lamón, que apacentaba su ganado, halló á un niño, á quien criaba una cabra. En el centro de un matorral, entre zarzas y hiedra trepadora y sobre blando césped, reposaba el infantico. Allí solía entrar la cabra, de suerte que desaparecía á menudo, y, abandonando su cabritillo, asistía á la criatura. Lamón notó estas desapariciones, y se compadeció del cabritillo abandonado; pero un día, en el ardor de la siesta, siguiendo la pista de la cabra, la vió deslizarse con cautela entre las matas, á fin de no lastimar con las pezuñas al niño, el cual, como si fuera del pecho materno, iba tomando la leche. Maravillado Lamón, que harto motivo había para ello, se acercó más y vió que la criatura era varón, bonito y robusto, y con prendas más ricas de lo

que prometía su corta ventura, porque estaba envuelto en mantilla de púrpura con hebilla de oro, y al lado había un puñalito, cuyo puño era de marfil. Lo primero que discurrió Lamón fué cargar con aquellas alhajas, y abandonar al niño; pero avergonzado luego de no remedar siquiera la compasión de la cabra, no bien llegó la noche, lo llevó todo, niño, cabra y alhajas, á su mujer Mirtale, á la cual, para que se le quitase la aprensión de que las cabras parieran niños, le contó lo ocurrido; cómo halló á la criatura, cómo la cabra la amamantaba, y cómo él había tenido vergüenza de dejarla morir. Y siendo Mirtale del mismo parecer, ocultaron las alhajas, prohijaron al niño y encomendaron á la cabra su crianza. Á fin de que el nombre del niño pareciese pastoral, decidieron llamarle Dafnis.

Dos años después, otro pastor de los vecinos campos, cuyo nombre era Dryas, halló y vió algo semejante cuando apacentaba su rebaño. Había una gruta consagrada á las Ninfas, gran roca, hueca por dentro, y en lo exterior redonda. En esta gruta se veían figuras de Ninfas, hechas de piedra, los pies descalzos, los brazos desnudos hasta los hombros, los cabellos esparcidos sobre la espalda y la garganta, el traje ceñido á la cintura, y una dulce sonrisa en entrecejo y boca; todo el aspecto de ellas, como si hubiesen bailado en coro. En el fondo de la gruta se levantaba un poco el terreno, y de allí manaba una fuente, cuyas aguas se deslizaban formando manso arroyo, y alimentando en torno un prado amenísimo, de copiosa y blanda

grama cubierto. Allí se veían suspendidos tarros, colodras, flautas, pífanos y churumbelas, ofrendas de antiguos pastores. Á este templo de las Ninfas acudía una oveja que había ya criado corderos, y el pastor Dryas sospechaba á veces que se le había perdido. Queriendo, pues, corregirla y traerla de nuevo á su antiguo y tranquilo modo de pacer, tejió con sutiles varitas de mimbre verde uno á modo de lazo, y entró en la gruta á fin de coger la oveja; pero no bien llegó cerca, vió lo que no esperaba: vió á la oveja que, con ternura verdaderamente humana, daba su ubre, para que de ella sacase abundante leche, á una criaturita, la cual, con avidez, pero sin llanto, aplicaba la boca pura y limpia, ya á una teta, ya á otra, y cuando se había hartado de mamar, la oveja le lamía la cara. Esta criatura era una niña y tenía pañales y otras prendas para poder ser reconocida; toquillas y chinelas bordadas de hilo de oro, y ajorcas de oro también.

Considerando divino tal hallazgo, y enseñado por la oveja á compadecer y amar á la niña, Dryas la tomó en sus brazos, guardó aquellas prendas en el zurrón, y rogó á las Ninfas que le dejasen criar con buena suerte á la que se había puesto bajo su amparo. Y como ya era tiempo de llevar la manada al aprisco, volvió á su cabaña, contó á su mujer lo ocurrido, le mostró á la niña y la exhortó á tomarla por hija, ocultando cómo había sido hallada. Napé, que así se llamaba la pastora, amó desde luego á la niña como madre, recelosa de que la oveja no la venciese en ternura; y en prueba de

que la niña era su hija, le puso el nombre pastoral de Cloe.

Pronto crecieron los niños. Su hermosura distaba mucho de parecer rústica. Cuando él cumplió quince años y ella dos menos, Dryas y Lamón tuvieron idéntico sueño en una misma noche. Pensaron ver que las Ninfas, las de la gruta donde estaba la fuente y donde Dryas había encontrado á la niña, ponían á Dafnis y á Cloe en poder de un mozuelo gentil á par que arrogante, con alas en los hombros y armado de arco y flechas pequeñitas, el cual, hiriendo á ambos con la misma flecha, les mandó que fuesen pastores: á ella, de ovejas; á él, de cabras. No poco afligió á los viejos este sueño, que destinaba á sus hijos al oficio de guardar ganado, porque hasta entonces habían augurado mejor suerte para ellos, fiándose en las prendas halladas, por lo cual los habían criado con el mayor regalo y les habían hecho aprender las letras y cuanto en el campo hay de bueno. Resolvieron, no obstante, obedecer á los dioses, cuya providencia había salvado á los niños. Y después de comunicarse mutuamente el sueño, y de haber hecho un sacrificio, en la gruta de las Ninfas, al mozuelo de las alas (cuyo nombre no acertaban á adivinar), enviaron á los mozos á cuidar del hato, enseñándoles el oficio pastoril: de qué modo ha de apacentarse antes del mediodía, de qué modo después de pasada la siesta; cuándo conviene llevar al abrevadero, cuándo al aprisco; en qué ocasión debe emplearse el cayado y en qué ocasión basta la voz. Ellos se alegraron de esto en gran manera, como

si los hubieran hecho príncipes, y amaron á sus cabras y corderos más que suele el vulgo de los pastores, porque ella recordaba que debía la vida á una oveja, y él no había olvidado que una cabra le cuidó y alimentó en su abandono.

Empezaba entonces la primavera y se abrían las flores en montes, selvas y prados. Oíase ya por todas partes susurro de abejas y gorjeo de pajarillos. Los recentales balaban, los corderos retozaban en la montaña, las abejas susurraban en el prado, y en umbrías y sotos cantaban las aves. Como en aquella bendita estación todo se regocijaba, Dafnis y Cloe, tan jóvenes y sencillos, se pusieron á remedar lo que veían y oían. Oían cantar á los pájaros, y cantaban; veían brincar á los corderos, y brincaban gallardamente; y remedando á las abejas, cogían flores, y ya se las ponían en el pecho, ya, tejiendo guirnaldas, se las ofrecían á las Ninfas. Todo lo hacían juntos y apacentaban cerca el uno del otro. A menudo Dafnis hacía volver la oveja que se extraviaba, y á menudo Cloe espantaba á las cabras más atrevidas para que no trepasen á los riscos. A veces uno solo cuidaba de ambos hatos, mientras que el otro se recreaba y jugaba. Sus juegos eran infantiles y propios de zagales. Ora ella, con juncos que cogía, formaba jaulas para cigarras, y, distraída en esta faena, descuidaba el ganado. Ora él cortaba delgadas cañas, les agujereaba los nudos, las pegaba con cera blanda, y se esmeraba hasta la noche en tocar la zampoña. Á menudo compartían ambos la leche y el vino y se comían juntos la merienda que traían de casa.

En suma, más bien se hubieran visto las cabras y las ovejas dispersas que á Dafnis y Cloe separados.

En medio de tales juegos, Amor empezó á darles penas. Una loba, que recientemente había tenido cría, robaba muchas veces corderos de los campos próximos para alimentar sus cachorros. Algunos aldeanos se reunieron con este motivo, é hicieron de noche zanjas de más de una vara de ancho y de cuatro ó cinco de hondo. Mucha porción de la tierra removida la esparcieron á lo lejos, y sobre el hoyo extendieron palos secos y quebradizos, cubriéndolos con el resto de la tierra para que el suelo apareciese como antes, de modo que hasta una liebre que corriese por cima rompiese los palos, más débiles que paja, y probase que no era suelo, sino apariencia de suelo. Así abrieron varias zanjas en los cerros y en el llano; pero nunca pudieron coger la loba, que presintió la trampa. En cambio perdieron no pocos corderos y cabras, y Dafnis estuvo á punto de perderse.

Dos machos cabríos, irritados por la brama, lucharon con tal furor y violencia, que á uno de ellos se le rompió un cuerno, y, lleno de dolor, comenzó á huir dando bramidos, mientras que el vencedor le perseguía sin tregua ni sosiego. Dolióse Dafnis del cuerno quebrado, y lleno de ira contra la terquedad del macho victorioso, empuñó el cayado y dió en perseguirle á su vez. Así, huyendo el uno y siguiéndole enfurecido el otro, sin ver dónde ponían los pies, cayeron ambos en la trampa, el macho primero y luego Dafnis, lo cual le salvó, pues al caer se quedó caballero en el ma-

cho; pero, como se veía en el fondo del hoyo, lloraba, aguardando que alguien viniese á sacarle de allí. Cloe, que vió de lejos lo sucedido, acudió de carrera al hoyo, reconoció que Dafnis estaba con vida y pidió socorro á un boyero de los vecinos campos. Llegó el boyero y buscó una cuerda ó soga, para que, asido á ella, Dafnis saliese; pero no se encontraba cuerda. Entonces Cloe desató la cinta de sus crenchas, la dió al boyero, y de esta suerte, puestos ambos en la boca del hoyo, agarrándose Dafnis á la cinta y tirando ellos, logró subir el caído. Sacaron después al macho infeliz, que con el golpe se había roto entrambos cuernos (pronta y completa venganza del vencido), y se le dieron al boyero en pago de su ayuda, con propósito de decir en casa, si alguien preguntaba por él, que un lobo se le había llevado.

Volvieron luego donde estaban cabras y ovejas, y hallaron que pacían en paz y buen orden. Sentáronse entonces cabe el tronco de una encina y miraron ambos con atención si alguna parte del cuerpo de Dafnis se había lastimado al caer; pero ni herida ni sangre tenía, sino sucio barro en el pelo y en lo demás de su persona. Dafnis determinó lavarse para que Lamón y Mirtale no supiesen lo ocurrido. Y yéndose con Cloe á la gruta de las Ninfas, le dió á guardar la tuniquilla y el zurrón, y se puso á lavar en la fuente su cabellera y el cuerpo todo. La cabellera era negra y abundante; el cuerpo, tostado del sol. Diríase que le daba color osbcuro la sombra de la cabellera. Cloe, que miraba á Dafnis, le halló hermoso, y como hasta allí

no había reparado en su hermosura, imaginó que el baño se la prestaba. Cloe lavó luego las espaldas á Dafnis, y halló tan suave la piel, que de oculto se tocó ella muchas veces la suya para decidir cuál de los dos la tenía más delicada.

Como ya el sol iba á ponerse, ambos volvieron con el hato á sus cabañas, y Cloe nada deseaba tanto como ver á Dafnis bañarse de nuevo.

Al día siguiente, de vuelta en la pradera, Dafnis, sentado, según solía, al pie de una encina, tocaba la flauta, á par que miraba sus cabras, encantadas, al parecer, con el dulce sonido. Cloe, sentada asimismo á la vera de él, miraba sus ovejas y corderos; pero miraba más á Dafnis. Y otra vez le pareció hermoso tocando la flauta, y creyó que la música le hermoseaba, y para hermosearse ella tomó la flauta también. Quiso luego que volviera él á bañarse, y le vió en el baño, y sintió como fuego al verle, y volvió á alabarle, y fué principio de amor la alabanza. Niña candorosa, criada en los campos, no se daba cuenta de lo que le pasaba, porque ni siquiera había oído mentar al Amor. Sentía inquietud en el alma, no podía dominar sus ojos y hablaba mucho de Dafnis. No comía de día, velaba de noche, y descuidaba sus ovejas; ya reía, ya lloraba; si dormía, se despertaba de súbito; su rostro se cubría de palidez, y luego ardía en rubor. Nunca se agitó más becerra picada del tábano. Acontecía á veces que ella á sus solas prorrumpía en estas razones:

«Estoy mala é ignoro mi mal; padezco y no me veo herida; me lamento y no perdí ningún corde-

rillo; me abraso y estoy sentada á la sombra. Mil veces me clavé las espinas de los zarzales y no lloré; me picaron las abejas y pronto quedé sana. Sin duda que esta picadura de ahora llega al corazón y es más cruel que las otras. Si Dafnis es bello, las flores lo son también; si él canta lindamente, no cantan mal las avecicas. ¿Por qué pienso en él y no en las avecicas y en las flores? ¡Quisiera ser su flauta para que infundiese en mí su aliento! ¡Quisiera ser su cabritillo para que me tomara en sus brazos! ¡Oh agua perversa, que á él sólo haces hermoso y me lavas en balde! Yo me muero, queridas Ninfas; ¿cómo no salváis á la doncella que se crió con vosotras? ¿Quién os coronará de flores después de mi muerte? ¿Quién tendrá cuidado de los pobrecitos corderos? ¿A quién encomendaré mi parlera cigarra, que cogí con tanta fatiga y que solía cantar en la gruta para que yo durmiese la siesta? En vano canta ahora, pues yo velo, gracias á Dafnis.» Así padecía, así se lamentaba Cloe, procurando descubrir el nombre de Amor.

Entre tanto, Dorcón, el boyero que sacó del hoyo á Dafnis y al macho, mozuelo ya con barbas y harto sabido en cosas de Amor, se había prendado de Cloe desde el primer día; y como mientras más la trataba más se abrasaba su alma, resolvió valerse ó de regalos ó de violencia para lograr sus fines. Fueron sus primeros presentes, para Dafnis, una zampoña, que tenía nueve cañutos ligados con latón, y no con cera, y para Cloe la piel de un cervatillo, esmaltada de lunares blancos, para que la llevase en los hombros, cual suelen las bacantes.

Así creyó haberse ganado la voluntad de ambos, y pronto desatendió á Dafnis; pero á Cloe la obsequiaba de diario, ya con blandos quesos, ya con guirnaldas de flores, ya con frutas sazonadas. Y hasta hubo ocasiones en que le trajo un becerro montaraz, un vaso sobredorado y pajarillos cazados en el nido. Ignorante ella del artificio y malicia de los amadores, tomaba los regalos y se alegraba; y se alegraba más aún porque con ellos podía regalar á Dafnis.

No tardó éste en conocer también las obras de Amor. Entre él y Dorcón sobrevino contienda acerca de la hermosura. Cloe había de sentenciar. Premio del vencedor, un beso de Cloe. Dorcón habló primero de esta manera:

«Yo, zagala, soy más alto que Dafnis, y valgo más de boyero que él de cabrero, porque los bueyes valen más que las cabras. Soy blanco como la leche y rubio como la mies cuando la siegan. No me crió una bestia, sino mi madre. Este es chiquitín, lampiño como las mujeres y negro como un lobezno. Vive entre chotos, y su olor ha de ser atroz, y es tan pobre, que no tiene para mantener un perro. Se cuenta que una cabra le dió leche, y á la verdad que parece cabrito.»

Así dijo Dorcón. Luego contestó Dafnis: «Me crió una cabra como á Júpiter, y son mejores que tus vacas las cabras que yo apaciento. Y no huelo como ellas, como no huele Pan, que casi es macho cabrío. Bastan para mi sustento queso, blanco vino y pan bazo, manjares campesinos, no de gente rica. Soy lampiño como Baco, y como los jacintos

moreno; pero más vale Baco que los sátiros, y más el jacinto que la azucena. Este es bermejo como los zorros, barbudo como los chivos, y como las cortesanas blanco. Y mira bien á quién besas, pues á mí me besarás la boca, y á él las cerdas que se la cubren. Recuerda, por último ¡oh zagala! que á ti también te crió una oveja, y eres, no obstante, linda.»

Cloe no supo ya contenerse, y movida de la alabanza, y más aún del largo anhelo que por besar á Dafnis sentía, se levantó y le besó; beso inocente y sin arte, pero harto poderoso para encenderle el alma.

Dorcón huyó afligido en busca de nuevos medios de lograr su amor. Dafnis no parecía haber sido besado, sino mordido: de repente se le puso la cara triste; suspiraba con frecuencia, no reprimía la agitación de su pecho, miraba á Cloe; y al mirarla se ponía rojo como la grana. Entonces se maravilló por primera vez de los cabellos de ella, que eran rubios, y de sus ojos, que los tenía grandes y dulces como las becerras, y de su rostro, más blanco que leche de cabra. Diríase que á deshoras se le abrieron los ojos y que antes estaba ciego. Ya no tomaba alimento sino para gustarle, ni bebida sino para humedecerse la boca. Estaba taciturno, cuando antes era más picotero que las cigarras; yacía inmóvil, cuando antes brincaba más que los chivos; no se curaba del ganado; había tirado la flauta lejos de sí, y tenía pálido el rostro como agostada hierba. Únicamente con Cloe ó pensando en Cloe volvía á ser parlero. A veces, á solas, se lamentaba de esta suerte:

«¿Qué me hizo el beso de Cloe? Sus labios son más suaves que las rosas, su boca más dulce que un panal, y su beso más punzante que el aguijón de las abejas. No pocas veces he besado los chivos; no pocas veces he besado los recentales de ella y el becerro que le regaló Dorcón; pero este beso de ahora es muy diferente. Me falta el aliento, el corazón me palpita, se me derrite el alma, y á pesar de todo, quiero más besos. ¡Oh extraña victoria! ¡Oh dolencia nueva, cuyo nombre ignoro! ¿Habría Cloe tomado veneno antes de besarme? ¿Cómo no ha muerto entonces? Los ruiseñores cantan, y mi zampoña enmudece; brincan los cabritillos, y yo estoy sentado; abundan las flores, y yo no tejo guirnaldas. Jacintos y violetas florecen, y Dafnis se marchita. ¿Llegará Dorcón á ser más lindo que yo?»

Así se quejaba el bueno de Dafnis, probando los tormentos de Amor por vez primera.

Dorcón, entre tanto, el boyero enamorado de Cloe, se fué á buscar á Dryas, que plantaba estacas para sostener una parra, y le llevó de regalo muy ricos quesos. Y como era su antiguo amigo, porque habían ido juntos á apacentar el ganado, trabó conversación con él, y acabó por hablarle del casamiento de Cloe. Díjole que él deseaba tomarla por mujer, y le prometió grandes dones, como rico boyero que era: una yunta de bueyes para arar, cuatro colmenas, cincuenta manzanos, un cuero de buey para suelas, y cada año un becerro que podría ya destetarse. Halagado por las promesas, Dryas estuvo á punto de consentir en

la boda; pero, recapacitando después que la doncella merecía mejor novio, y temiendo ser acusado algún día de ocasionar irremediables males, desechó la proposición de boda, y se disculpó como pudo, sin aceptar lo prometido en alboroque.

Viéndose Dorcón defraudado por segunda vez en su esperanza y perdidos sin fruto sus excelentes quesos, resolvió apelar á las manos no bien hallase sola á Cloe. Y como había notado que Cloe y Dafnis traían alternativamente á beber el ganado, él un día y ella otro, se valió de una treta propia de zagal: tomó la piel de un gran lobo, que un toro había muerto con sus astas defendiendo la vacada, y se cubrió con dicha piel puesta en los hombros, de modo que las patas de delante le cubrían los brazos, las patas traseras se extendían desde los muslos á los talones, y el hocico le tapaba la cabeza como casco de guerrero. Disfrazado así en fiera lo menos mal que pudo, se fué á la fuente donde bebían cabras y ovejas después de pacer. Estaba la fuente en un barranco, y en torno de ella formaban matorral tantos espinos, zarzas, cardos y enebros rastreros, que fácilmente se hubiera ocultado allí un lobo de veras. Allí se escondió Dorcón, espiando el momento de venir á beber el ganado, y con grande esperanza de asustar á Cloe con su disfraz y de apoderarse de ella.

Á poco llegó Cloe á la fuente con el ganado, mientras Dafnis cortaba verdes tallos y renuevos para que los cabritillos se regalasen después del pasto. Los perros que guardaban el rebaño seguían á Cloe, y como tenían buena nariz, sintieron á

Cuando llegaba la hora de la siesta, llegaba también mayor hechizo y cautividad de los ojos, porque ella miraba á Dafnis desnudo y su beldad floreciente, y desfallecía al considerar que no había falta que ponerle en parte alguna; y él, al verla con la piel de ciervo, coronada de pino y ofreciéndole bebida en la taza, imaginaba ver á una de las Ninfas de la gruta. Entonces Dafnis, arrebatando de la cabeza de ella las ramas de pino, se coronaba á sí propio, no sin besar antes la corona. Ella, en cambio, solía tomar la ropa de él, mientras él se bañaba, y vestírsela, no sin besarla antes también. Ambos se tiraban manzanas, y otras veces se peinaban el uno al otro, y Cloe comparaba el cabello de él, por lo negro, á la endrina, y Dafnis decía que el rostro de ella era como las manzanas, por lo blanco y sonrosado. A veces le enseñaba á tocar la flauta; y apenas soplaba ella, se la quitaba él y recorría todos los agujeros, como para mostrarle dónde había faltado, y en realidad para besar á Cloe por medio de la flauta.

Tocando él así una siesta, y reposando á la sombra el ganado, Cloe hubo de quedarse dormida. Y no bien lo advirtió Dafnis, dejó la flauta para mirarla toda, sin hartarse de mirarla; y ya sin avergonzarse de nada, dijo en voz baja de este modo: «¡Cómo duermen sus ojos! ¡Cómo alienta su boca! Ni las frutas ni el tomillo huelen mejor; pero no me atrevo á besarla. Su beso pica en el corazón y vuelve loco como la miel nueva. Además, temo despertarla si la beso. ¡Oh parleras cigarras! ¿No la dejaréis dormir con vuestros chirridos? ¿Y estos

pícaros chivos, que alborotan peleando á cornadas? ¡Oh lobos más cobardes que zorras! ¿por qué no venís á robarlos?»

Mientras que él profería estas razones, una cigarra, huyendo de una golondrina que la quería cautivar, vino á refugiarse en el seno de Cloe. La golondrina no pudo coger su presa ni reprimir el vuelo, y rozó con las alas las mejillas de la zagala, la cual, sin comprender lo que había sucedido, despertó asustada y gritando; pero no bien vió la golondrina, que aún volaba cerca, y á Dafnis, que reía del susto, el susto se le pasó y se restregó los ojos, que querían dormir todavía. Entonces la cigarra se puso á cantar entre los pechos de Cloe, como si quisiera darle gracias por haberla salvado. Cloe se asustó y gritó de nuevo, y Dafnis rió. Y aprovechándose éste de la ocasión, metió bien la mano en el seno de Cloe, y sacó de allí á la buena de la cigarra, que ni en la mano quería callarse. Ella la vió con gusto, la tomó y la besó, y se la volvió á poner en el pecho, siempre cantando.

Recreábase una vez en oir á una paloma torcaz que arrullaba en la selva. Quiso Cloe aprender lo que decía, y Dafnis la doctrinó, refiriendo esta sabida conseja: «Hubo en tiempos antiguos, zagala, una zagala linda y de pocos años como tú, la cual apacentaba muchos bueyes. Era gentil cantadora, y su ganado se deleitaba con la música, por manera que la zagala no se valía del cayado, ni picaba con la aijada, sino que, reposando á la sombra de un pino y coronada de verdes ramas, se ponía á cantar de Pan y de Pitis, y toda la vacada pacía en

torno oyéndola. No lejos de allí había un zagal, que también guardaba vacas y era hábil cantador, como la zagala, y competía con ella en los cantares, siendo los de él más briosos, como de varón, y, como de muchacho, no menos dulces. Así fué que los ocho mejores becerros que ella tenía, hechizados por los cantares del zagal, se pasaron de un rebaño á otro. La zagala se apesadumbró en extremo con la pérdida de los becerros, y más aún con el vencimiento en los cantares, y suplicó á los dioses que, antes de volver á casa, la convirtiesen en ave. Accedieron los dioses y la convirtieron en ave montaraz y cantadora cual la zagala. Aun en el día, cuando canta, recuerda su derrota, y dice que busca los becerros huídos.» En tales recreos se pasó el verano, y vino el otoño con sus racimos. Entonces ciertos piratas de Tiro que tripulaban una nave de Caria, á fin de no parecer bárbaros, desembarcaron en aquella costa con espadas y petos, y garbearon cuanto pudieron hallar á su alcance: vino oloroso, trigo á manta, panales de miel y hasta algunos bueyes y vacas del rebaño de Dorcón. Quiso la suerte que se apoderasen de Dafnis, el cual se andaba solazando solo junto á la mar, porque Cloe, como niña que era, sacaba más tarde á pacer las ovejas de Dryas, por temor de los pastores insolentes. Viendo los piratas á aquel mozo gallardo y espigado, juzgáronle mejor presa que las ovejas y las cabras, y cesando en sus correrías y robos, se le llevaron á la nave, mientras que él lloraba, no sabía qué hacer, y llamaba á voces á Cloe. Los piratas en tanto desataron la amarra,

pusieron mano á los remos, y se iban engolfando en la mar, cuando acudió Cloe ya con sus ovejas y trayendo de presente á Dafnis una nueva flauta. Y viendo ella las cabras medrosas y descarriadas, y oyendo á Dafnis, que la llamaba siempre á gritos, abandonó las ovejas, tiró al suelo la flauta, y á todo correr se fué hacia Dorcón pidiéndole socorro. Hallóle por tierra, cubierto de heridas que le habían hecho los ladrones, respirando apenas y derramando mucha sangre. Cuando él vió á Cloe, el recuerdo de su amor le hizo cobrar aliento. «Cloe, le dijo, pronto voy á morir. Esos inicuos piratas me han destrozado como á un buey, porque defendía mis bueyes. Sálvate tú, salva á Dafnis, véngame y piérdelos. Yo tengo enseñadas á mis vacas á seguir el son de mi flauta, y por lejos que estén, acuden cuando la oyen. Tómala, ve á la playa, y toca allí la sonata que yo enseñé á Dafnis y que Dafnis te enseñó. Lo demás lo harán la flauta sonando y las mismas vacas. Á ti hago presente de esta flauta, con la cual vencí en contienda musical á muchos vaqueros y cabreros. Tú, en pago, bésame ahora, que aún vivo, y llórame muerto. Y cuando veas á alguien apacentando bueyes, acuérdate de mí.» Dicho esto, Dorcón besó el beso último, pues á par de beso y voz exhaló el alma.

Tomó la flauta Cloe, aplicó á ella los labios y sopló con cuanta fuerza pudo. Oyéronla las vacas, reconocieron al punto el son, mugieron todas, y de consuno se tiraron con ímpetu á la mar. Con salto tan violento se ladeó la nave de un costado, y al caer las vacas se abrió en la mar como una

sima, de suerte que se volcó la nave, y las olas, al volverse á juntar, se la tragaron. No todos los náufragos tenían la misma esperanza de salvación, porque los piratas llevaban espada al cinto, vestían medias corazas escamosas y calzaban grevas, mientras que Dafnis iba descalzo, como quien apacienta en la llanura, y casi desnudo, por ser la estación del calor. Así fué que los piratas, apenas bregaron un poco, se hundieron, con el peso de las armas; pero Dafnis se despojó con facilidad de su ligero vestido, y aun así se cansaba con tanto nadar, como quien antes sólo por poco tiempo había nadado en los ríos. La necesidad le enseñó, no obstante, lo que importaba hacer: se puso entre dos vacas, asió sus cuernos con ambas manos, y se dejó llevar tan cómodo y sin fatiga, como en una carreta; pues es de saber que las vacas nadan más y mejor que los hombres, y sólo ceden en esto á las aves de agua y á los peces, por lo cual no se cuenta de vaca ni de buey que jamás se ahogue, como no se le ablande la pezuña con el sobrado remojo. Y en prueba de la verdad de lo que digo, hay muchos estrechos de mar que hasta hoy se llaman pasos de bueyes.

Del modo referido escapó Dafnis, contra toda previsión, de dos peligros, piratería y naufragio. Luego que saltó en tierra y halló á Cloe, que reía y lloraba al mismo tiempo, se echó en sus brazos y le preguntó por qué tocaba la flauta. Ella se lo contó todo: su ida en busca de Dorcón; la costumbre de las vacas de acudir al son de la flauta; el consejo de Dorcón de que la tocase, y la

muerte de éste. Sólo por pudor se calló lo del beso.

Decidieron ambos honrar la memoria de su bienhechor, y en compañía de amigos y parientes hicieron el entierro de aquél sin ventura. Echaron tierra en la huesa, plantaron en torno árboles, y suspendieron de las ramas las primicias de su trabajo; libaron leche sobre el sepulcro, exprimieron racimos de uvas y quebraron flautas. Se oyó á las vacas dar lastimeros mugidos, y se las vió correr despavoridas y sin concierto; todo lo cual, según declaraban pastores peritos, era lamentación y duelo de las vacas por el vaquero difunto.

Después del entierro de Dorcón, Cloe se fué con Dafnis á la gruta de las Ninfas, y allí le lavó, y luego ella misma, por la primera vez, viéndolo Dafnis, lavó su cuerpo, blanco y reluciente de hermosura, y sin necesitar el baño para ser hermoso. Cogieron, por último, flores de las que daba la estación, coronaron con ellas á las imágenes y colgaron como ofrenda la flauta de Dorcón en la pared de la gruta.

Hecho esto, salieron á ver cabras y ovejas. Todas estaban echadas, sin pacer ni balar, sino, á lo que yo entiendo, harto afligidas por la ausencia de Dafnis y de Cloe. Así fué que en cuanto los vieron y oyeron que las llamaban como de costumbre y que tocaban la churumbela, se alzaron todas alegres, y las ovejas se pusieron á pacer, y las cabras á brincar y á balar, celebrando que su cabrero se había salvado.

Con todo esto, Dafnis no podía recobrar su antiguo contento desde que vió á Cloe desnuda y pa-

tente toda su beldad, escondida antes. Le dolía el corazón como si hubiese tomado ponzoña, y su aliento ya era fuerte y agitado, como de alguien á quien persiguen, ya desfallecido, como por el cansancio de la fuga. Parecíale el baño de Cloe más temible que la mar, y pensaba que su alma estaba aún cautiva de los piratas; pues, como mozuelo campesino, ignoraba las piraterías de Amor.

LIBRO SEGUNDO.

Estaba ya en su fuerza el otoño, se acercaban los días de la vendimia, y todo era vida y movimiento en el campo. Unos preparaban los lagares, otros fregaban las tinajas; éstos tejían canastas y cestos ó afilaban hoces pequeñas para cortar los racimos, y aquéllos disponían la piedra ó la viga para estrujar las uvas, ó machacaban mimbres y sarmientos secos para hacer antorchas á cuya luz trasegar el mosto de noche. Dafnis y Cloe habían abandonado ovejas y cabras, y prestaban en tales faenas el auxilio de sus manos. Él acarreaba la uva en cestos, la pisaba en el lagar y llevaba el mosto á las tinajas, y ella condimentaba la comida de los vendimiadores, les daba á beber vino añejo, y hasta vendimiaba á veces en las cepas bajas; porque en Lesbos las viñas no están en alto ni enlazadas á los árboles, sino rastreando los sarmientos como la hiedra, de modo que una criatura apenas salida de los pañales puede coger allí racimos.

Según usanza en esta fiesta de Baco y nacimiento del vino, acudieron mujeres de las cercanías para ayudar en las faenas, y las más ponían los ojos en Dafnis y encarecían su belleza como igual á la del dios. Una de las más avispadas y audaces le besó, y el beso supo bien á Dafnis y afligió á Cloe. Y los que estaban en el lagar echaban á Cloe no

pocos requiebros, saltaban furiosamente como sátiros que ven á una bacante, y deseaban convertirse en carneros para que ella los llevase á pacer: con todo lo cual Cloe se regocijaba y Dafnis se ponía mohino. De aquí que ambos ansiasen el fin de la vendimia, la vuelta á su frecuentada soledad campestre, y oir, en vez de aquel desconcertado bullicio, el son de la zampoña y el balar de la grey.

Pocos días pasaron, y las viñas quedaron vendimiadas y las tinajas llenas de mosto. Como ya no había necesidad de tantos brazos, volvieron ellos á llevar el ganado á pacer. Muy satisfechos entonces dieron culto á las Ninfas y les ofrecieron racimos con pámpanos, primicias de la vendimia. Nunca habían descuidado este culto, porque siempre, antes de llevar al pasto la grey, iban á reverenciar á las Ninfas, y al volver al aprisco también las reverenciaban, sin dejar una vez sola de ofrecerles algo, ya flores, ya fruta, ya verdes ramos, ya libaciones de leche: generosa devoción de que recibieron más tarde recompensa divina. Por lo pronto ambos retozaban como lebreles que se sueltan, y tocaban la flauta y cantaban, y como los chivos y los borregos luchaban hasta derribarse.

Mientras así se divertían, se les apareció un viejo, que vestía pellico, calzaba abarcas y llevaba al hombro un zurrón muy estropeado. Sentóse junto á ellos y habló de esta suerte: «Yo, hijos míos, soy el viejo Filetas, el que tantos cantares entonó á estas Ninfas y tantas veces tocó la flauta en honor de aquel Pan. Con mi música sólo he guiado yo numerosa vacada. Ahora vengo á vosotros para con-

taros lo que vi y participaros lo que oí. Poseo un huerto que, desde que me quité de pastor y busqué en la vejez reposo, cultivo con mis propias manos. Cuanto se cría en todas las estaciones se halla en mi huerto no bien su estación llega: en primavera, rosas, lirios, azucenas, jacintos y violetas sencillas y dobles; en verano, amapolas, peras y todo linaje de manzanas; ahora, uvas, granadas, higos y mirto verde. Los pájaros acuden á mi huerto á bandadas cuando amanece: unos vienen á picar, otros para cantar á gusto, porque hay en él sombra y tres arroyos, y tal espesura de árboles, que, si derribásemos la tapia que le cerca, pensaríamos ver un bosque.

»Hoy, á eso de mediodía, he sorprendido allí á un muchacho que tenía granadas y arrayán, y era blanco como la leche, rubio como la llama y limpio y luciente como recién salido del baño. Estaba desnudo y solo, y se entretenía en saquearme el huerto como si fuera suyo. En balde me eché sobre él para prenderle, receloso de que me destrozase arrayanes y granados con sus travesuras, porque él se me esquivó, ágil y leve, ora deslizándose entre los rosales, ora escabulléndose entre las malvalocas, como un perdigonzuelo. No pocas veces me afané para coger cabritillos de leche ó me cansé persiguiendo becerras; pero esta res de hoy es muy otra, y no hay quien sepa cazarla. Fatigado yo pronto, como es natural á mis años, y apoyado en mi báculo, no sin procurar á la vez que no se fugase, le pregunté quién era de mis vecinos y por qué se entraba á robar en el cercado ajeno.

Él, sin responder palabra, se puso junto á mí, sonrió con singular ternura, me tiró á la cara los granos de mirto, y no sé cómo me ablandó el corazón y me quitó el enojo. Roguele entonces que no tuviese miedo de mí y se dejase prender, y juré por los mirtos que en seguida le daría suelta, regalándole manzanas y granadas y consintiendo que en adelante cogiese mi fruta y segase mis flores, si alcanzaba de él un solo beso. Rióse el muchacho al oirme, con risa sonora, y salió de su pecho voz más dulce que el cantar de la golondrina, del ruiseñor y del cisne cuando es viejo como yo. «A mí, ¡oh Filetas! dijo, nada me cuesta que me beses. Más gusto yo de besos que tú de remozarte. Mira, con todo, si el don que pides conviene á tus años, los cuales no te valdrán para quedar exento de perseguirme cuando me hubieres besado, y no hay águila, ni gavilán, ni ave alguna de rapiña que me alcance, por ligera que sea. No soy niño, aunque parezco niño, sino más viejo que Saturno. Yo soy anterior al tiempo todo. A ti te conozco de muy atrás, cuando, zagalón todavía, guardabas tu rebaño en el llano de la laguna. Yo estaba á la vera tuya siempre que tocabas la flauta bajo los chopos, enamorado de Amarilis. Tú no me veías, por más que yo solía ponerme cerca de la zagala. Al cabo te la di, y de ella te nacieron hijos, que son valientes vaqueros y labradores. En el día cuido, como pastor, de Dafnis y de Cloe; y después que los reuno al rayar el alba, me vengo á tu huerto, me divierto con sus plantas y flores, y me baño en sus fuentes. Por eso flores y plantas están lozanas

y hermosas, regadas con el agua de mi baño. Mira cómo no hay rama alguna desgajada, ni fruta arrancada ó caída, ni arbolillo sacado de cuajo, ni fuente turbia. Y alégrate, además, porque sólo tú, entre los hombres, lograste verme en la vejez.» Apenas dijo ésto, empezó á revolotear entre los arrayanes lo propio que un pajarillo, y saltando de rama en rama, se subió á lo más alto del follaje. Entonces noté que tenía alas en las espaldas, y entre las alas un arco, y luego no vi nada de esto, ni á él tampoco le vi. Ahora bien, si no he vivido en balde, y si con la edad no he llegado á perder el juicio, yo os declaro, hijos míos, que estáis consagrados á Amor y que Amor cuida de vosotros.»

En grande se holgaron ellos, como si oyeran un cuento, y no un sucedido, y preguntaron quién era el tal Amor, si era niño ó pájaro, y qué poder tenía. De nuevo habló así Filetas: «Dios, hijos míos, es Amor, joven, hermoso y volátil, por lo cual se complace en la mocedad, apetece y busca la hermosura, y hace que broten alas en el alma. Tanto puede, que Júpiter no puede más: dispone los gérmenes de donde todo nace; reina sobre los astros, y manda más en los dioses, sus compañeros, que en cabras y ovejas vosotros. Todas las flores son obra suya. Él ha creado estos árboles. Por su virtud corren los ríos y los vientos suspiran. Yo vi al toro en el celo, y bramaba como picado del tábano; yo vi al macho enamorado de la cabra, y por todas partes la seguía. Yo mismo, cuando mozo, amaba á Amarilis, y ni me acordaba de la comida, ni tomaba de beber, ni me entregaba

al sueño. Me dolía el alma; me daba brincos el corazón, y mi cuerpo languidecía: ya gritaba como si me azotasen; ya callaba como muerto; á veces me arrojaba al río para apagar el fuego en que me quemaba; á veces pedía socorro á Pan, porque amó á Pitis; elogiaba á Eco, porque después de mí llamaba á Amarilis; ó rompía mi flauta, porque atraía á las vacas, y á mi Amarilis no la atraía. Ello es que no hay remedio para Amor; ni filtro, ni ensalmo, ni manjar con hechizo; no hay más que beso, abrazo y acostarse juntos desnudos.»

Filetas, después que los hubo doctrinado, se fué, recibiendo de ellos algunos quesos y un chivo, al que asomaban ya los pitones. No bien ellos se quedaron solos, y oído entonces el nombre de Amor por vez primera, se apesadumbraron más, y de vuelta á sus chozas, comparaban lo que sentían á lo que el viejo había referido. «Padecen los amantes, decían, y padecemos nosotros; no cuidan de sí mismos, como nosotros nos descuidamos; no logran dormir, y nosotros tampoco dormimos; se diría que arden, é idéntico fuego nos abrasa; desean verse, y para vernos ansiamos que llegue el día. Esto, de juro, es amor. Nos amábamos sin saberlo. Pero si esto es amor y somos amados, ¿qué nos falta? ¿Qué nos aflige? ¿Para qué nos buscamos? Filetas nos dijo la verdad: el mozuelo que vió en su huerto no es otro que el que en sueño se apareció á nuestros padres, y les ordenó que nos diesen á guardar el ganado. ¿Cómo le podremos prender? ¡Es pequeñuelo y se fugará! ¿Cómo huir de él? Tiene alas y nos alcanzará. ¿Pediremos á las Nin-

fas que nos protejan? En vano pidió Filetas protección á Pan cuando su amor con Amarilis. Tomemos los remedios de que él hablaba: besos y abrazos y acostarse juntos desnudos. Es cierto que hace mucho frío, pero le sufriremos, á fin de tomar el último remedio.» Así repasaban ambos de noche la lección que Filetas les había dado.

Al día siguiente llevaron el ganado á pacer, y al verse, se besaron, lo cual nunca habían hecho antes, y se estrecharon las manos y se abrazaron. Con el tercer remedio, con el de acostarse juntos desnudos, era con el que no se atrevían, sin duda por requerir mayor atrevimiento que el que cabe, no ya sólo en doncellicas ternezuelas, sino también en cabreros de corta edad. Aquella noche estuvieron tan desvelados como la anterior; y ya con recuerdos de lo hecho, ya con pesar de lo omitido, decían en sus adentros: «Nos hemos besado, y de nada aprovecha; nos hemos abrazado, y tampoco hemos tenido alivio. Por fuerza, el único remedio de amor ha de ser acostarse juntos. Menester será ponerlo por obra. Algo ha de haber en ello más eficaz que el beso.»

En tales discursos, acabaron por dormirse, y sus ensueños fueron amorosos: besos y abrazos. Aun lo que no habían hecho despiertos, lo hacían soñando: se acostaban juntos desnudos.

Despertáronse luego con el alba, más prendados que nunca, y se apresuraron á salir á pastorear, impacientes de renovar los besos. No bien se vieron, corrieron con blanda sonrisa hasta juntarse: se besaron y se abrazaron; pero el tercer remedio

no se empleó. Ni Dafnis se atrevía á proponerle, ni Cloe quería tomar la iniciativa. El acaso hubo, pues, de disponerlo todo.

Sentados estaban ambos junto al tronco de la encina, y gustaban del deleite que hay en el beso, y no lograban hartarse de su dulzura. Ceñíanse con los brazos para que la unión fuese más apretada. Una vez, como Dafnis apretase con mayor violencia, Cloe se cayó sobre un costado, y Dafnis, siguiendo la boca de Cloe para no perder el beso, se cayó también. Reconocieron entonces en aquella postura la que en sueños habían tenido, y se quedaron así durante mucho tiempo, como si estuviesen atados. Sin adivinar lo que había después, creyeron haber tocado al último límite de los gustos amorosos, y consumieron en balde la mayor parte del día, hasta que al llegar la noche se separaron maldiciéndola, y recogieron el hato. Quizás hubieran llegado pronto al término verdadero, á no sobrevenir un alboroto en aquel rústico retiro.

Ciertos mancebos ricos de Metimna, deseosos de solazarse durante la vendimia y de hacer alguna gira, echaron un barco á la mar, pusieron por remeros á sus criados, y se vinieron á las costas de Mitilene, donde hay ensenadas seguras, lindos caseríos, cómodas playas para bañarse, y bosques y jardines, ya por obra de naturaleza, ya por industria humana, y todo bueno y grato para la vida. Costeando de esta suerte, saltaban de diario en tierra sin hacer daño á nadie, y se entregaban á varios pasatiempos. Ora desde alguna roca que avanzaba

sobre la mar, pescaban con anzuelos colgados de una caña por un hilo delgado; ora con redes y con perros cazaban las liebres que habían huído de los majuelos, espantadas por los vendimiadores; ora cogían con lazo ánades silvestres, ánsares y avutardas, con lo cual, á par que se recreaban, proveían su mesa. Y si algo necesitaban aún, lo tomaban de los campesinos, pagándolo más caro de lo que valía. El pan y el vino era lo único que les faltaba, y también un sitio donde albergarse, pues no hallaban seguridad en dormir á bordo por la otoñada; y temerosos del temporal, traían de noche la nave á tierra.

Un rústico de por allí había menester de una soga, rota ya ó gastada la de que antes se servía para sostener en alto la piedra del husillo de su lagar; y yéndose de oculto hacia la playa, halló la nave sin quién la guardase; desató la amarra, se la llevó á su casa y la usó en dicho empleo.

Por la mañana los mancebos de Metimna buscaron en balde la amarra. Nadie confesó haberla tomado. Disputaron un poco con sus huéspedes por este motivo, se embarcaron y se fueron. Navegaron treinta estadíos, y llegaron á los campos donde moraban Dafnis y Cloe. Aquel llano les pareció muy á propósito para correr liebres. Y como carecían de soga ó cuerda que les sirviese de amarra, entretejieron y retorcieron largas varillas de verdes mimbreras, con las cuales amarraron la nave á tierra por la alta popa. Soltaron luego los perros para que olfatearan y levantaran la caza, y tendieron las redes en los sitios que juzgaron más

adecuados. Los perros con sus ladridos y carreras espantaron las cabras, y éstas abandonaron los cerros y alcores y se vinieron hacia la mar, donde entre la arena no tenían pasto, por lo cual algunas de las más atrevidas se acercaron á la nave y se comieron la mimbre verde á que estaba amarrada. En la mar á la sazón había resaca, porque soplaba viento de tierra, de suerte que, no bien el barco quedó libre, las olas le empujaron y se le llevaron lejos. Pronto se percataron de ello los cazadores, y unos corrieron á la orilla, otros atraillaron los perros, y todos gritaron de manera que cuanta gente había en los vecinos campos acudió al oirlos, pero de nada valió su venida. El viento sopló más fuerte y se llevó el barco con celeridad irresistible.

Los de Metimna, enojados con la pérdida de tantas prendas de valor, buscaron al cabrero, y habiendo hallado á Dafnis, se pusieron á darle golpes y á desnudarle; y hasta hubo uno que, valiéndose de la cuerda con que atraillaba los perros, iba á atarle las manos á las espaldas. Maltratado así Dafnis, gritó y pidió socorro á los rústicos, y sobre todo llamó á Lamón y á Dryas. Acudieron éstos, que eran dos viejos recios, con las manos endurecidas en las labores del campo, y se hicieron respetar, exigiendo que se tratase el negocio en justicia y fuesen oídas las partes. Todos se conformaron, y Filetas el vaquero fué nombrado juez, porque era el más anciano de los que allí estaban presentes, y por su rectitud famoso en aquella comarca.

Los de Metimna, con claridad y concisión, plantearon así su querella ante el juez vaquero.

«Vinimos á estos campos á cazar, dejamos nuestro barco junto á la orilla, amarrado con verde mimbre, y nos pusimos á ojear con los perros de caza. Entre tanto bajaron las cabras de este mozuelo á la marina, se comieron la mimbre y desataron el barco. Ya viste cómo se le llevaron las olas. ¿Cuánto crees que importa el perjuicio ocasionado? ¡Qué de trajes hemos perdido! ¡Qué de collares de perros! ¡Cuánta plata, de sobra acaso para comprar todo este terreno! Por todo lo cual parece justo que nos llevemos á este cabrerillo torpe, que apacienta cabras junto á la mar, cual si fuera marinero.» Así se quejaron los metimneños.

Dafnis, por más que le dolían los golpes recibidos, vió á Cloe presente, lo despreció todo, y dijo: «Yo guardo bien mi ganado. Jamás se quejó labrador de estos contornos de que cabra mía le destrozase su huerto ó le comiese los brotes de su viña. Éstos son cazadores inhábiles, y traen perros mal enseñados, que no saben sino correr sin concierto, y ladrar con tal furor, que las cabras han huído del llano y del cerro hacia la mar, como acosadas por lobos. Es cierto que se comieron la mimbre. ¿Acaso en la arena tenían verde grama, madroños y tomillo? El barco se le llevó el viento ó la mar. Cúlpese á la tormenta, no á las cabras. En el barco había ropa y plata; pero ¿quién, que esté en su juicio, ha de creer que llevaba tales riquezas un barco con amarra de mimbre?»

Dicho esto, Dafnis rompió á llorar y movió á compasión á los rústicos, de suerte que Filetas, el juez, juró por Pan y las Ninfas que no había cul-

pa en Dafnis, ni tampoco en las cabras. Culpados eran la mar y el viento, los cuales tenían otros jueces. La sentencia de Filetas no satisfizo á los metimneños, y avanzaron furiosos, cogieron otra vez á Dafnis y le querían atar para llevársele. Pero los rústicos se alborotaron, y, cayendo sobre ellos como grajos ó como nube de estorninos, pronto libertaron á Dafnis, que también peleaba, y pusieron en fuga á los metimneños, hartándolos de palos y sin cesar de perseguirlos hasta que los echaron de todo aquel territorio. Así quedó el campo en sosiego, y Cloe llevó á Dafnis á la gruta de las Ninfas. Allí le lavó la cara, llena de sangre, que había echado por las lastimadas narices, y le hizo comer un pedazo de torta y una raja de queso que sacó del zurroncillo, y para que mejor se recobrase, le dió un beso, todo de miel, con sus blandos labios.

Así se salvó Dafnis de aquel peligro; mas no pararon allí las cosas. Los metimneños, de vuelta á su tierra, con harta fatiga, á pie en vez de ir en barco, y apaleados en vez de ir divertidos, convocaron en junta á los ciudadanos, y en traje de suplicantes pidieron venganza del insulto recibido, sin decir palabra de verdad, para que no se burlasen de ellos por haberse dejado apalear por unos villanos; antes bien supusieron que los de Mitilene les habían apresado el barco y robado sus bienes, como en tiempo de guerra.

En vista de las heridas, los de la junta lo creyeron todo y consideraron justo vengar á aquellos jóvenes de las principales familias de la ciudad. La

guerra contra los de Mitilene fué, pues, decretada sin declaración previa, y se dió orden á un capitán para que saliese á la mar con diez naves y talase y saquease las costas del enemigo. Como se acercaba el invierno, no era seguro aventurar mayor escuadra.

Al día siguiente, hechos los aprestos y llevando como remeros á los mismos soldados, recorrió la escuadrilla las costas de Mitilene, y la gente entró á saco muchos lugares, robando ganado y trigo y vino en abundancia, porque estaba recién hecha la vendimia, y cautivando no pocos hombres de los que trabajaban en el campo. Desembarcó también donde Dafnis y Cloe apacentaban y se llevó cuanto halló á mano.

Dafnis á la sazón no guardaba las cabras, sino había ido al bosque á coger ramas verdes para dar en el invierno alimento á los chivos. Cuando vió la invasión desde lo alto, se escondió en el hueco tronco de un quejigo seco. Cloe, en tanto, guardaba el rebaño, y perseguida por los invasores, se refugió en la gruta de las Ninfas, por cuyo amor rogaba que á ella y á su grey perdonasen. De nada valió el ruego. Los metimneños, no sólo hicieron muchas burlas y profanaciones de las imágenes, sino que á las ovejas y á la misma Cloe, como si fuera oveja también, se las llevaron por delante á varazos. Ya entonces tenían las naves cargadas de botín de toda laya, y decidieron no navegar más, sino volverse á sus casas, recelosos del invierno y de los enemigos.

Navegaban, pues, aunque poco y á fuerza de re-

mos, porque el viento no los favorecía, cuando Dafnis, visto el sosiego que reinaba, bajó á la llanura en que solía apacentar, y no halló cabras ni ovejas, ni halló á Cloe, sino soledad mucha, y por el suelo la flauta con que Cloe se deleitaba. Dafnis empezó entonces á gritar y á exhalar sollozos lastimeros, y ya corría bajo el haya donde antes se sentaba, ya hacia la mar para ver si alcanzaba á su amiga, ya á la gruta donde se refugió cuando la perseguían. Allí se echó por tierra y vituperó á las Ninfas de traidoras. «Al pie de vuestras aras, dijo, fué robada Cloe, y lo vísteis y lo sufrísteis; Cloe, la que os tejía coronas y la que os ofrecía las primicias de la leche y la flauta que veo allí colgada. Jamás lobo me robó una sola cabra, y los enemigos me han robado todo el rebaño y la zagala mi compañera. Desollarán las cabras; sacrificarán las ovejas. Cloe vivirá lejos en alguna ciudad. ¿Cómo presentarme ahora á mi padre y á mi madre, sin cabras y sin Cloe, y también sin oficio, pues no quedan cabras que guardar? Aquí me voy á quedar aguardando la muerte ó á algún otro enemigo. Y tú, Cloe, ¿padeces como yo? ¿Te acuerdas de estos prados y de las Ninfas y de mí, ó te consuelan las ovejas y las cabras, prisioneras contigo?»

Conforme se lamentaba así, entre gemidos y lágrimas, se apoderó de él un profundo sueño y se le aparecieron las tres Ninfas, grandes y hermosas, medio desnudas, descalzas y suelto el cabello, como las imágenes. Al principio mostraron compadecerse de Dafnis; luego dijo la mayor, confortándole: «No así nos acuses, ¡oh Dafnis! Más cuidado

que á ti nos merece Cloe. De ella nos compadecimos apenas nació, y la criamos cuando fué expuesta en esta gruta. Nada de común tiene ella con los campos ni con las ovejas de Dryas. Ya hemos dispuesto lo que más le conviene. Ni se la llevarán cautiva á Metimna, ni será entregada á los soldados como parte del despojo. El mismo dios Pan, que está sentado bajo aquel pino, si bien jamás le llevásteis vosotros ofrendas de flores, cede á nuestros ruegos y va en auxilio de Cloe, como más avezado que nosotras en los negocios de la guerra, por haber ya militado en muchas, abandonando su agreste retiro. Tremendo enemigo va á caer sobre los metimneños. No te aflijas, pues: levántate y ve á consolar á Lamón y Mirtale, que se revuelcan por el suelo como tú, creyendo que también te llevan cautivo. Mañana volverá Cloe, y con ella las ovejas y las cabras. Aún las guardaréis juntos; aún juntos tocaréis la flauta. De lo otro cuidará Amor.»

Al ver y oir Dafnis todo esto, despertó, lloró de alegría á par que de pena, y adoró las figuras de las Ninfas, prometiendo sacrificarles la mejor de sus cabras, si se salvaba Cloe. Corrió después bajo el pino, donde estaba la imagen de Pan, con patas y cuernos de cabra, en una mano la flauta y con la otra deteniendo un chivo, y le adoró también, é intercedió con él por Cloe y le prometió sacrificarle un macho. Y como casi iba ya á ponerse el sol, sin cesar él en sus lamentos y plegarias, recogió las ramas que había cortado y se fué á su cabaña. Con su vuelta quitó á sus padres un gran

pesar, trocándole en contento. Luego comió un bocadillo y se fué á dormir, no sin llorar aún y suplicar á las Ninfas que trajesen pronto el nuevo día, y á Cloe con él, cumpliendo la promesa. La noche aquella le pareció la más larga de todas las noches.

Entre tanto, el capitán de los metimneños, no bien hubo navegado cerca de diez estadios, quiso que reposase su gente, fatigada de la correría. Había allí un cerro que avanzaba sobre la mar, abriéndose en forma de media luna, en cuyo seno convidaban las ondas tranquilas con el más seguro puerto. En él anclaron las naves, lejos aún de la costa, á fin de no recelar asalto ó sorpresa de villanos, y los metimneños se entregaron en paz á sus deportes. Como traían abundancia de todo, fruto de su rapiña, comieron y bebieron con gran fiesta y algazara para celebrar la fácil victoria. Así pasaron el día, y no bien los sorprendió la noche, parecióles de repente que toda la tierrra se ardía alrededor con llamas y relámpagos, y que se oía en la mar estrépito impetuoso de remos, como de formidable escuadra que á combatirlos venía. Muchos gritaban á las armas; otros se llamaban mutuamente: éste creíase ya herido; aquél imaginaba que alguien caía muerto á su lado. En suma, todo asemejaba reñido combate nocturno, sin que hubiese enemigos.

La noche así pasada, amaneció un día más espantoso que la misma noche. Las cabras y los machos de Dafnis llevaban en los cuernos hiedra con sus corimbos, y los carneros y ovejas de Cloe au-

llaban como lobos. Ella apareció coronada de ramas de pino. En la mar ocurrieron también muchos portentos. No se podían levar las anclas, que se agarraban al fondo; los remos se rompían al meterlos en el agua para bogar; los delfines, brincando fuera de la mar, azotaban con las colas las naves y desbarataban su trabazón. Y oíase el sonido de una flauta en la más alta cumbre de la roca; mas no deleitaba como flauta, sino aterraba á los oyentes como trompa guerrera. De aquí el general sobresalto, el correr á las armas y el miedo de enemigos que no se veían. Todos ansiaban que volviese la noche, esperando que les diese tregua.

Á nadie que tuviese sano el entendimiento podía ocultársele que tales visiones y ruidos eran obra de Pan, encolerizado contra los marineros; pero no adivinaban el motivo de su cólera, pues no habían saqueado ningún templo de aquel dios. Por último, á eso de mediodía, no sin disposición de lo alto, quedóse el capitán dormido, y Pan se le apareció, diciendo:

«¡Oh los más impíos y malvados de todos los mortales! ¿Cómo os propasásteis á tal extremo en vuestra audacia loca? Llevásteis la guerra á los campos que me son caros; robásteis las vacas, cabras y corderos de que yo cuido, y arrancásteis de mi propio altar á una virgen, de quien Amor quiere componer muy linda historia. Ni á las Ninfas, que os miraban, ni á mí, que soy Pan, habéis respetado. Nunca, navegando con tales despojos, volveréis á ver á Metimna, ni escaparéis al son de mi flauta aterradora. Os he de anegar y os he de dar

por pasto á los peces, si al punto no devolvéis á Cloe á las Ninfas, y á Cloe su rebaño, cabras y corderos. Levántate, pues, y pon en tierra á la muchacha con todo lo que te dije. Yo te llevaré luego en salvo por mar, y á ella por tierra.»

Todo consternado se despertó con esto Briaxis, así se llamaba el capitán, y llamó á los cabos y principales de las naves, ordenándoles que buscasen sin demora entre los cautivos á la zagala Cloe. En seguida la hallaron, porque estaba sentada con guirnalda de pino, y la trajeron á la presencia del capitán, quien conoció por las señales que á causa de ella había tenido la visión, y él mismo la llevó á tierra en su mejor barca. Apenas desembarcó la pastorcilla, se oyó de nuevo son de flauta sobre la roca, pero no ya belicoso y espantable, sino suave y pastoril, como para llevar corderos á prado. Y en efecto, los corderos y las ovejas echaron á correr por las escaleras abajo, sin tropiezo, á pesar de la dureza de sus pezuñas, y las cabras con mayor atrevimiento aún, como acostumbradas á saltar por los vericuetos. Y toda la grey rodeó á Cloe, y en coro se puso á retozar, brincar y balar en muestra de alegría. Las cabras, bueyes y demás ganado de otros pastores se quedaron quietos en el fondo de las naves, como si aquel son no los llamara. Las gentes se maravillaron en grande al ver estas cosas, y celebraron á Pan, quien en mar y tierra obró luego mayores prodigios. Antes de levar ancla, las naves iban ya navegando. Un delfín, que salía con sus brincos sobre las ondas, guiaba la nave capitana. Suavísima música de flauta condu-

cía cabras y corderos, y nadie veía á quién tocaba. Y todo el rebaño, hechizado con el son, andaba á par que pacía.

Era ya la hora en que se va de nuevo al pasto después de la siesta, cuando Dafnis, que estaba oteando desde un alta atalaya, vió venir el ganado y vió venir á Cloe. Entonces gritó: «¡Oh Ninfas! ¡Oh Pan!» bajó á lo llano, abrazó á Cloe, y cayó desmayado de placer. Apenas volvió en sí merced á los besos de Cloe y al dulce calor de sus abrazos, se la llevó bajo el haya donde solían, y sentados contra el tronco, le preguntó de qué suerte se salvó de los enemigos. Ella contó todas las circunstancias: la hiedra de las cabras, los aullidos de las ovejas, la corona de ramas de pino que le ciñó las sienes, y la medrosa noche, y cómo hubo en la tierra fuego, extraño ruido en la mar y dos distintos sones de flauta, uno guerrero y otro pacífico. Dijo, por último, que ignorante ella del camino, se le indicaba y la guiaba cierta música misteriosa.

Bien notó en todo Dafnis el cumplimiento del sueño de las Ninfas y los milagros de Pan, y también refirió él cuanto había visto y oído, y que ya se moría de dolor cuando las Ninfas le salvaron. Después mandó á Cloe á que dijese á Dryas y á Lamón que vinieran con todo lo necesario para hacer un sacrificio. Él, en tanto, tomó la mejor de sus cabras; la coronó de hiedra, conforme se había mostrado á los enemigos; vertió leche entre sus cuernos; la sacrificó á las Ninfas; la suspendió y la desolló, y colgó la piel en la roca.

Presentes ya Cloe y los que la acompañaban,

Dafnis encendió fuego, asó parte de la carne y coció la otra parte, ofreció á las Ninfas las primicias, y les hizo una libación con un cántaro lleno de mosto. Dispuso luego lechos de hojas verdes para todos los convidados, y se entregó á beber, comer y jugar con ellos, sin dejar de atender al ganado, no viniese el lobo é hiciese en él de las suyas. Hermosos cantares se cantaron allí en loor de las Ninfas, compuestos por pastores antiguos. Venida la noche, todos durmieron al raso ó en la gruta. Al salir el sol, se acordaron de Pan; coronaron de pino el manso de la manada y le llevaron bajo el pino, donde entre libaciones de mosto y cantos en alabanza del dios, se le sacrificaron, colgándole y desollándole. Las carnes asadas y cocidas las pusieron en el prado sobre hojas verdes. La piel con los cuernos quedó colgada del pino, junto á la imágen del dios, ofrenda pastoral al dios de los pastores. Ofreciéronle también las primicias de la carne; vertieron vino del cántaro más hondo, y Cloe cantó, y Dafnis la acompañó con la zampoña.

Recostáronse después y se pusieron á comer, cuando por acaso llegó Filetas el vaquero, el cual traía para Pan algunas guirnaldas y racimos de uvas con sarmientos y pámpanos. Le acompañaba su hijo menor Titiro, rapazuelo de pelo rubio y ojos zarcos, vivo y travieso, y que venía saltando más ágil que un chivo. Levantáronse todos para coronar á Pan y colgaron los racimos en la copa del pino, y luego volvieron á sentarse, convidando á Filetas á que merendase y bebiese con ellos. Ya algo bebidos, se dieron, según es propio de los vie-

jos, á referir casos de sus verdes años; de qué suerte guardaban el hato, y de cuántas incursiones de bandidos y piratas habían escapado. Éste se jactaba de haber muerto un lobo; aquél, de no ceder más que á Pan en tocar la flauta. La última jactancia era de Filetas. Dafnis y Cloe le rogaron con ahinco que les diese á conocer algo de su arte, tocando la flauta en la fiesta del dios que tanto se huelga de oirla. Filetas consintió en tocar, y si bien lamentándose de que con la vejez le faltaba resuello, tomó la flauta de Dafnis; pero halló que era pequeña para lucir en ella toda su maestría, y sólo propia para la boca de un rapaz, y envió á Titiro en busca de su flauta, aunque distaba su casa diez estadios de allí. El chico soltó la ropa que le estorbaba, y casi desnudo echó á correr como un gamo. Lamón, mientras volvía, se puso á contar la fábula de Siringa, tal cual se la contó un cabrero de Sicilia, á quien dió en pago un cabrón y una zampoña.

«Siringa, dijo, no era flauta pastorii en lo antiguo, sino virgen hermosa, con buena voz y arte en el canto. Cuidaba cabras, jugaba con las Ninfas y cantaba como ahora. Pan, al verla cuidar las cabras, retozar y cantar, se llegó á ella y le pidió que consintiese en lo que él quería, ofreciéndole en cambio que sus cabras todas parirían muchos cabritillos gemelos. Ella se burló de este amor y se negó á admitir amante que era medio hombre y medio macho de cabrío. Pan entonces la persiguió para lograrla por fuerza. Huyó Siringa de Pan y de su violento arrojo; y fatigada al cabo, se ocultó en un cañaveral y desapareció en una laguna. Cor-

tó Pan las cañas con furia; sin hallar á la linda moza halló desengaño, é imaginó un instrumento, juntando con cera desiguales cañutos, por ser su amor desigual como ellos. De aquí que la hermosa virgen de entonces hoy sea flauta sonora.»

Terminada tenía ya Lamón su historia, y Filetas le alababa por haberla contado con más dulzura que un cantar, cuando apareció Titiro con la flauta de su padre, la cual era grande, hecha de gruesas cañas y con adornos de bronce sobre las pegaduras de cera. Dijérase que era la propia y primera flauta que fabricó Pan. Filetas se levantó, se puso derecho sobre su asiento, y lo primero que hizo fué ensayar si el viento colaba bien por los cañutos, y habiendo notado que el soplo penetraba sin estorbo, sopló con brío juvenil y se oyó al punto como un concierto de muchas flautas: tanto resonaba la suya sola. Poquito á poco fué luego mitigando aquella vehemencia y convirtiéndola en suave melodía, y mostró allí todo el arte del buen pastoreo musical: lo que agrada á las vacas y bueyes, lo que conviene para las cabras y lo que gusta á las ovejas. Para las ovejas era el son dulce, grave para el ganado vacuno y agudo para el cabrío. Todo esto, obra de diversas flautas, lo imitaba él con sólo la suya.

Recostados los circunstantes oían la música con delicia y en silencio, hasta que se alzó Dryas y pidió á Filetas que tocase una tonada en loor de Baco para que él bailase un baile de lagar. Bailó, pues, imitando, ora que vendimiaba, ora que acarreaba la uva en cestos, ora que la pisaba, ora que

llenaba las tinajas, ora que probaba el mosto. Y todas estas cosas las bailó Dryas con tal primor y claridad, que parecía que se estaban viendo viñas, lagar y tinajas, y al propio Dryas vendimiando y bebiendo. Así se lució en el baile el tercer viejo, y fué á besar á Dafnis y á Cloe. Éstos se alzaron al punto y bailaron el cuento de Lamón. Dafnis hacía de Pan, y de Siringa, Cloe. Él pedía amor; ella le burlaba desdeñosa; él sobre las puntas de los pies, para imitar las pezuñas del cabrío, la perseguía corriendo, y Cloe se fingía cansada y se ocultaba, por último, entre unas matas como si fuese en la laguna. Dafnis tomó entonces la gran flauta de Filetas, y tocó ya con flébil tono como de suplicante, ya con tono amoroso para persuadir, ya con suave llamada, como buscando y atrayendo á la fugitiva. Maravillado Filetas, se alzó de su asiento, besó al rapaz, y después de besarle le regaló la flauta, no sin pedir al cielo que Dafnis en su día pudiese dejarla á sucesor semejante. Dafnis, por último, suspendió su pequeña flauta en el ara de Pan, besó á Cloe como si la volviese á hallar después de una fuga verdadera, y se llevó sus cabras, tocando la flauta grande.

Como la noche venía ya, Cloe condujo también su rebaño, aprovechándose del mismo son, de suerte que cabras y ovejas iban juntas. Dafnis caminaba cerca de Cloe y ambos platicaron entre sí hasta bien cerrada la noche, concertándose para salir al día siguiente más temprano que de costumbre.

Así lo hicieron, en efecto. Apenas rayó el alba, volvieron al prado, y después de saludar primero

á las Ninfas y en seguida á Pan, se sentaron bajo la encina, tocaron juntos la flauta, se besaron, se abrazaron, se acostaron muy juntos, y, sin hacer nada más, se levantaron. Pensaron luego en la comida, y bebieron vino con leche. Algo acalorados con esto, y creciendo también en audacia, se enredaron en amorosa disputa y acabaron por exigirse juramento de fidelidad. Dafnis, acercándose al pino, juró por Pan no vivir un solo día sin Cloe, y Cloe, penetrando en la gruta, juró por las Ninfas ser de Dafnis en vida y en muerte; pero ella, como niña aún, era tan simplecilla, que al salir de la gruta quiso que Dafnis le hiciese nuevo juramento. «¡Oh Dafnis! le dijo, este dios Pan es travieso y muy poco de fiar. Se enamoró de Pitis, se enamoró de Siringa, no cesa jamás de perseguir á las Dryadas y se emplea de continuo en servir y complacer á todas las Ninfas pastoriles. Si no cumples la fe jurada, se reirá y no te castigará, aunque te enredes con más queridas que cañutos tiene tu zampoña. Júrame, pues, por tu rebaño y por la cabra que te crió, no abandonar á Cloe mientras ella te sea fiel. Y si Cloe te faltare, perjura á ti y á las Ninfas, húyela, aborrécela, mátala como á un lobo.» En el alma se complació Dafnis de estas dudas de Cloe; y de pie en medio del rebaño, la una mano sobre una cabra y sobre un macho la otra, juró amar á Cloe mientras ella le amara, y si ella amase á otro, en vez de matarla, matarse él. Cloe se holgó del juramento y le creyó, porque doncellica y pastora, tenía á las cabras y ovejas por divinidades propias de cabrerizos y zagales.

LIBRO TERCERO.

Cuando supieron los de Mitilene la expedición de las diez naves, y, por gente que venía del campo, los robos que habían hecho, no juzgaron decoroso sufrir tal afrenta de los de Metimna y resolvieron mover guerra contra ellos con toda rapidez. Levantaron, pues, tres mil infantes y quinientos caballos; y recelosos de la mar en la estación del invierno, los enviaron por tierra, al mando de su general Hipaso.

Éste no estragó los campos ni robó ganado ni frutos y enseres de labranza, considerando más propios de bandido que de general tales actos, sino marchó derecho y pronto contra la ciudad de Metimna, esperando sorprenderla con las puertas sin custodia. Ya no distaba de la ciudad más de cien estadios, cuando se presentó un heraldo pidiendo treguas. Los metimneños habían averiguado por los cautivos que los de Mitilene nada sabían de lo ocurrido, y que eran gañanes y pastores los que habían maltratado á los jóvenes, por lo cual reconocían que se habían atrevido con más acritud que prudencia contra la vecina ciudad, y sólo deseaban devolver el botín, tratarse de amigos y comerciar como antes por mar y tierra. Hipaso, aunque tenía plenos poderes para negociar, envió al heraldo á Mitilene, y, acampado á diez estadios de Metimna,

aguardó la resolución de sus conciudadanos. A los dos días vino el mensajero con orden de recibir la restitución y de volverse sin causar daño, porque, al escoger entre la paz y la guerra, habían hallado la paz más útil. Así terminó la guerra entre Mitilene y Metimna, con fin tan inesperado como el principio.

Llegó el invierno, para Dafnis y Cloe más que la guerra crudo. De repente cayó mucha nieve: cubrió los caminos y encerró á los rústicos en sus chozas. Con ímpetu se despeñaban los torrentes; se helaba el agua; parecían muertos los árboles, y no se veía el suelo sino al borde de arroyos y manantiales. Nadie, pues, llevaba á pacer el ganado ni se asomaba á la puerta, sino todos encendían gran candela en el hogar, no bien cantaba el gallo, y ya hilaban lino, ya tejían pelo de cabra, ya tramaban lazos para cazar pájaros. Entonces era menester andar solícitos en dar paja á los bueyes en el tinao, fronda en el aprisco á las cabras y ovejas, y fabuco y bellotas á los cerdos en la pocilga.

Con esta forzosa permanencia dentro de casa, se holgaban los demás pastores y labriegos, porque descansaban algo de sus faenas, comían bien y dormían á pierna tendida. Así es que el invierno se les antojaba más dulce que el verano, que el otoño y hasta que la misma primavera. Pero Dafnis y Cloe, retrayendo á la memoria los pasados deleites; cómo se besaban, cómo se abrazaban y cómo merendaban juntos, se pasaban las noches muy afligidos y sin dormir, ansiosos de que volviese la primavera, que era para ellos volver de

la muerte á la vida. Cuando por dicha topaban con el zurrón en que habían llevado la merienda, ó veían el cantarillo en que habían bebido, ó la zampoña, presente amoroso, abandonada ahora, la pena de ambos se acrecentaba. Con fervor pedían á las Ninfas y á Pan que los librase de tantos males, dejando que ellos y su ganado salieran á tomar el sol; pero á par que pedían, buscaban medio de verse. Cloe andaba con terribles vacilaciones y sin saber qué hacer, porque no se apartaba de la que tenía por madre, aprendiendo á cardar lana y á manejar el huso y escuchándola hablar de casamiento; pero Dafnis, con mayor libertad y más ladino también que la muchacha, inventó esta treta para verla.

Delante de la vivienda de Dryas, contra la propia pared había dos grandes arrayanes y una mata de hiedra, tan cerca los arrayanes el uno del otro, que la hiedra que crecía en medio los ceñía, enredando en ambos sus hojas y largos tallos á modo de parra, y formando gruta de tupida verdura. Por dentro colgaban, como racimos en la vid, muchos y gruesos corimbos. Acudía, pues, allí multitud de pájaros invernizos, mirlos, tordos, palomas zuritas y torcaces, y otros que comen granos de hiedra á falta de mejor alimento. So color de cazar estos pájaros, Dafnis salió de su casa con el zurrón lleno de bollos de miel, y llevando asimismo, para que le dieran más crédito, lazos y liga. Su habitación distaba de la de Cloe cerca de diez estadios; pero la nieve, no bien endurecida, hubiera hecho trabajoso el camino, si no fuese que

para Amor todo es llano: fuego, agua y nieve de Escitia. Dafnis, pues, se plantó de una carrera á la puerta de Dryas; sacudió la nieve de los pies, tendió lazos, colocó largas varillas untadas con liga, y se puso en acecho de los pájaros y también de Cloe.

En cuanto á los pájaros, acudieron muchos y quedaron presos. No corta tarea tuvo Dafnis en cogerlos, matarlos y desplumarlos. Pero nadie salía de la casa, ni hombre, ni mujer, ni gallo, ni gallina. Todos, sin duda, estaban dentro, sentados al amor de la lumbre. Dafnis vacilaba; temía haber salido á pájaros con malos auspicios, y no se atrevía, no obstante, á imaginar un pretexto para entrar en la casa, cavilando dónde hallar el más plausible. «Pediré candela.—¿Cómo es eso? ¿No tienes á nadie más cerca á quien pedirla?—Pediré pan.—Tu zurrón está bien provisto.—Diré que me falta vino.—Há poco que hiciste la vendimia.—Un lobo me persigue.—¿Dónde están las huellas de ese lobo?—Vine á cazar pájaros.—Pues vete, ya que los has cazado.—Quiero ver á Cloe.—No es fácil declarar esto al padre y á la madre de la muchacha. Más vale callarse. No hay cosa que no excite las sospechas. Me iré. Veré á Cloe esta primavera. No consienten los hados, á lo que barrunto, que yo la vea en invierno.» Así discurría para sí, y, recogiendo lo que había cazado, se disponía á partir, cuando, por misericordia de Amor, ocurrió lo que sigue.

Estaban á la mesa Dryas y su familia. Se distribuía la carne, se repartía el pan y el jarro se llenaba de vino, en ocasión que uno de los perros del

ganado, aprovechándose del descuido de los dueños, cogió un pedazo de carne y huyó con él fuera de casa. Irritado Dryas, tanto más que la carne robada era su ración, agarra un palo y corre tras el rastro del perro, como otro perro. En esta persecución, pasa cerca de la hiedra y los arrayanes; ve á Dafnis, que se echaba ya al hombro su presa, resuelto á irse; olvida al punto carne y perro, y exclamando en alta voz: «¡Salud! ¡oh hijo mío!» le abraza, le besa, le toma de la mano y le hace que entre en su morada.

Poco faltó para que, al verse Dafnis y Cloe, no cayesen ambos al suelo. Procuraron, no obstante, tenerse firmes; se saludaron, y se volvieron á besar, y esto casi fué arrimo para no caer ambos.

Después que logró Dafnis, contra su esperanza, ver y besar á Cloe, se sentó junto al hogar; puso sobre la mesa las palomas y los mirlos que traía al hombro, y contó que, harto de encierro casero, había salido á coger pájaros, y de qué modo había cogido, ya con lazo, ya con liga, los que venían á picar en la hiedra y en los arrayanes. Los allí presentes alabaron mucho su habilidad y le convidaron á comer de lo que el perro había dejado. Cloe, por orden de sus padres, le escanció la bebida, y con alegre rostro sirvió á los otros primero, y á Dafnis el último, fingiéndose muy enojada de que, habiendo él venido hasta allí, iba á irse sin verla. A pesar del enojo, Cloe, antes de presentar el vaso á Dafnis, bebió un poco, y le dió lo demás. Dafnis, aunque sediento, bebió con lentitud para que durase más y fuese mayor su deleite. Limpia ya la

mesa de pan y de carne, y aun sentados á ella, le preguntaron por Mirtale y Lamón, y los declararon felices de tener en su vejez tal apoyo; encomio de que gustó Dafnis en extremo por escucharle Cloe. Rogáronle después que se quedase allí hasta el día siguiente, porque tenían que hacer un sacrificio á Baco, y Dafnis, de puro contento, por poco los adora como si fuesen el dios. A escape sacó de su zurrón cuanto bollo de miel en él traía, y dió á guisar para la cena los pájaros que había cazado. Se llenó de nuevo el jarro de vino; se atizó y encandiló el fuego, y, apenas llegó la noche, se pusieron otra vez á la mesa, donde se divirtieron contando cuentos y entonando canciones; hasta que los ganó el sueño y se fueron á dormir, Cloe con su madre, y Dafnis con Dryas. Cloe se complació con la idea de volver á ver por la mañana á Dafnis, y Dafnis, lleno de satisfacción de dormir con el padre de Cloe, le abrazó y besó muchas veces, soñando que á Cloe abrazaba y besaba.

Al amanecer era el frío atroz, y el viento del Norte todo lo helaba. De pie ya la gente, sacrificó á Baco un borrego añal; encendió lumbre, y preparó el almuerzo. Mientras Napé amasaba el pan y Dryas guisaba el borrego, Dafnis y Cloe, estando de vagar, salieron de la casa bajo los arrayanes y la hiedra, y, tendiendo lazos otra vez y poniendo liga, pillaron multitud de pájaros. Durante la caza fué aquello un no cesar de besarse, entreverando los besos con pláticas, también sabrosas.—Por ti vine, Cloe.—Lo se, Dafnis.—Por ti mato estos mirlos sin ventura. ¿En qué aprecio me tienes? ¿Te

acordaste siempre de mí?—¡No me había de acordar! Así me quieran bien las Ninfas, por quienes juré en la gruta, á donde concurriremos apenas se derrita la nieve.—Pero cuánta hay, ¡oh Cloe! Yo temo derretirme antes que ella.—Anímate, Dafnis; el sol calienta ya mucho.—Ojalá que ardiese con la viva llama en que arde mi corazón.—Me burlas con lisonjas, y luego me engañarás.—Nunca; por las cabras, por las que quisiste que te lo jurase.

Así charlaban, respondiendo Cloe á Dafnis como un eco, cuando los llamó Napé, y ellos entraron con más abundante caza que la víspera. Hicieron luego una libación á Baco, y comieron coronados de hiedra. Llegó, por último, la hora, y no sin cantar antes alegres himnos en loor del dios, despidieron á Dafnis, llenando su zurrón de carne y de pan. Devolviéronle, además, los tordos y las palomas, para que se regalasen comiéndolos Lamón y Mirtale, ya que ellos cazarían más en cuanto durase el invierno y no faltase hiedra para añagaza. Dafnis, al irse, besó primero á los padres, y á Cloe la última, á fin de guardar en toda su pureza el dejo del beso. En adelante volvió Dafnis por allí no pocas veces, valiéndose de otras artimañas, de modo que el invierno no se pasó del todo mal.

Apenas renació la primavera, se derritió la nieve, se descubrió el suelo y la hierba retoñó, salieron todos los zagales á apacentar sus ganados, y antes que todos Dafnis y Cloe, como siervos que eran del pastor más poderoso. Lo primero fué correr á la gruta de las Ninfas, luego á Pan y al pino, y por último, bajo la encina, donde se senta-

ron, mirando pacer y besándose. Buscaron flores para coronar á las Ninfas, y, aunque las flores apenas empezaban á entreabrirse, acariciadas por el céfiro y reanimadas por el sol, hallaron narcisos, violetas, corregüelas y otras vernales primicias. Con estas flores coronaron las imágenes é hicieron ante ellas libaciones de la nueva leche de sus ovejas y sus cabras. Tocaron también la flauta como para competir con los ruiseñores, quienes respondían de entre la enramada, expresando poco á poco el nombre de Itys, cual si tratasen de recordar el canto después de tan largo silencio. Por donde quiera balaba el ganado; los corderillos ya retozaban, ya se inclinaban bajo las madres para chupar el pezón de la ubre, y los moruecos perseguían á las ovejas que aún no habían tenido cría, y cada uno cubría la suya. Las cabras eran también perseguidas por los machos con más lascivos saltos, y los machos reñían por ellas, y cada cual tenía sus cabras, y cuidaba de que no viniera otro y á hurto las gozase. Tales escenas, cuya vista hubiera remozado y enardecido á los helados viejos, enardecían más á estos mozos, llenos de fervor y de brío. Y anhelando hallar, desde hacía tiempo, el fin del Amor, lo que oían los abrasaba, lo que veían los amartelaba, y todo los inducía á buscar algo de más rico y satisfactorio que el beso y el abrazo. Buscábalo singularmente Dafnis, quien por el reposo casero y holganza del invierno estaba rijoso y lucio, y con el beso se emberrenchinaba, y con el abrazo se alborotaba, y al ejecutar las cosas, era ya más curioso y atrevido. Pedía, pues,

á Cloe que se prestase á cuanto él quisiera, y que lo de acostarse juntos desnudos fuese por más tiempo que antes, ya que esto era lo que faltaba hacer bien de cuanto les enseñó Filetas, como único remedio para calmar el amor.

Cloe le preguntó qué imaginaba él que habría más allá del beso, del abrazo, y hasta del acostarse juntos, y qué resolvía hacer si volvían á la yácija desnudos ambos.—Lo que hacen los moruecos con las ovejas, y con las cabras los machos, contestó él.—Mira cómo, después de la obra, ni las ovejas huyen ni los carneros se cansan en perseguirlas, sino que pacen quietos y juntos, como satisfechos de un común deleite. Dulce, á lo que entiendo, es la obra, y vence lo amargo de amor. —¿No reparaste, repuso Cloe, que las ovejas y los carneros, las cabras y sus machos, hacen esas cosas de pie, saltando ellos encima y sosteniéndolos ellas? ¿Para qué, pues, he de tenderme contigo desnuda? ¿No está el ganado más vestido que yo con su pelo ó con su lana? Dafnis no pudo menos de convenir en que así era. Tendióse, no obstante, al lado de Cloe y meditó largo rato, sin atinar con el modo de calmar la vehemencia de su deseo. Hizo después que ella se alzara, y la abrazó por detrás, imitando á los carneritos; pero con esto nada logró, quedando más confuso y echándose á llorar al ver que para tales negocios era más rudo que las bestias.

Tenía Dafnis por vecino á un labrador propietario, llamado Cromis, sujeto ya de edad madura, quien había traído de la ciudad á una mujercita,

linda, de pocos años, con gustos más delicados y más cuidadosa de su persona que las campesinas. Esta tal, que se llamaba Lycenia, con ver de diario á Dafnis cuando llevaba por la mañana las cabras al pasto, y cuando por la noche las recogía á la majada, entró en codicia de tomarle por amante, engatusándole con regalillos, y tan acechona anduvo, que consiguió hablar con él á solas, y le dió una flauta, un panal de miel y un zurrón de piel de venado, si bien se avergonzó y vaciló en declararse, conjeturando que él amaba á Cloe, al verle siempre tan empleado en servirla. Al principio, sólo presumió esta inclinación por risas y señas que sorprendió entre ambos; pero luego pretextó con Cromis que iba á visitar á una vecina que estaba de parto; los siguió una mañana; se recató entre zarzas, para que ellos no la viesen; y vió cuanto hicieron, y escucho cuanto dijeron, sin ocultársele siquiera el llanto de Dafnis. Compadecida entonces, creyó propicia la ocasión de hacer dos veces el bien, mostrando el camino de salvación á aquellos cuitadillos, y logrando ella su gusto.

Con tal propósito, salió al día siguiente, como para ir á ver de nuevo á la parida, y se fué derecha á la encina donde Dafnis y Cloe se sentaban. Fingiéndose con primor toda consternada,—«¡Sálvame, dijo, oh Dafnis! ¡Ay, infeliz de mí! ¡Un águila me ha robado el más hermoso de mis veinte gansos! Fatigada con tanto peso, no ha podido volar hasta lo alto de aquel peñón, donde anida, y se bajó con su presa á lo hondo del soto. Te lo

ruego por Pan y las Ninfas: entra conmigo en la espesura; liberta mi ganso. Mira que no me atrevo á entrar sola, de puro medrosa. No dejes que se descabale mi manada. ¿Quién sabe si de paso no matarás el águila, y con eso ya no robará corderos y cabritos? Mientras, guardará Cloe ambos rebaños. Harto la conocen las cabras, de verla siempre en tu compañía.»

Dafnis, sin prever nada de lo que iba á pasar, se levantó muy listo, empuñó su cayado y siguió á Lycenia. Llevósele ésta lejos de Cloe, á lo más intrincado y esquivo del soto, y allí le mandó que se sentase á su lado, cerca de una-fuentecilla.— «¡Oh Dafnis, le dijo, tú amas á Cloe! Anoche me lo revelaron las Ninfas. Se me aparecieron en sueño; me informaron de tus lágrimas de ayer, y me ordenaron que te salvase, enseñándote las obras de Amor, las cuales no estriban sólo en beso y en abrazo y en remedar á los carneros, sino en brincos y retozos más dulces, y cuyo deleite dura más. Así, pues, si quieres desechar el mal que te aflige, y conocer por experiencia los gustos que anhelas, entrégate á mi cuidado cual aprendiz sumiso, y yo, por gracia y merced de las Ninfas, seré tu maestra.»

Dafnis, sin refrenar su alegría, como cabrerillo cándido y rapaz enamorado, se arrodilló á los pies de Lycenia y le suplicó que cuanto antes le enseñase aquel oficio para ejercerle luego con Cloe. Y como si fuera algo de raro y revelado por el cielo lo que Lycenia le había de enseñar, prometió darle en pago un chivo, quesos frescos de nata y has-

ta la cabra misma. Halló Lycenia aquella liberalidad pastoril más sencilla y grata de lo que presumía, y empezó en seguida á instruir á Dafnis. Mandóle que volviese á sentarse á la verita de ella; que le diese besos, tales y tantos como él solía dar; que mientras la besaba la abrazase, y por último, que se tendiese á la larga.

Luego que se sentó, y que besó, y que se tendió, habiéndose cerciorado ella de que todo estaba alerta y en su punto, hizo que él se levantase de un lado, y se deslizó con suma destreza debajo de él, poniéndole en el camino por tanto tiempo buscado en balde. Después nada hubo fuera de lo que se usa. Naturaleza misma enseñó á Dafnis lo demás.

Terminada la lección amatoria, Dafnis, que guardaba su candor pastoril, quiso correr en busca de Cloe para hacer con ella lo que acababa de aprender, harto temeroso de que con la tardanza se le olvidase; pero Lycenia le contuvo, diciendo: «Otra cosa te importa saber, ¡oh Dafnis! A mí, como soy mujer, no me hiciste daño alguno, porque ya otro hombre me enseñó el oficio, y tomó mi doncellez en pago; pero Cloe, cuando luchare contigo esta lucha, gemirá, llorará y derramará sangre cual si estuviere herida. No por ello te asustes, sino cuando la persuadas á que se preste á todo, tráetela á este sitio, para que, si grita, nadie la oiga, si llora nadie la vea, y si derrama sangre, se lave en la fuente. No te olvides, por último, de que yo te he hecho hombre antes de Cloe.»

No bien Lycenia dió estos preceptos, se fué por otro lado del soto, como si buscase el ganso toda·

vía. Dafnis, en tanto, con la preocupación de lo que había oído, cejó de su primer ímpetu, y no se atrevió á perturbar á Cloe sino con el beso y el abrazo, á fin de que no gritase como perseguida de enemigos, ni llorase como lastimada, ni como herida vertiese sangre, pues, escarmentado él por los recientes lances de la guerra, tenía miedo de la sangre, y sólo de heridas imaginaba que saliese. Así fué que tomó la determinación de no deleitarse con ella sino en lo que tenía por costumbre; y, dejando el soto, volvió al lugar donde ella estaba sentada, tejiendo guirnaldas de violetas; le refirió que había arrancado de las garras mismas del águila el ganso de Lycenia, y la besó apretadamente como Lycenia le había besado en el deleite, ya que esto no pensaba que trajese peligro. Ella ajustó á la cabeza de él la guirnalda de violetas, y le besó el cabello, á su ver más que las violetas precioso. Luego sacó del zurrón pan de higos y bollos, y se los dió á comer; y, conforme él comía, se lo quitaba ella de la boca y comía á su vez, como los pajarillos pequeñuelos comen del pico de la madre.

Mientras que comían, y más que comían se acariciaban, se descubrió una barca de pescadores, que bogaba no lejos de la costa. No hacía viento; la calma era completa, y era menester remar. Los pescadores remaban con grande empuje para llevar fresco el pescado á gentes ricas de la ciudad. Lo que suelen hacer los marineros para engañar ó aliviar sus fatigas, lo hacían éstos también á par que remaban: uno de ellos llevaba la voz y ento-

naba un cantar marino, y los restantes, por marcados intervalos, unían en coro sus voces en consonancia con la del principal cantor. Cuando iban por alta mar, el canto se perdía en la extensión y se desvanecía en el aire; pero cuando doblaron la punta de un escollo y entraron en una ensenada profunda, en forma de media luna, se oyó mejor la música y sonó más claro en tierra el estribillo de los navegantes. En el fondo de aquella ensenada había una garganta ó estrechura de cerros, donde se colaba el son como en un cañuto; luego, una voz imitadora lo repetía todo: ya repetía el ruido de los remos, ya repetía el cantar; y era cosa de gusto el oirlo, pues primero llegaba el son que venía directo de la mar, y el son que venía de la tierra llegaba más tarde. Dafnis, que sabía lo que era aquello, sólo atendía á la mar; se embelesaba al ver la barca, que más volaba que corría, y procuraba retener algo de aquellos cantares para tocarlos luego en su flauta. Pero Cloe, que hasta entonces no había oído eso que llaman eco, ya miraba hacia la mar para ver á los que cantaban, ya se volvía hacia el bosque buscando á los que respondian; y cuando pasó la barca y sobrevino silencio en la mar y en el valle, preguntó á Dafnis si más allá del escollo había otra mar, y otra nave que bogaba, y otros marineros que cantaban, y por qué ya callaban todos. Dafnis sonrió con dulzura; la besó con más dulce beso; ciñó á sus sienes la guirnalda de violetas, y empezó á contarle la fábula de Eco, no sin concertar antes que ella le diese diez besos más en pago de la enseñanza.—«Hay,

dijo, niña mía, muchas castas de Ninfas. Las hay de las praderas, de los bosques y de los lagos; todas bellas; músicas todas. Hija de Ninfa fué Eco; mortal, por serlo su padre; hermosa, cual de hermosa madre nacida. Las Ninfas la criaron. En tocar la flauta, en pulsar la lira y la cítara, y en toda clase de cantar, tuvo á las Musas por maestras. Así es que, cuando llegó á la flor de su mocedad, con las Ninfas danzaba y con las Musas cantaba; pero huía de todo varón, ya dios, ya hombre, por amor de la doncellez. Pan se enfureció contra ella, envidioso de su música y desdeñado de su hermosura, é infundió su furor en el alma de los pastores. Éstos, como perros ó lobos, la despedazaron mientras cantaba, y esparcieron por toda la tierra sus miembros, llenos de harmonía. Y la tierra los escondió en su seno por complacer á las Ninfas, y dispuso que conservasen la virtud de cantar. Las Musas, por último, decretaron que lo imitasen todo en la voz, como la doncella hizo cuando vivía: hombres, dioses, instrumentos y fieras; que imitasen, en suma, á Pan mismo cuando toca la flauta. Pan, apenas lo oye, brinca y corre por las montañas, no ya porque ame á la Ninfa, sino anhelando averiguar quién es su discípulo oculto.»

En premio de la historia, Cloe dió á Dafnis, no sólo diez, sino muchos más besos; y Eco casi la repitió, como para dar testimonio de que no era mentira.

El sol calentaba más cada día, porque había pasado la primavera y empezaba el verano. Los pasatiempos de ambos eran propios de la nueva esta-

ción. Él nadaba en los ríos, ella se bañaba en las fuentes; él tocaba la flauta á porfía con el viento que resonaba en los pinos, ella cantaba en competencia con los ruiseñores; ambos cogían saltamontes y parleras cigarras, formaban ramilletes de flores, sacudían los árboles ó trepaban á ellos y se comían la fruta. Al cabo se acostaban desnudos en una piel de cabra. Pronto Cloe hubiera sido mujer, si la sangre no aterrase á Dafnis, quien, receloso con frecuencia de no ser dueño de sí, impedía á Cloe que se desnudara. Pasmábase ella, si bien por vergüenza no preguntaba la causa.

En aquella estación se presentó para Cloe un enjambre de novios. De muchas partes acudían á Dryas, pidiéndosela por mujer; unos traían buenos presentes; otros los prometían mejores. Así fué que Napé, estimulada por las promesas, era de opinión de casar á Cloe cuanto antes, y no guardar por más tiempo á mozuela ya tan granada, la cual, el día menos pensado, perdería su doncellez en medio del campo y se casaría por manzanas y flores con un pastor cualquiera; que lo más conveniente sería hacerla pronto señora de su casa, aceptar los presentes y guardarlos para el hijo legítimo de ellos, que no hacía mucho les había nacido. Dryas se dejaba vencer á menudo de tales razones, ya que le ofrecían prendas de más valer que las que suelen ofrecerse por una pobre zagala; pero, pensando luego que la muchacha valía demasiado para casarse con un rústico, y que, si hallaba un día á sus verdaderos padres, éstos los harían dichosos á todos, se resistía siempre á respon-

der, y así iba dando largas al asunto, no sin aprovecharse mientras de no pocos presentes.

Al saber estas cosas tuvo Cloe gran pesar, si bien se le ocultó á Dafnis por temor de afligirle. Viendo, no obstante, que él la importunaba con preguntas, y que ya estaba más triste de no saber nada que lo que pudiera estar de saberlo todo, se atrevió al fin á contárselo. Le habló de los novios, muchos y ricos; de las razones que daba Napé para apresurar la boda, y de que Dryas no mostraba oponerse, sino lo demoraba para las próximas vendimias. Dafnis, con tales nuevas, estuvo á pique de perder el juicio: se echó por tierra, lloró, y afirmó que él se moriría si Cloe le faltaba, y no sólo él, sino también se morirían los carneros sin tal pastora. Después, reflexionándolo mejor, cobraba ánimo y resolvía hablar al padre de ella y ponerse en la lista de los pretendientes, esperando vencerlos. Sólo una cosa le sobresaltaba: que Lamón no era rico. Esto debilitaba mucho su esperanza. Decidióse, con todo, á pedir á Cloe, y ella convino en que lo hiciese. Nada al principio se atrevió á decir á Lamón; pero, confiando más en Mirtale, le descubrió su amor y le dijo que quería casarse con Cloe. Mirtale lo participó todo á Lamón por la noche. Éste recibió con dureza la noticia, y regañó á su mujer porque quería casar con una hija de pastores á un muchacho que había de tener grandes riquezas, si no mentían las prendas halladas, y que á ellos, si venían á descubrirse los padres, los haría horros y dueños de mayores campos. Mirtale, temerosa de que Dafnis, por despecho amoroso, y

perdida toda esperanza de boda, osara darse muerte, alegó otros motivos menos importantes que los que había dado Lamón. «Somos pobres, le dijo, hijo mío, y necesitamos novia que más bien traiga algo que no que se lo lleve. Ellos son ricos, pero quieren novios ricos. Ve, no obstante; convence á Cloe, y haz que Cloe convenza á su padre, á fin de que no pidan mucho y te la den. Ella te ama, y sin duda gustará más de acostarse con un buen mozo pobre que no con un jimio rico.»

No esperaba Mirtale que Dryas diese nunca su consentimiento, disponiendo, como disponía, de más ricos novios, que le ofrecían buenos presentes. Dafnis no tenía que argüir contra lo dicho por su madre; pero se afligió mucho, é hizo lo que suelen hacer los enamorados pobres: lloró, y pidió auxilio á las Ninfas. Ellas volvieron á aparecérsele por la noche, mientras dormía, en la propia forma que la primera vez, y la mayor le dijo: «A otro dios incumbe tratar de tu boda con Cloe. Nosotras te daremos con que ablandar á Dryas. La nave de los mancebos de Metimna, cuya amarra de mimbre se comieron tus cabras, se fué aquel día muy lejos de tierra, empujada por el viento; mas por la noche sopló viento contrario; alborotó la mar, y arrojó la nave contra unos altos peñascos. La nave pereció, y con ella cuanto encerraba, salvo una bolsa con tres mil dracmas, que con los restos de la nave trajo á la costa la onda, y está allí oculta entre algas, cerca de un delfín muerto, por lo cual nadie de los que pasan se ha aproximado, huyendo del hedor de aquella podredumbre. Ve allí; to-

ma la bolsa, y dala. Así conviene, para acreditar, por lo pronto, que no eres pobre. Ya vendrá tiempo en que seas rico.»

Dicho esto, desaparecieron las Ninfas en la noche. Cuando vino el día, se levantó Dafnis rebosando de gozo; llevó sus cabras al pasto con la mayor premura, y después de besar á Cloe y de adorar á las Ninfas, se fué hacia la mar, como si quisiera ser rociado por las olas. Allí, por la orilla y sobre la arena, vagaba en busca de los tres mil dracmas. No empleó largo tiempo ni fatiga en hallarlos. El delfín no olía bien, y su podredumbre le dió en las narices y le guió por el camino hasta llegar al sitio indicado. Ya en él, apartó las algas y descubrió la bolsa llena de dinero. La recogió; la guardó en el zurrón, y, antes de irse, dió gracias por todo á las Ninfas y á la misma mar, pues, aunque cabrero, parecíale la mar más dulce que la tierra, desde que le ayudaba para conseguir casarse con Cloe.

Dueño de los tres mil dracmas, nada creía que le faltaba ya. Se consideraba, no sólo más pudiente que los labriegos de por allí, sino más rico que todos los hombres. Se fué al punto donde estaba Cloe; le contó el sueño; le mostró la bolsa; le rogó que estuviese á la mira del ganado durante su ausencia, y corrió con gran denuedo en busca de Dryas, á quien halló en la era, trillando trigo con su mujer Napé, y á quien dijo estas valerosas palabras:—«Dame á Cloe por mujer. Yo sé tañer la zampoña con maestría, podar viñas y plantar árboles. Sé también arar la tierra y aventar la mies

con el bieldo. En lo tocante á pastoreo, pregúntale á Cloe. Cincuenta cabras me entregaron, y ya tengo doble número. He criado también grandes y hermosos machos, cuando antes era menester llevar las cabras á que otros las padreasen. Soy muy mozo aún, vecino vuestro y de irreprensible conducta. Me crió una cabra, como á Cloe una oveja. Si en todo esto me aventajo á los demás novios, en generosa largueza no he de quedarme tampoco atrás. Ellos te dan tal ó cual cabra ú oveja, ó alguna yunta de bueyes con roña, ó aechaduras de trigo para mantener unas cuantas gallinas. Yo, en cambio, te doy estas tres mil monedas. Pero no se lo digas á nadie, ni á mi padre Lamón.» Y al dar el dinero, abrazó y besó á Dryas.

Éste y Napé, al recibir, sin esperarlo, tamaña suma, prometieron en seguida á Dafnis que le darían á Cloe y que tratarían de persuadir á Lamón. Dafnis se quedó con Napé, haciendo andar á los bueyes sobre la parva y desmenuzando espigas con el trillo, mientras que Dryas, después de guardar la bolsa y el dinero, se fué más que de priesa á ver á Lamón y á Mirtale, contra todo uso y costumbre, para pedirles al novio.

Hallábanse éstos midiendo cebada, que acababan de cribar, y lamentándose de que apenas habían cogido lo que sembraron. Dryas pensó consolarlos con asegurar que era general la mala cosecha, y luego pidió á Dafnis para marido de Cloe, diciendo que otros le daban mucho, pero que él prefería no tomar nada de Lamón y Mirtale, sino que se sentía inclinado á socorrerlos con su propia

hacienda. «Además, añadió, los chicos han crecido viéndose siempre; cuidando del hato se han encariñado de manera que no es fácil separarlos, y ya están ambos en edad de dormir juntos.» Estas y otras razones, no menos persuasivas, alegó Dryas, como quien había tomado tres mil dracmas para persuadirlos.

Lamón no podía excusarse con la pobreza, porque los padres de la novia no le desdeñaban por pobre, ni con la poca edad de Dafnis, que era ya un garzón muy apuesto. La verdad no quería confesarla. No osaba decir que consideraba á Dafnis mejor partido. Se calló, pues, por un rato, y al cabo respondió así: «Noble es vuestro proceder al dar á los vecinos preferencia sobre los extraños, y al poner por cima de la riqueza á la pobreza honrada. Que Pan y las Ninfas os concedan en premio su amor. En cuanto á mí, no deseo menos que vosotros la boda. Loco estaría yo si no desease amistad y unión con vuestra familia, cuando me hallo tan cerca de la vejez y necesito brazos y auxilio para mis faenas. De Cloe no hay más que pedir: linda zagala en la flor de su edad, y buena como pocas. Lo malo es que yo soy siervo, y de nada dispongo. Debo, pues, informar á mi amo para que dé su permiso. Diferamos la boda para el otoño. Para entonces dicen los que llegan de la ciudad que vendrá el amo por aquí. Para entonces serán marido y mujer; ámense entre tanto como hermanos. Entiende con todo ¡oh Dryas! que vas á tener un yerno que vale más que nosotros.» Dicho esto, le besó y le ofreció de beber, porque estaban ya en todo el

fervor del mediodía, y le acompañó un buen trecho de camino, con mil atenciones y muestras de afecto.

No oyó en balde Dryas las últimas palabras de Lamón, y mientras caminaba, iba cavilando así sobre quién sería Dafnis: «Le crió una cabra, cual si por él velasen los dioses. Es hermoso, y en nada se parece á ese vejete chato y á esa mujerzuela pelona. Se proporcionó tres mil dracmas, y no hay zagal que logre reunir otros tantos piruétanos. ¿Le expondría alguien como á Cloe? ¿Le encontraría Lamón como yo la encontré, con prendas parecidas y á propósito para un futuro reconocimiento? ¡Oh venerado Pan y Ninfas muy amadas, permitid que así sea! Tal vez, si él descubre á sus padres, logrará que Cloe sea también reconocida por los suyos.»

Así iba Dryas discurriendo y soñando hasta que llegó á la era, donde esperaba Dafnis, ansioso de oir las nuevas que traía. Dióle ánimo, llamándole yerno; le prometió que las bodas se celebrarían en el otoño, y le estrechó la mano en señal de que Cloe no sería de otro, sino suya. Más veloz que el pensamiento, sin comer ni beber, corrió Dafnis en busca de Cloe. Estaba ella ordeñando y haciendo quesos, y él le anunció la buena nueva. De allí en adelante la besaba, sin recatarse, como á su futura; compartía sus afanes; recogía la leche en colodras; apretaba los quesos en zarzos, y ponía á mamar bajo las madres á cabritillos y corderos.

Después de cumplir bien con su oficio, los dos se bañaban, comían, bebían é iban á coger fruta

en sazón. Había entonces grande abundancia de ella, por ser el momento más feraz del verano: manzanas á manta, peras, acerolas y membrillos. Fruta había caída por el suelo; otra, pendiente aún en el árbol; la caída, más olorosa; más lozana y fresca á la vista la que de las ramas colgaba. Ésta relucía como el oro; aquélla embriagaba con su olor, como el vino.

Entre los frutales se veía uno, tan esquilmado ya, que no tenía ni fruta ni hoja. Desnudas estaban todas sus ramas. Una manzana sola pendía aún en la cima, grande, hermosa, y venciendo á las demás en fragancia. Quizá quien hizo el esquilmo no se atrevió á subir tan alto para cogerla; quizá la dejó por descuido; quizá la bella manzana se guardaba allí para un pastor enamorado. Apenas la vió Dafnis, quiso subir á alcanzarla. Cloe se opuso, pero él no hizo caso; y desatendida ella, se fué con enojo donde estaba el rebaño. Dafnis, en tanto, subió hasta alcanzar la manzana; se la trajo á Cloe, y le dijo para quitarle el enojo:

«Esta manzana ¡oh virgen! es creación de las Horas divinas: árbol fecundo le dió sustento; el sol la maduró y sazonó; nos la conserva la Fortuna. Ciego y necio hubiera sido yo si no la hubiera visto y si la hubiera dejado para que, ó bien viniese á caer por tierra, la pisoteasen las reses y la envenenasen los reptiles, ó bien permaneciese en la cumbre hasta que el tiempo la acabara, sin más fin que admiración estéril. Venus recibió una manzana en premio de su hermosura. Toma tú ésta por

galardón de igual victoria. Ambas sois bellas, y de condición semejante son vuestros jueces, pastor él y yo cabrero.»

Esto dijo, y le echó la manzana en el regazo. No bien se acercó, le besó ella. Él no se arrepintió de la audacia de haber subido tan alto por un beso más rico que la manzana de oro.

LIBRO CUARTO.

Por aquel tiempo llegó de Mitilene un siervo, compañero de Lamón, á quien anunció que poco antes de la vendimia vendría el amo para ver qué daños había causado en sus tierras la incursión de los metimneños. Y como ya iba yéndose el verano, y el otoño se venía encima, Lamón se afanó por disponer un recibimiento en el que todo fuera grato á los ojos. Limpió las fuentes para que el agua corriese pura y cristalina; sacó el estiércol de establo y corrales para que no molestara su mal olor, y aderezó el huerto para que pareciese más ameno.

El huerto era de suyo lindísimo y digno de un rey. Medía en longitud más de un estadio; estaba en una altura, y contenía sobre cuatro yugadas de tierra. Semejaba extenso llano, y había en él toda clase de árboles: manzanos, arrayanes, perales, granados, higueras y olivos. En algunos puntos la vid trepaba á los árboles, y, enlazada á ellos, lucía sus frutos en competencia con manzanas y peras. Esto en cuanto á los frutales; pero también había allí árboles selváticos y de sombra, como cipreses, lauros, adelfas, plátanos y pinos; en todos los cuales, en vez de la vid, se entrelazaba la hiedra, cuyos corimbos, que eran grandes y negreaban ya, remeda-

ban racimos de uvas. Las plantas que daban fruta estaban en el centro, como para mayor defensa; las estériles, en torno, como muralla. Lo rodeaba y amparaba todo una débil cerca ó vallado. No había cosa que no estuviese con cierto orden y primor. Los troncos, separados de los troncos, y en lo alto, mezclándose las ramas y confundiéndose el follaje. Diríase que el arte se había esmerado á porfía con la naturaleza. Había, en cuadros y eras, multitud de flores, que la tierra daba de sí sin cultivo, ó que la industria cultivaba: rosas, azucenas y jacintos, criados por la mano del hombre; violetas, corregüelas y narcisos, espontáneamente nacidos. Allí había, en suma, sombra en estío, flores en primavera, frutos en toda estación, y los más deliciosos y exquisitos en otoño. Desde allí se oteaba la ancha vega, y se contemplaban pastores y ganados, y se descubría la mar, y se veían los que por ella iban navegando, lo cual no era pequeña parte de los gustos con que brindaba aquel huerto. En el centro mismo, así de lo largo como de lo ancho, se levantaban un templo y un ara de Baco; el ara, revestida de hiedra, y de pámpanos el templo, por fuera. La historia del dios estaba dentro pintada: Semele, pariendo; Ariadna, dormida; encadenado, Licurgo; despedazado, Penteo; vencidos, los indios; los tirrenos, transformados. Por donde quiera, los Sátiros; por donde quiera, las Bacantes, que danzaban. Ni faltaba allí Pan, quien, sentado sobre una piedra, tañía la zampoña, y daba el mismo son y compás al pisoteo de los Sátiros en el lagar y al baile de las Ménades.

Tal era el huerto que Lamón se afanaba por cuidar, podando las ramas secas y enredando en festones la vid á los árboles. A Baco le coronaba de flores. Derivaba sin dificultad el agua por las limpias acequias. Había una fuente, que Dafnis había descubierto, la cual regaba las flores. Llamábanla fuente de Dafnis. Lamón, por último, encomendó á éste que engordase las cabras lo más que pudiera, porque el amo, que no había venido en tanto tiempo, iba ahora á verlo todo.

Muy confiado estaba Dafnis en que alcanzaría grandes elogios por las cabras. Las tenía en doble número de las que le habían entregado; el lobo no se había llevado ninguna, y todas estaban más lucias y medradas que las ovejas. Deseoso, no obstante, de hacerse propicio al amo para que consintiese en la boda, ponía el mayor cuidado y solicitud en llevar á pacer las cabras apenas amanecía, y en volver al aprisco tarde. Dos veces al día las llevaba á beber, y siempre buscaba para ellas los mejores pastos. Se procuró barreños y tarros nuevos, muchas colodras y zarzos más capaces. Y llegó á tal punto su esmero, que barnizó con aceite los cuernos á las cabras, y al pelo le sacó lustre. Al ver cabras tan compuestas, las hubiera tomado cualquiera por el propio sagrado rebaño del dios Pan. Compartía Cloe estos afanes con Dafnis, y, descuidadas sus ovejas, sólo á las cabras atendía, de suerte que imaginaba Dafnis que, por emplearse en ellas Cloe, se ponían tan hermosas.

Atareados andaban en esto, cuando llegó de la

ciudad segundo mensajero con orden de vendimiar cuanto antes. Él debía quedarse allí hasta que las uvas se hicieran mosto, y entonces volver á la ciudad para acompañar al amo, que no vendría hasta el fin del otoño. A este mensajero, que se llamaba Eudromo, porque su oficio era correr, le trataban todos con la mayor consideración. Entre tanto cogieron las uvas, las acarrearon al lagar, y echaron el mosto en las tinajas, no sin dejar en las cepas los racimos más gruesos, á fin de que los que iban á venir disfrutasen algo y tuviesen cierta idea de la vendimia.

Cuando Eudromo preparaba su regreso á la ciudad, Dafnis le hizo cuantos regalillos podían esperarse de un cabrero: le dió quesos bien cuajados, un cabrito recién nacido y una blanca piel de cabra, de pelo largo, para que se abrigase durante el invierno en sus caminatas. Eudromo quedó harto pagado del obsequio, y prometió á Dafnis decir de él al amo mil cosas buenas. Se fué, pues, á la ciudad muy amigo de Dafnis.

Se quedó éste receloso y asustado. Y no era menor el miedo de Cloe, porque él era un muchachuelo, sólo acostumbrado á ver cabras y riscos, y á tratar con gente rústica y con Cloe, y ahora tenía que ver al señor, de quien ignoraba antes hasta el nombre. Todo se le volvía cavilar cómo se acercaría al señor y le hablaría; y su corazón se azoraba al pensar en que la boda pudiera desvanecerse como un sueño. De aquí que los besos fuesen más frecuentes, y los abrazos más largos y apretados; pero se besaban con timidez y se

abrazaban con tristeza y á hurtadillas, como si el amo estuviera allí y pudiera verlos.

En medio de estas desazones tuvieron un disgusto más grave. Un vaquero de aviesa condición, llamado Lampis, había pedido á Dryas la mano de Cloe, y le había hecho muchos regalos á fin de que conviniese en el casamiento. Sabedor Lampis de que Dafnis la tendría por mujer, si no se oponía el amo, buscó trazas de enemistarle con él; y como lo que más le agradaba era el huerto, resolvió afearle y destrozarle. Si se ponía á talar el arbolado, podrían oir el ruido y sorprenderle, y así prefirió arrancar las flores. Guarecido, pues, por la obscuridad de la noche, saltó por cima de la cerca, arrancó unas plantas y quebró otras, y holló y pisoteó las demás, como los cerdos. Después se fugó con cautela y sin que le viesen.

No bien vino el día, entró Lamón en el huerto para regar las flores con el agua de la fuente, y al ver aquella desolación, que no la hubiera hecho más cruel un ladrón foragido, se desgarró el sayo y puso el grito en el cielo, con tal furor, que Mirtale, soltando la hacienda que traía entre manos, y Dafnis, abandonando las cabras que llevaba á pacer, acudieron á saber lo que pasaba. Al saberlo, gritaron también y se echaron á llorar. Y no era maravilla que, temerosos del enojo del señor, hiciesen aquel duelo por las flores. Un extraño, si hubiera pasado por allí, hubiera llorado como ellos. Aquel sitio había perdido su gracia y su adorno. No quedaba sino fango y broza. Si alguna flor se había salvado de la injuria, resplandecía

aún y estaba hermosa, aunque mustia y tronchada. Las abejas revolaban en torno, y sonaba á lamentación su incesante susurro.

Lamón decía, lleno de angustia: «¡Ay de mis rosales, que me los han roto! ¡Ay de mis violetas pisoteadas! ¡Ay de mis jacintos y narcisos, arrancados de raíz por algún mal hombre! Vendrá la primavera, y no renacerán mis flores; vendrá el verano, y no desplegarán su pompa y lozanía; vendrá el otoño, y nadie hará con ellas guirnaldas y ramilletes. Y tú, señor Baco, ¿por qué no tuviste piedad de las infelices, entre las que habitabas, á las que veías, y con las que te coroné tantas veces? ¿Con qué cara enseñaré ahora el huerto al amo? ¿Qué dirá al verle? Sin duda mandará ahorcar de un pino á este viejo sin ventura, como ahorcaron á Marsyas. ¿Y quién sabe si no ahorcarán conmigo á Dafnis, creyendo que por descuido suyo hicieron el destrozo las cabras?»

Con tales lamentaciones se acongojaban más y más, y no lloraban por las flores, sino por ellos mismos. Cloe sollozaba y gemía como si Dafnis hubiese de ser ahorcado; pedía al cielo que el señor ya no viniese, y pasaba días amargos imaginando que por lo menos azotarían á su amigo.

Aquella noche llegó Eudromo con la noticia de que el señor mayor sólo tardaría ya tres días en venir, y de que su hijo estaría allí al día siguiente. Se pusieron entonces á discurrir cómo salir de aquel apuro, y pidieron consejo á Eudromo, el cual tenía buena voluntad á Dafnis, y fué de parecer que declarasen primero al señor mozo lo que había

pasado, pues él prometía interceder en favor de ellos, ya que dicho señor le quería y estimaba por ser su hermano de leche. Ellos convinieron en hacerlo así.

Al siguiente día, el señor mozo, que se llamaba Astilo, llegó á caballo, en compañía de su parásito Gnatón. Éste afeitaba sus barbas hacía no pocos años. Astilo era un mancebo barbiponiente. Lamón, seguido de Mirtale y de Dafnis, se prosternó á los pies del amo mozo, y le rogó se compadeciese de un viejo infortunado y le salvase de la ira de su padre, pues él de nada tenía culpa. Luego le contó el caso sin rodeos. Astilo tuvo piedad del suplicante; fué al huerto; vió el estrago causado en las flores, y prometió que, para disculpar á Lamón y á Dafnis, supondría que sus caballos se habían desatado del pesebre, pisoteándolo todo, desgajándolo y arrancándolo. Lamón y Mirtale, consolados con esto, colmaron al joven de bendiciones, y Dafnis además le hizo varios presentes: chivos, quesos, racimos con pámpanos aún, nidos de pájaros y manzanas con rama y hojas. Sobresalía entre estos presentes el vino de Lesbos, que huele á flores, y es el más grato al paladar de cuantos se beben. Astilo encareció la bondad de todo, y se fué á cazar liebres, como mancebo rico, que sólo pensaba en divertirse, y que había venido al campo á disfrutar de nuevos placeres.

Gnatón, por el contrario, no hallaba placer sino en la comida y en beber hasta emborracharse: era como un sumidero, todo gula, y todo lascivia y pereza. Así fué que no quiso ir á cazar con Astilo, y

para entretener el tiempo, bajó hacia la playa, donde se encontró á Dafnis guardando su ganado. Junto á Dafnis, estaba Cloe, hermosa como nunca. La vió Gnatón, y quedó al punto prendado de ella. Pensó que en la ciudad no había visto jamás más linda moza. Dafnis, á quien apenas apuntaba el bozo, y que parecía más niño y más dulce aún de lo que era, no infundió el menor respeto al parásito. Y como la zagala era sencilla y humilde, juzgó fácil empresa deslumbrarla y lograrla. A este fin, empezó por elogiar sus ovejas; luego la elogió á ella; luego trató de alejar á Dafnis, y no pudo conseguirlo; y, por último, movido de una pasión que á los más cuerdos roba la prudencia, tomó á Cloe entre sus brazos y la besó repetidas veces, aunque ella se resistía. Dafnis acudió á interponerse, y se interpuso entre ambos cuando Gnatón quería renovar los besos, haciendo poca cuenta de quién se le oponía, y creyéndole débil, ó tan respetuoso, que el respeto le ataría las manos. Por dicha no fué así: Dafnis rechazó á Gnatón con tremendo brío, y como Gnatón, según su costumbre, estaba borracho y poco firme sobre sus piernas, dió consigo en el suelo cuan largo era, donde Dafnis, ciego de cólera, le pateó á su sabor y con alguna saña. Viendo después que el vencido y pateado no bullía, Dafnis tuvo miedo de su proeza y echó á huir, seguido de Cloe, dejando el hato en abandono.

Con la afrenta y el dolor se le disiparon un poco á Gnatón los vapores del vino; calculó que era muy ridículo quejarse y contar lo que había ocu-

rrido, y determinó callárselo; pero, más empeñado que antes en conseguir su propósito, resolvió pedir á Astilo, que nada le negaba, que se llevase á Dafnis á la ciudad, y quedase él luego algún tiempo en aquel campo, donde ya sin estorbo podría lograr á Cloe. Por lo pronto, sin embargo, no pudo Gnatón hallar momento oportuno de hacer su petición. Dionisofanes y su mujer Clearista acababan de llegar, y todo era ruido y alboroto de caballerías y criados, de hombres y mujeres. Gnatón tuvo tiempo de preparar un elegante y prolijo discurso, en que pintaba á Astilo su amor á fin de conmoverle.

Dionisofanes tenía ya entrecanos barba y cabellos; pero era un señor alto y hermoso, y tan robusto, que daría envidia á los mancebos. Era además rico como pocos, y muy digno y respetable. Lo primero que hizo, el día en que llegó, fué sacrificar á los dioses que gobiernan las cosas campestres: á Ceres, á Baco, á Pan y á las Ninfas. Luego dió un banquete á todas las personas que estaban allí. En los días siguientes inspeccionó los trabajos de Lamón. Y habiendo visto en los campos los hondos surcos del arado, la lozanía de pámpanos en las viñas, y el huerto tan ameno (pues en lo tocante al estrago de las flores Astilo tomó para sí la culpa), se alegró mucho, alabó á Lamón y le prometió la libertad.

Después de esto, fué á ver las cabras y á ver al cabrero que las cuidaba. Cloe se escondió entre la arboleda, temerosa y avergonzada de aquel gentío. Dafnis quedó solo, y se mostró revestido de

una peluda piel de cabra y llevando un zurrón flamante al hombro, en la mano izquierda quesos recién cuajados, y en la derecha dos cabritillos de leche. Ni Apolo, cuando estuvo de pastor al servicio de Laomedonte, apareció tal como entonces apareció Dafnis, quien, lleno de rubor, sin hablar palabra y los ojos inclinados al suelo, presentó sus dones. Lamón dijo: «Éste ¡oh señor! es tu cabrero. Me entregaste cincuenta cabras y dos machos, y él las ha aumentado hasta ciento. ¡Mira qué gordas y lucias están, qué pelo tan largo y espeso, y qué cuernos tan enteros y sanos! Estas cabras, además, han aprendido la música, y al son de la zampoña lo hacen todo.»

Clearista, que estaba allí presente, deseó ver aquella habilidad de las cabras, y mandó á Dafnis que tañese la zampoña como solía, ofreciendo en premio, si lo hacía bien, regalarle camisas, un sayo y un par de zapatos. Dafnis al punto, puestos todos en cerco en torno de él, y de pie él bajo la copa del haya, sacó la zampoña del zurrón, y apenas la hizo sonar un poco, las cabras se pararon atentas y levantaron las cabezas. Después tocó el toque del pasto, y las cabras bajaron las cabezas y pacieron. Dió en seguida la zampoña un son blando y suave, y las cabras se echaron. Luego fué agudo el son, y las cabras huyeron al soto como perseguidas por un lobo. Tocó, por último, llamada, y, saliendo del soto, las cabras todas corrieron a echarse á sus pies. Nadie vió jamás siervo alguno que obedeciese más listo á una señal de su amo. De aquí que todos los circuns-

tantes se quedaron pasmados, y sobre todos Clearista, la cual juró que daría más de lo ofrecido á aquel cabrero tan músico y tan guapo. Después todos se fueron á la quinta y comieron, y enviaron á Dafnis de la comida de los señores. Él la compartió con su zagala, muy complacido de probar los manjares de la ciudad, y con grandes esperanzas de lograr el permiso de los amos para su casamiento.

Gnatón, entre tanto, más obstinado aún en su amor, á pesar de la pateadura, y creyendo que su vida sin Cloe sería amarga y sin objeto, se aprovechó de un instante en que Astilo se paseaba en el huerto á sus solas; le llevó al templo de Baco, y le besó las manos y los pies. Astilo le preguntó por qué hacía tales extremos; le mandó que se explicase, y juró darle auxilio en su cuita. «Ya se perdió y pereció Gnatón, mi amo, dijo Gnatón entonces. Yo, que hasta aquí no amaba más que una buena mesa, y nada hallaba más lindo y apetitoso que el vino añejo, y estimaba á tu cocinero más digno de adoración y de afecto que á todas las muchachas de Mitilene, sólo juzgo ahora digna y amable á la zagala Cloe. Yo me abstendría de comer todos los delicados manjares que de ordinario se sirven en tu casa, carnes, pescados, bollos y confites de miel, y, convertido en corderito, me alimentaría de la hierba, dejándome guiar por la voz de Cloe y por su cayado. Salva á tu Gnatón; vence su amor invencible. De lo contrario, lo juro por el dios de mi mayor devoción, agarro un cuchillo, me lleno bien la panza de comida, me

mato á la puerta de Cloe, y no tendrás á quién llamar Gnatoncillo, jugando y burlando, como es tu costumbre.»

No pudo aquel magnánimo mancebo, que además conocía lo que son penas de amor, ver sin piedad las lágrimas de Gnatón, que de nuevo le besaba los pies. Prometióle, pues, que pediría á Dafnis á su padre y que se le llevaría á la ciudad como criado, dejando á Cloe sin aquel estorbo, á fin de que Gnatón la tuviese á todo su talante. Deseoso luego Astilo de embromar á Gnatón, le preguntó, riendo, si no le daba vergüenza de amar á una rústica y de acostarse con una zagala que por fuerza había de oler pícaramente. Pero Gnatón, que había aprendido en los banquetes de mozos alegres y enamorados cuanto hay que saber y decir en la materia, contestó, defendiéndose: «El que ama, señor mío, no repara en nada de eso. No hay en el mundo objeto que no pueda inspirar una pasión, con tal de que en él resplandezca la hermosura. Ha habido amadores de una planta, de un río y de una fiera. ¿Y quién más digno de lástima que el amador á quien infunde miedo el amado? En cuanto á mí, si la que amo es por la suerte de servil condición, por la belleza es y puede ser señora. Sus cabellos son rubios como las espigas granadas; sus ojos brillan bajo las cejas como piedras preciosas en engaste de oro; su cara está teñida de suave rubor, y en su fresca boca se ven dientes como el marfil de blancos. ¿Quién tan insensible al amor, que no anhele besar tal boca? En esto de amar á las pastoras y

gente del campo, ¿qué hago yo más que imitar á las deidades? Vaquero fué Anquises, y Venus le tomó para querido. Pitis, amada de Pan y de Bóreas, y Maya misma, tan amada de Júpiter, ¿eran al cabo más que pastoras? No menospreciemos á Cloe porque lo es, sino demos gracias á los dioses de que, enamorados de ella, no nos la roban y se la llevan al cielo.»

Astilo rió y celebró este discurso, diciendo que Amor hacía á los grandes oradores. Luego trató de hallar ocasión en que pedir á su padre que le diese á Dafnis para criado.

Eudromo había estado escondido oyendo toda la conversación, y como quería á Dafnis y le tenía por excelente mozo, se afligió mucho de que la gentil zagala viniese á ser ludibrio de aquel borracho, y fué al punto á contárselo todo á Lamón y al mismo Dafnis. Consternado éste, pensó en huir robando á Cloe ó en matarla y matarse; pero Lamón, llamando á Mirtale al patio, le dijo: «Estamos perdidos, mujer. Llegó ya la ocasión de revelar lo que teníamos oculto. Queden sin guía las cabras y quedémonos sin apoyo; pero, por Pan y por las Ninfas, aunque yo me trueque en buey atado al pesebre, no me callaré sobre la condición de Dafnis, sino que referiré cómo fué hallado y alimentado, y mostraré las prendas que estaban expuestas junto á él. Es menester que sepa Gnatón quién es el mozo de cuya novia quiere burlarse. Tú, ten prontas las señales de reconocimiento.» Dichas estas palabras, ambos entraron de nuevo en la habitación.

Habiendo hallado Astilo propicio á su padre, le

pidió que le dejase llevar á Dafnis á Mitilene, asegurando que era un gallardo mancebo, más propio para la ciudad que para el campo, y que pronto aprendería á servir bien y á tener modales urbanos. Accediendo gustoso el padre, llamó á Lamón y á Mirtale, y les dió como buena nueva la de que Dafnis, en vez de estar al servicio de las cabras, iba á entrar en el de su hijo. En cambio del cabrero que les quitaba, les ofreció, por último, dos cabreros. Entonces Lamón, cuando ya todos los criados habían acudido y se alegraban de tener tan gentil compañero, pidió licencia para hablar, y habló de esta suerte: «Escucha ¡oh señor! la verdad misma de los labios de este viejo. Juro por Pan y por las Ninfas que no te engañaré en nada. Yo no soy el padre de Dafnis, ni tuvo Mirtale la dicha de ser madre suya. Otros padres le expusieron cuando pequeñuelo, por tener ya, sin duda, hijos de sobra. Yo le encontré abandonado y tomando la leche de una cabra, á la cual, cuando murió de muerte natural, di sepultura cerca del huerto, con el amor que se debe á quien hizo tan bien el oficio de madre. Yo encontré, además, con el niño ciertas alhajas, que pueden servir en su día para reconocerle. Confieso, señor, que conservo aún dichas alhajas. Por ellas se verá que Dafnis es de clase superior á la nuestra. No creas, sin embargo, que me duele que Dafnis sea criado de tu hijo; sería un galán servidor para dueño no menos galán. Lo que me duele, y lo que no puedo tolerar, es que todo se haga por un liviano antojo de Gnatón y por sus dañados propósitos.»

Dicho esto, Lamón se calló y derramó abundantes lágrimas. Gnatón, envalentonado, le amenazó con una paliza; pero Dionisofanes, pasmado de lo que acababa de oir, impuso silencio á Gnatón, arqueando las cejas y mirándole fosco; luego interrogó á Lamón, y le mandó que dijese la verdad, y que no procurase oponerse con embustes á la voluntad de su hijo. Lamón se sostuvo en lo dicho, lo juró por todos los dioses, y pidió que le diesen tormento si mentía. Llegó en esto Clearista, y no bien averiguó lo que pasaba, «¿por qué, dijo, había de mentir Lamón? ¿No le dan dos cabreros en vez de uno? ¿Cómo ha de inventar un rústico tan sutil patraña? Por otra parte, ¿no es increible que de tan pobre viejo y de tan ruín madre haya nacido tan hermoso muchacho?» Decidieron, pues, no engolfarse en más conjeturas, sino ver y examinar las prendas, por si denunciaban, en efecto, la superior condición que Lamón presumía.

Mirtale fué al punto á sacarlas de un viejo zurrón en que las tenía guardadas. Cuando las trajo, el primero que las vió fué Dionisofanes. Al mirar la mantilla de púrpura, la hebilla de oro y el puñalito con puño de marfil, dió un grito, exclamando: «¡Oh señor Júpiter!» y llamó á su mujer para que examinase aquellas prendas. Esta, no bien las hubo mirado, exclamó de la misma manera: «¡Oh queridas Parcas! ¿No son éstas las prendas que expusimos con nuestro propio hijo cuando le enviamos con la sierva Sofrosina para que le abandonase en el campo? No son otras; son éstas, mari-

do. El muchacho es nuestra sangre. Hijo tuyo es el que guarda tus cabras.»

Mientras ella hablaba así, y Dionisofanes besaba las prendas del reconocimiento, llorando de puro gozo, Astilo se enteró de que Dafnis era su hermano; se desembarazó de la capa y dió á correr por el huerto para ser el primero en abrazarle. Al ver Dafnis que venía en pos de él tanta gente corriendo y llamándole por su nombre, pensó que querían prenderle; tiró al suelo el zurrón y la zampoña, y huyó hacia la mar, resuelto á arrojarse en ella desde lo alto de una roca. Y de seguro lo hubiera hecho, siendo así, por extraño caso, tan pronto hallado como perdido, si Astilo, recelando su intento, no le gritase otra vez: «Tente, Dafnis, y no temas. Yo soy tu hermano. Son tus padres los que hace poco eran tus amos. Lamón nos contó lo de la cabra y nos enseñó las prendas. Vuélvete y mira qué alegres y risueños estamos. Bésame á mí primero. ¡Juro por las Ninfas que no te engaño!»

Paróse Dafnis al oir este juramento, y Astilo le alcanzó y le estrechó en sus brazos. Después acudió multitud de criados y de criadas, y, por último, llegaron el padre y la madre. Todos le abrazaron y le besaron con lágrimas de contento. Él, por su parte, estuvo cariñoso con todos, y en particular con su madre y su padre, á quienes, como si de antiguo los conociese, estrechaba contra su seno, sin hartarse de abrazarlos: tan rápida y poderosa impone naturaleza su ley. Casi se olvidó Dafnis por un instante de Cloe.

Con esto se le llevaron á la quinta y le dieron,

para que se vistiese, un costoso vestido nuevo. Sentándose después con Astilo al lado de su padre, le oyó decir estas razones: «Yo, hijos míos, me casé muy temprano, y á poco fuí padre, según yo pensaba, muy dichoso. Primero tuve un hijo, luego una hija, y Astilo fué el tercero. Estos tres eran los que convenían para mi casa y mi hacienda. Vino este otro después de todos, y tuve que exponerle. No se expusieron, á la verdad, estas prendas como señales para reconocerle más tarde, sino como ornamento de su sepulcro. La fortuna lo dispuso de otra manera. Mi hijo mayor, y también mi hija, murieron ambos de la misma enfermedad y en el mismo día. Tú, Dafnis, por la providencia de los dioses, te has salvado para que yo tenga en la vejez doble apoyo. No me aborrezcas por haberte expuesto. Muy á despecho mío lo hice. Y tú, Astilo, no te aflijas de contar ahora sólo con parte cuando contabas con toda la herencia. El mayor bien para un hombre discreto es un buen hermano. Amaos, pues, mis hijos; y en cuanto á los bienes, nada tendréis que envidiar á los príncipes. Ambos poseeréis pingües fincas y siervos ágiles, y oro y plata, y todas aquellas cosas que poseen los ricos y poderosos. Mas desde luego doy á Dafnis este campo, en que se ha criado, con Lamón y Mirtale, y con las cabras de que él mismo ha sido pastor.»

Apenas acabó dichas palabras, Dafnis se levantó y dijo: «En buena ocasión me lo traes á la memoria, padre mío. Voy á llevar á beber á las cabras, que aguardan sedientas el son de mi zampo-

ña, mientras que estoy aquí sentado.» Todos rieron de que, habiendo llegado á ser señor, quisiese ser cabrero todavía, y enviaron á un nuevo cabrero á que cuidase de las cabras. Sacrificaron después á Júpiter Salvador y dispusieron un banquete. A este banquete, el único que faltó fué Gnatón, el cual, lleno de miedo, se pasó el día y la noche en el templo de Baco, orando y haciendo penitencia.

Pronto cundió la fama por todas partes de que Dionisofanes había hallado á su hijo, y de que el cabrerillo Dafnis se había cambiado en señor terrateniente, y de acá y de acullá acudieron los rústicos á felicitar al mozo y á traer presentes á su padre. Entre ellos vino Dryas, el padre adoptivo de Cloe. Dionisofanes los detuvo á todos para que participasen del regocijo y de la fiesta. De antemano se había preparado vino en abundancia, mucho pan, chochas y patos, lechoncillos y gran variedad de tortas y confites de miel. Se mataban, además, no pocas víctimas á los dioses tutelares de aquellos sitios. Dafnis, en tanto, reunió todos sus trastos pastoriles para repartirlos como ofrenda entre los dioses. Consagró á Baco el zurrón y el pellico; á Pan, el pífano y la zampoña, y á las Ninfas, el cayado y los dornajos y colodras, que él mismo había hecho; pero la vida de la primera juventud es aún más grata que la riqueza, y Dafnis se apartaba con lágrimas de cada uno de estos objetos. No ofreció las colodras, sin ordeñar antes las cabras; ni el pellico, sin ponérsele por última vez; ni la zampoña, sin tañerla. Todo lo besó; habló con las

cabras, y llamó por sus nombres á los machos. Bebió, por último, en la fuente, donde tantas veces había bebido con Cloe; pero no se atrevió á hablar aún de su amor aguardando ocasión propicia.

Mientras Dafnis andaba en tales sacrificios, Cloe, solitaria y llorosa, estaba sentada viendo pacer su ganado y se lamentaba de esta suerte: «Dafnis me olvida. Sin duda piensa ya en una novia rica. ¿Por qué exigí que jurase, no por las Ninfas, sino por las cabras? Las abandona como á mí. Ni al hacer ofrendas á Pan y á las Ninfas deseó ver á Cloe. Tal vez halló más bonitas que yo á las criadas de su madre. Adiós, Dafnis, y sé dichoso. Yo no viviré.»

Exhalando estaba Cloe estas sentidas quejas, cuando el vaquero Lampis, acompañado de algunos labriegos, vino á robarla, creyendo que Dafnis ya no se casaría con ella, y que Dryas consentiría luego en dársela á él. La cuitada, resistiéndose al rapto, daba lastimeros gritos, y alguien que la oyó fué á decírselo á Napé. Napé se lo dijo á Dryas, y Dryas á Dafnis. Éste, fuera de sí, sin atreverse á decir nada á su padre, y no pudiendo, con todo, tolerar aquella injuria, salió del huerto, diciendo: «¡Mal haya el reconocimiento de mi padre! ¡Cuánto más valiera seguir de pastor! ¡Cuánto más feliz era yo cuando siervo! Entonces veía á Cloe. Ahora Lampis la roba, se la lleva, y esta noche dormirá á su lado. Y yo como y bebo y me deleito. En vano juré por Pan, por las Ninfas y por las cabras.»

Gnatón, que estaba oculto en el templo de Ba-

co, oyó estas lamentaciones de Dafnis, y juzgando oportuna la ocasión de ganarse su voluntad y de conseguir que le perdonara, salió de su escondite y dijo á Dafnis que él era allí el amo y que podía disponer de los criados para cualquier empresa. Llamando entonces Dafnis á algunos de los que servían á Astilo, se fué con ellos y con Gnatón á casa de Lampis con tal diligencia y prontitud, que le sorprendió cuando acababa de llegar con Cloe, y la sacó por fuerza de entre sus manos, dando de palos á los rústicos que habían concurrido al robo y queriendo llevar cautivo á Lampis, que logró fugarse.

Dafnis perdonó á Gnatón, y le concedió su amistad después de tan buen consejo y auxilio; y libertada ya Cloe, convino con ella en callar aún lo de la boda, en verse de oculto, y en que Dafnis descubriese sólo su amor á su madre. Pero Dryas no lo consintió, y halló más conveniente decírselo todo al padre, confiado en que le persuadiría. Al día siguiente, pues, se echó en el zurrón las prendas de reconocimiento, y se fué en busca de Dionisofanes y de Clearista, á quienes halló sentados en el huerto. Astilo y el propio Dafnis estaban también allí. En silencio todos, habló Dryas de esta manera: «Igual necesidad que á Lamón, me manda descubriros un secreto que he guardado hasta ahora. Ni yo he engendrado á la zagala Cloe, ni he sido el primero en sustentarla. Otro fué su padre, y yo la encontré en la gruta de las Ninfas, alimentada por una oveja. Maravillado del hallazgo, tomé conmigo á la niña

y la crié en mi casa. Testimonio de la verdad de lo que digo da su propia hermosura, en nada semejante á nosotros. Testimonio dan también estas prendas, más ricas que las que suelen tener los pastores. Vedlas, y buscad á los padres de la doncella, quien tal vez os parezca un día digna consorte de Dafnis.»

No sin intención dejó escapar Dryas estas últimas palabras. Dionisofanes no las oyó en balde tampoco, sino que, dirigiendo la mirada hacia Dafnis, y advirtiendo que se ponía pálido y que no acertaba á ocultar el llanto, comprendió que tenía amores con Cloe. Y con la solicitud que hubiera tenido por su propia hija, y no por una extraña, examinó atentamente las razones del viejo.

Vió también las prendas, es á saber, las chinelas, la toquilla y las ajorcas, y luego hizo venir á Cloe á su presencia, y la exhortó á que se alegrase, pues ya tenía marido, y pronto hallaría también á su padre y á su madre. Por último, Clearista se llevó consigo á la doncella y la aderezó y compuso como si fuese mujer de su hijo.

Dionisofanes, apartándose á un lado con Dafnis, le preguntó en confianza y con sigilo si Cloe conservaba aún la doncellez. Dafnis juró que no había pasado del beso, del abrazo y de las mutuas promesas, con lo cual se holgó el padre, y les dijo que se pusieran á comer con él.

Allí se hubiera podido aprender cuánto el adorno realza la hermosura, porque Cloe, bien vestida, graciosamente peinado y trenzado el cabello,

y recién lavada la cara, parecía más bella que nunca, tanto, que el propio Dafnis apenas la reconocía. Jurara cualquiera, sin ver otras prendas y señales, que no era Dryas el padre de tan gallarda moza. Dryas, no obstante, estaba en el festín con Napé, y tenían por compañeros en el mismo lecho á Lamón y á Mirtale.

Pocos días después se hicieron sacrificios á los dioses y ofrendas por amor de Cloe, y ella les consagró sus baratijas pastoriles: flauta, zurrón, pellico y colodras. Vertió, además, vino en la fuente de la gruta, porque allí encontró amparo; adornó con flores el sepulcro de la oveja, que le mostró Dryas; volvió aún á tocar la flauta para alegrar el ganado, y á las propias Ninfas les dió música, pidiéndoles que parecieran pronto sus padres, y que fueran dignos de la alianza con Dafnis.

Después que se hartaron de diversiones campesinas, decidieron volver á la ciudad, á fin de buscar á los padres de Cloe y no retardar más su boda con Dafnis. Muy de mañana cargaron el equipaje, y dieron á Dryas tres mil dracmas, y á Lamón la mitad de las mieses y de la vendimia de aquellos campos, las cabras y los cabreros, cuatro yuntas de bueyes, buenos pellicos para el invierno, y la libertad de su mujer. Se fueron, por último, á Mitilene con mucho aparato y pompa de carros y de caballos.

Como llegaron muy de noche á la ciudad, nadie se enteró de lo ocurrido; pero al día siguiente se reunió á las puertas de Dionisofanes gran mul-

titud de hombres y de mujeres: ellos, para felicitarle por haber hallado á su hijo, sobre todo viéndole tan guapo mozo, y las mujeres, para holgarse con Clearista de que había logrado á la vez hijo y nuera. Cloe las sorprendió á todas por su rara hermosura, que les pareció sin par. En suma, nadie hablaba en la ciudad sino del muchacho y de la zagala, augurando mil venturas de su enlace. Rogaban también á los dioses que Cloe hallase padres dignos de su beldad, y hubo no pocas mujeres ricas que de buena gana hubieran pasado por madres de hija tan hermosa.

Entre tanto, Dionisofanes, después de mucho cavilar, se quedó profundamente dormido y tuvo un sueño. Creyó ver á las Ninfas pidiendo á Amor que se llevase pronto á cabo la boda prometida. Y Amor, aflojando la cuerda del arco y poniéndosele al hombro junto á la aljaba, ordenó á Dionisofanes que convidase á un gran banquete á todos los sujetos de más fuste de la ciudad, y que, al ir á llenar los últimos vasos, mostrase á los convidados las prendas halladas con Cloe, y mandase cantar el canto de Himeneo.

Visto y oído este sueño, Dionisofanes madrugó, y dispuso una opípara comida, donde hubiese cuanto se cría de más delicado y sabroso en tierra y en mar, en ríos y en lagos. Luego convidó á su mesa á todos los señores principales.

Ya era de noche, y estaba lleno el vaso con que suele hacerse libación á Mercurio, cuando entró un criado trayendo las prendas en un azafate de plata, y dando vuelta á la mesa, se las enseñó á

todos. Ninguno las reconoció; pero un cierto Megacles, que por su ancianidad estaba reclinado en un extremo, las reconoció apenas las vió, y dijo con voz alta y firme: «¡Cielos! ¿qué veo? ¿Qué ha sido de ti, hija mía? ¿Vives aún? ¿Qué pastor guardó, por dicha, estas prendas? Ruégote ¡oh Dionisofanes! que me digas dónde las hallaste. No envidies, pues tienes á Dafnis, que yo también la tenga.»

Quiso Dionisofanes que, antes de todo, contase Megacles cómo había expuesto á la niña, y éste, con el mismo tono de voz, dijo: «Tiempo há que me veía yo muy pobre, por haber gastado casi todos mis bienes en juegos públicos y en naves de guerra. Estando en estos apuros, me nació una hija. Se me hizo muy duro criarla en tanta pobreza, y la expuse con esas alhajas, calculando que muchas personas, que no tienen hijos naturales, desean ser padres, adoptando por hijos á los expósitos. La niña lo fué en la gruta de las Ninfas y confiándola yo á su cuidado. Desde entonces mis riquezas han aumentado de día en día, sin tener yo heredero á quien dejarlas, porque no volví á tener otra hija; y como si los dioses quisieran burlarse de mí, se me aparecían en sueño por la noche, ofreciéndome que me haría padre una oveja.»

Dionisofanes hizo, al oir tales palabras, mayores exclamaciones aún que las que Megacles había hecho, y dejando el festín, fué á buscar á Cloe y la trajo muy adornada y bizarra. Al entregársela á su padre, le dijo: «Esta es la niña que expusiste.

Por disposición de los dioses, te la ha criado una oveja, como una cabra á Dafnis. Tómala con las prendas, y al tomarla, dásela á Dafnis por mujer. Los dos expusimos á nuestros hijos, y los dos los hallamos ahora. Amor, Pan y las Ninfas nos los han salvado.»

Megacles convino en todo, y mandó llamar á su mujer, cuyo nombre era Rodé, teniendo siempre á Cloe entre sus brazos. Megacles y Rodé se quedaron á dormir allí, porque Dafnis había jurado que nadie, ni su propio padre, sacaría á Cloe de la casa. A la mañana siguiente, Cloe y Dafnis decidieron volverse al campo, porque no podían sufrir la vida de la ciudad y deseaban hacer bodas pastorales. Regresaron, pues, á la quinta donde estaba Lamón, é hicieron que Megacles conociese á Dryas, y Rodé á Napé. Todo se preparó allí con esplendidez para la fiesta de la boda.

Megacles consagró á su hija Cloe á las Ninfas, y suspendió como ofrenda en la gruta, á más de otros objetos ricos, las prendas de reconocimiento. A Dryas, sobre los tres mil dracmas recibidos, le dió para completar diez mil.

Viendo Dionisofanes que el tiempo era excelente, mandó aderezar lechos de verdes hojas en la gruta, donde se reclinaron los rústicos para gozar de espléndido banquete. Asistieron Lamón y Mirtale, Dryas y Napé, los parientes de Dorcón, Filetas y sus hijos, Cromis y Lycenia. Ni Lampis faltó, después de conseguir que le perdonasen. Y como la fiesta era de rústicos, todo allí fué al uso campesino y labriego. Cantaron unos el cantar de

los segadores; otros hicieron las farsas y burlas que suelen hacerse cuando la vendimia; Filetas tocó la zampoña; Lampis tocó el clarinete; Dryas y Lamón bailaron. Dafnis y Cloe no dejaron de besarse. Las cabras mismas pacían allí cerca, como si tomasen parte en la función, lo cual no era muy grato á los de la ciudad. Dafnis las llamaba por sus nombres, les daba verde fronda, las agarraba por los cuernos y las besaba.

Y esto no fué sólo en aquella ocasión, sino también en lo sucesivo, porque Dafnis y Cloe hicieron casi de continuo vida pastoril, adorando á los dioses y profesando especial devoción á Pan, á Amor y á las Ninfas. Aunque llegaron á ser poseedores de mucho ganado lanar y cabrío, nunca hubo manjar que les supiese mejor que leche y fruta. Al primer hijo varón que tuvieron le dieron por nodriza una cabra, y á la criatura segunda, que fué una niña, la hicieron mamar de una oveja. Al varón le pusieron por nombre Filopoemén, y á la niña Ageles. Así vivieron largos y felices años. Y no descuidaron tampoco el adorno de la gruta, sino que erigieron nuevas imágenes de Ninfas; levantaron un altar á Amor pastoril; y á Pan, en vez de la copa del pino á cuya sombra estaba, le edificaron un templo, bajo la advocación de Pan Batallador.

Todo esto, sin embargo, ocurrió mucho más tarde. Por lo pronto, llegada la noche, cuantos estaban allí llevaron á los novios al tálamo. Unos tocaban flautas, otros tocaban clarines, y otros iban con antorchas. Cerca ya de la puerta de la

cámara nupcial, la comitiva cantó de Himeneo con voz tan áspera y desacorde, que no parecía que cantaban, sino que arañaban pedruscos con almocafres.

Dafnis y Cloe, á pesar de la música, se acostaron juntos desnudos; allí se abrazaron y se besaron, sin pegar los ojos en toda la noche, como lechuzas. Y Dafnis hizo á Cloe lo que le había enseñado Lycenia; y Cloe conoció por primera vez que todo lo hecho antes, entre las matas y en la gruta, no era más que simplicidad ó niñería.

FIN.

NOTAS.

I. El título de la obra, en griego, es Λόγγου ποιμενικῶν τῶν κατὰ Δάφνιν καὶ Κλόην βίβλοι (λόγοι) τέσσαρες, que puede traducirse: *Los cuatro libros de las pastorales de Longo, ó Dafnis y Cloe*. A fin de seguir el gusto y el estilo modernos, hemos invertido y modificado los términos del título. Ponemos por título principal de esta novela, *Dafnis y Cloe*, y añadimos luego *Las pastorales de Longo*, para indicar el género á que pertenece la obra y el nombre, verdadero ó supuesto, de quien la compuso.

De esta novela no conocemos traducción ninguna en castellano.

En otros idiomas, ó conocemos ó hemos visto citadas muchas traducciones. Las más famosas son: En latín, la de Gothofredo Jungermann, de 1605, y la de Pedro Moll, de 1860. En francés, la de Santiago Amyot, obispo de Auxerre, y la de Pablo Luis Courier, que corrige y completa la traducción del citado obispo. En italiano, la del comendador Aníbal Caro, la de Manzini y la de Gozzi. En inglés, la de Jorge Thornley, 1657, y la de Jacobo Craggs, 1764. Y en alemán, las de Grillo, Krabinger y Passow, en 1765, 1803 y 1811.

Tenemos también una traducción sobrado libre de *Dafnis y Cloe*, hecha en hermosos exámetros latinos, por Lorenzo Gambara, y dedicada al célebre Antonio

Perenott, cardenal Granvela, á la sazón virrey de Nápoles.

Para hacer esta traducción española hemos seguido el texto griego completo, publicado por Courier y enmendado por Sinner: París, Fermín Didot, 1829. Hemos tenido á la vista y consultado la traducción en latín de la edición bipontina y la traducción francesa de Amyot, *revue, corrigée, completée, de nouveau refaite en grande partie par P. L. Courier.*

En nuestra traducción de los tres primeros libros, hemos procurado ser tan fieles al original cuanto es posible en una lengua moderna de Europa. Nos lisonjeamos de que en punto á fidelidad hemos vencido á Courier, como podrán ver los inteligentes, si comparan con el original ambas traducciones.

En el cuarto libro nos hemos atrevido á hacer bastantes alteraciones: algo parecido á lo que llaman un arreglo. Esto no quita que muchos párrafos (más de la mitad de dicho libro cuarto), estén también traducidos por nosotros con la mayor exactitud. Sólo hemos variado unos lances originados por cierta pasión repugnante para nuestras costumbres, sustituyéndolos con otros, fundados en más naturales sentimientos.

Fué nuestro primer propósito hacer nuestra traducción en lo que han dado en llamar *fabla antigua*, esto es, en el castellano del siglo XIV ó del siglo XV. Para imitar bien el candor y la sencillez del texto, tal vez hubiera sido esto convenientísimo; pero, en nuestro sentir, requería un trabajo ímprobo si había de hacerse con conciencia y evitando el peligro de inventar una *fabla antigua*, que jamás se hubiese hablado. Para Courier, que ha hecho su traducción en francés arcáico, la empresa no era tan ardua; tenía por modelo á Amyot, que le guiaba

mientras él le corregía. Por otra parte, yo entiendo que, sin procurar expresamente lo arcáico, siguiendo bien el texto, buscando las palabras propias y los giros más adecuados, y huyendo de las frases hechas y con frecuencia amaneradas del estilo novísimo, resulta un castellano bastante candoroso y que parece antiguo. El público juzgará si hemos conseguido esto en nuestra traducción.

II. Dice el proemio: *y habiendo buscado á alguien que me explicase bien la pintura, compuse estos cuatro libros*. P. L. Courier traduce: *si cherchai quelqu'un qui me les donna à entendre par le menu, et ayant le tout entendu, en composai ces quatre libres*. Yo empleo quince palabras, y P. L. Courier veintidós, para decir lo que dice en ocho el autor griego: καὶ ἀναζητησάμενος ἐξηγητήν τῆς εἰκόνος, τέτταρας βίβλους ἐξεπονησάμην. Depende esto, no sólo de la riqueza de formas de la lengua griega, sobre todo en participios, que hace que se pueda decir más en menos palabras, sino también de nuestro empeño de no sobreentender nada, diciéndolo todo. Claro está que, cuando el autor buscó á alguien *qui me les donna à entendre par le menu*, no se contentó con buscarle, sino que también le oyó la explicación; pero esto se cae de su peso y no era menester decirlo. El original no lo dice. P. L. Courier pone, pues, de su cosecha, *et ayant le tout entendu*. En otras ocasiones añade también, ó ya porque lo cree necesario para mayor claridad, ó bien porque halla alguna frase que le parece bonita. Yo he procurado evitar tales amplificaciones y adornos, y si á veces he incurrido en ellos, no ha sido con tanta frecuencia como P. L. Courier.

La observación que acabamos de hacer pudiera repe-

tirse con frecuencia. No lo haremos, por no pecar de prolijos. Nos limitaremos á citar otro solo ejemplo, tomado también del proemio. Dice el original: τὸν ἐρασθέντα ἀναμνήσει, τόν οὐκ ἐρασθέντα προπαιδεύσει. Son siete palabras. Traduce Courier: *peut remettre en memoire de ses amours celui qui autrefois aura été amoureux et instruire celui qui ne l'aura encore point été.* Son veinte y tres palabras. Traduzco yo: *recordará de amor al que ya amó, y enseñará el amor al que no ha amado nunca.* Son diez y siete palabras.

III. *Á unos doscientos estadios de Mitilene*, yo traduzco de ὅσον ἀπὸ σταδίων διακοσίων; en latín, *stadia circiter ducenta. Estadio* es palabra perfectamente castellana en este sentido, y significa la distancia ó longitud de 125 pasos geométricos. P. L. Courier pone: *environs huit ou neuf lieues loin de cette ville de Mitylène.* En este caso confieso que no choca mucho que modernice la unidad de medida para las largas distancias, pero entiendo que está mejor, ya que la historia sucede en Grecia y en tiempos antiguos, conservar los usos y costumbres de entonces. Más claro se comprende esto, y se ven el anacronismo y el desentono que de semejante exceso de traducción resultan, cuando en el mismo cuento de Dafnis y Cloe se habla de *dracmas*, dinero, y traduce Courier *escudos*. Yo prefiero poner *dracmas*, y no traducir *escudos, ducados, reales* ó *pesetas*, que entonces no había. Hay palabras que no se traducen, sino que pasan íntegras á todos los idiomas cuando se quiere volver á designar el objeto determinado y singular que designaban. Así, pues, por muy llano y natural que yo quisiese hacer mi estilo, jamás, por ejemplo, me atrevería á traducir

peplo, *clámide*, *estola* ó *coturno*, por prendas de vestir parecidas y en uso en nuestros días.

IV. Los objetos suspendidos como ofrendas en la gruta de las Ninfas eran γαυλοὶ, καὶ αὐλοὶ πλάγιοι, καὶ σύριγγες, καὶ κάλαμοι. Courier traduce γαυλοὶ *seilles à traire le lait*; el latín, *mulctræ*. En castellano creo que bastaría *colodras*, que son vasijas de que se valen los pastores para ordeñar; pero, como el *Diccionario de la Academia* supone que las tales colodras son de madera, y los γαυλοὶ ó *mulctræ* tal vez serían de barro, he añadido *tarros* para que haya de todo. Αὐλοὶ πλάγιοι ha sido menester traducirlo también con gran libertad. En latín se llaman *tibiæ obliquæ*, trompetas oblicuas. Dicen que este instrumento fué inventado por Midas. A lo que más se parece de los modernos es al bajón, al fagot y al pífano. Por esto pongo *pífanos* en mi traducción.

V. *Y les habían hecho aprender las letras*; en griego, καὶ γράμματα ἐπαίδευον. Courier, por seguir á Amyot, pone *leur faisant apprendre les lettres;* pero censura esta traducción en una larga nota, suponiendo que implica un contrasentido, ó, por lo menos, que induce en error. Nosotros creemos que no hay tal error, y que, en vista del sentido todo, no da tampoco lugar á anfibología. *Aprender las letras* no es más que aprender las letras, y no aprender literatura. Dice Courier que Longo quiso decir que Dafnis y Cloe aprendieron á leer y á escribir. Yo creo que no quiso decir sino lo que dijo, que aprendieron las letras, que aprendieron á deletrear, y que tal vez ni escribían ni leían de corrido.

VI. *Y se esmeraba hasta la noche en tocar la zampoña.* La voz griega σύριγξ significa un instrumento inventado por Pan y compuesto de varios cañutos desiguales, unidos entre sí. El P. Baltasar de Vitoria, gran autoridad en esta materia, dice en su *Teatro de los dioses*, que este instrumento se llama en castellano *zampoña* ó *albogue*. Yo pongo zampoña unas veces, y otras veces flauta, porque el uso ha hecho que se hable más, aunque menos exactamente, de la flauta de Pan que de la zampoña de Pan.

VII. *...logró subir el caído.* Desde este punto hasta donde dice: *¿qué me hizo el beso de Cloe?* todo falta en la traducción de Amyot. En el original de la edición bipontina hay un pedazo más, hasta donde dice: *y yendo con Cloe á la gruta de las Ninfas, le dió á guardar la tuniquilla y el zurrón.* Había, de todos modos, una gran laguna, que después se ha llenado, en vista del manuscrito de Florencia, donde el texto está completo.

VIII. *Quisiera ser su flauta para que infundiese en mí su aliento.* P. L. Courier traduce: *Ah! que ne suis-je sa flûte pour toucher ses lèvres.* Dice el original: εἴθε αὐτοῦ σύριγξ ἐγενόμην, ἵν' εμπνέῃ μοι. Claro está que no se habla de los labios, sino del aliento ó soplo. Supone Courier que esto está tomado de la antigua copla siguiente:

Εἴθε λύρα καλὴ γενοίμην ἐλεφαντίνη,
Καί με καλοὶ παῖδες φέροιεν Διονύσιον ἐς χορόν.
Εἴοθ'ἄπυρον καλόν γενοίμην μέγα χρυσίον,
Καί με καλὴ γυνῆ φοροίη καθαρόν θεμένη νοόν.

La copla es muy bonita, pero el decir de Cloe puede ser coincidencia, y no imitación. Es fácil coincidir en lo natural. Una oda de Anacreonte encierrra el mismo pensamiento, diciendo en la traducción de Castillo y Ayensa, si no me es infiel la memoria:

Quisiera ser la cinta
Que pende de tu cuello;
Quisiera ser la joya
Adorno de tu pecho;
Quisiera ser el agua
Con que lavas tu cuerpo;
Y fuera la sandalia
Que ciñe tu pie bello;
Que por tu planta hollado,
Viviera yo contento.

De seguro que los rústicos andaluces no leen á Anacreonte, y uno de ellos compuso, sin duda, aquella graciosa á par que apasionada copla de seguidillas, que dice:

¡Ay, quién fuera la cinta
De tu zapato!...

Y no ponemos los otros dos versos por demasiado expresivos; pero buenas ganas se nos pasan de ponerlos, porque vencen á los de Anacreonte, á los del otro poeta griego y á la prosa de Longo.

IX. *La piel de un cervatillo, esmaltada de lunares blancos, para que la llevase en los hombros, cual suelen las bacantes.* En el original hay estas dos palabras νεβρίδα βακχικήν, para cuya traducción ha sido menester emplear todas éstas: *la piel de un cervatillo para que la llevase en los hombros, cual suelen las bacantes.*

X. *Soy blanco como la leche y rubio como la mies cuando la siegan.* Añade Courier, entre estos elogios que Dorcón se tributa á sí mismo: *frais comme la feuillée au printemps*, lo cual no está en el texto.

XI. *...y de sus ojos, que los tenía grandes y dulces como las becerras.* La comparación, en son de elogio, de los ojos de las muchachas con los ojos de los bueyes, vacas ó becerras, es muy frecuente en los autores griegos; hasta hay los epítetos de βοώπης y βοόγληνος, para designar á quien tiene ojos grandes y hermosos.

XII. *...y tenía pálido el rostro como agostada hierba.* Son las palabras de Safo: χλωροτέρα πόας ἐμμί.

XIII. *...y el hocico le tapaba la cabeza, como casco de guerrero*: καὶ τοῦ στόματος τό χάσμα σκέπειν τὴν κεφαλήν, ὥσπερ ἀνδρός ὁπλίτου κράνος. Algunos guerreros, y singularmente los abanderados, según se ve en la Columna Trajana, llevaban el casco, *galea*, cubierto con la piel de la cabeza de una fiera, que conservaba la forma de cabeza, de suerte que el rostro del soldado parecía asomar por entre los dientes de la fiera.

XIV. *...llenaba una gran taza de vino y de leche.* De esta mezcla resultaba una bebida llamada οἰνόγαλα, que se toma aún, según dice Courier, en Levante y en Calabria.

XV. *Se ponia á cantar de Pan y de Pitis.* Pan fué un dios tan enamorado como poco dichoso en sus amores. Siringa, Eco, la Luna y otras diosas y ninfas le des-

deñaron. Pitis, por el contrario, le amó, y desdeñó por él á Bóreas, quien, enojado y celoso, la arrebató en sus alas, y la mató arrojándola contra las rocas. La Tierra, compadecida, la transformó en árbol: πίτυς, femenino en griego, *el pino*.

XVI. *...y dice que busca los becerros huídos.* Esta fábula ó conseja, que el autor califica de θρυλλούμενα, cosa sabidísima ó divulgada, no se halla en ningún mitólogo de los que yo conozco. Φάττα, la paloma torcaz, no es nombre de ninguna ninfa, como lo es el nombre de la otra paloma, περιστερά. Esta ninfa, Peristera, ayudó á Venus, que competía con Amor en coger flores. Venus triunfó así de Amor. Éste, enojado, convirtió en paloma á la ninfa. Venus la puso en su carro triunfal.

XVII. *...hay muchos estrechos de mar que hasta hoy se llaman pasos de bueyes.* En griego βοοσπόροι, de donde Bósforo.

XVIII. *No soy niño, aunque parezco niño, sino más viejo que Saturno. Yo soy anterior al tiempo todo.* Este discurso de Filetas es quizá lo más bello que hay en la obra de Longo, no tanto por lo que dice de Amor, dicho ya por muchos autores, sino por la graciosa sencillez de estilo con que la aparición de Amor en el huerto y todo lo demás está contado. Como en la religión de los griegos no hubo dogmas fijos, cada poeta contaba los hechos á su manera, resultando de aquí mucha variedad de fábulas sobre una misma persona divina, sobre todo cuando esta persona tenía más de alegórico que otras, como sucede con Amor. Empezando por su mismo ori-

gen, hay gran discrepancia. Así es que unos, los más, hicieron á Amor hijo de Venus y de Marte; otros, como Platón, le dieron por padres á Poro y á Penia, esto es, al dios de la abundancia y á la diosa de la pobreza; otros quieren que Amor naciese de Júpiter, y otros, que naciese antes que todo, no compiendiendo que nadie pudiera nacer sin Amor y antes de Amor, á no ser el Caos y la Tierra ó el Eter y la Noche. Claro está que, para éstos, Amor es el fuego, la luz, la actividad, el prurito, la voluntad primera que crea el sér, la vida y el universo todo. Después de muchos siglos, Schopenhauer ha venido á parar en la misma doctrina. Todo cuanto es, según este filósofo, se reduce á apariciones y formas en que *Der Wille*, la Voluntad ó el Amor, se revela y hace visible. Las criaturas son *objetivaciones de Amor*. Der Wille es, pues, el principio real del Universo y el principio ideal ó metafísico, y la solución del problema cosmológico. Doctrina parecida es la de Longo cuando hace decir á Amor que es anterior al tiempo todo. Esta idea del Amor, como fuerza demiúrgica, está expresada en la Teogonía de Hesiodo, diciendo:

''Ητοι μέν πρώτιστα Χάος γένετ', αὐτὰρ ἔπειτα
Γαἰ 'εὐρύστερνος, πάνδων ἕδος ἀσφαλὲς αἰεὶ
Ἀ θανάτων ἃ ἔχουσι κάρη νιφόεντος 'Ολύμπου,
Τάρταρα τ'ἠερόεντα μυχῷ χθονὸς εὐρυοδείης,
Η'δ' Ἔρος, ὃς κάλλιστος, κ. τ. λ.

Lo cual coincide con la cosmogonía de los fenicios, que se lee en un fragmento de Sancuniathon, y dice: «Fueron principios de este universo un aire tenebroso y sutil y el caos confuso y envuelto en obscuridad, á

los cuales, en tiempo infinito y que no se puede determinar, encendió un soplo de Amor, mezclándolos, y de esta mezcla nació el deseo, fuente de la creación toda.» Aristófanes, en su comedia *Las Aves*, donde éstas cantan en coro el origen del mundo, expone doctrina semejante: «Eran primero el Caos, dice, y la Noche, y el negro Erebo, y el extenso Tártaro. No había tierra, ni aire, ni cielo. Pero en el seno infinito del Erebo, la Noche, dotada de alas negras, puso un huevo, del cual, agitado é incubado por las Horas, brotó el Amor, lleno de deseos.» De aquí nació todo. Antes de Amor no hubo ni dioses.

Πρότερον δ'οὐκ ἦν γένος ἀθανάτων, πρὶν Ἔρος ξυνέμιξεν ἅπαντα.

Esta idea de poner á Amor antes que todo y como creador de todo, inspira hasta á los poetas cristianos. Milton, en vez de Amor, pone sobre el Caos al Espíritu Santo, á manera de paloma, incubándole y fecundándole.

...with mighty wings outspread
Dove-like sat'st brooding on the vast abyss,
and mad' st it pregnant.

XIX. *Tanto puede (Amor), que Júpiter no puede más.* Todo este segundo discurso de Filetas, dice Courier que está tomado de Platón. Yo entiendo que de Platón y de muchos otros autores, esto es, que poco ó nada es nuevo ó era nuevo entonces, salvo el sentir propio del autor, y su expresión y estilo, lleno de candor y de gracia. Se citan unos versos de Menandro, en que pone el poder de Amor por cima del de Júpiter. Pero ¿de qué poeta no

podrá citarse sentencia parecida? Ya Homero, en su himno á Afrodita, dice que todas las divinidades están sujetas á su imperio, salvo tres, que son Minerva, Diana y Vesta.

Estos encarecimientos del poder de Amor no cesan con los autores cristianos, confundiéndole tal vez para ello con una de las personas divinas. Así dice San Bernardo que *Amor triunfa de Dios*; y nuestro Padre Fonseca pone, entre mil otras alabanzas, que «Amor entróse por esos cielos, y cogiendo á Dios, no flaco, sino fuerte; no en el trono de la Cruz, sino en el de su majestad y gloria, luchó con él hasta bajarle del cielo y hasta quitarle la vida.»

Las victorias de Amor son, pues, extraordinarias y no tienen cuento. Por eso, los espartanos, creyéndole más belicoso que á Marte, se encomendaban á él y le hacían sacrificios siempre que tenían que reñir alguna brava batalla.

Fué creído, además, desde muy antiguo, inspirador de todas las acciones generosas y de virtud, y se tuvo por cierto, con prefiguración profética, aunque confusa, de los más altos misterios, que el Dios supremo le envía á la tierra para que salve á los hombres. Ya Esopo habla bellamente de esto en su fábula de Júpiter y Amor, dando cuenta de que «cuando Júpiter crió á los hombres, dióles todas las prendas que los adornan ahora; pero aún no moraba Amor en las almas de ellos, porque este dios, que tiene alas tan sublimes, no bajaba nunca del cielo, y sólo hería con sus flechas á los dioses. Temeroso Júpiter, no obstante, de que se perdiera la más hermosa de sus criaturas, envió á Amor á la tierra para que fuese custodio del género humano. Amor obedeció el

mandato de Júpiter, pero no consideró que le estuviese bien morar en todas las almas y elegir por templo suyo lo mismo las profanas que las iniciadas y buenas, por lo cual distribuyó el rebaño de las almas comunes entre los Amores plebeyos, hijos de las Ninfas, y él se fué á vivir dentro de las almas celestes y divinas, y, embriagándolas con delirio amoroso, produjo infinitos bienes para todos los hombres.»

XX. *El mismo dios Pan... como más avezado que nosotras á los negocios de la guerra, por haber ya militado en muchas....* Aún se conserva en nuestros idiomas modernos el epíteto de *pánico* dado al terror cuando es muy grande. Pan auxilió mucho á Júpiter en las guerras que tuvo, encadenando á Tifeo ó envolviéndole en una red; si bien otros dicen que le asustó, dando un grito espantoso. En otras guerras, ocurridas en este bajo mundo, auxilió á sus devotos, como, por ejemplo, á los griegos contra los galos, mandados por Breno.

XXI. *...se puso á contar la fábula de Siringa...* Esta transformación de Siringa en flauta, y los amores de Pan, que la originaron, sucedieron en Arcadia, á orillas del río Ladón, según refiere Ovidio en sus *Transformaciones*, donde dice que la Ninfa iba huyendo de Pan:

Donec arenosi placidum Ladonis ad amnem
Venerat; hic illam, cursum impedientibus undis
Ut se mutarent, liquidas orasse sorores:
Panaque cum prensam sibi jam Siringa putaret,
Corpore pro Nymphæ calamos tenuisse palustres;
Dumque ibi suspirat, motos in arundine ventos
Effecisse sonum tenuem, similemque querenti,

Arte nova: vocisque deum dulcedine captum,
Hoc mihi colloquium tecum dixisse manebit,
Atque ita disparibus calamis compagine ceræ
Inter se junctis nomen mansisse puellæ.

XXII. *Llegó el invierno, para Dafnis y Cloe más que la guerra crudo.* Sin duda convenía al autor, para su sencillo argumento, que el invierno fuese muy rigoroso, ó tal vez quiso lucir su retórica pintándole, pues es evidente que, ni en nuestro siglo, ni en la época de la acción de la novela, hubo de hacer jamás tanto frío ni de caer tanta nieve en la isla de Lesbos.

XXIII. *¡Salud! ¡oh hijo mío!* Χαῖρε, ὦ παῖ, dice el original. He preferido decir *¡salud! ¡oh hijo mío!* al modo más natural de saludar ahora, diciendo *Dios te guarde,* porque este modo parece anacrónico é impropio de gentiles.

XXIV. *...comieron coronados de hiedra.* Parece que un gentil muchacho, llamado Cisso, gran bailarín y valido de Baco, bailando un día delante del dios, para divertir sus ocios, se cayó en un hoyo y se convirtió en hiedra, planta que fué consagrada á dicho dios, el cual gustaba de coronarse con ella. También para los poetas se tejían de ella coronas:

Pastores hedera crescentem ornate poetam.

dice Virgilio. La hiedra, sobre todo, era para coronar á los poetas dramáticos, por ser el teatro propio de Baco. Por eso Menandro pide á los dioses ser siempre coronado de hiedra ática:

Τὸν Ἀττικὸν αἰεὶ στέφεσθαι κισσόν.

En las bacanales se coronaban asimismo de hiedra los que las celebraban. Así es que el gobernador que puso Antíoco en Jerusalén, queriendo hacer gentiles á los judíos, les mandaba que fuesen por las calles coronados de hiedra cuando se celebraba la fiesta de aquel dios, como se cuenta en el libro II, capítulo VI de los Macabeos: *et cum Liberi sacra celebrarentur, cogebantur heredâ coronati Libero circuire.*

XXV. ...*hallaron narcisos, violetas, corregüelas y otras vernales primicias.*—El texto griego dice ἀναγαλλίς, que hemos traducido por *corregüela.* Las anagalídeas son un género de la familia de las primuláceas, en el que se contienen muchas especies como los *murajes*. Courier traduce *muguet*, que viene á ser en español *lirio de los valles*; pero tal vez puso *muguet* sólo porque el vocablo es bonito y también el objeto que expresa. Quiera significar lo que quiera la tal flor Anagalis, al tratar de traducirla al castellano, un amigo mío me ha recordado á una Ninfa Anagalis, de quien nada leí jamás en ningún libro, ni en Polidorio Virgilio; pero que, según afirma Juan de la Cueva, en su extraño poema de *Los inventores de las cosas*, fué la que inventó el juego de pelota. El erudito poeta dice:

Del juego tan común de la pelota
Anagalis, muchacha, fué inventora:
Que se llame Astragalis quieren otros.

XXVI. ...*expresando poco á poco el nombre de Itis.* Este Itis fué hijo de Tereo, rey de Tracia. Progne, mujer de Tereo, mató á su hijo Itis, y se le dió á comer á su propio padre. Filomena, hermana de Progne y tía de

Itis, fué convertida en ruiseñor; Progne, en golondrina, en gavilán, Tereo, y en faisán, Itis.

XXVII. *Por el reposo casero y holganza del invierno estaba rijoso y lucio, y con el beso se emberrenchinaba y con el abrazo se alborotaba.* Para descargo de mi conciencia de haber traducido con sobrada energía y desenvoltura, diré que Dafnis, con el reposo y holganza ἐνηβήσας, de ἐνηβάω, *pubesco, juveniliter lascivio*: con el beso ὤργα, de ὀργάω, *succo turgeo, venerea cupiditate flagro;* y con el abrazo ἐσκιτάλιζε, de σκιταλίζω, *salax sum.* Lo mismo digo de otros pasajes, donde siempre he atenuado el brío y suavizado la crudeza del texto.

XXVIII. *Cromis, sujeto ya de edad madura, quien había traído de la ciudad á una mujercita,* etc. Debe entenderse que esta mujercita no era la mujer propia, la esposa de Cromis, sino una cortesana mantenida por él. Su mismo nombre Lycenia, de Λύκαινα, *loba*, parece ya indicarlo, y hasta la circunstancia de venir siempre dicho nombre en diminutivo en el texto griego. En el teatro de aquel pueblo apenas había comedia en que no hiciesen papel las cortesanas ó *heteras*, á veces vilipendiadas cruelmente por los poetas, á veces también ensalzadas de discretas, amables, generosas y hasta virtuosas. Y esto no ha de extrañarse, porque las cortesanas de entonces representaban la inteligencia y la cultura de la parte femenina, y alcanzaban gran poder y valimiento. Algunas se casaban con los mismos reyes. Targalia de Mileto se casó con un rey de Tesalia, y Tais con un Ptolomeo. Duró esto hasta muy tarde, hasta época ya en que estaba muy difundido el cristianismo. La mujer

de Justiniano, la célebre emperatriz Teodora, había sido una cortesana de las más disolutas. Fué, además, tan desaforada comedianta, que las cosas que hacía en público teatro no hay quien se atreva á explicarlas en ningún idioma moderno, sino que se toman de Procopio y se ponen como nota, en griego, en las historias que de ello tratan. El mismo Gibbon lo deja sin traducir. Imitémosle.

No ha de extrañarse, pues, que en la edad clásica y gentílica las cortesanas tuviesen grande influjo, y fuesen amigas respetadas de los hombres más eminentes: así Aspasia, de Pericles; Arqueanasa, de Platón; Herpilis, de Aristóteles, y Glicera, de Menandro. Alcifrón puso en cartas muchos rasgos brillantes de las cortesanas, y Machón escribió un poema de los dichos discretos y agudos de estas mujeres.

Una de las más ilustres, por su talento, discreción y afecto á sus compatriotas, fué Rodopis, alma de la colonia griega de Egipto en tiempo del rey Amasis. El célebre egiptólogo y novelista Jorge Ebers, en su novela *La hija de Faraón*, hace de esta Rodopis la principal heroína, después de la misma hija del rey de Egipto que casó con Cambises, y de la princesa Atosa, hija de Ciro, mujer de Darío y madre de Jerjes. Claro está que Lycenia no era una hetera de primer orden, sino modesta y de pocas campanillas, como un pobre labrador de Lesbos podía costearla.

XXIX. ...*habiéndose cerciorado ella de que todo estaba alerta y en su punto*... Creo haber traducido del modo más púdico posible el texto, μαθοῦσα ἐνεργεῖν δυνάμενον καὶ σφριγῶντα, que interpreta así la versión latina: *ipsa*

jam edocta eum ad patrandum non solum fortem esse, verum etiam libidine turgere...

XXX. ...*Luego sacó del zurrón pan de higos*... Para que no se entienda que este *pan de higos* está inventado por mí por la afición que yo tengo á las cosas andaluzas, diré que παλάθη no significa más que pan de higos: *massa caricana*, dice la versión latina, esto es, masa hecha con el higo de Caria, que se llamaba *carica*. P. L. Courier traduce, no sé por qué, *raisin sec*. De seguro que no había comido él, como yo, el delicioso pan de higos que se hace en Málaga.

XXXI. Los mitólogos varían mucho al referir esta historia de Eco. Fíngenla los más hija del Aire y de la Tierra. Juno dicen que la castigó obligándola á repetir las últimas sílabas de las palabras que oyese. Otros, que desdeñada de Narciso, á quien amaba, se convirtió en peñasco. Ovidio, en las *Transformaciones*, cuenta que su mal pagado amor la secó de suerte y la consumió hasta tal punto, que se quedó en los huesos y en la voz:

Vox manet: ossa fuerunt lapide traxisse figuram
Inde latet sylvis nulloque in monte videtur,
Omnibus auditur: sonus est qui vivit in illa.

La fábula de Longo es, pues, diversa, y su principal gracia consiste en un equívoco intraducible; porque μέλος, en griego, significa *miembro*, y también *verso*, *medida*, de donde la palabra *melodía*. Así es que los pastores esparcieron por toda la tierra τὰ μέλη, las canciones, las melodías de la Ninfa; lo cual está traducido en latín

cantabunda membra, y por Courier, á quien en esto seguimos, *sus miembros, llenos de harmonía.*

XXXII. *Esta manzana ¡oh virgen! es creación de las Horas divinas.* El texto dice Ὦ παρθένε, τοῦτο τὸ μῆλον ἔφυσαν Ὧραι καλαί: el latín, *Mea virgo, hoc pomum quod vides, anni ætates pulchræ pepererunt. Cette pomme Chloe, ma mie, les beaux jours d'été l'ont fait naître,* traduce Courier. Yo he preferido dejar á las Horas, á las diosas, hijas de Júpiter y de Temis, que dirigen y gobiernan las estaciones y cuidan del carro del Sol, como creadoras de la manzana. No lo disputo, aunque creo que esto es más poético que decir llanamente que con el verano se crió la manzana; pero entiendo que soy más fiel traductor. Tal vez se dirá que no es gran encarecimiento de alabanza el decir que una manzana es creación de las Horas. Lo mismo crean las Horas las manzanas gruesas y hermosas que las feas y ruines. Esto es verdad, considerado pedestremente; pero cuando esto de que la manzana es creación de las Horas se dice con entusiasmo, vale tanto como decir que las Horas pusieron en crearla singular esmero. Semejante censura he oído hacer, por ejemplo, de aquellos versos de Zorrilla en elogio de Granada:

> Salve ¡oh ciudad! en donde el alba nace,
> Y donde el sol poniente se reclina;
> Donde la niebla en perlas se deshace,
> Y las perlas en plata cristalina.

En todas las ciudades nace el alba, se pone el sol, se deshace la niebla y corre el agua: no cabe duda; pero Zorrilla da á entender que en Granada ocurre todo ello de una manera eminente, ejemplar y soberana, como si la

aurora no quisiera nacer sino para alumbrar á Granada, y el sol no quisiera reclinarse más que en el seno ó á la espalda de sus montes.

XXXIII. *Semele, pariendo; Ariadna, dormida,* etc. Aquí pone el autor en breves palabras los principales casos de la vida de Baco. *Semele, pariendo,* no es la común opinión, pues refieren los más, de cuantos han tratado este asunto, que Semele, hija de Cadmo, que tenía amores con Júpiter, deseó ver al dios en toda su gloria, y al verle, ardió en el resplandor que de sí lanzaba. Ya muerta, sacó Júpiter á la criatura que tenía ella en su seno, y acabó de criarla, hasta que se cumplieron los nueve meses, guardándosela en un muslo. Cuentan otros, no obstante, que Semele dió á luz á Baco naturalmente y á su tiempo, y á éstos sigue Longo. Repetimos, con todo, que la general opinión es la del doble nacimiento de Baco. Luciano le ha celebrado en un diálogo burlesco, y el dios ha llevado nombres que recuerdan este nacimiento doble. Así se ha llamado *bimatre, dithyrambo,* de παρά τὸ δύο θύρας βῆναι, salir por dos puertas, y Eirafiote, cosido en el muslo.

Por lo demás, Baco y su historia tienen grandes variaciones, por ser este dios uno de los más simbólicos y misteriosos que en Grecia se adoraron, y por representar á la vez no pocas cosas. Por una parte, proviene este dios del naturalismo: es la fuerza vegetativa de las plantas. De aquí que tantas le estén consagradas, como la hiedra, la higuera y la vid, y que le llamen γενεσιουργὸς τῶν καρπῶν, engendrador de los frutos, y que sea también padre de Príapo.

Representa además á un héroe conquistador y civili-

zador del mundo, y su leyenda, bajo este aspecto, toma mucho de la de Osiris egipcio, y de la de Melkarh ó Hércules tirio. Como Hércules, Baco erigió sus columnas en el extremo de las tierras y mares hasta donde llevó su expedición triunfadora.

Representa, por último, Baco la fuerza y virtud del licor fermentado, que inspira á los hombres una especie de delirio, que se tenía á veces por sagrado. En este sentido, Baco trae su origen de Soma, dios de los Vedas, dios-bebida, dios-libación, dios que se consume en la llama del sacrificio; hijo de Indra, como Baco es hijo de Júpiter. En este sentido, Baco recibió muchos títulos ó sobrenombres entre los griegos y latinos. Llamóse *Musagetes*, conductor de las Musas; *Pirigenio*, nacido del fuego; *Melpómeno*, celebrado en himnos; *Leneo*, de ληνός, lagar; *Liber*, por la libertad que el vino engendra, y *Taurokeros* ó *Tauromorfos*, porque tomaba cuernos y forma de toro, á causa del furor, osadía y violencia que adquiere quien se embriaga. De aquí que Horacio dijese á Baco:

Tu spem reducis mentibus anxiis
Viresque et addis cornua pauperi.

Dice Longo, *encadenado Licurgo*. Era éste un rey de Tracia que se opuso al culto de Baco, por lo cual sufrió un gran castigo del dios.

Despedazado Penteo. Esta aventura es de las más famosas de la historia de Baco, por haber dado asunto á un drama de Esquilo, ya perdido, que llevaba por título *Penteo*, y á la tragedia de Euripides, que se conserva y se titula *Las Bacantes*. Parece que el culto de Baco, con sus frenéticas orgías, vino á Grecia desde Tracia y Macedonia, y halló en Grecia al principio grande oposición.

Penteo en Tebas se opuso á este culto, y fué despedazado por las bacantes furiosas, entre las cuales se hallaba Agave, su madre.

Ariadna dormida. Prescindimos, por no ser prolijos, del valor y significado alegórico é histórico que puedan tener los amores de Ariadna, hija de Minos, con Baco. La general opinión, esto es, la fábula más conocida, junta en una las dos historias de los amores de Ariadna con Baco y con Teseo. Abandonada por este príncipe en la isla de Naxos, después que le ayudó á vencer al Minotauro y á salir del Laberinto, Baco se le aparece, enamorado, y se la lleva en triunfo. Los hermosísimos versos de Catulo, en el epitalamio de Tetis y Peleo, describen admirablemente, así el furor de Ariadna abandonada, como su triunfo inmediato, y la pompa báquica en toda su extraña locura:

At pater ex alia florens volitabat Iacchus,
Cum thiaso Satyrorum et Nysigenis Silenis,
Te quærens, Ariadna, tuoque incensus amore;
Çui tum alacres passim lymphata mente furebant
Evoe, bacchantes, evoe, capita inflectentes.
Horum pars tecta quatiebant cuspide thyrsos,
Pars e divolso raptabant membra fuvenco:
Pars sesse tortis serpentibus incingebant;
Pars obscura cavis celebrabant orgia cistis
Orgia quæ frustra cupiunt audire profani;
Plangebant alia proceris tympana palmis,
Aut tereti tenues tinnitus ære ciebant;
Multi raucisonos efflabant cornua bombos,
Barbaraque horribili stridebat tibia cantu.

Como se ve, el asunto del triunfo de Ariadna, de las bacanales y de la historia del hijo de Semele, rodeado siempre de bacantes, sátiros y silenos, se prestaba mu-

cho á la pintura, y desde los tiempos más antiguos se han empleado en este asunto los pintores.

Pedimos perdón á los eruditos de habernos extendido demasiado en esta nota, pero ya se harán cargo de que escribimos también para el vulgo, el cual tal vez ignora lo que ellos tienen olvidado de puro sabido. Para no prolongar más la nota omitimos mucho que, con ocasión de Baco, se pudiera decir sobre el origen de la tragedia, que nació en sus fiestas, y sobre otras cosas, curiosas para quien no las sabe, y tal vez cansadas para los doctos, que las saben más fundamentalmente que yo.

XXXIV. *A este mensajero, que se llamaba Eudromo, porque su oficio era correr.* Es evidente que en lo antiguo los nombres y los apellidos debieron de ser apodos, que denotasen oficio, condición, virtud, defecto ó calidad de la persona á quien se daban. Y esto en todos los países é idiomas. Lo que ocurría primero en la realidad de la vida se conservó después en Grecia y Roma en las ficciones poéticas, sobre todo en comedias y cuentos, donde aparecen personajes imaginarios, y no históricos. El nombre de cada uno de estos personajes designa ya su carácter, empleo ó menester. Así, por ejemplo, en las comedias de Terencio se pone al principio lo que llaman *ratio nominum*, ó sea una explicación de por qué los personajes se llaman como se llaman. Allí vemos que una nodriza se llama Canthara, del cantarillo ó vaso de la leche; un soldado fanfarrón, Thraso, de θράσος, audacia; un joven alegre, Fedro, de φαιδρός, alegre; una meretriz desenvuelta, Bacchis; un criado, Parmeno, porque está ó permanece cerca de su amo, etc. Eudromo, pues, el buen corredor, se llamaba así porque corría.

XXXV. ...*Sin duda mandará ahorcar de un pino á este viejo sin ventura, como ahorcaron á Marsyas.* Marsyas no fué sólo ahorcado, sino también desollado, como dice Ovidio en los Fastos:

> *Provocat et Phœbum, Phœbo superante, pependit;*
> *Cæssa recesserunt a cute membra sua.*

Se cuenta de este Marsyas que fué un sátiro de grandísimo ingenio, que inventó muchas cosas, pero que se puso tan soberbio, que quiso competir con el propio Apolo en la música, de lo cual salió tan mal parado como queda dicho. Las Ninfas, de quien Marsyas era muy estimado, le lloraron y le convirtieron en río, cuyas aguas riegan la Frigia. Esto sucedió cerca de la ciudad de Celenas, por donde corre el río Marsyas. Así es que Xenofonte, cuando pasó por allí con los diez mil, acompañando al joven Ciro, dice que «se contaba que allí desolló Apolo á Marsyas cuando le venció en la contienda que con él tuvo sobre la música, y que colgó el cuero de él en una cueva de donde nacen las fuentes.» Xenofonte no dice, con todo, que Marsyas se convirtió en río, sino que por eso, por dicho lance, se llamó el río Marsyas.

XXXVI. ...*en compañía de su parásito, Gnatón.* Gnatón viene de γνάθος, boca, quijada. Tal vez salga de este vocablo griego la palabra española *gaznate.* De todos modos, γνάθων es sinónimo de parásito, y muchos personajes de comedias, que representan dicho carácter, llevan por nombre Gnatón. Hasta hay cortesanas ó hetéreas que, sin duda por muy golosas y comilonas, se llaman Gnatenas. El parásito del *Eunuco* de Terencio se llama Gnatón. Alcifrón, en sus famosas cartas, describe muchos

parásitos, y en el teatro griego apenas había comedia en que no figurase uno, respondiendo á nuestros lacayos graciosos de las comedias de capa y espada, si bien los parásitos eran más despreciables y ruines.

XXXVII. *Ni Apolo, cuando estuvo de pastor al servicio de Laomedonte...* Aquí el autor se distrajo tal vez, y supuso que Apolo guardó los bueyes de Laomedonte, por más que la general creencia era la de que guardó el ganado de Admeto, rey de Tesalia, cuando andaba oculto por las riberas del río Anfriso huyendo de las iras de Júpiter por haber muerto á los cíclopes. Hizo Apolo estas muertes porque los cíclopes forjaron á Júpiter el rayo con que el rey de los dioses mató á Esculapio, que era hijo de Apolo. Apolo estuvo también, con Neptuno, al servicio de Laomedonte, mas fué para levantar los muros de Troyá.

XXXVIII. *...y estimaba á tu cocinero más digno de admiración y de afecto que á todas las muchachas de Mitilene.* Esto tiene tal vez en el original cierto sentido que, en virtud del *arreglo* hecho por mí en el libro IV, debe desaparecer en la traducción. El sentido que se da á la frase en la traducción está perfectamente conforme con el carácter del parásito glotón y aficionado á los buenos bocados. Para la gente de esta clase, según los poetas cómicos y satíricos de la edad clásica, los cocineros, siendo buenos, eran como dioses, y la cocina era un templo. Las causas de su amistad y de su amor estaban en la cocina. A este propósito escribió un poeta del Renacimiento el siguiente epigrama:

Vita Cœnipetas, vagos Gnathones,
Nec blandos licet æstimes amicos:
Illis, dum calet olla, amor calebit;
Frigebunt cito, si culina friget.
Non te, sed tepidum colunt caminum:
Illis, fumus ubi est, ibi est amicus.

Lo cual imitó de esta suerte Francisco de la Torre:

A los que representan vida buena
En el teatro de una y otra cena,
Lisonjeros buscones, y testigos
De la mesa, no estimes por amigos;
Porque en éstos (Dios de ellos nos preserve)
Mientras hierve la olla el amor hierve.
Y tienen con hastío,
Si helada la cocina, el pecho frío.
Lo que aman no eres tú, aunque amigo seas,
Sólo aman las calientes chimeneas,
Y para éstos, en fin, con ardor sumo,
Allí el amigo está donde está el humo.

En las cartas de Alcifrón están pintadas las costumbres de los parásitos y sus percances y disgustos: uno va á buscar cortesanas para el señor que le convida; otro es apaleado casi de diario; otro está á punto de morir de indigestión; otro se desespera porque no halla quien le convide; otro se introduce en la cocina y roba de los mejores platos para regalarse. Había también parásitos muy divertidos, decidores y discretos, cuyos chistes hacían reir y entretenían á los señores con quienes comían. En tiempo de Menandro había dos parásitos famosísimos por sus chuscadas y por su elocuencia, y se llamaban Euclides y Filoxeno. El respeto, la admiración y el amor, que los parásitos profesaban á los buenos cocineros, están consignados en muchos fragmentos que de la comedia griega se conservan aún. Sobre todo esto pueden

verse pormenores curiosos en el ameno y erudito libro de Guillermo Guizot, titulado *Menandro ó la comedia y la sociedad griegas*. Baste decir aquí que el arte de la cocina y la gastronomía eran considerados punto menos que santos. Había tratados de gastronomía que se estimaban mucho, y se cita el de Archestrato como uno de los más famosos.

XXXIX. *Vaquero fué Anquises*, etc. Esta parte del discurso de Gnatón está de otro modo en el original. El parásito, en el original, quiere justificarse de otras cosas con el ejemplo de los dioses.

XL. *...se dasembarazó de la capa* ῥίψας θοιμάτιον, dice el original; *abiecto pallio*, la traducción latina. La mejor traducción de esto en castellano es *capa*, si bien el *pallium* era más bien una manta ó una pieza cuadrada de tela de lana que los griegos se ponían sobre la túnica, como los romanos se ponían la toga. El ἱμάτιον, sujeto por lo común al cuello por un broche, *fibula*, πόρπη, tomaba diversos nombres, según el modo de llevarle puesto.

XLI. *No me aborrezcas por haberte expuesto. Muy á despecho mío lo hice.* Las razones meramente económicas que tuvieron los padres de Dafnis y de Cloe para exponerlos á muerte segura y horrible, pues sólo se salvan por milagro de Amor y las Ninfas, y la frescura y poca vergüenza con que confiesan su infanticidio, pues lo era, aunque frustrado, no pueden menos de sublevar los más humanos y nobles sentimientos de nuestra edad; mas por desgracia esta dureza antinatural de padres y madres no

fué sólo entre paganos, ni está sólo consignada en historias fabulosas ó verdaderas de entonces. Las historias de épocas muy cristianas están llenas de casos parecidos y aun peores; verdad es que no era la economía, sino un infame pundonor, quien á tales horrores excitaba. Así vemos, por ejemplo, que Amadis fué arrojado al río por orden ó consentimiento de su madre Elisena, y en *El Prevenido engañado*, de Doña María de Zayas, una dama va á parir á un corral y deja allí abandonada á la criatura para que se la coman los cerdos. En el día, estos motivos de falsa honra no han cesado; pero los de economía vuelven á tener ó tienen mayor fuerza que nunca, si bien el infanticidio se suele hacer con anticipación tal, que apenas lo parece. Se asegura que hay países muy cultos donde estipulan los que se casan cuántos hijos han de tener. Ignoramos si tan perversa costumbre se va ya introduciendo en España. Contra ella es freno la religión. No me atrevo á decir que lo es también toda moral filosófica, cuando vemos que uno de los filósofos ó pensadores que más en moda han estado, y más han movido los espíritus de los hombres de un siglo á esta parte, J. J. Rousseau, echaba á sus hijos á la inclusa y lo confesaba cínicamente.

XLII. ...*Al varón le pusieron por nombre Filopoemen y á la niña Ageles.* Filopoemen vale tanto como *amigo de los pastores* ó *de la vida pastoril*, de φίλος, *amigo*, y ποιμήν, pastor. Ageles significa *rebaño*, *manada*, ἀγέλη.

XLIII. *Las pastorales de Longo* han sido anotadas y comentadas por muchos y muy sabios críticos, como Sinner, Courier, Villoison, Mitscherlich, Coray, Huet,

Moll y Schaefer. De muy poco de estas notas nos hemos valido, por ser más propias de los que publican el texto original. Las nuestras son casi todas para la mejor inteligencia de la traducción, y van sólo dirigidas en su mayor parte, como ya hemos dicho en otro lugar, al vulgo de los lectores no eruditos.

Y ya que hemos hablado de los anotadores y comentadores de Longo, bueno será decir algo de los críticos que le han juzgado, poniendo aquí, para terminar estas notas, varias muestras de sus juicios.

Huet (*De l'origine des romans*) dice: «Su estilo es sencillo, fácil y conciso, sin obscuridad; sus expresiones están llenas de viveza y de fuego; produce con ingenio, pinta con agrado y dispone sus imágenes con destreza.» Mureto le llama «escritor suavísimo y dulcísimo.» Scalígero, «autor amenísimo, y tanto mejor cuanto más sencillo.» Villoison dice: «El habla de Longo es pura, cándida, suave, concisa y encerrada en breves períodos, y sin embargo, numerosa, sin ninguna aspereza, pues fluye más dulce que miel, ó como arroyo argentino, á quien frondosa y verde selva da sombra y frescura, y donde se ven mucha copia y variedad de flores; de suerte que no hay allí palabra, ni sentencia, ni frase que no deleite.»

Dunlop (en su *History of fiction*) discurre por extenso sobre nuestra novela. Extractaremos algo de su juicio. «Longo, dice, ha evitado muchas de las faltas en que sus modernos imitadores han caído, causando á este género de composición (el pastoril) no corto descrédito. Sus personajes nunca expresan conceptos de afectada galantería, ni se enredan en razonamientos abstractos, ni él ha sobrecargado su novela con aquellos frecuentes y largos episodios que en la *Diana* de Jorge de Montemayor y en

la *Astrea* de D'Urfé fatigan la atención y nos causan indiferencia respecto á la acción principal. Ni nos pinta tampoco aquel estado quimérico de la sociedad, llamado siglo de oro, donde los rasgos característicos de la vida rural están borrados, sino que procura agradarnos por una imitación legítima de la naturaleza y con la descripción de las costumbres, faenas, deleites y fiestas de los campesinos... Esta *pastoral* está en general muy bellamente escrita. El estilo, aunque ha sido censurado por la reiteración de las mismas formas, y por mostrar en algunos pasajes al sofista que emplea juego de palabras y afectadas antítesis, debe considerarse como el dechado más puro de la lengua griega en aquel último período. Las descripciones de las escenas y ocupaciones campestres son por extremo agradables, y, si es lícito usar la expresión, hay en ellas cierta amenidad y calma, que sobre toda la novela se difunden. Ésta, á la verdad, es la principal excelencia en una obra de esta clase, pues no nos encanta el pastoreo, sino la paz y el reposo de los campos.»

No es todo elogio lo que pone Dunlop. Censura la monotonía de los amores y coloquios, y condena sobre todo la inmoralidad y licencia de varios pasajes.

Sobre el influjo que ha tenido ó puede haber tenido esta novela en obras de la moderna Europa, Dunlop deja en duda si Tasso se inspiró algo en ella para el *Aminta;* pues si bien no se publicó edición alguna de Longo en griego, hasta 1598, cuando ya Tasso había muerto, Tasso pudo leer la traducción francesa de Amyot de 1559 y la paráfrasis latina en verso de su compatriota Gambara, publicada en 1569. Dice, por último, Dunlop que ni Montemayor en la *Diana,* ni D'Urfé en la *As-*

trea imitaron á Longo. Si le han imitado Ramsay en el *Gentle Shepherd*, Marmontel en *Annette et Lubin*, y más felizmente que todos, el alemán Gessner en sus idilios.

Villemain dice: «No se puede negar que *Dafnis y Cloe* ha servido de modelo á *Pablo y Virginia*. A pesar de los cambios de costumbres, creencias y clima, la imitación es sensible en el lenguaje de los dos amantes; las mismas candideces apasionadas salen de la boca de Dafnis y de la de Pablo; pero la superioridad del autor francés, ó más bien de los sentimientos que le inspiran, se muestra por do quiera, y hace de su obra una de las más encantadoras producciones de los tiempos modernos. Esta superioridad no consiste sólo en una dicción más sencilla, en un gusto más conforme con lo natural y verdadero, sino que estriba sobre todo en la pureza moral y en la especie de pudor cristiano que reinan en *Pablo* y *Virginia*. El cuadro de Longo es voluptuoso; el del autor francés es casto y apasionado.»

Chauvin (en *Les romanciers grecs et latins*) dice: «*Dafnis y Cloe* es una pastoral encantadora, y ocupa, con la obra de Heliodoro, el primer lugar entre las novelas griegas. La intriga es seguida, interesante y de una sencillez del todo campesina.... Es un cuadro lleno de gracia y de frescura, variado por cuentos mitológicos dichosamente elegidos y bien ligados con el asunto. El carácter, el lenguaje y las costumbres de los pastores son siempre lo que deben ser, y el autor ha sabido evitar los dos escollos ordinarios de las novelas pastorales: la grosería y la cortesanía afectada. El estilo no es menos notable que el fondo; es casi siempre de una elegancia que raya en coquetería y revela el trabajo del autor. Su frase tiene cierta concisión ingeniosa, dispuesta con la más há-

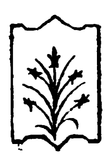
bil simetría y construída con tal delicadeza de gusto, que hasta de la eufonía se preocupa. El autor no aventura sin intención ni una palabra, y descuella en el empleo de las más propias para que el pensamiento sea claro y fácil de comprender. Como se afana por parecer natural y emplea tanto arte para ser cándido y sencillo, exagera estas cualidades y descubre el trabajo que le cuesta tenerlas. Es lástima que el mérito de esta linda novela esté afeado por la mancha que es común á todas las novelas griegas: la obscenidad de ciertos pormenores y de las pinturas voluptuosas, que el amor del arte no puede justificar.»

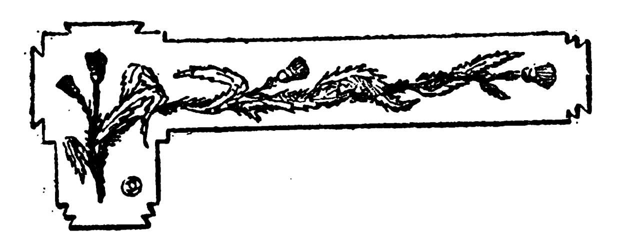
Más severo Chassang con *Dafnis y Cloe*, conviene, no obstante, en que esta novela es la mejor de todas las antiguas, aunque después añade: «Su mérito no es la moralidad. Comparémosla con la imitación que ha hecho de ella Bernardino de Saint-Pierre en *Pablo y Virginia*, y veremos lo que una imaginación casta y pura ha hecho de un cuadro en el que lo voluptuoso rayaba en indecente. La fábula de *Dafnis y Cloe* es de gran sencillez, y ésta es calidad qus se aprecia, sobre todo al considerar los mil incidentes groseramente dramáticos que se amontonan en otras novelas griegas. Aquí el espíritu se reposa en más tranquilas imágenes. ¿Por qué ha de haber aquí también raptos y piraterías? ¿Por qué la naturaleza toda se ha de desencadenar á causa del rapto de Cloe, y por qué ha de mezclarse con la narración de las aventuras de los amantes la de una guerra entre dos ciudades? En cuanto al estilo, de todo tiene menos de sencillo. Tiempo há que el candor de la traducción de Amyot ha dejado de alucinarnos sobre la afectación del original.» En este punto el excesivo amor propio nacional

creemos que engaña á Chassang, encontrando sencillez y candor en francés, y no encontrándolos en griego. Por último, añade: «El autor (Longo) era un ingenio elegante, distinguido y dotado de un vivo sentimiento de la naturaleza; pero su obra tiene los caracteres de una época de decadencia.»

Humboldt, en el *Cosmos*, al hablar del sentimiento de la naturaleza, y de su expresión entre las diversas razas humanas, vista la rapidez con que tiene que tratar este asunto, es grande la distinción que hace de la obra de Longo, de la que dice (edición de Stuttgart, 1847, II, Band., p. 14): «En el posterior tiempo bizantino, desde el fin del siglo IV, vemos con más frecuencia pinturas de paisajes en las novelas de los prosistas griegos. Por estas pinturas se distingue la novela pastoral de Longo, en la cual, no obstante, las suaves descripciones de la vida humana son muy superiores á la expresión del sentimiento de la naturaleza.»

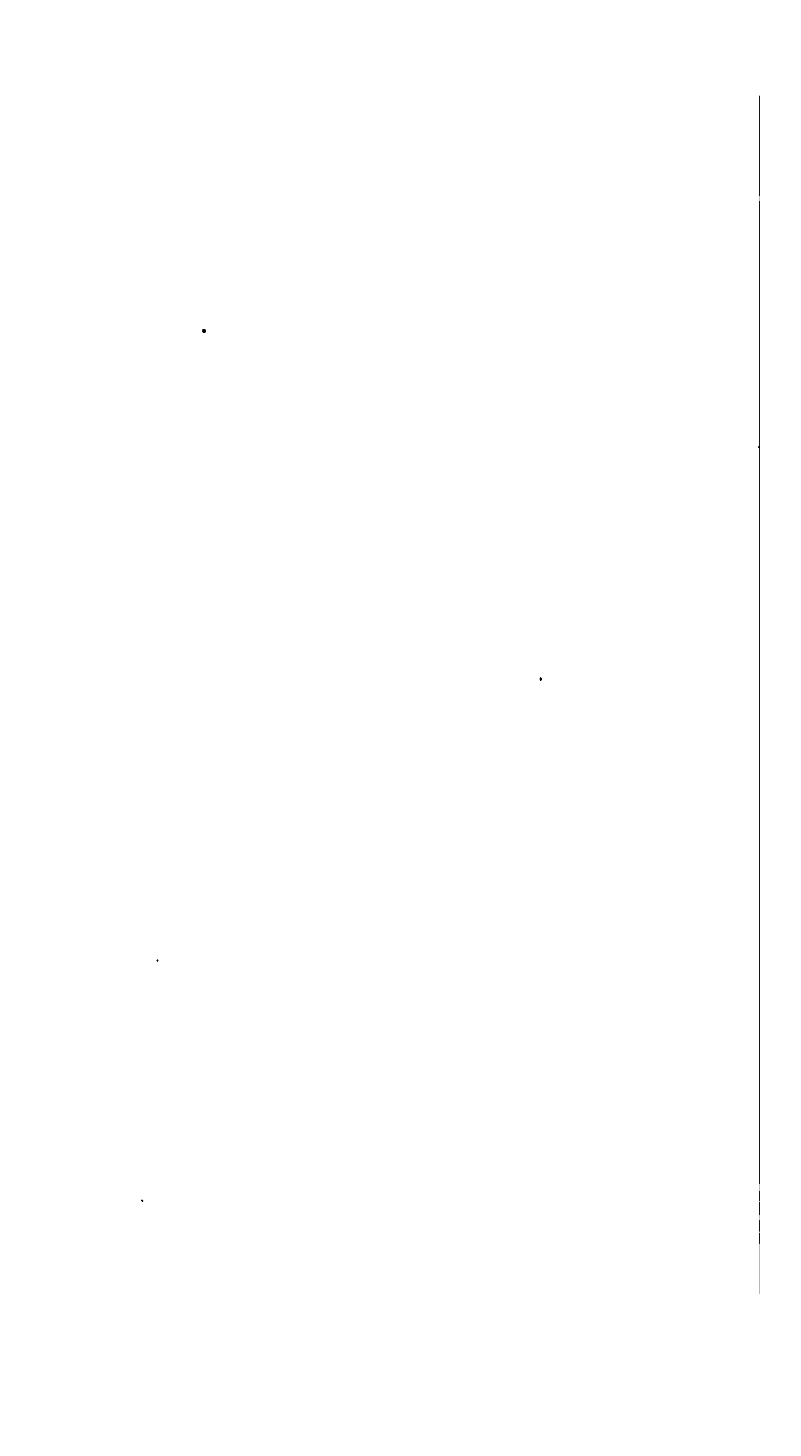
FIN DE LAS NOTAS.





INDICE.





Este libro se acabó de imprimir
en Madrid, en casa de
Manuel Tello, el día
24 *de Febrero del*
año de
1887.



COLECCIÓN
DE
ESCRITORES CASTELLANOS.

OBRAS PUBLICADAS.

Romancero espiritual, del Mtro. Valdivielso.—Un tomo, con retrato del Autor, y prólogo del P. Mir, 4 pesetas.—Ejemplares especiales, á 6, 10, 25, 30 y 250 id.

Obras de D. A. L. de Ayala.—Siete tomos: el 1.°, con retrato del Autor, 5 pesetas: los restantes á 4 pesetas.—Ejemplares especiales, á 6, 7 1/2, 10, 25, 30 y 250 id.

Poesías de D. Andrés Bello, con prólogo de D. M. A. Caro, Director de la Academia Colombiana, y retrato del Autor.—(Agotada la edición de 4 pesetas.)—Hay ejemplares especiales de 6, 10, 25 y 30 pesetas.

Obras de D. P. A. de Alarcón.—Diez y seis tomos, 63 pesetas.

(De todas sus obras hay ejemplares de hilo numerados, á 10 pesetas.)

Odas, epístolas y tragedias, por D. M. Menéndez y Pelayo.—Un tomo con retrato del Autor y prólogo de D. Juan Valera, 4 pesetas.—Ejemplares especiales.

Estudios de crítica literaria, por el mismo.—Un tomo, 4 pesetas.—Ejemplares especiales.

El Solitario y su tiempo, *Biografía de D. Serafín Estébanez Calderón, y crítica de sus obras*, por D. A. Cánovas del Castillo.—Dos tomos, con el retrato de D. Serafín Estébanez Calderón, 8 pesetas.—Ejemplares especiales.

Historia de las ideas estéticas en España, por D. M. Menéndez y Pelayo.—Tomos I, II y III (cinco volúmenes) 22 pesetas.—Ejemplares especiales.

Escenas andaluzas, por D. Serafín Estébanez Calderón (El Solitario).—Un tomo, 4 pesetas.—Ejemplares especiales.

Derecho Internacional, por D. Andrés Bello.—Dos tomos, 8 pesetas.—Ejemplares especiales.

Voces del alma, por D. José Velarde.—Un tomo, 4 pesetas.—Ejemplares especiales.

Problemas contemporáneos, por D. Antonio Cánovas del Castillo.—Dos tomos, con el retrato del Autor, 10 pesetas.—Ejemplares especiales.

Escritores españoles é hispano-americanos, por D. Manuel Cañete.—Un tomo, con el retrato del Autor, 4 pesetas.—Ejemplares especiales.

Calderón y su teatro, tercera edición, por D. M. Menéndez y Pelayo.—Un tomo, 4 pesetas.

Estudios críticos sobre la historia de Aragón, por D. Vicente de la Fuente.—Tres tomos con el retrato del Autor, 13 pesetas.—Ejemplares especiales.

Estudios gramaticales: introducción á las obras filológicas de

D. Andrés Bello, por D. Marco Fidel Suárez.—Un tomo, 5 pesetas.—Ejemplares especiales.
Poesías de D. José Eusebio Caro.—Un tomo, con el retrato del Autor, 4 pesetas.—Ejemplares especiales.
De la conquista y pérdida de Portugal, por D. Serafín Estébanez Calderón (El Solitario).—Dos tomos, 8 pesetas.—Ejemplares especiales.
Teatro español del siglo XVI, por D. Manuel Cañete.—Un tomo, 4 pesetas.—Ejemplares especiales.
Horacio en España.—*Solaces bibliográficos*, por D. M. Menéndez y Pelayo.—Dos tomos, 10 pesetas.—Ejemplares especiales.
Las ruinas de Poblet, por D. Víctor Balaguer.—Un tomo, 4 pesetas.—Ejemplares especiales.
Cancionero de Gómez Manrique.—Dos tomos, 8 pesetas.—Ejemplares especiales.
Leyendas moriscas, por D. F. Guillén Robles.—Tres tomos, 12 pesetas.—Ejemplares especiales.
Obras de D. Juan Valera.—Tomo I: *Canciones, romances y poemas*, 5 pesetas.—Tomo II: *Cuentos, diálogos y fantasías*, 5 pesetas.—Ejemplares especiales.
Poesías, por D. Antonio Ros de Olano, con prólogo de D. Pedro A. de Alarcón.—Un tomo, 4 pesetas.—Ejemplares especiales.
Historia de la literatura y del arte dramático en España, por Adolfo Federico, conde de Schack.—Tomos I y II, á 5 pesetas.—Ejemplares especiales.
Historia del nuevo reino de Granada, por Juan de Castellanos, tomo I, 5 pesetas.
Poemas dramáticos de Byrón, traducidos en verso por D. J. Alcalá Galiano.—Un tomo, 4 pesetas.—Ejemplares especiales.

EN PRENSA.

Obras de D. J. E. Hartzenbusch.
Historia de las ideas estéticas en España, por D. M. Menéndez y Pelayo, tomo IV y último.
La ciencia española, por el mismo.
Estudios literarios, por D. Pedro José Pidal.
Historia de la literatura y del arte dramático en España, por Adolfo Federico, conde de Schack, tomo III.
Historia del nuevo reino de Granada, por Juan de Castellanos, tomo II.
Obras de D. Juan Valera, tomo III.

EN PREPARACIÓN.

Estudios históricos, por D. Aureliano Fernández-Guerra.
Novelas de Salas Barbadillo.
Vida de D Pedro la Gasca, por Calvete de la Estrella.

Los ejemplares especiales son:

150 en papel agarbanzado grueso........	á 6	pesetas.
100 en papel de hilo español, números 1 á 100..	á 10	id.
25 en papel China, números I á XXV......	á 30	id.
25 en papel Japón, números XXVI á L.....	á 35	id.

Todos los ejemplares numerados llevan dobles pruebas de los retratos grabados al agua fuerte por Maura.

